EL MENSAJE DEL ANTIGUO TESTAMENTO

-17-

LOS SALMOS

(Texto y Comentario)

GONZALO FLOR SERRANO

Texto bíblico aprobado por la
Conferencia Episcopal Española

3ª edición.

© Coeditan:

PPC
Agastia, 80. 28043 Madrid
ISBN 84 301 1239 1

SIGUEME
García Tejado. 23-27. 37007 Salamanca
ISBN 84 301 1239 1

VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41. 31200 Estella (Navarra)
ISBN 84 7151 803 1

Impresión: Gráficas Lizarra 31200 Estella (Navarra).
Depósito Legal: NA. 1.960-1999. Impreso en España.

Impreso en España

EL MENSAJE DEL ANTIGUO TESTAMENTO

-17-

LOS SALMOS

Texto bíblico:
LA CASA DE LA BIBLIA

Comentario:
GONZALO FLOR SERRANO

PPC
SIGUEME
VERBO DIVINO

EL MENSAJE DEL ANTIGUO TESTAMENTO es una serie de comentarios a todos los libros del A. T., realizada por un equipo de expertos en Sagrada Escritura bajo la dirección y coordinación de LA CASA DE LA BIBLIA.

Estos comentarios intentan proporcionar, en un lenguaje ágil y sencillo, las principales claves para comprender adecuadamente el texto bíblico, evitando complicadas explicaciones que pudieran distraer al lector no especialista.

El texto bíblico va precedido de una serie de citas, cuya lectura puede ayudar a comprender mejor el pasaje que estamos leyendo.

El comentario posee tres elementos que se complementan entre sí:

–Introducción general:

Va delante del comentario y su objetivo es proporcionar una visión de conjunto sobre el libro que vamos a leer. En ella se abordan cuestiones de tipo histórico, literario y teológico que ayudan a situar dicho libro. Conviene leer esta introducción antes de adentrarse en el comentario.

–Introducciones a partes o secciones:

Cada nueva parte o sección posee una breve introducción, que pretende orientar su lectura. En ella se alude a los principales contenidos y se propone una guía para dicha lectura.

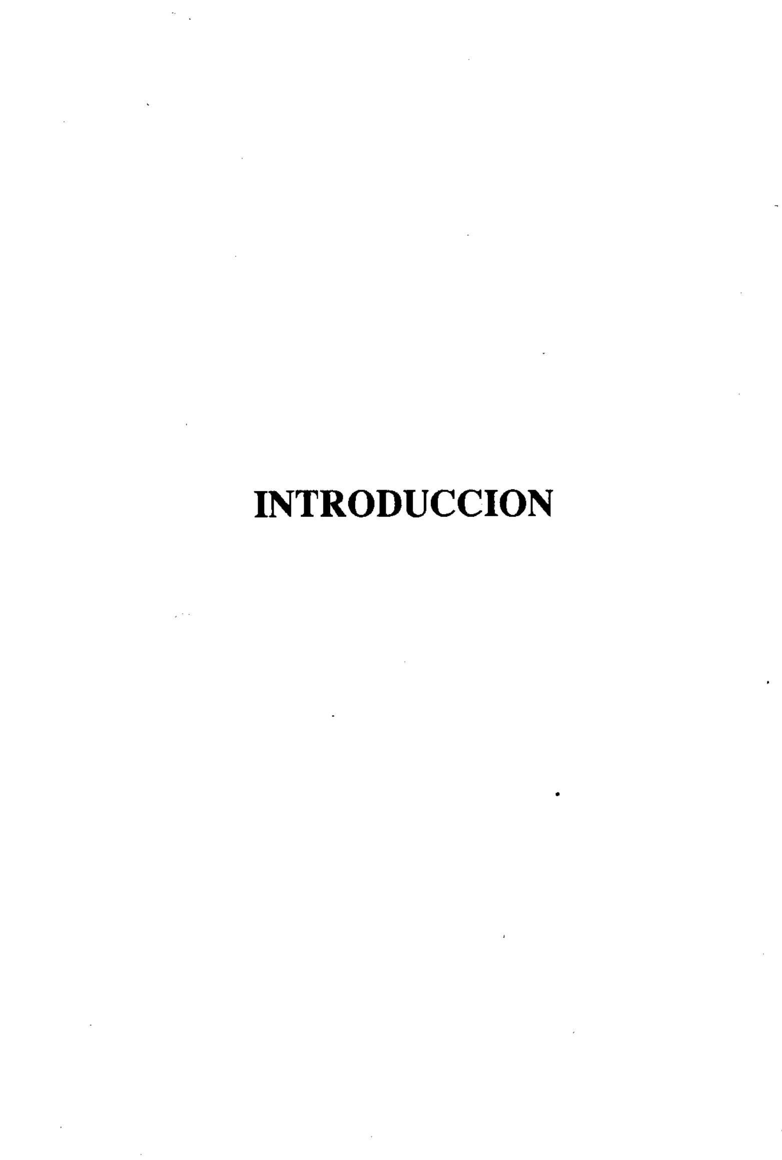
Estas introducciones son útiles para situar cada texto en su contexto inmediato, y conviene leer la correspondiente al texto en cuya explicación estamos interesados.

–Comentario:

Va siempre a continuación del texto bíblico. Su objetivo es ofrecer una explicación breve del párrafo correspondiente con un lenguaje sencillo.

Normalmente el comentario se refiere a todo el párrafo y trata de explicar su sentido, evitando perderse en los detalles. En él pueden encontrarse explicaciones referidas a costumbres, circunstancias históricas, etc., así como una exposición del mensaje contenido en el texto. Siempre que es posible, se alude a la relación entre el escritor y sus destinatarios, y se sugiere alguna aplicación para la situación actual.

CONTENIDO



INTRODUCCION



La oración es posiblemente la expresión más privilegiada del encuentro y diálogo entre el hombre y Dios. A través de ella el hombre logra encauzar experiencias y sentimientos espontáneos de lamento, súplica, confianza, arrepentimiento, gratitud, alabanza, admiración, profesión de fe... Cuando estos sentimientos y experiencias se convierten en lenguaje llegan a adoptar notables expresiones poéticas. Y cuando se hacen acompañar de música, se convierten en canción. Todo esto –oración, poesía y canción– es el libro de los Salmos, verdadero culmen de la experiencia religiosa de Israel y una de las joyas poéticas de la literatura universal.

1. Ambientación histórica

El libro de los Salmos está formado por ciento cincuenta oraciones o cantos, de muy diversas épocas y autores, que se fueron agrupando en distintas colecciones hasta alcanzar su disposición actual. En la Biblia hebrea este libro ocupaba el primer lugar de la tercera parte, conocida como los "Escritos", y llevaba el nombre de "Tehillim" (alabanzas o himnos). En la versión griega adoptó el nombre de libro de los "Salmos" o "Salterio", nombres conservados en la versión latina.

Al hablar de la fecha de su composición, hay que distinguir entre la composición del libro en su conjunto y la composición de los distintos salmos. En su forma actual, la colección debía

de existir ya en el s. III a. C. (el libro es citado por el Eclesiástico y está ampliamente difundido en Qumrán). Sin embargo, algunos de los salmos que la componen son muy antiguos, anteriores incluso al mismo Israel, que los supo recoger, adaptándolos a su fe y a sus necesidades religiosas. Además, la presencia de colecciones menores dentro del conjunto sugieren la posibilidad de que el libro haya conocido distintas ediciones y agrupe colecciones particulares. Podemos decir que la historia de la formación del salterio es la historia del pueblo de Israel, cuyos sucesivos momentos quedan aludidos o reflejados en los diversos salmos.

También necesita aclaración la numeración de los salmos, que es doble en la mayoría de los casos: la del texto hebreo tradicional (que seguiremos aquí) y la de la traducción griega de los LXX (adoptada en la liturgia y colocada entre paréntesis en nuestra traducción). La diferencia se debe a algunas anomalías en la transmisión de los salmos. Algunos, como Sal 9 y 10, son en realidad uno sólo, dividido en dos de forma arbitraria; otros están duplicados, como Sal 14 y 53. Estas anomalías no son de extrañar en un proceso de formación y transmisión que duró muchos siglos.

2. *Características literarias*

División: Tal y como nos ha llegado, el Salterio está dividido en "cinco libros" (a imitación del Pentateuco): Sal 1-41; 42-72; 73-89; 90-106 y 107-150. Al final de los cuatro primeros libros encontramos esta aclamación: *¡Bendito el Señor, Dios de Israel, ahora y por siempre! Amén, amén* (Sal 41; 72; 89; 106). Pero también se sugieren otras divisiones a partir del mismo libro. Así, se habla de salmos "yavistas" (Sal 3-41; 90-150) y "elohistas" (Sal 42-83), según el nombre de Dios (Yavé o Elohim) que predomina. Atendiendo a las indicaciones de los títulos, se habla de salmos "de David" (Sal 3-41; 51-71; 108-110; 138-145), de los "hijos de Coré" (Sal 42-49; 84-85; 87-88), de los "hijos de Asaf" (Sal 50; 73-83); de salmos "de Yavé, rey" (Sal 93-99), salmos de las "subidas" o de peregrinación (Sal 120-134), o salmos "aleluyáticos" (Sal 113-118; 136; 146-150).

Los títulos de los salmos: Ciento dieciseis salmos van precedidos de los llamados "títulos", o indicaciones iniciales que pueden ser de tres tipos:

– Información técnica (nombre del salmo) y musical, e instrucciones para su ejecución.
– Nombre de los autores (Moisés, David, Salomón, Asaf, hijos de Coré, Hemán, Etán) a los que tradicionalmente se atribuyeron los salmos.
– Datos históricos o litúrgicos, que pretenden situar los salmos en la historia concreta de David (o de Israel) o bien sugieren su preciso contexto litúrgico.

Estos títulos no son originales, sino tradicionales, es decir, fueron añadidos posteriormente por la tradición judía. Sin embargo, algunos de ellos se remontan a periodos muy antiguos (los primeros traductores de la versión griega desconocían el sentido exacto de muchas indicaciones). En cualquier caso, pueden servirnos para reconocer antiguas tradiciones judías sobre el uso de los salmos.

Los salmos, poesía religiosa: Como se insinuaba al principio, los salmos, además de oración, son literatura poética o, si se prefiere, poesía religiosa. Ello significa que para comprenderlos plenamente hemos de afinar nuestra sensibilidad poética y saber descubrir y valorar los recursos poéticos que los conforman. El vocabulario especial, las distintas formas de paralelismo (sinonímico, antitético o sintético), la composición artísticamente elaborada, los juegos de palabras y, sobre todo, la gran profusión y variedad de imágenes empleadas nos permiten acercarnos a la experiencia original del salmista, a su intención y a la experiencia e intención del pueblo que los hizo suyos. De esta manera, comprenderemos mejor la dureza de ciertas expresiones o la violencia de ciertos sentimientos que parecen chocar con nuestra cultura poética y nuestros sentimientos cristianos.

Géneros literarios: Tanto por su origen, o contexto vital en que surgieron, como por su forma literaria, por su temática o por su naturaleza individual o colectiva, los salmos pueden ser catalogados y agrupados en "géneros" o familias. Es importante

identificar y conocer el género literario de cada salmo, pues ello nos permite introducirnos mejor en la historia de cada uno, distinguir sus peculiaridades y captar más plenamente su sentido original. Aunque se han dado distintas clasificaciones de géneros, muchas de ellas bastante coincidentes, nosotros para facilitar la identificación concentramos los salmos en tres grandes géneros: himnos, súplicas e instrucciones (o salmos didácticos), que nos permiten encuadrar otras subdivisiones.

a) *Los himnos* constituyen una de las muestras más representativas y variadas de los salmos. Su rasgo más distintivo es la alabanza a Dios que se ha manifestado en la creación y en la historia, y la exaltación de sus atributos. Su origen o ambiente vital es el culto y, más concretamente, las liturgias comunitarias (puestas de relieve en los diálogos, estribillos y aclamaciones). Su esquema más general contiene una *introducción* en forma de invitación que el salmista dirige a sí mismo o a la asamblea; el *cuerpo del himno*, donde se enumeran los motivos que inspiran la alabanza; y la *conclusión*, con diversas variantes (repetición de la introducción, resumen de motivos, fórmulas de bendición, etc.). Dentro de este género de himnos se pueden incluir los siguientes subgéneros:

· Himnos a Dios, Creador y Señor de la alianza (Sal 8; 19; 29; 33; 100; 103-104; 111; 113; 114; 117; 135; 136; 145-150).
· Himnos al Señor como rey (Sal 93; 96-99)
· Salmos reales, incluidos los salmos de entronización y los salmos "mesiánicos" (Sal 2; 18, 20; 21; 45; 72; 89; 101; 110; 132; 144).
· Cánticos de Sión, que exaltan a Jerusalén y al templo (Sal 46; 48; 76; 84; 87; 122), y donde se pueden incluir también los "cánticos de las subidas" o salmos de peregrinación (Sal 120-134).

b) *Salmos de súplica*: La súplica, tanto individual como colectiva, es el motivo más frecuente en los salmos. Su contexto inmediato son las situaciones difíciles de la vida del hombre (enfermedad, peligros, enemigos, prisión, falsas acusaciones, proximi-

dad de la muerte) o del pueblo (guerra, sequía, hambre, plagas, exilio, etc.), que hacen dirigirse a Dios en busca de auxilio y soluciones. Su estructura común consta de: *introducción* con la invocación del nombre de Dios; *situación apurada* del salmista (o del pueblo); *súplica* propiamente dicha; y *motivos* que la fundan. Dentro de este género se incluyen tres grandes grupos:

- *Lamentación o súplica*, tanto individual (Sal 5-7; 13; 17; 22; 25; 26; 28; 31; 35; 36; 38; 39; 42; 43; 51; 54-57; 59; 61; 63; 64; 69-71; 86; 88; 102; 109; 120; 130; 140-143), como colectiva (Sal 12; 44; 58; 60; 74; 79; 80; 83; 85; 90; 94; 108; 123; 137).
- *Salmos de confianza*: muy parecidos a los anteriores, desarrollan mucho más los motivos de confianza y reflejan una situación de seguridad, paz y alegría en el salmista. Se presentan también como individuales (Sal 3-4; 11; 16; 23; 27; 62; 121; 131) y comunitarios (Sal 115; 125; 129).
- *Salmos de acción de gracias*: constituyen la fase final o el desenlace de los anteriores salmos de súplica y confianza, y tienen cierta afinidad con las alabanzas o himnos. Sus elementos distintivos son la descripción de la intervención de Dios (tras el peligro y la súplica) y la exhortación a la alabanza y a la acción de gracias. Los más representativos son: Sal 9-10; 30; 32; 34; 40 2-12; 41; 92; 107; 116; 138.

c) *Salmos didácticos o de "instrucción"*: No se trata sólo de los llamados salmos "sapienciales". En este grupo se incluyen toda una serie de salmos, generalmente diversos entre sí, cuya finalidad última es enseñar (comportamientos o actitudes), instruir en determinados aspectos y exhortar al individuo o al grupo. Distinguimos cuatro grupos dentro de este peculiar "género":

- *Salmos históricos* (Sal 78; 105; 106), que recogen a modo de profesión de fe las grandes intervenciones de Dios en la historia de Israel, destacando su misericordia y fidelidad, y exhortando a corresponder con las actitudes adecuadas.
- *Salmos litúrgicos* (Sal 15; 24; 91; 95; 134), que recuerdan y enumeran las condiciones requeridas para entrar en el templo, presentarse ante Dios o participar en el culto.
- *Salmos proféticos* (Sal 14; 50; 52; 53; 75; 81) que, incorpo-

rando fórmulas y motivos propios de los libros proféticos (oráculos, promesas, acusaciones), insisten en las grandes exigencias de la alianza.

· *Salmos sapienciales* (Sal 1; 37; 49; 73; 112; 119; 127; 128; 133; 139), que recogen también fórmulas y motivos claramente sapienciales como la meditación sobre la ley, los caminos opuestos de justos y malvados, y, más concretamente, el problema de la retribución.

Antes de cerrar este importante capítulo conviene tener en cuenta dos últimas consideraciones. La primera es que, a pesar de las distintas clasificaciones, hay que contar con la existencia de muchos "salmos mixtos". En ellos, los temas, los motivos teológicos y las formas literarias se encuentran mezclados. Por eso, conviene respetarlos en su forma actual, sin pretender a toda costa forzarlos o encasillarlos. La segunda consideración es que hay que aprender a leer los salmos en el contexto de toda la literatura del Antiguo Testamento, de la que forman parte y a la que remiten constantemente. En efecto, como acabamos de ver al hablar de los géneros, en los salmos nos encontramos con los grandes temas de los cuatro bloques principales del Antiguo Testamento: Pentateuco (creación, liberación, alianza, ley), Escritos históricos (don de la tierra, monarquía, elección de Sión, templo), Escritos proféticos y sapienciales; y, a la inversa, en estos bloques encontramos testimonios de literatura sálmica (Ex 15; Jue 5; 1 Sm 2; 2 Sm 1; 1 Cr 16 8-36; 2 Cr 6 41-42; Jon 2; Nah 1; Hab 3; Dn 3 51-90; Tob 13).

3. Claves teológicas

Los salmos se dirigen a Dios, pero también hablan de Dios: de sus atributos y de sus intervenciones, de la experiencia que el salmista tiene de la presencia o de la ausencia de Dios en su vida. Y hablan también del hombre (y del pueblo de Israel) en su relación con Dios. Sin pretender ser exhaustivos, indicamos algunas constantes teológicas de los salmos, para concluir en la utilización que, primero Cristo y después la Iglesia, hicieron de los salmos.

En los salmos se alaba a Dios por lo que es, por su grandeza,

por las maravillas que ha hecho en la naturaleza y en la historia del hombre, por su lealtad, por su fidelidad, por su capacidad inagotable de perdonar, de hacer justicia, de dispensar sus beneficios a los hombres y, de modo especial, al pueblo de Israel a lo largo de su historia. Se le suplica el perdón, la vida, la prosperidad, la reivindicación de la propia inocencia o el castigo de los malvados.

Los salmos son –como se ha dicho acertadamente– "la oración de Israel". Constituyen la experiencia religiosa de un pueblo plasmada, a lo largo de los siglos, en estas oraciones apasionadas o serenas, llenas de confianza en el Señor o de impaciencia porque su intervención salvadora parece retrasarse. A Dios se le habla de tú a tú, con una increíble libertad, incluso con descaro en algunas ocasiones. En la oración, los israelitas gritan de entusiasmo o gimen de dolor, se recrean en las acciones de Dios y, a veces, casi le exigen una respuesta, o intentan provocar su ira o su venganza. No hay nada de extraño en todo ello: el mismo Dios toleraba e intentaba encauzar los sentimientos, en muchas ocasiones primitivos, de un pueblo que iba madurando lentamente en su fe y en su comprensión de la revelación del Dios de infinito perdón y de amor infinito.

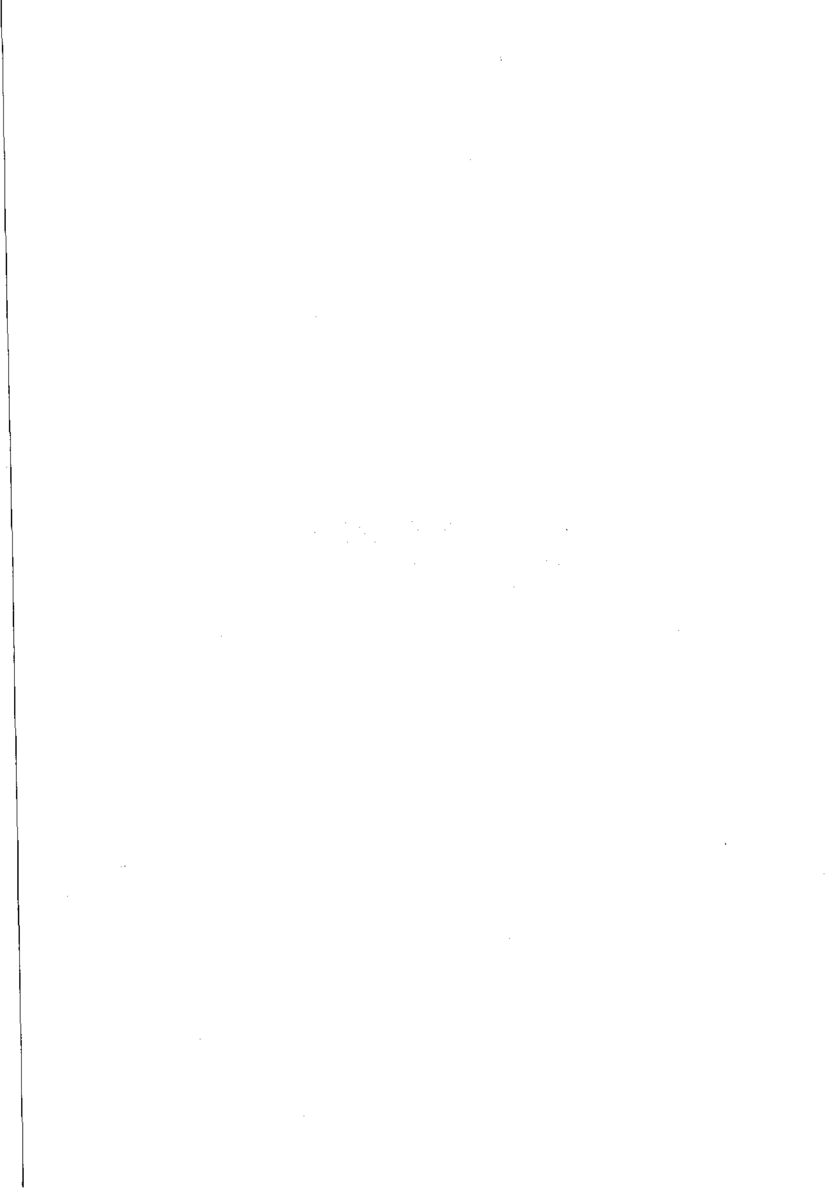
En Cristo esta revelación llega a su plenitud. El mismo Jesús bebió y vivió la espiritualidad de los salmos y los utilizó en su oración, como buen judío. Y los primeros cristianos se sirvieron de ellos para entender el misterio del Dios hecho hombre y para explicarlo en sus catequesis (basta leer los discursos de los Hechos de los Apóstoles).

Fiel a su Maestro, la Iglesia ha seguido orando con los salmos: son la palabra que el mismo Dios nos enseña para que se la dirijamos. Puede que nos resulte difícil conectar en ocasiones con alguno de ellos. Pero, contemplados a la luz de Cristo, de la propia experiencia personal y de la vida de su comunidad de salvación, siguen siendo un manantial privilegiado de oración para los cristianos, sobre todo si aprendemos a entenderlos y a incorporarlos a la oración cristiana por excelencia, el Padrenuestro: también en él están presentes la confianza absoluta en Dios, la alabanza, la súplica, la petición de perdón, y todo ello enseñado y vivido por el Hijo mismo de Dios.

4. Bibliografía

Alonso Schökel, L.-Carniti, C., *Salmos I y II*, Estella 1992-1993.
Beauchamp, P., *Los salmos noche y día*, Madrid 1980.
González Núñez, A., *El libro de los Salmos*, Barcelona 1966.
Gourgues, M., *Los salmos y Jesús. Jesús y los Salmos*, Estella 1983.
Gunkel, H., *Introducción a los Salmos*, Valencia 1983.
Kraus, H. J., *Teología de los Salmos*, Salamanca 1985.
Kraus, H. J., *Los Salmos I y II*, Salamanca 1993-1994.
Mannati, M., *Orar con los Salmos*, Estella 1986.
Prévost, J. P., *Diccionario de los Salmos*, Estella 1990.

COMENTARIO



SALMO 1
El Señor protege el camino de los justos

Jr 21 8; Dt 30 15-20; Mt 7 13-14; Sal 119

1 Feliz el hombre que no sigue el consejo de los malvados,
ni se entretiene en el camino de los pecadores,
ni se sienta en la reunión de los necios,
2 sino que pone su gozo en la ley del Señor,
meditándola día y noche.

3 Es como un árbol plantado junto al río:
da fruto a su tiempo y sus hojas no se marchitan;
todo lo que hace le sale bien.
4 No sucede lo mismo con los malvados,
pues son como paja que se lleva el viento.

5 No prevalecerán en el juicio los malvados
ni los pecadores en la asamblea de los justos,
6 porque el Señor protege el camino de los justos,
pero el camino de los malvados conduce a la perdición.

Abre el salterio un salmo que es más bien una reflexión de tipo sapiencial. Su estructura tiene tres partes: bienaventuranza (Sal 1 1-2); comparación (Sal 1 3-4); conclusión (Sal 1 5-6).

El salmo gira en torno a la oposición justos-malvados y al

tema de los *dos caminos* (Sal 1 1.6). El *camino* es metáfora conocida de la conducta humana (véase, por ejemplo, Sal 25 8-9; 26 11-12; Prov 1 15; 2 8-9). El salmo comienza declarando dichoso al hombre que, como el justo de Sal 26 4-5, no comparte las ideas, proyectos y maneras de actuar de los malvados, presentados como corporación unánime, sino que tiene por consejera y tema de reflexión permanente, y como guía y norma de conducta la ley del Señor, acogida con gozo y cariño. En un periodo tardío de la reflexión sapiencial de Israel la sabiduría llegó a identificarse con la ley (véase Eclo 24). También es tradicional la identificación justo=sabio y su contraria, malvado=necio (véase Sal 5 5-6). Dichoso, pues, el hombre que es "sabio" en este sentido. Todo lo contrario de los malvados, los pecadores, los necios (quizá mejor "cínicos"): tres adjetivos que caracterizan el tipo de persona que el salmista tiene ante los ojos.

La imagen vegetal que el autor emplea como término de comparación es muy gráfica y sugerente (véase Sal 37 2.20; 90 5-6; 92 13-15; Jr 17 5-8): un árbol bien regado, lozano y frondoso, firmemente enraizado, y con frutos abundantes y logrados, frente a la inconsistencia, falta de arraigo e inestabilidad de la paja que el viento aventa. El axioma tradicional de que a los justos les va bien y los malos fracasan se refleja en esta comparación (véase Sal 35; 37; 49; 73). Y constituye, además, el contenido de la última parte del salmo (Sal 1 5-6), en la que el salmista resume y concluye en tono solemne que el fracaso de los malvados y pecadores es y será total y en todos los terrenos: forense (juicio), religioso (asamblea de los justos), vital y práctico (perdición). Como el salmo no especifica, puede entenderse todo esto tanto en el ámbito histórico como en el escatológico. Por contraste, aunque el salmo no lo dice explícitamente, el camino de los justos-sabios conduce a buen fin, al éxito, a la plenitud. La razón última, y esto sí se dice explícitamente, es que el Señor protege (literalmente, *conoce*) a sus fieles, a los que meditan y cumplen su ley. En relación con la ley se mencionó por primera vez en el salmo al Señor (Sal 1 2), y ahora se menciona por segunda y última vez. Así comienza y termina el salmo y relaciona dos ideas que constituyen su resumen perfecto: dichoso el justo que medita la ley del Señor, el Señor protege el camino del justo.

Con parecidas imágenes nos instruye Cristo sobre los dos

caminos (véase Mt 7 13-14). En oír y cumplir su palabra (su ley) consiste, nos dirá al final del Sermón del Monte, la suprema sabiduría; hacerlo así es garantía de firmeza y estabilidad (véase Mt 7 24-27). Cristo mismo se entiende a sí mismo como *el camino* (véase Jn 14 6): el que se mantiene en él produce mucho fruto, como el árbol del salmo (véase Jn 15 5). A eso estamos destinados, para eso hemos sido elegidos: *para que vayáis y deis fruto abundante y duradero* (Jn 15 16).

SALMO 2
He entronizado a mi rey

Sal 110; Hch 4 25-28; Is 40 15-17; Heb 1 5; Ap 19 15; 2 26-27

[1] ¿Por qué se amotinan las naciones
y traman los pueblos inútiles proyectos?
[2] Los reyes de la tierra se sublevan,
los príncipes conspiran contra el Señor y su ungido:
[3] «¡Rompamos sus coyundas, sacudámonos su yugo!»
[4] El rey de los cielos se sonríe, mi Señor se burla de ellos.
[5] Luego los increpa airadamente,
con su enojo los llena de terror:
[6] «He entronizado a mi rey en Sión, mi monte santo».

[7] Voy a proclamar el decreto del Señor; él me ha dicho:
«Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy.
[8] Pídemelo, y te daré en herencia las naciones,
en posesión los confines del mundo.
[9] Los machacarás con cetro de hierro,
los quebrarás como cacharro de alfarero».

[10] Y ahora, reyes, reflexionad,
aprended, gobernantes de la tierra.
[11] Servid al Señor con temor,
estremeceos y temblad ante él;
[12] no sea que se irrite y os veais perdidos,
pues su ira se enciende de repente.
¡Felices los que se acogen a él!

Salmo real, el primero de una serie de salmos que se ocupan de la persona del rey, ungido ("mesías") de Dios, en cuyo nombre ejerce la soberanía y el gobierno (véase Sal 18; 20; 21; 45; 72; 101; 110; 132). Puede que estos salmos provengan o reflejen algunas de las ceremonias relacionadas con el monarca: entronización, bodas reales, cortejos diversos, etc. Este salmo habla expresamente de la entronización del rey en Jerusalén (Sión), capital del reino, y de una rebelión de reyes vasallos. Hay motivos y expresiones paralelas a las del Sal 110. Su estructura comprende tres partes temáticamente distintas: rebelión de reyes y naciones (Sal 2 1-6); decreto de adopción (Sal 2 7-9); exhortación conclusiva (Sal 2 10-12). Como mecanismo literario, que da viveza al salmo, en la primera parte habla el salmista y cita las palabras de los reyes y las de Dios; en la segunda habla el rey israelita que, a su vez, refiere las palabras de Dios; en la tercera recobra la palabra el mismo autor. Sal 2 11 presenta especiales dificultades para la traducción.

Israel, como otros pueblos vecinos, daba especial relieve a la entronización real: era lo que hoy llamamos "coronación", es decir, la toma de posesión del trono y el inicio oficial del reinado. Uno de sus ritos era la unción con óleo sagrado, en señal de consagración. Por ella el rey se convertía en el *mesías* o ungido del Señor. Y por el decreto de adopción el rey quedaba legitimado como hijo adoptivo de Dios, como su más cualificado representante (Sal 2 7; véase 2 Sm 7 14; Sal 89 27-28). Se establecía una cierta identificación entre el rey y Dios: obedecer al rey era obedecer a Dios, y rebelarse contra él significaba rebelarse contra el mismo Dios que lo respaldaba y a quien representaba (Sal 2 2-3).

El salmista comienza constatando un levantamiento de reyes y naciones contra el rey israelita quizá, como era bastante normal, tras la muerte del rey anterior y en el momento del inicio del nuevo reinado. Con la pregunta inicial el autor expresa el asombro que le produce tamaña osadía y el fracaso a que está condenada (*inútiles proyectos*). Los reyes son vasallos de Israel, como se desprende de sus mismas palabras. (Sal 2 3).

El Señor, rey de los cielos, unido por especialísimos lazos al rey de la tierra, reacciona: se burla de ellos y de sus proyectos (véase Sal 37 13; 59 9) y luego, encolerizado, les recuerda en tono de advertencia que el rey de Israel es "su" rey, que él mismo lo ha colocado sobre el trono en la capital sagrada.

El salmista hace ahora que tome la palabra el rey y proclame el fundamento de esas relaciones que no es otro sino el decreto por el que Dios lo ha adoptado como hijo y le ha prometido su protección para que domine y someta pueblos y naciones. De hecho, una de las primeras tareas del nuevo rey consistía en asegurar la paz en sus fronteras y garantizar el sometimiento de los reyes vasallos (Sal 2 8-9; véase Sal 110).

La exhortación final es consecuencia lógica de todo lo anterior: conviene reflexionar, dice el autor a los reyes rebeldes y a todos los gobernantes de la tierra, antes de embarcarse en tan peligrosas aventuras. Deben permanecer sometidos al rey de Israel, es decir, "servir al Señor con temor y temblor", aunque sólo sea para evitar consecuencias terribles. Y si en vez de limitarse a servirle de ese modo, se acogen a él voluntariamente como fieles creyentes, entonces serán felices de verdad; es la bienaventuranza que cierra el salmo.

Con el tiempo, este salmo se enriqueció con tonalidades mesiánicas. En el Nuevo Testamento fue repetidamente aplicado a Cristo para corroborar su condición mesiánica y su filiación divina (véase Hch 4 25-26; 13 13; Heb 1 5; 5 5; Ap 2 26-27; 19 15).

SALMO 3
Tú, Señor, eres mi escudo

2 Sm 15 13-14; Sal 18 3; 62 8; Jon 2 10

1 *Salmo de David cuando huía de su hijo Absalón.*

2 Señor, ¡cuántos son mis enemigos,
cuántos los que se alzan contra mí!
3 ¡Cuántos los que dicen de mí:
«Dios no será su salvación»!

[4] Mas tú, Señor, eres mi escudo,
tú, gloria mía, me haces salir vencedor.
[5] Clamo al Señor a voz en grito,
y él me responde desde su monte santo.
[6] Me acuesto, me duermo y me despierto,
porque el Señor me sostiene.
[7] No temo a esa multitud innumerable
que por todas partes se alza contra mí.

[8] ¡Levántate, Señor! ¡Sálvame, Dios mío!
Tú que hieres a todos mis enemigos en la cara;
tú que rompes los dientes de los malvados.
[9] En ti está, Señor, la salvación.
¡Descienda tu bendición sobre tu pueblo!

Salmo de confianza y súplica individual, estructurado en tres partes: descripción de la situación (Sal 3 2-3); profesión de confianza (Sal 3 4-7); súplica (Sal 3 8-9).

Constituye este salmo –tal vez una plegaria nocturna: véase Sal 3 6– una expresión de absoluta confianza en Dios incluso en medio de innumerables peligros. El salmista se ve acosado por una multitud de enemigos (Sal 3 2-3.7; véase Sal 69 5) que cuentan por anticipado con su derrota porque están convencidos de que Dios ha abandonado al salmista, de que ya no lo protege, de que no se ocupa de salvarlo.

El salmista no pierde la serenidad. Sabe, y se lo manifiesta al mismísimo Dios, que no está sólo, que el Señor no lo ha abandonado, que sigue siendo su protección, su escudo, su gloria, el que le consigue la victoria (Sal 3 4; literalmente "me haces levantar la cabeza": véase Sal 27 6). Después de esa confesión se vuelve a los oyentes –¿el pueblo? Véase Sal 3 9–, o reflexiona para sí mismo, y describe cómo acude al Señor y cómo éste le responde siempre. La alusión a la presencia continua de Dios en el templo de Jerusalén –su *monte santo* (Sal 3 5)– refuerza la confianza. Esta experiencia personal de la ayuda de Dios hace que el salmista duerma tranquilo (véase Sal 4 9) y no tenga miedo por muchos que sean sus enemigos (Sal 3 6-7; véase Sal 23 4).

Vuelto una vez más al Señor, el salmista le pide con urgencia la salvación, seguro de la derrota de los enemigos a los que Dios vence a bofetones, y reafirma con profundo convencimiento y en respuesta a las palabras de aquellos (Sal 3 3) que en el Señor está la salvación, que el Señor sí se ocupa de protegerlo y de salvarlo siempre (Sal 3 9), porque es "mi Dios" (Sal 3 8). El deseo ferviente de que esa salvación alcance a todo el pueblo en forma de bendición divina cierra este sereno canto de confianza.

La Iglesia ha leído el salmo en clave cristológica, interpretando Sal 3 6 a la luz de la muerte y la resurrección de Cristo.

SALMO 4
Me diste alivio en la angustia

Ef 4 26; Sal 51 21; Dn 9 17

1 *Al maestro de coro; con arpas. Salmo de David.*

2 Respóndeme cuando te invoco, oh Dios defensor mío;
tú, que en la angustia me diste alivio,
ten piedad de mí y escucha mi plegaria.

3 Y vosotros, hombres, ¿hasta cuándo ultrajaréis mi honor,
amaréis la vanidad y buscaréis la mentira?
4 Sabed que el Señor me ha mostrado su amor.
El Señor me escucha cuando lo invoco.
5 ¡Temblad, pues, y no pequéis más;
reflexionad en vuestro lecho y callaos!
6 Ofreced sacrificios como es debido y confiad en el Señor.

7 Hay muchos que dicen:
«¿Quién nos mostrará la felicidad?»
Haz brillar sobre nosotros la luz de tu rostro,
8 pues tú, Señor, me das más alegría,
que si tuviera trigo y mosto en abundancia.
9 Me acuesto en paz y en seguida me duermo,
porque sólo tú, Señor, me haces descansar confiado.

Salmo difícil de clasificar, en el que se alternan la súplica y la profesión de confianza, con evidentes paralelismos con el salmo anterior (Sal 4 7=3 3; 4 8=3 4; 4 9=3 6). Su estructura comprende tres partes: súplica (Sal 4 2); interpelación a los adversarios (Sal 4 3-6); declaración de confianza (Sal 4 7-9).

En la primera parte se suplica el auxilio de Dios con las invocaciones típicas *–ten piedad de mí, escucha, respóndeme–* entre las que se intercalan ya unos motivos de persuasión y confianza, argumentos para convencer a Dios de que intervenga y razones para reafirmar la seguridad del salmista: Tú eres Dios, mi salvador, y en anteriores ocasiones ya me has ayudado (Sal 4 2). Es decir, el autor se dirige a un Dios sobradamente conocido y experimentado como salvador. La profunda confianza en ese Dios hace nacer la súplica, como sucedía en el Salmo 3.

Dirigiéndose después a unos hombres, adversarios suyos según la descripción que hace, les echa en cara su conducta malvada, producto de una radical desconfianza en el Señor. La actitud del hombre hacia Dios marca su proceder con el prójimo. El salmista los invita vehementemente a observar su propia experiencia, de la que ofrece testimonio solemne: Dios me escucha siempre porque me ama (Sal 4 4). Y los exhorta a recapacitar –incluso de noche, en el lecho, que la almohada es buena consejera–, a escarmentar y a convertirse; a cambiar de conducta con los demás y a practicar entonces un culto como es debido cimentando su existencia en la confianza absoluta en el Señor, incluso en los momentos de adversidad (Sal 4 7: verso difícil).

El salmista refuerza sus recomendaciones volviendo a exponer, de nuevo en diálogo con Dios, cómo el Señor es fuente de alegría y de gozo, y cómo su compañía y su acción producen más satisfacciones que las de una cosecha abundante (Sal 4 8). Una última imagen, la del sueño que acude rápido y transcurre sereno, sirve para describir con una sola pincelada el sosiego y la tranquilidad de una vida de íntima relación con Dios (véase Sal 3 6).

¿Podría tratarse de una oración vespertina (véase Sal 4 5 y 9)? No hace falta interpretar a la letra esas frases, pero lo cierto es que ellas han motivado el uso del salmo en la liturgia de la Iglesia.

SALMO 5
No eres un Dios que ame la maldad

Sal 84 4; Prov 6 17-19; Sal 138 2; Ap 7 15-16

1 *Al maestro de coro; con flautas. Salmo de David.*

2 Escucha mis palabras, Señor, atiende a mis gemidos,
3 oye mi grito suplicante, Rey mío y Dios mío; a ti te invoco.
4 Señor, por la mañana escuchas mi voz;
por la mañana te expongo mi causa y me quedo esperando.

5 Tú no eres un Dios que ame la maldad;
el malvado no halla asilo junto a ti,
6 ni el necio resiste tu mirada.
Tú odias a los que hacen el mal;
7 haces perecer a los mentirosos,
al hombre sanguinario y fraudulento lo detesta el Señor.
8 Mas yo, por tu gran amor, entraré en tu morada;
me postraré en tu santo templo con reverencia, Señor.

9 Guíame, Señor, con tu fuerza salvadora,
porque tengo enemigos; allana delante de mí tus caminos.
10 En su boca no hay sinceridad,
su corazón está lleno de perfidia;
su garganta es sepulcro abierto;
su lengua, pendiente escurridiza.
11 Castígalos, oh Dios, que fracasen sus planes;
expúlsalos, por sus muchos crímenes,
por haberse rebelado contra ti.

12 Que se alegren los que se acogen a ti, y su gozo sea eterno;
protégelos, y se llenarán de júbilo los que te aman.
13 Porque tú, Señor, bendices al justo,
y como un escudo lo protege tu favor.

Es una súplica individual cuyos elementos se encuentran entremezclados dando lugar a una estructura bastante compleja: invocación inicial (Sal 5 2-4); confesión y motivos de confianza (Sal

5 5-8); descripción de la situación enmarcada en dos súplicas, una en favor del propio salmista y otra que mira a los enemigos (Sal 5 9-11); conclusión: súplica general motivada (Sal 5 12-13).

El salmista es un hombre injustamente atacado y acusado, que acude a Dios con absoluta confianza a presentarle su caso y a solicitar su ayuda y el castigo de los enemigos.

Comienza con una invocación insistente que usa los elementos típicos del género: imperativos (escúchame, atiéndeme, óyeme...); nombre de Dios, en este caso *Rey mío y Dios mío*, subrayando la majestad de Dios y, al mismo tiempo, su cercanía e intimidad con el salmista; y una circunstancia que de alguna forma es ya expresión de confianza: por la mañana le presenta al Señor su súplica, desde primera hora acude a él, le habla de su caso y se queda esperando, en actitud confiada. Estamos en un contexto judicial: el salmista expone su causa ante el Señor que, como rey, es también juez (véase Sal 9 8-9), y se queda a la espera de la sentencia.

Los motivos para la confianza se exponen a continuación: el autor confiesa su fe profunda en la bondad de Dios y su aborrecimiento del mal y de los que lo practican. Dios es un juez justo (véase Sal 7 10). Por eso el salmista puede esperar y confiar pues no es uno de esos malvados y, por tanto, no será rechazado por Dios; al contrario, por el gran amor que Dios le tiene –no es malvado, no lo aborrece Dios–, podrá entrar en el templo y gozar de su intimidad. Hasta ahora no ha aparecido la causa de la súplica, ni la desgracia que la provoca; todo es genérico.

Por fin, en la tercera parte (Sal 5 9-11), se aclara un poco la situación: el salmista se encuentra rodeado de enemigos que mienten, calumnian, engañan. Sus palabras son verdaderas trampas mortales, que ellos usan para causar daño y muerte a su alrededor. El salmista pide para ellos, en primer lugar, que fracasen sus planes, que no logren hacer más daño de ahora en adelante; en segundo lugar pide un justo castigo por lo que ya han hecho. Es de justicia: lo tienen merecido por sus muchos delitos, por rebelarse contra Dios.

El *expúlsalos* (Sal 5 11) puede referirse al templo –en el que el salmista y los justos sí pueden acogerse y encontrar asilo (véase Sal 5 5)–, al país –destierro–, o a la faz de la tierra, en el sentido de que desaparezcan de entre los vivos (véase Sal 52 4-7).

Hasta aquí el orante ha pensado y hablado en una perspectiva

personal: sus enemigos, su Dios, su causa, sus necesidades. Ahora, al final, se siente miembro de un grupo más amplio: los que se acogen al Señor, los que lo aman. Y pide para ellos protección y alegría eterna (Sal 5 12). La última frase del salmo (Sal 5 13) suena como una reflexión en voz alta que expresa la fe del salmista (como Sal 5 5-7) y lo corrobora en su confianza. Todo el salmo se recapitula en esa jaculatoria final: el salmo queda redondo, acabado, asentado firmemente en la certeza de la protección divina.

Cristo ampliará el horizonte de la oración cristiana al recomendar la oración por los enemigos como propia de una actitud tomada a imitación de la de Dios, Padre solícito que se preocupa de todos sus hijos (Mt 5 44-45).

SALMO 6
El Señor ha escuchado mis lamentos

Jr 10 24; Sal 38 2; Jr 17 14-15; Sal 88 11-13; 119 115

[1] *Al maestro de coro; con arpas; en octava. Salmo de David.*

[2] Señor, no me castigues con ira,
no me corrijas con furor.
[3] Piedad, Señor, que desfallezco,
sáname, que tengo los huesos triturados.

[4] Me encuentro completamente abatido.
Señor, ¿hasta cuándo?
[5] Fíjate en mí, Señor, y líbrame,
que tu amor me ponga a salvo,
[6] pues los muertos ya no se acuerdan de ti,
y en el abismo, ¿quién te alabará?
[7] Estoy agotado a fuerza de gemir,
baño en llanto mi lecho cada noche,
inundo de lágrimas mi cama;

[8] mis ojos se consumen de pena,
envejecen de tantas angustias.
[9] ¡Lejos de mí vosotros, malhechores,
que el Señor ha escuchado mis lamentos!
[10] El Señor ha escuchado mi súplica,
el Señor ha acogido mi oración.
[11] ¡Todos mis enemigos, confusos y aterrados,
retrocederán de pronto avergonzados!

Este es, en la liturgia de la Iglesia, el primero de los siete salmos "penitenciales": Sal 6; 32; 38; 51; 102; 130; 143 (en la numeración litúrgica: 6; 31; 37; 50; 101; 129; 142). Predominan en ellos la conciencia del propio pecado y el arrepentimiento, alternando con súplicas de perdón por parte del salmista y manifestaciones de misericordia por parte de Dios.

En su estructura se distinguen tres partes: una introducción en la que se invoca el nombre del Señor para pedirle auxilio (Sal 6 2-3); descripción de la situación del salmista, con un nuevo grito de auxilio y unos motivos de persuasión y confianza (Sal 6 4-8); proclamación de la certeza de la intervención salvadora de Dios con una imprecación contra los enemigos (Sal 6 9-11).

En este salmo "penitencial" es extraño que el autor no confiese su pecado ni reivindique su inocencia. Su culpa se supone, y está implícita en el "castigo" y la "corrección" de Dios (Sal 6 2; véase más explícitamente en Sal 38 2ss). La situación –real o figurada (metafórica)– en la que el salmista se encuentra es posiblemente una enfermedad mortal (Sal 6 3-4.7-8). La enfermedad se entiende en el Antiguo Testamento como uno de los medios por los que Dios "castiga" y "corrige" el pecado del hombre. Al sufrimiento físico causado por la enfermedad hay que añadir el sufrimiento moral provocado por el sentimiento de que Dios está ofendido y airado contra el salmista y, por lo mismo, se supone que le tiene vuelta la espalda o el rostro (Sal 6 2). Y quizá haya que añadir la persecución por parte de los *malhechores* y *enemigos* que parece insinuarse en Sal 6 9-11. El enfermo, víctima de la enfermedad, es también víctima de los hombres,

que así castigan al ya castigado por Dios (véase Sal 31 14; 38 12-13.21; 41 10; 102 9).

Todos estos sufrimientos han agotado al salmista (Sal 6 3-4). La descripción de su estado es magistral y sobrecogedora. Se pasa las noches angustiado, penando y llorando (Sal 6 7-8). Por eso se vuelve a Dios y suplica desgarradoramente: no me castigues más, ten piedad, sáname, vuélvete, sálvame. La oración es insistente e incluso impaciente, con la pregunta típica de esta clase de salmos: *¿hasta cuándo, Señor?* (Sal 6 4; véase Sal 13 2-3). Para "forzar" más la intervención de Dios se apela a dos razones –los motivos de persuasión y confianza de las súplicas: véase introducción–: la misericordia de Dios y su amor (Sal 6 5), y el hecho de que en el abismo, lugar de los muertos, ya no es posible el conocimiento y la alabanza de Dios. Si el salmista muere, Dios va a perder un adorador, va a ver mermada su alabanza (Sal 6 6; véase Is 38 18; Sal 30 10; 88 6.11-13; 115 17; 118 17).

El salmo termina con la proclamación, tres veces repetida y, por tanto, solemnísima (Sal 6 9-11), de la intervención salvadora de Dios, o porque ya se ha producido, o porque se espera con absoluta certeza que se produzca. Esta proclamación se encuentra enmarcada entre dos inesperadas menciones de los malhechores-enemigos, expresando su fracaso y el triunfo final del salmista.

El salmo es conmovedor, a pesar de que está construido con muchos de los elementos tópicos de las lamentaciones: el grito *¡Piedad, Señor, que desfallezco!*, la pregunta *¿hasta cuándo?*, el *vuélvete*, que implica que Dios tiene la espalda o el rostro vueltos y se ha desentendido del hombre enfermo o angustiado, los motivos de persuasión... El salmo entero, y particularmente la descripción del estado lamentable del salmista, es aplicable a multitud de situaciones humanas. Aún sabiendo nosotros ya que la enfermedad y las desgracias no son "castigo" del pecado, la súplica confiada al Señor en esas situaciones sigue siendo la actitud fundamental del creyente.

SALMO 7
Alabaré al Señor porque es justo

Sal 6 5; 3 4; Ex 34 6-7; Eclo 27 25-27

1 *Poema que David cantó al Señor a propósito de Cus, el benjaminita.*

2 Señor, Dios mío, en ti busco refugio,
sálvame de todos mis perseguidores, líbrame;
3 no sea que me destrocen como leones,
de cuyas fauces nadie puede escapar.

4 Señor, Dios mío, si he actuado mal,
si la maldad ha manchado mis manos,
5 si he hecho mal a mi amigo,
o despojado sin motivo a mi adversario,
6 que el enemigo me persiga y me agarre,
que me pisotee contra el suelo,
y arroje por tierra mi honor.

7 Levántate, Señor, con tu furor,
enfréntate con la furia de mis adversarios;
acude en mi defensa, tú que dictas lo que es justo.
8 Que se reúna en torno a ti la asamblea de los pueblos:
presídela tú desde el cielo.
9 ¡El Señor es el juez de las naciones!
Júzgame, Señor, según mi rectitud,
según la inocencia que hay en mí.
10 Que cese la maldad de los malvados;
da tu apoyo al inocente,
tú que examinas el corazón y las entrañas,
tú que eres un Dios justo.

11 Dios es mi escudo, él salva a los honrados.
12 Dios es un juez justo, siempre alerta para el castigo:
13 si no se convierten, afilará su espada,
tensará su arco y lo sujetará firmemente;
14 preparará contra ellos armas mortales,
les lanzará flechas de fuego.

[15] El malvado está preñado de iniquidad,
concibió violencia y da a luz mentira.
[16] Cava una fosa y ahonda,
pero ese hoyo será su propia tumba.
[17] Su esfuerzo se volverá contra él,
y su violencia le caerá encima.

[18] Yo alabaré al Señor, porque es justo,
cantaré en honor del Señor Altísimo.

Salmo de súplica individual, con una estructura muy fluida en la que se suceden varias partes: invocación a Dios (Sal 7 2-3); juramento de inocencia (Sal 7 4-6); apelación a la justicia de Dios (Sal 7 7-10); proclamación de confianza en dicha justicia (Sal 7 11-14); descripción de los malvados y de su destino (Sal 7 15-17); alabanza final (Sal 7 18).

Un fiel se encuentra perseguido y acusado. Y apela al juicio del Señor, juez justo, juez de las naciones y defensor de los inocentes (Sal 7 7.9; véase Sal 9 5.9-8; 94 2; 96 14; 98 9). Este preside desde el cielo una audiencia a la que asisten todos los pueblos (Sal 7 8). El acusado, ante este solemnísimo tribunal cósmico, proclama su inocencia (Sal 7 4-6) y la sinrazón de la acusación y de los tormentos que sufre, pues, en la mentalidad del Antiguo Testamento, éstos son consecuencia del pecado, y él es inocente. Su declaración es una "confesión negativa", que muy bien podría ponerse en boca de Job (véase Job 31; Sal 17; 26): no he hecho nada malo, por lo que mis desgracias no tienen explicación. La confesión de inocencia se refuerza con una imprecación contra sí mismo. A continuación el autor expresa su certeza de que Dios pronunciará un veredicto a su favor (Sal 7 9-11) y se enfrentará a los enemigos que persistan en sus falsas acusaciones y no se conviertan. Si los malvados se abalanzaban sobre el justo como fieras dispuestas a destrozarlo y devorarlo (Sal 7 3.6), Dios les dará caza con armas terroríficas (Sal 7 13-14). A la imagen de los acusadores como leones responde la de Dios como cazador. A los malvados les va a caer encima lo que ellos preparan para su víctima (Sal 7 15-17): el mal se vuelve contra el que lo comete (véase Sal 9 7; 35 7ss; 57 7; 141 10). Es digna de notar la imagen

del malvado como una mujer que concibe, queda encinta y da a luz la iniquidad, la mentira y la maldad. La alabanza final (Sal 7 18) rubrica este magnífico canto a la justicia de Dios.

Los versos centrales (Sal 7 9-10) condensan el tema esencial de este poema y representan una inflexión en él. Hasta este momento el salmista se había dirigido a Dios en segunda persona. A partir de ahora habla de él en tercera persona: la oración se convierte en proclamación pública de confianza y fe.

El justo por excelencia, acusado en falso y condenado injustamente, fue Cristo. Pero Dios *que juzga con justicia* lo llenó de gloria por haber puesto su confianza en él (1 Pe 2 23).

SALMO 8

Qué admirable es tu nombre en toda la tierra

Sal 19 2-7; 104; Mt 21 16; Job 7 17-18; Heb 2 6-9; Eclo 17 1-4; Ef 1 22

[1] *Al maestro de coro; según la oda de Gat. Salmo de David.*

[2] ¡Señor, Dios nuestro,
qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

Tu majestad se alza por encima de los cielos.
[3] De los labios de los niños de pecho,
levantas una fortaleza frente a tus adversarios,
para hacer callar al enemigo y al rebelde.

[4] Al ver el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado,
[5] ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él,
el ser humano para que de él te cuides?
[6] Lo hiciste apenas inferior a un dios,
coronándolo de gloria y esplendor;
[7] le diste el dominio sobre la obra de tus manos,
todo lo pusiste bajo sus pies:
[8] rebaños y vacadas, todos juntos,
y aun las bestias salvajes;

[9] las aves del cielo, los peces del mar
y todo cuanto surca las sendas de las aguas.

[10] ¡Señor, Dios nuestro,
qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

Himno a Dios, creador del universo y del ser humano. Su estructura comprende un estribillo en inclusión que enmarca todo el salmo (Sal 8 2.10), y dos partes: grandeza de Dios (Sal 8 2b-3) y grandeza del hombre en medio de la creación (Sal 8 4-9). El estribillo parece pronunciado por una colectividad que usa el plural: *Dios nuestro*, mientras que el resto del salmo está en singular. Puede ser la aclamación del pueblo y la voz del solista que se alternan. Las dos frases –el estribillo– son idénticas, pero la última está mucho más cargada del sentido de todo lo que precede al declamarse después de la contemplación maravillada que constituye el salmo.

En la primera parte (Sal 8 2b-3) la atención se centra en Dios y en su infinita e impresionante majestad (véase Sal 19 2). Estos versos son de traducción dudosa, pero está clara la contraposición entre niños de pecho y enemigos/rebeldes. Aquéllos descubren gozosamente el universo y van tomando pacífica posesión de él, alabando a su creador y dueño; éstos se rebelan, no aceptan lo que son –criaturas– y no adoran a quien deben –su creador–.

La segunda parte gira alrededor de la pregunta crucial: *¿Qué es el hombre?* (Sal 8 5). Esta pregunta se encuentra también, con distintas respuestas y matices, en Sal 144 3 y Job 7 17. Constituye la clave de este salmo y el motivo concreto que provoca la alabanza maravillada y lo distingue de tantos otros salmos. A la pregunta le falta gramaticalmente un "me pregunto" o algo parecido. Podemos reconstruir la escena. Es noche de luna llena –en el salmo falta el sol–; en medio del silencio nocturno el autor está contemplando el firmamento, la luna, las estrellas infinitas. Y experimenta una tremenda sensación de pequeñez ante tan grandioso espectáculo. De pronto vuelve la mirada sobre sí mismo y se da cuenta de que él, pequeño y mísero, un soplo y una sombra –como lo describe el Sal 144 3–, es lo más grande y maravilloso del universo. Y en la misma pregunta se da ya una

primera respuesta: el ser humano es alguien del que Dios se acuerda, alguien de quien Dios cuida. Pero, además, es un poco menor que un dios, literalmente, un poco menor que un "elohim"; los "elohim" eran antiguamente dioses subalternos, y luego ángeles (véase Sal 86 8; 97 7; 136 2). A ese hombre Dios lo ha investido también de dignidad y de poderío; lo ha coronado de gloria y honor; por último, ha puesto toda la creación bajo sus pies. El ser humano aparece con categoría casi divina, como vice-Dios. El salmista es un creyente: y al mirarse descubre a Dios. Espontáneamente le brota un himno de alabanza y gratitud a ese Dios magnífico que ha mimado al ser humano –su criatura– haciéndolo a su imagen, soberano, señor y dominador de todo lo creado: tierra, mar y aire, animales domésticos, fieras, aves y peces (véase Sal 115 16).

El salmo es una estupenda meditación sobre los relatos de la creación (Gn 1 y 2) y, como aquellos, un canto a Dios, artesano del hombre. Su perspectiva es universal: la humanidad, no sólo Israel o los israelitas. Y responde desde la fe a la pregunta humana fundamental sobre la misma condición humana.

La carta a los Hebreos citará este salmo para decir que Cristo es "el hombre" verdadero, el que ha recibido la auténtica corona de gloria y esplendor y al que le han sido sometidas todas las cosas gracias a su muerte y resurrección (Heb 2 5-9; véase también 1 Cor 15 26).

SALMO 9
Has defendido mi causa con justicia

Sal 138 1; 96 13; 37 39; 7 18; Job 7 18; 16 18

1 *Al maestro de coro; con la melodía de «La muerte del hijo». Salmo de David.*

2 Te doy gracias, Señor, de todo corazón,
quiero proclamar todas tus maravillas;
3 me regocijaré y exultaré contigo,
cantaré a tu nombre, oh Altísimo.

4 Mis enemigos retroceden, caen y perecen ante ti;

[5] pues tú has defendido mi causa con justicia,
sentado en el tribunal, como juez justo.
[6] Reprimiste a los paganos, destruiste al malvado,
has borrado su nombre para siempre jamás.
[7] El enemigo ha caído en ruina perpetua,
arrasaste sus ciudades, su recuerdo se ha perdido.

[8] Pero el Señor reina por siempre
y establece su trono para el juicio:
[9] juzga al mundo con justicia,
y rige a los pueblos con rectitud.
[10] El Señor es una fortaleza para el oprimido,
una fortaleza en tiempos de angustia.
[11] Los que conocen tu nombre confían en ti,
porque nunca abandonas a quien te busca, Señor.
[12] ¡Cantad al Señor, que habita en Sión,
publicad entre los pueblos sus hazañas!
[13] Porque el vengador de los inocentes se acuerda de ellos,
y no olvida el grito de los humildes.

[14] Ten piedad de mí, Señor,
mira cómo me afligen mis enemigos,
rescátame de las puertas de la muerte,
[15] para que pueda proclamar tus alabanzas
y alegrarme con tu salvación en las puertas de Sión.

[16] Cayeron los paganos en la fosa que habían cavado,
en la red que ocultaron quedó atrapado su pie.

[17] El Señor se ha dado a conocer, ha hecho justicia,
atrapando al malvado en sus propias obras.
[18] Que vuelvan los malvados al abismo,
todos los paganos que se olvidan de Dios.
[19] Porque el pobre no quedará siempre olvidado,
ni la esperanza de los humildes defraudada para siempre.

[20] Levántate, Señor, que no se enorgullezca el hombre,
y que los paganos sean juzgados en tu presencia.

[21] Infúndeles pánico, Señor,
para que aprendan que sólo son hombres.

Los salmos 9 y 10 aparecen en el original hebreo compuestos en forma alfabética: cada dos versos se comienza por una letra sucesiva del alfabeto hebreo. Las versiones griega y latina fundieron los dos salmos en uno: a partir de aquí y hasta el salmo 147 encontramos una doble numeración: la hebrea, respetada en nuestra versión, y la griega, ofrecida entre paréntesis, que es la que sigue la liturgia de la Iglesia. El texto de ambos salmos está muy mal conservado, por lo que hay que recurrir frecuentemente a la conjetura.

El salmo 9 es un canto de acción de gracias con elementos de súplica. Su estructura, bastante compleja, alterna los momentos de alabanza (Sal 9 2-3.8-13) y acción de gracias (Sal 9 4-7.17-19) con la súplica (Sal 9 14-15.20-21). El motivo de la gratitud y la alabanza, que el salmista expresa con verdadera sinceridad y entusiasmo, es una reciente intervención divina que ha significado la derrota de los enemigos y la salvación para el salmista. Él la cataloga como una de las *maravillas* o *hazañas* de Dios que quiere proclamar (Sal 9 2) e invita a publicar (Sal 9 12).

La salvación reviste características que se describen con imágenes de diversos ámbitos. Por ejemplo, el ámbito judicial: Dios ha defendido al salmista y ha hecho justicia condenando a los malvados (Sal 9 4-6). O el ámbito de la guerra: el Señor, que es una fortaleza, una verdadera plaza fuerte (Sal 9 10), ha arrasado las ciudades del enemigo, lo ha arruinado completamente y ha borrado su recuerdo para siempre (Sal 9 6-7). O el de las instituciones cívico-religiosas, como la de la venganza de sangre (Sal 9 13; véase Nm 35; Dt 19). Dios es invocado y caracterizado como rey (Sal 9 8; véase Sal 10 16; 93 1; 96 10; 99 1), como juez (Sal 9 5.9.20; véase Sal 10 18; 96 13; 98 9), como protector de los humildes y libertador de los oprimidos (Sal 9 10.13.19).

Ante ese Dios el salmista no puede contener su gozo y su entusiasmo. En varios momentos le brota la alabanza: *los que conocen tu nombre confían en ti, porque nunca abandonas a quien te busca* (Sal 9 11); o la invitación a la alabanza: *¡Cantad al Señor...*

publicad sus hazañas! (Sal 9 12); o el propósito de alabarlo (Sal 9 15).

Una idea subrayada por el salmista es la de que el mal que comete el malvado recae sobre él. El Señor está detrás de este mecanismo que de alguna forma sirve para restablecer la justicia violada (Sal 9 16-17; véase Sal 7 16-17).

El salmo tiene muchas correspondencias internas: Dios se acuerda/no se olvida de los pobres e inocentes (Sal 9 13.19) mientras se olvidan de Dios los paganos, que se identifican con los malvados (Sal 9 6.16.18.20); haciendo justicia se ha dado Dios a conocer y los que lo conocen confían en él (Sal 9 7.11); el Dios que habita en Sión (Sal 9 12) libra al salmista cuando se encontraba ya a las puertas de la muerte, y a las puertas de Sión quiere éste cantarle y alabarlo (Sal 9 14-15).

En el salmo hay tintes nacionalistas: se descubren por la identificación malvados/paganos y las menciones de Sión, capital de la nación. Pero el Dios de Israel ejerce, desde Sión, un dominio y un gobierno universales. Esta convicción profunda suena en los últimos versos: ningún mortal puede arrogarse categoría, gloria o poder divinos (Sal 9 20-21). Nadie puede hacerle sombra a Dios, enfrentársele, actuar en contra de su voluntad salvadora. Así el mundo está seguro y en buenas manos. Lo mismo que el salmista con quien debemos dar gracias a Dios.

Porque además el reino universal de Dios en favor de los pobres, los humildes, los oprimidos, ya se ha hecho realidad en Cristo. Muchos profetas y justos, entre ellos nuestro salmista, desearon ver lo que nosotros vemos y no lo vieron, y oír lo que nosotros oímos, y no lo oyeron. ¡Dichosos nosotros por ver lo que vemos y oír lo que oímos! (véase Mt 13 16-17).

SALMO 10 (9)
No te olvides de los humildes

Sal 22; 17 2.12; Ex 22 21-22; Dt 10 18

[1] ¿Por qué, Señor, te mantienes alejado,
y te escondes en las horas de angustia?

[2] El malvado oprime al humilde con su orgullo,

y lo atrapa en la intriga que ha urdido.
[3] El malvado se jacta de su ambición,
y el codicioso blasfema y desprecia al Señor.
[4] El malvado dice con altanería:
«Dios no me va a pedir cuentas».
[5] Sus empresas prosperan continuamente.
Le tienen sin cuidado tus mandatos,
desprecia a todos sus enemigos;
[6] dice en su interior: «Jamás sucumbiré,
nunca me alcanzará la desgracia».
[7] Su boca está llena de maldiciones, fraudes y engaños,
no tiene en la lengua más que perfidia y maldad.
[8] Se coloca al acecho junto a los poblados,
para matar a escondidas al inocente.
Sus ojos espían sin tregua al desvalido;
[9] está al acecho, escondido como león en su guarida,
al acecho para atrapar al humilde;
lo atrapa y lo arrastra en su red.
[10] Espía, se agazapa, se encoge,
y los desvalidos caen bajo sus garras.
[11] Luego piensa: «Dios lo ha olvidado,
se ha tapado los ojos y nunca ve nada».

[12] ¡Levántate, Señor Dios, alza tu mano,
no te olvides de los humildes!
[13] ¿Por qué desprecia el malvado a Dios,
pensando: «tú no me pedirás cuentas»?
[14] Pero tú ves la pena y la aflicción
y las tomas en tus manos:
el desvalido se abandona en ti,
tú eres la salvación del huérfano.
[15] ¡Rompe el brazo del malvado,
pídele cuentas de su maldad hasta que desaparezca!

[16] El Señor reinará por los siglos de los siglos;
los paganos desaparecerán de su tierra.
[17] Tú, Señor, atiendes los deseos de los humildes,
confortas su corazón, les prestas oído;

18 haces justicia al huérfano y al oprimido,
e impides que el hombre mortal vuelva a sembrar su terror.

Salmo de súplica individual, íntimamente vinculado al anterior (véase comentario a Sal 9). Su estructura comprende cuatro partes: interpelación inicial (Sal 10 1); descripción de la situación y de los malvados (Sal 10 2-11); súplica y motivaciones (Sal 10 12-15); declaración de confianza (Sal 10 16-18).

Este salmo es una súplica contra los terroristas, es decir, contra aquellos que siembran el terror, la desolación y la muerte entre sus semejantes (véase Sal 10 18). Comienza con una pregunta que encierra indignación, impaciencia y queja; una pregunta semejante a las que nosotros nos formulamos ante las fechorías de los malvados: no es falta de fe, sino afán por comprender la actuación de Dios (o su aparente inactividad e indiferencia).

El autor se extiende a continuación en una espléndida descripción de los malhechores y de sus hazañas. El cuadro resultante es aterrador. Demuestra que el orgullo humano está en la raíz de todas las opresiones e injusticias que oscurecen nuestro mundo. Esa soberbia es un rasgo característico de los malvados, que los lleva a oprimir al humilde, a blasfemar y despreciar a Dios y sus leyes, a menospreciar a sus enemigos, a sentirse seguros y autosuficientes. Tres frases de estos malvados los caracterizan: Dios no me va a pedir cuentas (Sal 10 4), jamás sucumbiré ni me alcanzará la desgracia (Sal 10 6), Dios se olvida de todo y no ve nada (Sal 10 11).

Un hombre que piensa y habla de este modo es un verdadero monstruo que sólo vive para la maldición, el fraude, el engaño, la perfidia y la maldad (Sal 10 6b); una bestia salvaje que el salmista dibuja con detalles escalofriantes: agazapado, vigilante, con los músculos en tensión, dispuesto a saltar sobre su víctima y desgarrarla sin piedad, como "un león ávido de presa" (Sal 10 8-10; véase Sal 17 10-12). Sus víctimas son los inocentes, los desvalidos, los humildes, aquellos de los que el Señor, según el salmo precedente, no se olvida nunca (véase Sal 9 13.19), aunque la dolorosa experiencia del justo perseguido y maltratado por el malvado parezca desmentirlo (Sal 10 11).

¿Qué pasa? ¡Levántate, Señor, no te olvides...! La súplica brota espontánea, apasionada, incontenible (Sal 10 12). El salmista presenta dos motivos para persuadir a Dios de que intervenga: para evitar el desprecio y la impunidad de los malvados (Sal 10 13), y porque, en contra de lo que dice el malvado (véase Sal 10 11), tú, Señor, ves la pena y la aflicción del oprimido; tú no te has tapado los ojos, tú eres compasivo, en ti confían los humildes, los desvalidos, los huérfanos, sus sufrimientos son cosa tuya: ¿de quién, si no? (Sal 10 14). A todos éstos no los olvides, a los malvados dales su merecido: dos súplicas correlativas y complementarias, que apelan a la justicia de Dios.

Y ya más sereno, el salmista expresa su confianza en Dios para el presente y para el futuro: un día llegará en que se habrá acabado el terror que el orgullo humano siembra en la tierra y los hombres podrán vivir en paz. Los malvados –ahora son paganos, como en Sal 9– habrán desaparecido. Los que otrora lloraban y sufrían por la opresión y la explotación y la injusticia serán consolados y saciados. Y el reinado de Dios será universal y eterno (Sal 10 16-18).

En las últimas frases los cristianos oímos resonar las palabras de Cristo: Dichosos los pobres, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, porque Dios no se olvida de vosotros, os consolará, y os saciará... (véase Mt 5 3-12; Lc 6 20-26). Y nos conforta en la esperanza el anuncio del ángel a María: "y su reino no tendrá fin" (Lc 1 33).

SALMO 11 (10)
El Señor aborrece al que ama la violencia

Hab 2 20; Mt 5 34; Gn 19 24

1 *Al maestro de coro. Salmo de David.*

En el Señor me refugio. ¿Por qué me decís:
«Huye como un pájaro al monte,
2 pues ya los malvados tensan su arco
y ajustan en la cuerda su flecha,
para abatir en la sombra a los honrados?
3 Si fallan los cimientos, ¿qué puede hacer el justo?»

[4] Pero el Señor está en su santa morada,
el Señor tiene su trono en los cielos;
sus ojos están observando,
sus miradas examinan a los hombres.
[5] El Señor examina al justo y al malvado,
y aborrece al que ama la violencia.
[6] Sobre los malvados hará llover fuego y azufre,
y un viento abrasador les caerá en suerte.
[7] Porque el Señor es justo y ama la justicia:
los honrados contemplarán su rostro.

Salmo de confianza individual, estructurado en dos partes: en la primera (Sal 11 1-3) el salmista confiesa su actitud religiosa y formula una pregunta a sus oyentes; en la segunda se reafirma en sus sentimientos de confianza en la justicia divina (Sal 11 4-7).

Un hombre justo y creyente se encuentra amenazado por las intrigas de los malvados. Sus amigos, aparentemente justos y creyentes como él, le aconsejan la huida, quizá como la salida más práctica y realista que le queda. Y ese consejo es el que provoca el salmo. El autor comienza expresando serena y enérgicamente su confianza en el Señor, su refugio (Sal 11 1). Basado en esa confianza, se encuentra tranquilo a pesar del peligro que lo amenaza. Y pregunta extrañado a sus amigos, repitiendo textualmente sus palabras y en tono de reproche, por qué le aconsejan que huya: ¿es que ellos no tienen fe en el Señor? ¿Acaso dudan de que Dios pueda salvar a su fiel? ¿Les va a fallar esa certeza, a ellos o a él? (Sal 11 3). Esa certeza constituye el cimiento de la vida del creyente.

El autor, en la segunda parte de su salmo, reafirma con fuerza y con ardor sus convicciones. A pesar de estar en el cielo, o precisamente por estarlo, Dios lo ve todo, nada ni nadie escapa a sus miradas (Sal 11 4; véase Sal 10 4.11; 14 2; 102 20). Y ve que hay hombres malvados, que *aman la violencia* (Sal 11 5). El, que es justo y *ama la justicia* (Sal 11 7), no puede soportar a esos malvados, los aborrece. Los destruirá con una lluvia terrorífica de fuego y azufre, como en Sodoma y Gomorra (véase Gn

19 24), y con un huracán abrasador los dispersará y los hará desaparecer (véase Sal 1 4): ese es el destino que les espera, la suerte que les va a tocar, la sentencia que Dios ha pronunciado contra ellos. Mientras que los hombres justos, como el autor, serán felices "contemplando el rostro" del Señor, expresión que normalmente se refiere a su presencia en el culto y el templo, al que se ha aludido en Sal 11 4, pero que no se agota en ese sentido, sino que abarca también la gozosa experiencia espiritual de la cercanía de Dios (véase Sal 17 15; 42 3; 73 28).

El salmo utiliza imágenes y mecanismos muy ágiles. La acción de los malvados en relación con los justos se describe con la imagen de los cazadores que acechan escondidos –en la sombra–, con el arco dispuesto, a sus desprevenidas presas (véase Sal 10 8-9; 37 14; 64 5-7). Para la huida del protagonista la imagen es correlativa: el ave que, huyendo del cazador, se refugia en la espesura de la montaña (véase Sal 91 3; 124 7). Dios juez celeste, imparte justicia, condena a los culpables y ejecuta la sentencia utilizando sus armas cósmicas: lluvia, fuego, viento (véase Sal 7 14; 18 13-15; 140 11-12; 144 5-6). Los personajes son, por una parte, los justos-honrados, denominaciones que se distribuyen simétricamente en el poema: honrados, justo, justo, honrados (Sal 11 2.3.5.7); por otra, los malvados, que aman la violencia (Sal 11 2.5.6). Por encima de los hombres, justos y malvados, está el Señor que también es justo (Sal 11 7) y da a cada uno según su conducta.

Con todos estos mecanismos e imágenes, el autor hace una solemne proclamación de fe y confianza absoluta en el Señor, frente a la incredulidad, el "sentido práctico" y la falta de fe de sus consejeros.

SALMO 12 (11)
Tú, Señor, nos protegerás y nos librarás

Is 59 3-4.15; Jr 9 7

1 *Al maestro de coro; en octava. Salmo de David.*

2 Sálvanos, Señor, que ya no quedan hombres de bien,
se ha perdido la lealtad entre los hombres.

[3] Se engañan unos a otros,
hablan con labios lisonjeros y doblez de corazón.

[4] Que el Señor termine con esos labios lisonjeros,
y con esas lenguas engreídas;
[5] con los que dicen: «Triunfaremos con nuestra lengua,
nuestros labios nos defenderán.
¿Quién dominará sobre nosotros?».

[6] Por la angustia de los humildes, por el grito de los pobres,
ahora me alzo yo –dice el Señor–,
para dar la salvación a quien la ansía.

[7] Las palabras del Señor son palabras sinceras,
plata fundida limpia de tierra, siete veces refinada.
[8] Tú, oh Señor, nos protegerás,
nos librarás por siempre de esta gente;
[9] pues por todas partes se multiplican los malvados:
¡la maldad ha llegado al colmo entre los hombres!

Salmo de súplica comunitaria, estructurada en cuatro partes: grito de auxilio y exposición del caso (Sal 12 2-3); imprecación (Sal 12 4-5); oráculo divino (Sal 12 6); reflexión seguida de expresión de confianza (Sal 12 7-9). Literariamente el autor juega con bastantes recursos, que llenan de viveza y de contrastes el salmo. Comienza dirigiéndose a Dios en la primera parte. En la segunda habla de Dios y expresa un deseo, que concluye citando directamente las palabras de los malvados. Introduce a continuación, también en estilo directo, las palabras de Dios, el oráculo divino. Y en la última parte, en orden inverso a lo que hizo anteriormente, habla de Dios y de su palabra y a continuación vuelve a dirigirse a Dios directamente. Resulta así una composición concéntrica en la que los elementos se corresponden unos a otros. El contraste mayor se establece entre las palabras humanas, falsas y engreídas, y las palabras de Dios, sinceras, fieles y dignas de confianza. Otro contraste abre y cierra el salmo: a la escasez de hombres de bien que se menciona al principio, corresponde la abundancia de maldad de las dos últimas

frases del salmo. Hay que notar que, a pesar de esta aparente claridad, la traducción del salmo ofrece dificultades en varios puntos (Sal 12 6.7.9)

En cuanto al contenido, el salmista se fija en el deterioro de las relaciones entre los hombres debido al mal uso de la lengua: arrogancia, mentiras, engaños (véase Sal 120). El salmo se abre con un diagnóstico pesimista, como el del Sal 14: no queda nadie que sea leal, todos están corrompidos. La sede de la corrupción, de los disimulos y los engaños, es el corazón pervertido e hipócrita. Pero los disimulos, la hipocresía y la mentira son armas eficaces para conseguir poder y dominio. Por eso los que las utilizan se sienten seguros, sin nada ni nadie a quien someterse (Sal 12 5; véase Sal 73 9). Son ellos los que dominan y oprimen, como aparece en las palabras de Dios (Sal 12 6). No todos los hombres, pues, son corruptos y embusteros: los oprimidos, los humildes, los pobres, los que "ansían la salvación" (la traducción de esta frase es difícil), entre los que sin duda se encuentra el salmista y los que con él están orando (*Sálvanos. Tú nos protegerás.. nos librarás*: Sal 12 2.8) son *hombres de bien*. Utilizan su lengua no para engañar y mentir, sino para lanzar "gritos" de dolor o de súplica a Dios (Sal 12 6). Dios los oye, como ha oído también las palabras de los malvados, y promete intervenir: va a "alzarse" o "levantarse", como para un juicio solemne (véase Sal 7 7; 68 2; 76 10; 82 1.9; 94 2; Is 33 10). Y el salmista reflexiona entonces: en la palabra, en la promesa de Dios se puede confiar (Sal 12 7). Es pura y limpia y está "probada", tiene garantía, como la plata de ley, *refinada siete veces* –número de la perfección– (véase la imagen en Sal 66 10; Prov 17 3). La expresión triunfal de confianza que sigue (Sal 12 8) es fruto del oráculo de Dios y de la reflexión posterior del salmista. Y quizá con la última frase (Sal 12 9) se pretende urgir la intervención que Dios ha prometido recordándole la gravedad de la situación.

En este poema hablan el salmista y los fieles suplicando y proclamando su confianza, hablan los malvados jactándose, gritan los pobres quejándose, habla Dios prometiendo su salvación... El salmo reflexiona sobre el hablar, sobre las distintas "palabras", su poder y sus efectos benéficos o aterradores. Sigue siendo un tema actualísimo, quizá hoy más que nunca. Y por encima de todo, el salmo reflexiona sobre la Palabra de Dios eficaz y

salvadora, que se revelará plenamente en Cristo, Palabra de Dios encarnada, Promesa de Dios cumplida.

SALMO 13 (12)
Cantaré al Señor porque me ha salvado

Lam 6 8; Sal 38 17

[1] *Al maestro de coro. Salmo de David.*

[2] ¿Hasta cuándo, Señor, me tendrás olvidado?
¿Hasta cuándo me ocultarás tu rostro?
[3] ¿Hasta cuándo he de andar angustiado,
con el corazón apenado todo el día?
¿Hasta cuándo prevalecerá mi enemigo?

[4] ¡Mira y atiéndeme, Señor, Dios mío!
Conserva la luz de mis ojos,
para que no caiga en el sueño de la muerte.
[5] Que no diga mi enemigo: «Lo he podido»,
ni se alegren mis adversarios al verme sucumbir.

[6] Yo confío en tu amor,
mi corazón se alegrará por tu salvación:
¡Cantaré al Señor, porque me ha salvado!

Salmo de súplica individual con tres partes bien definidas y una mención de Dios en cada una de ellas: invocación a Dios y situación del salmista (Sal 13 2-3); súplica y motivos de persuasión (Sal 13 4-5); expresión de confianza y gratitud (Sal 13 6). La cuádruple pregunta del principio, *¿Hasta cuándo...?*, típica de este tipo de salmos (véase Sal 6 4; 35 17; 74 10; 79 5; 80 5; 89 47; 90 13; 94 3), confiere a esta oración un tono desgarrador y angustioso. El salmista, sin ningún tipo de preámbulos, se dirige impacientemente al Señor como para echarle en cara el "olvido" en que lo tiene y el que le haya "ocultado el rostro" (Sal 13 2). Ese olvido se nota en la situación desgraciada, no mejor especificada pero de peligro mortal (Sal 13 4), por la que el salmista está

pasando, que le causa angustia y tristeza continuas (*todo el día*: Sal 13 3), y que está provocada por la acción del enemigo. En esta primera parte el orante ha mirado a Dios, a sí mismo, al enemigo: triple mirada que se va a repetir a continuación, en la súplica que sigue. Si Dios lo ha olvidado y le tiene el rostro vuelto, el salmista le suplica que se acuerde de él y lo mire: *Mira y atiéndeme* (Sal 13 4). El Señor al que suplica ya no es Señor a secas, como al principio, sino *Señor Dios mío*, reforzando con ese apelativo la relación personal de cariño, intimidad y mutua posesión que une a Dios y al salmista. Con la imagen del sueño-oscuridad y de la luz de los ojos pide ser liberado de la muerte, que quizá sea *el enemigo* que le está venciendo dado el puesto central que ocupa en el salmo. Y refuerza su petición presentando ante Dios dos razones (en realidad una razón desdoblada) por las que debe intervenir: para que el enemigo –¿la muerte?– no cante victoria y para que no *se alegren* los adversarios (Sal 13 5; véase Sal 35 19; 38 17), lo que significaría una vergüenza y un deshonor para el mismo Dios. Porque hay más: Dios debe mirar y atender porque el salmista "confía" en él, en su amor (Sal 13 6). Tanto, que se siente absolutamente seguro de la salvación de Dios y de la alegría que le producirá: *mi corazón se alegrará...* El autor juega con el motivo de la alegría: no deben alegrarse los adversarios y, de hecho, no van a alegrarse, porque la intervención de Dios va a hacer que se alegre el que, hasta ahora, se encontraba triste y angustiado. Y está tan seguro, que habla de la salvación como ya sucedida: en el último verso se expresa el propósito de "cantar" al Señor por la salvación recibida. Esta última frase ya no se dirige a Dios, sino a los oyentes, a todos los creyentes, a los adversarios, a sí mismo: la certeza de la salvación se proclama como buena noticia para todos.

Desde el principio al final ha cambiado radicalmente el clima de la oración: el grito dramático e insistente de un desesperado desemboca en el canto gozoso del que experimenta el amor y la salvación de Dios. De corazón a corazón: del *corazón apenado* de Sal 13 3 al corazón "alegre" de Sal 13 6. El salmo es la plegaria impaciente –*¿hasta cuándo...?*– de todos los que, en cualquier circunstancia, observan que la intervención de Dios parece retrasarse: es terrible la sensación del olvido y del silencio de Dios, de que nos da la espalda o nos vuelve el rostro. Es también la

súplica de la Iglesia que espera con ansia y reconoce con alegría y certeza inquebrantable la salvación definitiva de Dios y la implantación de su Reinado.

SALMO 14 (13)
No hay quien haga el bien

Sal 53; Rom 3 11-12; Dt 28 67

[1] *Al maestro de coro. Salmo de David.*

Dice el necio para sí: «¡Dios no existe!».
Todos están pervertidos y practican la maldad,
no hay quien haga el bien.
[2] El Señor mira desde los cielos a los hombres,
para ver si queda alguien juicioso que busque a Dios.
[3] Pero todos se obstinan en su rebeldía, ninguno hace el bien.
[4] ¡Cuándo aprenderán los malhechores,
que devoran a mi pueblo como si fuera pan
y jamás invocan al Señor!

[5] Pues temblarán de espanto,
porque Dios está de parte de los justos.
[6] Vosotros os reís de los proyectos del humilde,
pero el Señor es su refugio.

[7] ¡Ojalá venga desde Sión la salvación de Israel!
Cuando el Señor cambie la suerte de su pueblo,
exultará Jacob, se alegrará Israel.

Salmo de lamentación individual, con tintes didácticos y proféticos, estructurado en tres partes: situación de la humanidad (Sal 14 1-4); confianza en la justicia divina (Sal 14 5-6); súplica por la salvación de Israel (Sal 14 7). Este salmo se encuentra repetido en Sal 53 con ligeras variantes, y recoge el tema de la situación general de maldad e injusticia que reina en el mundo (Sal 11 y 12).

La falta de fe en la existencia y en la acción providencial de

Dios –ateísmo práctico– se refleja en la conducta: la seguridad de que no hay quien "pida cuentas" lleva a los hombres a una inconsciencia peligrosa y a un desbordamiento de la maldad con el prójimo (véase Sal 10 4.11; 73 11; 94 7). El panorama que pinta el salmista es sombrío: no hay nadie, ni una persona siquiera en toda la humanidad (Sal 14 2: hombres = "hijos de Adán"), que sea juicioso, que busque a Dios, que obre el bien; todos se obstinan en su rebeldía, que consiste en "devorar" a los justos y a los humildes (Sal 14 1-4). Pero Dios existe y lo advierte todo (véase Sal 11 4; 33 13-15), aunque parezca que no termina nunca de convencerse de la maldad humana –bendita "inocencia" de Dios– y que siempre espera que la cosa no sea tan grave (Sal 14 2). Por eso los que niegan la existencia o la vigilancia de Dios no son más que necios, conclusión que se anticipó al principio del salmo (Sal 14 1). Cuando Dios ponga manos a la obra, que ya lo ha hecho, quedará de manifiesto tal necedad. Entonces aprenderán los que no quieren aprender (Sal 14 4), los que tan seguros estaban en sus opiniones y en sus perversidades e injusticias, y van a temblar de terror, al darse cuenta de la existencia de Dios –que ellos negaban– y de su toma de postura clara a favor de los pobres y de los oprimidos –a los que ellos "devoraban"– (Sal 14 5). Ellos se reían de los planes y la forma de vida de los humildes, considerándolos estúpidos y sin fundamento. La sonrisa se les helará en los labios al descubrir que detrás de esos proyectos estaba Dios, que los humildes podían estar seguros porque su refugio era el mismo Señor (Sal 14 6). Y en eso consiste la verdadera sensatez: buscar a Dios, refugiarse en él y actuar justamente.

En consecuencia, el panorama no es tan sombrío: hay un grupo de hombres, "mi pueblo", que parece identificarse con "los justos" y "los humildes", hombres que "invocan a Dios" –en contraste con los malvados, que lo ignoran (Sal 14 5)–, hombres que practican la verdadera sensatez. ¿Se refiere el salmista sólo a los israelitas, *su pueblo*, o abarca a todos los hombres, israelitas o no, que sean religiosos y honestos? En el primer caso el salmo estaría estableciendo un contraste entre toda la humanidad, malvada y opresora, y el pueblo de Israel, justo, religioso, humilde y oprimido por los demás pueblos. En el segundo caso la distinción se establece entre los hombres justos y los injustos, tengan la religión y la raza que tengan. Nosotros preferiríamos esta

segunda hipótesis, aunque por el último verso (Sal 14 7) parece que se debe preferir la primera.

A veces la intervención de Dios parece retrasarse (véase Sal 13); no es, pues, extraño que el salmista termine con una súplica ferviente por la salvación de Israel y la expresión de su confianza total en que el Señor cambiará la suerte del pueblo, ahora perseguido y vejado, colmándolo de gozo y alegría (Sal 14 7; véase el mismo motivo más desarrollado, en Sal 85 2 y Sal 126 1).

SALMO 15 (14)
¿Quién habitará en tu monte santo?

Is 33 15-16; Miq 6 6-8; Sal 24 3-6

[1] *Salmo de David.*

Señor, ¿quién será huésped de tu tienda?
¿Quién habitará en tu monte santo?

[2] El que procede con rectitud y se comporta honradamente;
[3] el que es sincero en su interior y no calumnia con su boca.
El que no hace daño a su prójimo, ni agravia a su vecino,
[4] el que mira con desprecio al impío,
y honra a quienes son fieles al Señor.
El que no se retracta de lo que juró,
aunque resulte perjudicado,
[5] el que no presta a usura su dinero,
ni acepta soborno contra el inocente.

Quien así procede, vivirá siempre seguro.

Es un salmo litúrgico. Su estructura comprende tres partes: pregunta introductoria (Sal 15 1); respuesta (Sal 15 2-5a); conclusión (Sal 15 5b).

Este breve y hermoso salmo, muy parecido a Is 33 14-16, establece las obligaciones del huésped del Señor, es decir, las condiciones para entrar en el templo y participar en el culto divino;

pero también desbordando ese sentido, establece las condiciones para mantener buenas relaciones con Dios y gozar de su cercanía y benevolencia (véase Sal 24). Si el salmista habla de *tienda* y no de templo es para evocar el lugar en que estuvo el arca de la alianza durante el tiempo del desierto y durante los primeros años en la tierra de Canaán; y es *el monte santo*, es decir, la colina de Sión, elegida por Dios para establecer su morada entre los hombres y sobre la que se alza el templo. Ser *huésped de tu tienda* y *habitar en tu monte santo* son términos que describen sugestivamente al Señor como anfitrión y como patrón y dueño de la casa: la tienda y el monte –el templo– son propiedad y morada del Señor. Acercarse, entrar, habitar en ellos es posible cumpliendo unas condiciones determinadas: rectitud, honradez, sinceridad interior y exterior –no calumniar–, no hacer daño ni agraviar a los demás, desprecio y alejamiento de los impíos, honrar a los fieles, mantener y cumplir los juramentos incluso en perjuicio propio, no practicar la usura y no aceptar soborno contra el inocente. Son todas condiciones de tipo ético, que miran hacia el prójimo: para habitar con Dios hay que mirar hacia los hombres. Las relaciones con Dios están condicionadas a las relaciones interhumanas justas. Los destinatarios de esas miradas-acciones de justicia son los hombres en general, sin exclusiones y sin privilegios, es decir, no solo los "hermanos" israelitas. El salmista los llama prójimo, vecino, fieles, inocentes. Los llama también impíos: las relaciones correctas con estos consisten precisamente en no mantener relaciones (véase Sal 1 1; 26 4; 101 3-4; 139 21-22). Las perspectivas del salmo se acercan mucho a las de los profetas: véase Is 1 10-20; Jr 7 1-11; Os 6 6.

Quien cumple esas condiciones, quien se comporta de ese modo, puede ser huésped en la tienda y habitar en el monte del Señor, es decir, puede entrar en el templo. O lo que es lo mismo, según la frase conclusiva del salmo (Sal 15 5b), "vivir siempre seguro". Porque la tienda y la cercanía del Señor es refugio y abrigo seguro y permanente y el monte y la roca son lugares inexpugnables frente a todo tipo de ataques (véase 18 34; 27 5; 31 3-4.21; 61 3-5; Is 33 16).

En la nueva alianza, Cristo nos ha abierto el acceso al Padre y nos ha convertido en huéspedes y familiares suyos (véase Ef 2 16-19). Y cuando a él le preguntaron, como pregunta a Dios el

autor del salmo, las condiciones para ese acceso *–para heredar la vida eterna–* respondió orientando la mirada y la acción de aquel hombre a sus semejantes y, de forma especial, a los más pobres de ellos (véase Mc 10 17-21).

SALMO 16 (15)
Tú, Señor, eres mi único bien

Nm 18 20; Eclo 45 20-22; Hch 2 25-28; 13 35

1 *Poema. De David.*

Protégeme, oh Dios, que me refugio en ti.
2 Yo digo al Señor: «Tú eres mi dueño, mi único bien;
nada hay comparable a ti».
3 A los dioses de la tierra, esos poderes
en los que antes me complacía,
4 dediquen otros sus desvelos y corran tras ellos;
yo no tomaré parte en sus sacrificios,
ni daré culto a esos dioses.
5 Tú, Señor, eres mi copa y el lote de mi heredad,
mi destino está en tus manos.
6 Me ha tocado un lote delicioso,
¡qué hermosa es mi heredad!

7 Bendeciré al Señor que me aconseja,
¡hasta de noche instruye mi conciencia!
8 Tengo siempre presente al Señor:
con él a mi derecha jamás sucumbiré.
9 Por eso se me alegra el corazón, exultan mis entrañas,
y todo mi ser descansa tranquilo;
10 porque no me abandonarás en el abismo,
ni dejarás a tu fiel sufrir la corrupción.
11 Me enseñarás la senda de la vida,
me llenarás de gozo en tu presencia,
de felicidad eterna a tu derecha.

Salmo de confianza individual, estructurado en dos partes: profesión de fe (Sal 16 1-6) y confianza gozosa del salmista (Sal 16 7-11).

Aunque el salmo se abre con una breve súplica (Sal 16 1b), los sentimientos dominantes son la confianza y la alegría experimentada en la intimidad con Dios. La primera parte (Sal 16 1-6) constituye una vehemente y entrañable profesión de fe y de confianza en el Señor. Sal 16 3-4, de muy difícil traducción, parece reflejar la situación de un hombre que en el pasado ha adorado a otros dioses y practicado otros cultos, o ha visto que otros lo hacen. Ahora, que ha descubierto al verdadero Dios y Señor, proclama y confirma su renuncia a ellos y su adhesión total y exclusiva al Señor. Este es su refugio, su dueño, su único bien, al que puede invocar confiadamente y del que puede esperar protección. Después, utilizando una imagen atrevida y de gran plasticidad, se recrea hablando con su Dios (Sal 16 5-6). El lo es todo: es el que marca y dirige el destino del salmista (literalmente la *copa* en la que echan las suertes, el lote que le ha correspondido en el reparto, su parte de herencia. ¡Qué fortuna y qué delicia tener así al Señor! El Señor tiene en sus manos el destino del salmista; el salmista tiene al Señor como propiedad-herencia personal. Esa relación, ese trato, esa intimidad, constituyen algo único. ¿Será el autor un levita de los que no reciben herencia de tierra como sus hermanos de otras tribus porque su heredad es el mismo Señor (véase Nm 18 20; Dt 10 9; 18 1-2)? No es necesario: cualquier israelita, cualquier ser humano, puede y debe gozar de esa íntima relación con Dios.

En la segunda parte del salmo (Sal 16 7-11) se repiten las expresiones de alabanza, confianza y alegría desbordante subrayando algunos aspectos de las relaciones de Dios con sus fieles. Dios mismo es su consejero permanente (*hasta de noche*: Sal 16 7). El salmista lo tiene *siempre presente*, siente cercana su compañía y por eso nunca sucumbirá (Sal 16 8). Es más, espera que Dios lo ponga a su lado y lo llene de felicidad eterna junto a él (Sal 16 11). Dios presente para el salmista, el salmista presente para Dios; Dios a la derecha del salmista, el salmista a la derecha de Dios. La alegría y la seguridad son inmensas, plenas, invaden totalmente al autor: corazón, entrañas, todo el ser (Sal 16 9). Entusiasmado vuelve a dirigirse directamente a Dios: *no*

me abandonarás en el abismo, ni dejarás a tu fiel sufrir la corrupción (o "ver la fosa", que también se puede traducir). Por el contrario, *me enseñarás la senda de la vida* (Sal 16 10-11). ¿Se está refiriendo a la inmortalidad o quizás a la resurrección? El Nuevo Testamento ha aplicado estas palabras a la resurrección de Cristo (véase Hch 2 25-28; 13 35). Así el salmo resulta mesiánico, es decir, referido al Mesías, a Cristo. Pero aunque desde el N.T. esta interpretación sea legítima, no parece que el salmo en sí mismo se refiera a la resurrección, sino más bien a la vida presente vivida en plenitud –largos años– y en comunión de trato íntimo y de amistad con Dios (véase Sal 49 16; 73 24; 118 17). En estas condiciones el salmista vive en paz y no teme ni siquiera a la muerte. El *abismo* (en hebreo "sheol") es el lugar de los muertos, paralelo de la corrupción (la fosa), donde nadie se acuerda de Dios ni puede alabarlo (véase Sal 6 6; 30 10; 49 10; 89 49). Cristo, entronizado a la derecha de Dios, representa la realización de los deseos del salmista (Sal 16 10-11), mucho más allá de lo que el fiel del Antiguo Testamento podía imaginarse.

SALMO 17 (16)
Guárdame como a la niña de tus ojos

Sal 7 4-6; Job 23 11-12; Dt 32 10-11; Jr 15 15-16; Ap 22 4; Sal 73 25-26

1 *Oración de David.*

Escucha, Señor, mi demanda, atiende a mi clamor;
presta oído a mi plegaria, que en mis labios no hay engaño.
2 Tú me harás justicia, porque tus ojos ven lo que es recto.
3 Has examinado mi corazón, me has visitado de noche;
me has puesto a prueba sin hallar malicia en mí:
4 no he pecado con la boca como hacen los hombres;
he cumplido tus mandatos, me he mantenido en tus sendas,
5 he seguido tus caminos con paso firme,
no han vacilado mis pies.

6 Yo te invoco, oh Dios, porque tú me respondes:
inclina tu oído hacia mí, escucha mis palabras.
7 Haz brillar tu amor, tú que salvas de sus enemigos

a los que se refugian en ti.
[8] Guárdame como a la niña de tus ojos,
escóndeme a la sombra de tus alas,
[9] lejos de los malvados que me oprimen,
de los enemigos que me asedian por doquier.
[10] Son gente sin entrañas, hablan con arrogancia,
[11] sus pasos me tienen cercado;
sus miradas me acechan para derribarme,
[12] como un león ávido de presa,
como un cachorro al acecho en su escondite.

[13] Levántate, Señor, sal a su encuentro, derríbalo;
que tu espada me defienda del malvado,
[14] y tu poder, Señor, me libre de los hombres
que cifran toda su suerte en esta vida.
Deja que llenen su vientre con tus riquezas;
que sus hijos queden hartos,
y dejen las sobras a los más pequeños.
[15] Pero yo, por haber sido justo, contemplaré tu rostro,
al despertar me saciaré de tu presencia.

Salmo de súplica individual, estructurado en torno a tres demandas: justicia divina con juramento de inocencia (Sal 17 1-5); liberación de los enemigos (Sal 17 6-12); castigo del enemigo con expresión de confianza (Sal 17 13-15).

El salmo constituye una ardiente petición a Dios de ayuda y de justicia, acompañada de una enérgica confesión de inocencia o "confesión negativa", como las que se encuentran en los salmos 7 y 26.

El autor, que comienza implorando la justicia divina, posee desde el inicio la certeza de que el Señor atenderá su causa y pronunciará un veredicto favorable, y ello por varias razones. En primer lugar porque es inocente y el Señor lo sabe (Sal 17 1-5). No miente al proclamarlo: ha superado con éxito el examen y la investigación a la que el mismo Dios lo ha sometido (véase Sal 7 10; 26 2; 139). Los ojos del Señor, siempre vigilantes (véase Sal 11 4-5), pueden dar testimonio de su conducta intachable. El

salmista sabe y proclama que lo que le está pasando –sea lo que sea– no es a causa de sus propios pecados o de su mal comportamiento.

Además está seguro de que el Señor lo atenderá porque –como lo confiesa al principio de la segunda parte (Sal 17 6-7)– conoce bien a Dios y está convencido de que él lo escucha y salva a los que se refugian en él. Esta certeza mueve la conmovedora petición que sigue: *guárdame como a la niña de tus ojos, escóndeme a la sombra de tus alas* (expresión, esta última, que puede referirse al templo; véase Sal 36 8; 57 2; 61 5; 63 8; 91 4). Tras la petición aparece por fin el motivo de la plegaria: hay unos enemigos que acusan, persiguen, atacan al salmista inocente. La descripción de estos malvados es tópica: oprimen, asedian, son arrogantes y soberbios en sus obras y en sus palabras, no tienen entrañas... Se utiliza la imagen conocida de la fiera al acecho, que ya había aparecido de forma bastante similar en Sal 10 7-10 (véase Sal 22 14; 35 17; 57 5). Para esos enemigos se pide el castigo inmediato y fulminante que ellos sí han merecido por sus maldades. *Levántate*, dice el salmista a Dios, como para un juicio o como un guerrero poderoso que defiende a sus fieles (véase Sal 3 8; 7 7.12-14; 9 20; 10 12).

El verso que sigue (Sal 17 14) es dudoso y de difícil interpretación. La frase conclusiva del salmo es como un resumen y una reafirmación de las certezas del autor: como hombre justo que es, recibirá su recompensa. Esta consiste en contemplar el rostro de Dios, en saciarse de su presencia (véase Sal 11 7). Todo ello sucederá *al despertar*. Quizá podríamos escenificar el salmo: un inocente perseguido ha acudido al templo (*a la sombra de tus alas*) por la *noche* (Sal 17 3) para apelar al veredicto de Dios sobre su caso: es conocida la costumbre antigua de pasar la noche en el templo para recibir una revelación divina o alguna gracia especial (véase 1 Re 3 3-15). La noche, el sueño, es también tiempo de examen y de investigación por parte del juez (véase Sal 3 6; 4 5; 16 7). Al amanecer, hora y momento de salvación (véase Sal 30 6; 46 6; 90 14; 101 8; 143 8), se produce el desenlace: el juez pronunciará una sentencia de cuyo contenido está seguro de antemano el salmista. A partir de ese momento gozará indefinida y plenamente de la compañía de Dios.

SALMO 18 (17)
El Señor salva a los humildes

2 Sm 22; Jue 5 4-5; Sal 77 18-19; 29; Job 36 29-30; Sal 2 8-9; Ap 2 26-28; Rom 15 9

[1] *Al maestro de coro. De David, el siervo del Señor, que entonó al Señor este canto cuando él lo libró de sus enemigos y de la mano de Saúl.* [2] *Dijo:*

Yo te amo, Señor, mi fuerza.
[3] Señor, mi roca y mi fortaleza, mi libertador;
Dios mío, mi peña, mi refugio, mi escudo,
mi fuerza salvadora, mi baluarte.
[4] Invoco al Señor, digno de alabanza,
y me hallo a salvo de mis enemigos.

[5] Los lazos de la muerte me envolvían,
me aterraban torrentes destructores;
[6] los lazos del abismo me apresaban,
la muerte me tenía entre sus redes.
[7] En mi angustia clamé al Señor,
grité a mi Dios pidiendo auxilio.
El escuchó mi voz desde su santuario,
mi grito llegó hasta sus oídos.

[8] La tierra, sacudida, retembló,
se estremecieron los cimientos de los montes,
se tambalearon bajo su furor.
[9] Una humareda subía de sus narices,
y de su boca un fuego devorador
que lanzaba carbones encendidos.
[10] Inclinó los cielos y bajó,
a sus pies tenía una densa nube.
[11] Montó en un querubín, emprendió el vuelo,
sobre las alas del viento se cernía.
[12] De las tinieblas hizo un pabellón;
aguacero sombrío y nubes tenebrosas
formaban una tienda en torno a él.
[13] El fulgor de su rostro despedía

granizos y carbones encendidos.
[14] Tronó el Señor desde los cielos,
el Altísimo hizo retumbar su voz;
[15] lanzó sus flechas, y los puso en fuga,
rayos incontables los desbarataron.
[16] Asomaron los lechos de los mares,
los cimientos de la tierra aparecieron
al estruendo, Señor, de tu bramido,
al furioso resoplar de tu nariz.
[17] Alargó desde lo alto la mano y me agarró,
me sacó de entre las aguas torrenciales.
[18] Me libró de un potente adversario,
de enemigos más fuertes que yo.
[19] El día de mi desgracia me asaltaron,
pero el Señor fue mi apoyo.
[20] Me liberó, me dio respiro,
me salvó, porque me amaba.

[21] El Señor me premia porque he sido justo,
recompensa la inocencia de mis manos,
[22] porque he seguido las sendas del Señor
y jamás me porté mal con mi Dios.
[23] Tuve siempre presentes sus mandatos,
nunca rechacé sus preceptos.
[24] Mi conducta ante él ha sido irreprochable,
me he guardado del pecado.
[25] Sí, el Señor me recompensa porque he sido fiel,
y mis manos son inocentes ante él.
[26] Con quien te ama, eres todo amor,
con el hombre honrado, eres honrado,
[27] limpio con el que juega limpio,
pero con el perverso eres sagaz.
[28] Tú salvas a los humildes
y humillas a los altaneros.
[29] Señor, tú enciendes mi lámpara;
Dios mío, tú alumbras mis tinieblas;
[30] contigo me enfrento a cualquier ejército,

contigo, Dios mío, asalto cualquier muralla.
[31] El camino de Dios es perfecto,
segura la palabra del Señor;
él es un escudo para los que se acogen a él.

[32] Pues, ¿quién es Dios fuera del Señor?
¿Qué roca hay fuera de nuestro Dios?
[33] Dios me ciñe de fuerza
y hace irreprochables mis caminos,
[34] hace mis pies como los del ciervo,
en las alturas me sostiene firme.
[35] Adiestra mis manos para la batalla
y mis brazos para tensar arco de bronce.
[36] Tú me das tu escudo salvador, tu diestra me sostiene,
has multiplicado tus cuidados conmigo.
[37] Despejas el camino ante mí,
y no desfallecen mis pies.
[38] Persigo a mis enemigos, los aplasto,
no descanso hasta haberlos abatido;
[39] los desbarato, no pueden rehacerse,
quedan deshechos bajo mis pies.
[40] Me has ceñido de fuerza para el combate,
aplastas bajo mi pie a mis agresores.
[41] Haces volver la espalda a mis enemigos,
y aniquilas a todos mis adversarios.
[42] Piden auxilio, pero no hay quien los salve,
acuden al Señor, pero no les responde.
[43] Yo los trituro como polvo que se lleva el viento,
los pisoteo como barro de las calles.
[44] Tú me libras de las contiendas de mi pueblo,
me pones al frente de naciones:
un pueblo que yo no conocía me rinde vasallaje.
[45] Al primer gesto me obedecen,
me adulan los extranjeros;
[46] los extranjeros se amedrentan
y abandonan temblando sus refugios.

[47] ¡Viva el Señor, bendita sea mi roca,
sea exaltado Dios mi salvador,
[48] el Dios que me dio el desquite,
que me somete los pueblos
[49] y me salva de mis enemigos!
Tú me das la victoria sobre mis adversarios,
me libras de los hombres violentos.
[50] Por eso te alabo entre los pueblos,
por eso, Señor, canto a tu nombre.
[51] Tú aseguras al rey la victoria,
y otorgas tu favor a tu ungido,
a David y su estirpe para siempre.

Salmo de acción de gracias (algunos lo catalogan como salmo real: tiene bastantes puntos de contacto con los salmos 20; 21; véase Introducción). Con ligeras variantes se encuentra también en 2 Sm 22 2-51. Su estructura comprende seis partes: invocación inicial (Sal 18 2-4); exposición del caso (Sal 18 5-7); teofanía (Sal 18 8-20); reflexión-confesión en dos partes (Sal 18 21-31 y 32-46); himno final (Sal 18 47-51).

Magnífico y vigoroso ejemplo de poesía hebrea y de religiosidad bíblica. Se trata –aunque parezca extraño– de una declaración de amor en toda regla, vibrante de emoción y lirismo, de ternura profunda y de energía expresiva. En función y al servicio de estos sentimientos se han desarrollado en mayor o menor medida las distintas partes del género "acción de gracias" (véase Introducción).

El salmista ama a Dios: lo proclama sencillamente, sin preámbulo ninguno, contenida la emoción, para explotar en seguida en una cascada de piropos a su amado, el Señor, todos de signo guerrero y militar, todos acompañados por el posesivo, subrayando la relación personal: *mi fuerza, mi fortaleza, mi escudo...* El poeta concluye esta primera parte (Sal 18 2-4) proclamando su experiencia personal de la protección y ayuda del Dios a quien tanto quiere (Sal 18 4). Es una declaración axiomática, en la que suena el tema dominante del salmo y aparecen sus personajes: cuando el justo invoca a Dios, él lo salva de sus enemigos.

La exposición del caso –descripción de la situación de peligro y de la súplica que en ella se dirigió a Dios– es breve (Sal 18 5-7). El autor utiliza imágenes con mucha fuerza: la muerte y el abismo, personificados, se valen de aguas torrenciales y devastadoras que arrastran y ahogan al salmista. Son también como cazadores sin piedad, arañas monstruosas que enredan a sus presas y las capturan en sus redes (véase Sal 116 3). El peligro, ciertamente, era mortal –¿qué clase de peligro?–, la súplica, angustiada. Y el Señor, desde su santuario del cielo, la oyó y se dispuso a responder.

La descripción de la intervención divina en respuesta a la súplica del salmista es imponente, de las mejores del salterio (Sal 18 8-20; véase Sal 77 17-20; 97 2-5). Se trata de una teofanía magnífica: Dios se muestra como rey y guerrero fenomenal en su soberano poder y majestad, en medio de una terrorífica tormenta, acompañado de tempestad, truenos y relámpagos, rayos, granizos y temblor de tierra. Aparece enfurecido, galopando sobre el huracán, lanzando a diestro y siniestro los carbones encendidos de su ira, rugiendo y bramando furioso, con un manto tenebroso de nubarrones, aguacero, tinieblas, que lo oculta por momentos, aterrorizando y convulsionando el orbe y acribillando a flechazos a los enemigos. La terrorífica potencia desplegada, la aparición y el ataque fulminante que deja sin respiro a todas las criaturas, son en realidad un gesto de amor salvador: *alargó la mano, me sacó de las aguas, me libró, me dio respiro, me salvó*, dice el salmista rápida y sobriamente (Sal 18 17). Y añade conmovido: *porque me amaba*. El Señor lo ama, él ama al Señor...

Dios premia así la inocencia del justo, que éste confiesa sin falsas humildades (Sal 18 21-25). Ahí se refleja una constante de la actuación divina (Sal 18 26-28). El salmista lo cree así y así lo proclama, para ilustrarlo a continuación con la experiencia que posee de esa actuación divina. Lo hará con imágenes ricas y vigorosas: el Señor me alumbra, me da fuerzas para enfrentarme a ejércitos y asaltar murallas, es mi escudo, es el único, me ciñe de fuerza, me adiestra para la batalla... Las imágenes se multiplican. Son imágenes guerreras, como al principio. La situación empieza a aclararse: se trata de un ataque y una victoria militar. Victoria que es de Dios y del salmista: ambos ponen en fuga al

enemigo, ambos lo aplastan. Verdaderamente la victoria es del Señor, que se la consigue y se la concede a su siervo, lo mismo que le hace dominar las revueltas interiores y le somete los pueblos extranjeros. De pronto el salmo ha adquirido una tonalidad "real"; de pronto descubrimos que es el rey el que ora desde el inicio. Pero no importa: es el justo, rey o súbdito, el que goza de la ayuda y la protección divinas.

Y el salmista termina entonando un himno triunfal a Dios, su salvador (Sal 18 47-51), en el que recapitula todo lo dicho en el salmo, identifica al rey como sucesor de David y ungido del Señor, y canta y alaba a Dios que tanto lo quiere y lo mima (Sal 18 36).

Para los cristianos el salmo se convierte en un himno a Cristo, nuevo y definitivo mesías davídico, triunfador de las fuerzas de la muerte y del abismo, y finalmente glorificado por el Padre.

SALMO 19 (18)
Los cielos proclaman la gloria de Dios

Gn 1 1-8; Job 38 31-33; Sal 9 3; 119

1 *Al maestro de coro. Salmo de David.*

2 Los cielos proclaman la gloria de Dios,
el firmamento pregona la obra de sus manos;
3 el día al día le comunica el pregón,
la noche a la noche le transmite la noticia.
4 No es un pregón, no son palabras,
no es una voz que se pueda escuchar;
5 mas por toda la tierra se extiende su eco,
y hasta el confín del mundo su mensaje.
Allá, en lo alto, preparó una tienda para el sol,
6 y él, como un esposo que sale de su alcoba,
se recrea, campeón, recorriendo su carrera.
7 En un extremo del cielo tiene su salida,
y su órbita llega hasta el otro extremo,
y no hay nada que escape a su calor.

[8] La ley del Señor es perfecta: es descanso para el hombre;
el mandato del Señor es firme: hace sabio al ignorante;
[9] los preceptos del Señor son rectos: dan alegría al corazón;
el mandamiento del Señor es diáfano: da luz a los ojos.
[10] El temor del Señor es puro: estable para siempre;
los juicios del Señor son verdad: todos justos por igual;
[11] son preferibles al oro, al oro más fino;
y más dulces que la miel, más que el jugo del panal.

[12] Por eso tu siervo está atento a ellos,
y los guarda asiduamente.
[13] Con todo, ¿quién conoce sus propios errores?
Purifícame tú de las faltas ocultas.
[14] Guarda también a tu siervo del orgullo,
¡que jamás me domine!
Entonces seré irreprochable e inocente del gran pecado.
[15] Que te agraden mis palabras y mis pensamientos,
Señor, roca mía, mi redentor.

Salmo mixto en el que confluyen tres elementos: un himno a Dios Creador (Sal 19 2-7); un poema didáctico sobre la ley (Sal 19 8-11); una breve súplica (Sal 19 12-15).

En la primera parte la creación entera, representada por el cielo y el firmamento, por el ritmo regular de día y noche y por la órbita majestuosa del sol, entona un hermoso canto de alabanza al Creador. Toda ella emite, sin palabras, un ininterrumpido mensaje de revelación de la gloria y de la acción de Dios. Como en una carrera de relevos, el mensaje se va transmitiendo a lo largo del tiempo, de los días y las noches que se pasan el testigo mudo pero revelador, la palabra callada pero que es audible en todos los rincones del orbe. Tiempo y espacio convertidos en un inmenso auditorio en el que resuenan las alabanzas al Creador del universo.

A todas partes llega también el calor del sol, obra maestra de Dios, en la que ahora se fija el salmista para presentarlo como un atleta vigoroso que cada jornada, después del descanso noc-

turno en la alcoba dentro del pabellón nupcial que el mismo Dios le ha preparado, descorre los últimos velos de la noche y asoma entre las brumas del amanecer para recorrer su órbita repartiendo gozoso calor, vida y luz a todas las criaturas. *¡Qué maravilla la obra del Altísimo!* (Eclo 43 1-5).

La contemplación arrobada de la creación, que se convierte en himno agradecido a su Autor (véanse, entre otros, los salmos 8; 104; 148), da paso a la meditación entusiasmada sobre otra obra maestra de Dios, su ley (Sal 19 8-11: meditación que parece tomada del Sal 119). La ley, como hacía el sol en el aspecto físico, da luz, vida y calor al espíritu humano. El autor amontona sinónimos para ampliar, enriquecer y subrayar: ley perfecta, mandato firme, preceptos rectos, mandamiento diáfano, temor del Señor puro y estable, juicios del Señor verdaderos. Así es la voluntad de Dios expresada en su ley. Por eso proporciona descanso, hace sabios, alegra los corazones, ilumina los ojos... En resumen, vale más que el oro (véase Sal 119 72.127), y es más dulce que la miel (véase Sal 119 103; Ez 3 4).

Aparentemente dispares, estas dos primeras partes del salmo ofrecen una llamativa impresión de unidad: naturaleza y ley, en su orden, belleza, armonía y perfección, y en sus efectos para el hombre corporal y espiritualmente, son expresión única de la revelación divina. El salmo se podría titular: la gloria de Dios en los cielos y en la ley.

En la última parte (Sal 19 12-15) el salmista se dirige directamente a ese Dios como conclusión de su reflexión. La ley es magnífica y tiene efectos maravillosos cuando se cumple. El autor tiene el firme propósito de hacerlo. Pero existen ciertas dificultades para ello: el hombre puede dejar de cumplir la ley por inadvertencia, sin darse cuenta (véase Sal 90 8), o por orgullo y rebeldía. El pecado, de cualquier tipo, se presenta como una dimensión maligna que amenaza dominar al hombre. Sólo Dios puede librar de él: a Dios le suplica vehementemente el salmista ayuda y perdón. Y una vez purificado, puede unir las humildes palabras de su salmo al gran himno de la creación y de la ley esperando agradar a Dios con ellas (véase Sal 69 30-32; Sal 104 33-34).

SALMO 20 (19)
Señor, salva al rey

Sal 18 10.50-51; 1 Re 18 30; Sal 33 16-17; 147 10-11; Is 40 30-31

[1] *Al maestro de coro. Salmo de David.*

[2] Que el Señor te atienda el día de la angustia,
que te proteja el Dios de Jacob.
[3] Que te envíe socorro desde su santuario,
que sea tu apoyo desde Sión.
[4] Que se acuerde de todas tus ofrendas
y acoja con gusto tus holocaustos.
[5] Que te conceda todos tus deseos
y lleve a cabo todos tus proyectos,
[6] para que podamos alegrarnos de tu triunfo
y ondear banderas en honor de nuestro Dios.
¡Que el Señor te conceda todo lo que has pedido!

[7] Ahora sé que el Señor salvará a su ungido,
lo atenderá desde los cielos santos
con la potencia de su diestra salvadora.
[8] Unos confían en los carros, otros en los caballos,
nosotros, confiamos en el Señor, nuestro Dios.
[9] Ellos se tambalean y caen,
nosotros nos mantenemos en pie.
[10] ¡Señor, salva al rey,
atiéndenos cuando te invoquemos!

Salmo de súplica comunitaria por el rey (salmo real: véase Sal 2), estructurado en dos partes: súplica del pueblo (Sal 20 2-6) y profesión de confianza que termina en oración ferviente (Sal 20 7-10).

La primera parte expresa un deseo y un augurio: al rey se dirige la comunidad expresándole su deseo de que el Señor lo atienda. El Señor es el *Dios de Jacob* (véase Sal 44 5; 46 8-12; 75 10; 76 7; siempre en contexto guerrero y de victoria), que habita en su santuario, el templo de Jerusalén-Sión (Sal 20 3), desde

donde bendice y apoya a su pueblo y a su elegido (véase Sal 14 7; 18 7; 68 29; 110 2; 128; 129; 132; 133; 134; 135). Allí ha ofrecido el monarca sacrificios y holocaustos (Sal 20 4) y ha presentado sus deseos, proyectos y peticiones (Sal 20 5-6) que el pueblo desea que Dios acoja gustoso, de manera que conceda la victoria al rey. Así el pueblo se alegrará y podrá *ondear banderas* en señal de fiesta y de homenaje a Dios y al rey.

Este es el *ungido* o mesías del Señor, según las concepciones monárquicas del tiempo (Sal 20 7). El autor habla de pronto en singular, y expresa su certeza de que Dios "salvará" y "atenderá" al rey. ¿Podemos suponer alguna experiencia de salvación entre Sal 20 6 y 20 7, que explique la total seguridad que muestra el salmista en este momento: *ahora sé*?

Vuelve a tomar la palabra la comunidad (véase el *nosotros* de Sal 20 8), para expresar también su certidumbre en la ayuda del Señor. En la guerra santa, que son "guerras del Señor" según las antiguas concepciones del pueblo, Dios es el que concede el triunfo, no los carros ni los caballos, no el volumen del ejército ni la calidad del armamento. Confiar en estas realidades es inútil y constituye una necedad demostrada: sólo en el Señor se debe confiar para no caer (Sal 20 9; véase 33 16-17; 44 4-8; 147 10-11).

El salmo concluye con una súplica ferviente en favor del rey y del pueblo, frecuentemente solidarios e identificados en el Antiguo Testamento (Sal 20 10), en la que se repiten los mismos verbos de Sal 20 7: salvar y atender. Todo el salmo, en realidad, ha girado sobre el verbo «atender», presente al principio, en el centro y al final del mismo (Sal 20 2.7.10). La primera vez es deseo (que te atienda), la segunda es certeza (lo atenderá o lo atiende), la tercera es súplica (atiéndenos) y cierra el salmo con el espíritu y la palabra dirigidos confiadamente a Dios.

SALMO 21 (20)

El rey se regocija por tu fuerza

Sal 20; 61 1-8; 2 Re 20 1-7; Is 38 1-20; Sal 18

[1] *Al maestro de coro. Salmo de David.*

[2] Señor, el rey se regocija por tu fuerza,
¡cuánto goza por tu victoria!

[3] Tú le concedes lo que desea su corazón,
no rechazas la plegaria de sus labios.
[4] Te adelantas a bendecirlo con el éxito,
pones en su cabeza una corona de oro puro.
[5] Te pidió vida, y se la concedes,
y prolongas sus días para siempre jamás.
[6] Gran fama le depara tu victoria,
lo rodeas de honor y magnificiencia;
[7] le concedes eterna bendición,
lo colmas de dicha en tu presencia.

[8] Porque el rey confía en el Señor;
por la gracia del Altísimo jamás fracasará.

[9] Tu mano derrotará a todos tus enemigos,
tu diestra derrotará a tus adversarios:
[10] los convertirás en horno de fuego
cuando vuelvas tu rostro contra ellos.
El Señor los consumirá con su ira y el fuego los devorará.
[11] Tú borrarás su estirpe de la tierra,
y su raza de en medio de los hombres.
[12] Pues han tramado hacerte daño,
han urdido intrigas, pero han fracasado:
[13] tú los pondrás en fuga
en cuanto apuntes tu arco contra ellos.
[14] ¡Levántate, Señor, con tu fuerza!
¡Cantaremos y alabaremos tus proezas!

Salmo real de acción de gracias (véase Sal 2); temáticamente consta de tres partes: alabanza por las bendiciones sobre el rey (Sal 21 2-7); transición (Sal 21 8); confianza en la victoria del rey (Sal 21 9-14).

Este salmo aparece íntimamente relacionado con el anterior, ya que supone su continuidad lógica: la súplica ha sido escuchada (véase Sal 20 2-6) y Dios ha concedido la victoria al rey, aunque no sabemos de qué victoria se trata: ¿una victoria histórica concreta? ¿Cuál? ¿O será más bien la victoria genérica en todos

los combates y contra todos los enemigos con quienes se enfrente? (Sal 21 2.6; véase Sal 18 49).

En justa correspondencia, el pueblo da gracias al Señor por ese don y por todas las bendiciones concedidas al rey como respuesta a las plegarias de éste (Sal 21 3; véase Sal 20 5) Los dones divinos son muy variados: éxito, riquezas, vida larga, fama y honor, bendición y felicidad eternas... Son los que Salomón se encontró sin pedirlos, por pura benevolencia y generosidad divinas (Sal 21 2-7; véase 1 Re 3 11-14).

Hasta este momento el salmista se ha dirigido a Dios. De pronto parece reflexionar o hablar consigo mismo y resumir en una sola frase su conclusión; las relaciones especialísimas que se dan entre Dios y el rey (véase comentario a Sal 2) están hechas de confianza por parte del monarca y apoyo total por parte del Señor: por su gracia el rey no fracasará nunca.

Rápidamente el salmista se vuelve hacia el rey y le "cuenta" uno de los efectos inmediatos de esas relaciones: la victoria sobre los enemigos.

Pero, ¿no se la había concedido ya el Señor? Sí, y a imagen de esa victoria ya lograda se contemplan las futuras. El proceso que el salmista se figura, aunque no lo exprese en ese orden, es lineal. Se pone en marcha una conspiración para derrocar al rey (Sal 21 12). Los conjurados son descubiertos y huyen (Sal 21 13). Pero el rey los alcanza, los derrota ignominiosamente y los hace perecer, a ellos y a toda su estirpe (Sal 21 9-13). El Señor ayuda al rey en este trance. De hecho parece que los adversarios son "consumidos" conjuntamente por el rostro ardiente del rey y la ira de Dios (Sal 21 10).

El salmo termina invocando la "fuerza" del Señor, que ya encontramos en el primer verso. Es esa fuerza divina la que el autor ha tenido presente durante todo su poema y la que lo recorre como nervio central de principio a fin. Es ella la que realiza las proezas del Señor, que el salmista –y todos los fieles– prometen cantar y alabar.

A la luz del Nuevo Testamento, todos estos salmos "guerreros" (Sal 2; 18; 20; 21; y otros) reciben una comprensión nueva: las guerras de Cristo, nuevo y verdadero rey mesiánico, se desarrollan contra los enemigos de Dios y de su reinado: el pecado, el mal en todos sus aspectos, políticos, sociales, económicos y

religiosos. El último enemigo, el peor mal de todos, la muerte, fue también vencida por él, que nos hizo partícipes de su victoria (véase 1 Cor 15 26.54-57).

SALMO 22 (21)
Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Is 52 13-53 12; Mt 27 35.39.43.46; Sab 2 18-20; Jn 19 28; 12 27; Heb 2 12.18

[1] *Al maestro del coro; con la melodía de «La cierva de la aurora». Salmo de David.*

[2] ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?
¿Por qué no escuchas mis gritos y me salvas?
[3] Dios mío, de día clamo, y no contestas;
de noche, y no me haces caso.
[4] Tú estás en el santuario, donde te alaba Israel.
[5] En ti confiaban nuestros antepasados,
confiaban y tú los librabas;
[6] a ti clamaban, y quedaban libres,
en ti confiaban, y nunca los defraudaste.
[7] Mas yo soy un gusano, no un hombre,
oprobio de los hombres, desprecio del pueblo;
[8] todos los que me ven se ríen de mí,
tuercen la boca, menean la cabeza:
[9] «Se encomendó al Señor, ¡pues que él lo libre,
que lo salve, si es que lo ama!».
[10] Porque fuiste tú quien me sacó del vientre,
quien me mantuvo a salvo en los pechos de mi madre;
[11] a ti fui confiado desde el seno,
desde el vientre de mi madre eres mi Dios.

[12] ¡No te quedes lejos, pues se acerca la angustia
y nadie me socorre!
[13] Me acorralan novillos a manadas,
me acosan toros de Basán,
[14] abren contra mí sus fauces,
como leones que destrozan rugiendo.

[15] Estoy como agua derramada,
todos mis huesos están descoyuntados;
mi corazón, como cera, se derrite en mis entrañas.
[16] Tengo la garganta seca como una teja,
y la lengua se me pega al paladar;
me has hundido en el polvo de la muerte.
[17] Me acorralan mastines,
me cerca una banda de malvados:
taladran mis manos y mis pies,
[18] puedo contar todos mis huesos,
me lanzan miradas de triunfo,
[19] se reparten mis vestiduras,
echan a suerte mis ropas.

[20] Pero tú, Señor, no te quedes lejos,
fuerza mía, apresúrate a socorrerme.
[21] Líbrame de la espada,
y mi única vida de las garras del mastín;
[22] sálvame de las fauces del león,
y mi pobre ser de los cuernos del búfalo.

[23] Anunciaré tu nombre a mis hermanos,
te alabaré en medio de la asamblea:
[24] «los que teméis al Señor, alabadlo;
glorificadlo, estirpe de Jacob,
temedlo, estirpe de Israel».
[25] Porque no miró con desprecio ni desdeñó al humilde;
no le ocultó su rostro: y cuando le pedía auxilio, lo atendió.
[26] El será mi alabanza en la gran asamblea,
cumpliré mis votos en presencia de sus fieles.
[27] Comerán los humildes y se saciarán,
alabarán al Señor los que lo buscan:
«¡Viva su corazón por siempre!».
[28] Al recordarlo volverá al Señor la tierra entera,
todas las naciones se postrarán ante él.
[29] Porque sólo el Señor reina, él gobierna a las naciones.
[30] Ante él se postrarán los grandes de la tierra,
ante él se inclinarán todos los mortales.

Yo viviré para el Señor,
[31] mi descendencia le rendirá culto,
hablarán de él a la generación venidera,
[32] contarán su salvación al pueblo por nacer,
diciendo: «Esto hizo el Señor».

Salmo de lamentación individual, estructurado en cuatro partes: grito de auxilio y motivos de persuasión, mezclados con detalles de la situación del salmista (Sal 22 2-11); nueva súplica y nueva descripción de la situación (Sal 22 12-19); tercera súplica ampliada (Sal 22 20-22); acción de gracias con motivación (Sal 22 23-32). El salmo recoge motivos e ideas de los cantos del Siervo del Señor (véase Is 50 4-9; 52 13-53 12).

Este salmo es una de las composiciones más impresionantes del salterio por la fuerza de las imágenes, por la sinceridad que rezuma y la profundidad del dolor descrito. El grito inicial (Sal 22 2-3) con la triple invocación *¡Dios mío!* refleja toda la tragedia del hombre que se siente injustamente abandonado por Dios. Desde estos primeros versos el tono del salmo es intensamente personal.

El salmista no se explica por qué Dios, que se encuentra tan cerca, tan "a la mano", en el santuario (Sal 25 4), permanece insensible ante sus continuas llamadas de auxilio, teniendo en cuenta además su forma de actuar en la antigüedad. El salmista se la recuerda, a ver si consigue convencerlo de que le haga caso a él también y le responda como respondía a los antepasados (Sal 22 4-6). Para forzarlo aún más, le presenta su situación actual: despreciado, insultado, abandonado por Dios en opinión de la gente, lo que contrasta fuertemente con la íntima y tierna relación que desde su nacimiento ha mantenido con Dios y Dios con él (Sal 22 7-12).

¿Qué le está pasando al salmista? ¿Está enfermo, o acusado injustamente, o ha caído en la ruina? ¿Por qué lo insultan, y lo desprecian y lo atacan a muerte los que le rodean? Sea lo que sea, es algo muy grave. El autor repite su grito de socorro: ¡Señor, si has estado siempre tan cerca de nuestros antepasados y de mí, *no te quedes lejos* ahora que nadie me socorre! (Sal 22 12).

La descripción que sigue es rica en imágenes (Sal 22 13-19). El salmista se encuentra acosado por agresores externos y por angustias y sufrimientos interiores. Lo atacan los malvados, como fieras voraces y sanguinarias: toros, leones, mastines (véase Sal 10; 35 15-17; 57 5). Lo amenazan, lo torturan, lo hieren, lo despojan de sus vestidos. Y se encuentra derrotado y deshecho por dentro, con la boca seca por la fiebre o por el terror, agotado y sin fuerzas. Está a punto de morir. Por un momento el salmista parece creer que ha sido el mismo Dios el que lo ha reducido a semejante situación (Sal 22 16c; véase la misma convicción profunda en Job 6 4; 7 20; 10 8-17; y sobre todo en Job 16).

Vuelve a repetir angustiado su grito de socorro –¡no te quedes lejos!–, presionando al Señor: *Tú, Señor, fuerza mía*, y ampliando la súplica con las mismas imágenes que ha empleado antes pero en orden inverso: espada (malvados), mastín, león, búfalo (Sal 22 20-22).

No hemos logrado enterarnos de lo que le sucedía a este hombre. Pero por lo que viene a continuación (Sal 22 23-32) queda claro que ya se ha solucionado. Dios ha salvado al salmista. Y este prorrumpe en promesas de alabanza y de acción de gracias a las que invita a todos los fieles: porque el Señor "no se quedó lejos", atendió la súplica del humilde y no lo despreció! No sólo los fieles –los humildes en especial–, sino todos los hombres de todas las naciones y de todos los niveles sociales, nobles y plebeyos, al ver la salvación de Dios, vendrán y se postrarán ante él. Yo, dice el salmista, *viviré para el Señor* que me ha dado la vida, al nacer y al rescatarme ahora de la muerte (véase Sal 22 21-30). Y el recuerdo de tan maravillosa actuación divina se transmitirá por generaciones y generaciones.

Así se cierra el salmo en el Antiguo Testamento, y queda abierto para el Nuevo. Tanto este salmo como el que le sigue (véase Sal 23), se pueden llamar "salmos cristianos". La Iglesia primitiva vio en el justo sufriente del salmo a Cristo Jesús. La descripción de sus sufrimientos influyó en los relatos de la pasión, como probablemente había influido en la comprensión del misterio del Mesías crucificado. En la cruz, según los evangelios, recitó Jesús esta plegaria (véase Mt 27 46) y a lo largo de su pasión se fueron cumpliendo casi todos los sufrimientos y las torturas descritos en el salmo (Sal 22 2.8-9.16-17.19; véase Mt 27;

Mc 15; Lc 23; Jn 19). Pero la liberación cantada en el final del salmo se queda en pura sombra al lado de la resurrección de Cristo tras su pasión y muerte: él sí que "vive ahora para Dios" (véase Rom 6 10-11).

SALMO 23 (22)
El Señor es mi pastor

Ez 34; Jn 10 1-16; Job 10 21-22

1 *Salmo de David.*

El Señor es mi pastor, nada me falta.
2 En prados de hierba fresca me hace reposar,
3 me conduce junto a aguas tranquilas y repone mis fuerzas.
Me guía por la senda del bien, haciendo honor a su nombre.
4 Aunque pase por un valle tenebroso, ningún mal temeré:
porque tú estás conmigo;
tu vara y tu cayado me dan seguridad.

5 Me preparas un banquete para envidia de mis adversarios,
perfumas con ungüento mi cabeza y mi copa rebosa.
6 Tu amor y tu bondad me acompañan
todos los días de mi vida;
y habitaré en la casa del Señor por días sin término.

Salmo de confianza individual. Tiene la estructura de un díptico, con dos partes paralelas: escena pastoril (Sal 23 1-4) y escena doméstica de banquete (Sal 23 5-6).

El Señor como pastor y huésped del pueblo y del justo (véase Sal 77 21; 78 52; 79 13; 80 2; 95 7; 100 3; Ez 34; etc.) inspira este hermoso y poético canto de confianza, en el que dominan los sentimientos de seguridad, paz y calma. La imagen idílica del rebaño en las verdes praderas, junto a aguas frescas y claras, adonde lo conduce certeramente y sin peligro el cayado del pastor para que las ovejas descansen y repongan sus fuerzas, deja paso en la segunda parte a una escena de banquete, de perfume y de fiesta en el marco del templo, la casa del Señor, escena que

no puede ser perturbada por la presencia medio adivinada de los adversarios que la contemplan. Son en realidad dos imágenes bastante paralelas: la hierba fresca, el agua y el reponer las fuerzas corresponde al banquete, al perfume, al vino. El valle tenebroso puede relacionarse con los adversarios: ambos representan el peligro. Pero está Dios con el salmista: la vara y el cayado que dan seguridad en la primera escena se transforman en su amor y su bondad que acompañan siempre al orante.

El Señor es el autor de tanta maravilla: las realiza para hacer honor su nombre –de Señor y de Pastor– (Sal 23 3), por su amor y su bondad (Sal 23 6): esos son los auténticos motivos para actuar como pastor y anfitrión exquisito. El salmista se encuentra satisfecho, colmado, seguro, en esa relación personalísima que los pronombres de primera persona (mi, me, mis, conmigo) se encargan de subrayar: *mi pastor, nada me falta, ningún mal temeré*. Esta es la situación presente. Pero el autor tiene la certeza de que se prolongará indefinidamente: *tu amor y tu bondad me acompañan todos los días de mi vida, habitaré en la casa del Señor por días sin término.*

Hay un quiebro curioso y significativo a mitad del salmo. Hasta ese momento el salmista habla del Señor a sí mismo o a sus oyentes (Sal 23 1-4a). Pero la presencia del Señor a su lado es tan cierta, tan real, que repentinamente el salmista comienza a dirigirse a él: *¡tú estás conmigo!* A partir de entonces el salmo es una conversación con el Señor.

Por último: ¿habrá que entender, a la luz del último verso, que bajo las imágenes utilizadas el salmo habla del templo y de la estancia del fiel en él? ¿O podremos ampliarlo a toda la vida y a todos los ámbitos de la misma, incluido el del templo? Preferimos esto último: la intuición fundamental del salmo, la que lo genera y lo pone en marcha, es ese *¡tú estás conmigo!* central. Y esa presencia es real no sólo en el templo, sino en la vida entera y en cada uno de sus momentos.

Le evocación de Cristo como "buen pastor" que guía y apacienta a sus ovejas, que las conoce y que da la vida por ellas (Jn 10 1-21) representa una lectura renovada y enriquecida del salmo. La Iglesia como rebaño del Señor, de cuyo pastoreo encargó solemnemente a Pedro, aparece en boca del Resucitado (Jn 21 15-17). Los evangelistas se inspiraron en este salmo para cons-

truir, entre otras, la escena de la multiplicación de los panes: la gente como ovejas sin pastor, la hierba verde, el banquete (véase Mc 6 34-44). Las resonancias sacramentales y eucarísticas de las realidades que aparecen en el salmo y de su valor simbólico son riquísimas: aguas, banquete, copa, unción, morada. Casi se puede afirmar que el salmo 23 es –como el Sal 22– un salmo genuinamente cristiano.

SALMO 24 (23)
El Señor es el rey de la gloria

Is 66 1-2; Sal 27 8-9; 2 Sm 6 12-16; Sal 118 19-20

1 *Salmo de David.*

Del Señor es la tierra y cuanto la llena,
el mundo y todos sus habitantes,
2 pues él la asentó sobre los mares,
él la fundó sobre los ríos.

3 ¿Quién subirá al monte del Señor?
¿Quién podrá estar en su recinto santo?
4 El hombre de manos inocentes y limpio corazón,
el que no da culto a los ídolos, ni jura en falso.
5 Este alcanzará la bendición del Señor,
y Dios, su salvador, lo proclamará inocente.
6 Así son los que buscan al Señor,
los que vienen a tu presencia, Dios de Jacob.

7 ¡Puertas, levantad vuestros dinteles,
alzaos, compuertas eternas,
para que haga su entrada el rey de la gloria!
8 ¿Quién es el rey de la gloria?
El Señor, héroe poderoso;
el Señor, héroe de las batallas.
9 ¡Puertas, levantad vuestros dinteles,
alzaos, compuertas eternas,
para que haga su entrada el rey de la gloria!

[10] ¿Quién es el rey de la gloria?
El Señor todopoderoso, él es el rey de la gloria.

Himno de alabanza a Dios creador y rey victorioso, estructurado en tres partes: aclamación (Sal 24 1-2); liturgia de entrada (Sal 24 3-6); himno a dos coros (Sal 24 7-10).

Es un salmo extraño y deslavazado a primera impresión. Pero mirándolo más de cerca se puede encontrar una ligera conexión entre sus partes. Imaginemos: se inicia una procesión hacia el templo; un sacerdote, o el pueblo, entona un breve himno al Señor (véase Sal 100) aclamándolo como soberano universal, Señor de la naturaleza, del orbe y sus habitantes, creador y dueño de todo lo que existe (véase Sal 95 4-5; 100 3), vencedor de las fuerzas del caos; en una palabra, como Señor de toda la creación (véase Sal 50 12; 75 4; 78 69; 89 12; 102 26; 104 5; 119 90; 136 6).

Cuando la procesión se acerca al templo, tiene lugar una "liturgia de entrada" (véase Sal 15; Is 33 14s; Miq 6 6-8). Alguien –en nombre de los fieles– pregunta por las condiciones para entrar en el recinto sagrado (Sal 24 3). Un sacerdote responde con una condición genérica, de tipo afirmativo: ser inocente, obrar limpiamente; y luego con dos condiciones concretas de tipo negativo, una referida a Dios y otra al prójimo, que reflejan dos mandamientos del decálogo (Ex 20 3-5.16; Dt 5 7-10.20): no adorar a ídolos y no jurar en falso, es decir, una conducta correcta con el Señor y con el prójimo; sinceridad y fidelidad con Dios y con los semejantes se unen de modo inseparable. Esas son las condiciones; los que las cumplan recibirán la recompensa correspondiente: la bendición de Dios y su declaración de inocencia (Sal 24 4-5).

Terminada la respuesta sacerdotal, el pueblo proclama que ellos las cumplen: *por eso buscan al Señor* y *vienen a su presencia*, es decir, se dirigen al monte del Señor, al santuario (Sal 24 6).

Mientras tanto la procesión ha llegado a las puertas del templo. La asamblea entona a dos coros un canto de entrada que es, al mismo tiempo, un himno al Señor, héroe poderoso, héroe de las batallas, rey de la gloria, es decir, Dios guerrero victorioso,

Señor de la historia igual que lo es de la creación, como se proclamó al inicio. Las "puertas" del templo son más simbólicas que reales (véase Sal 118 19-20). Deben abrirse, ensancharse, levantar sus dinteles dócilmente para que entre el soberano. El himno triunfal tiene reminiscencias de la antigua institución israelita de la guerra santa: la comunidad entra en el santuario con el arca de la alianza, trono del Rey de la gloria, que acaba de dar la victoria a su pueblo.

La Iglesia relee el salmo a la luz de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén (véase Mc 11 1-11); lo aplica a veces a la Ascensión: el rey de la gloria entra en sus dominios; y lo proyecta a la parusía, cuando los justos se reunirán en la Jerusalén celeste y los de *limpio corazón* (Sal 24 4) *verán a Dios* (Mt 5 8). San Pablo cita el primer verso para fundamentar la libertad de conciencia de los cristianos (1 Cor 10 26).

SALMO 25 (24)
Muéstrame, Señor, tus caminos

Sal 86 4; 85 10-11; Prov 19 23; Sal 141 8-9

1 *Salmo de David.*

A ti, Señor, me dirijo suplicante;
2 Dios mío, en ti confío, no me defraudes,
que mis enemigos no se rían de mí.
3 No quedará defraudado el que en ti espera:
quedarán avergonzados los que traicionan sin motivo.
4 Muéstrame, Señor, tus caminos, instrúyeme en tus sendas.
5 Guíame en tu verdad; instrúyeme,
pues tú eres el Dios que me salva: en ti espero todo el día.
6 Acuérdate, Señor, de que tu ternura y tu amor son eternos.
7 No recuerdes los pecados ni las maldades de mi juventud;
acuérdate de mí, por tu amor, por tu bondad, Señor.

8 El Señor es bueno y recto;
enseña el camino a los pecadores,

[9] guía por la senda del bien a los humildes,
instruye a los humildes en su camino.
[10] Todas las sendas del Señor son amor y fidelidad
para quien guarda su alianza y sus mandamientos.
[11] Por amor a tu nombre, Señor,
perdona mis culpas, que son muchas.
[12] ¿Quién es el hombre que honra al Señor?
El le enseñará el camino a seguir,
[13] vivirá feliz y su descendencia poseerá la tierra.
[14] El Señor da su confianza al que le honra,
y le da a conocer su alianza.
[15] Mis ojos están fijos en el Señor; él me libra de la trampa.

[16] Mírame y ten piedad de mí, que estoy solo y afligido.
[17] Aleja la angustia de mi corazón,
sácame de mis tribulaciones;
[18] mira mi aflicción y mis trabajos,
y borra todos mis pecados.
[19] Mira cuántos son mis enemigos,
y con qué violencia me odian.
[20] Guarda mi vida, líbrame,
no quede yo defraudado por haber confiado en ti.
[21] La integridad y la rectitud me protegerán,
porque espero en ti, Señor.
[22] ¡Libra, oh Dios, a Israel de todas sus angustias!

Salmo de súplica y confianza, en disposición alfabética (véase Sal 9-10; 34; 37...) y tono sapiencial. Muestra una estructura en tres partes: invocación inicial y súplica (Sal 25 1-7); reflexión sapiencial (Sal 25 8-15); súplica conclusiva (Sal 25 16-22). El último verso del salmo es probablemente un añadido –¿litúrgico?–: una especie de jaculatoria en favor de Israel.

La disposición del salmo es suavemente concéntrica: la primera y la última parte se corresponden en temas y vocabulario (Señor, confiar en ti, enemigos, no quedar defraudado, esperar en ti, pecados), además de que en ambas el salmista se dirige al

Señor en segunda persona. La parte central (Sal 25 8-15) es una reflexión de tipo sapiencial: sobre el Señor se habla en tercera persona. La reflexión se interrumpe momentáneamente y queda cortada en dos mitades por la invocación de Sal 25 11, que es el centro del salmo. Esas dos mitades se corresponden a su vez en muchos detalles, el más llamativo de los cuales es la insistencia en que el Señor *enseña su camino* a los hombres: lo había adelantado el salmista en la primera parte (véase Sal 25 4-5).

Señalemos, por último, otro de los recursos estilísticos empleados por el autor: el juego continuo de repeticiones y contrastes. Por ejemplo: yo te miro - mírame tú (Sal 25 15-16); acuérdate - no recuerdes (Sal 25 6-7); el hombre confía en el Señor - el Señor confía en el hombre (Sal 25 3.14.20).

Todos estos artificios literarios, especialmente el mecanismo alfabético, sumados al innegable tono sapiencial del salmo, no apagan, sin embargo, la emoción y el sentimiento. El salmo se presenta como la oración de un anciano (véase Sal 25 7), solo y afligido (véase Sal 25 16), que suplica al Señor tres gracias: verse libre de sus enemigos, recibir el perdón de sus pecados y ser instruido en los caminos del Señor.

La invocación inicial (Sal 25 1-3) anticipa los sentimientos dominantes: la súplica y la confianza; el que se fía de Dios no conocerá la desilusión, la vergüenza ni el fracaso. Toda la parte central (Sal 25 8-15) reflexiona sobre los caminos del Señor que son expresión de su amor y su voluntad y que el salmista desea conocer a fondo para escapar de los peligros y obtener la protección y la bendición divinas (véase Sal 1 6). Esta parte culmina con una pregunta retórica que tiene como función realzar las beneficiosas consecuencias de seguir los caminos del Señor. La súplica conclusiva (Sal 25 16-21) invoca de nuevo (ya se hizo en Sal 25 7 y 11) el perdón de Dios y la liberación de los enemigos y de las tribulaciones. Al final, la súplica se abre a la salvación de Israel (Sal 25 22).

SALMO 26 (25)
He procedido con rectitud

Sal 7; 17; 18 21-28; Job 31; Sal 73 13; Dt 21 6-7

[1] *De David.*

Hazme justicia, Señor, pues he procedido con rectitud,
he confiado en el Señor sin desfallecer jamás.
[2] Sondéame, Señor, y ponme a prueba,
examina mis entrañas y mi corazón,
[3] pues tengo siempre presente tu amor
y procedo conforme a tu verdad.

[4] No me siento entre los falsos,
ni ando con mentirosos;
[5] odio al grupo de los perversos
y no me siento con los malvados.

[6] Lavo mis manos en señal de inocencia,
y estoy siempre junto a tu altar, Señor,
[7] proclamando la acción de gracias,
pregonando todas tus maravillas.
[8] Señor, yo amo la casa donde habitas,
el lugar donde reside tu gloria.

[9] No me trates como a los malhechores,
ni me castigues como a los sanguinarios,
[10] cuyas manos están llenas de infamia y soborno.

[11] Yo, en cambio, he procedido con rectitud:
sálvame y ten piedad de mí.
[12] Mis pies se mantienen en el camino recto.
En la asamblea bendeciré al Señor.

Súplica individual con alegato de inocencia. La estructura comprende cinco secciones, dispuestas en forma concéntrica: a) recto proceder (Sal 26 1-3); b) los malvados (Sal 26 4-5); c) alabanza en el templo (Sal 26 6-8); b') los malvados (Sal 26 9-10); a') recto proceder (Sal 26 11-12).

Un hombre inocente, quizá injustamente acusado, pide justicia al Señor, justo juez (véase Sal 7 9; 35 24; 43 1). Sabe que puede confiar en el juicio de Dios porque observa buena conducta, y así quedará claro cuando Dios lo examine y lo ponga a prueba, cosa que el salmista solicita con insistencia (Sal 26 2-3; véase Sal 7 9-10; 11 5; 17 3; 139 23). El propio salmista, por su parte, se adelanta y expone en detalle su proceder con un esquema doble: he hecho el bien, no he cometido el mal. Es una confesión parecida a la de los salmos 7 y 17 (véase también Sal 18 21-25; Job 31). Por una parte ha procedido correctamente –protesta que abre y cierra el salmo (Sal 26 1.11)–, ha confiado en el Señor, lo ha tenido siempre presente y le ha sido fiel. Y además ha rehuido la compañía y el comportamiento de los malvados (Sal 26 4-5) como el hombre justo del salmo 1. Su camino ha sido y es recto, por utilizar la imagen que él emplea (Sal 26 1.11-12).

En vez de estar o reunirse con los perversos, a quienes profesa una aversión intensa, ha acudido con bastante asiduidad al templo, objeto de su intenso cariño por ser el lugar donde *reside la gloria* del Señor (véase Sal 84 2-5). Allí practica ritos de purificación –lavarse las manos en señal de inocencia– y se dedica a la alabanza divina (Sal 26 6-8).

Por todo ello ruega al Señor que no lo trate como a los malhechores, porque no es uno de ellos ni merece lo que ellos merecen (véase Sal 28 3-4). Las manos del salmista están limpias (Sal 26 6), mientras que los malvados, además de ser falsos, mentirosos y perversos, las tienen llenas de sangre, infamias y sobornos (Sal 26 9-10).

Al final, recordando sus manos inocentes y sus pies firmes en el camino justo y como reconociendo que son don del mismo Dios, le implora piedad y salvación –comenzó pidiendo justicia–. Seguro de ellas promete continuar alabando a Dios pública y solemnemente (como en los Sal 22 23; 35 18; 109 30; 116 14).

Como se ve, las contraposiciones abundan en esta plegaria: buena y mala conducta, reunirse con los malvados o estar junto al altar de Dios, odiar a unos y sentir afecto profundo por el templo, tener las manos limpias o repletas de maldad... Con uno de los elementos de cada contraposición se configura un *camino recto*, que exige esfuerzo, pero que Dios protege (véase Sal 1 6;

15 5...). El camino contrario, en cambio, puede parecer fácil y cómodo, pero *conduce a la perdición* (Sal 1 6).

Los dos caminos se conocen en el Evangelio. Cristo exhorta a sus seguidores utilizando explícitamente esta imagen: *Entrad por la puerta estrecha, porque es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por él. En cambio es estrecha la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y son pocos los que lo encuentran* (Mt 7 13-14). Los cristianos hemos encontrado ese Camino justo y esa Puerta acertada: el mismo Cristo (véase Jn 10 7; 14 6). Además podemos lavar nuestras manos en señal de inocencia porque hemos sido lavados con la sangre del Cordero (Ap 7 14-17) lo que nos hace habitar con él y gozar eternamente con él.

SALMO 27 (26)
El Señor es mi luz y mi salvación

Sal 18 29; 36 10; 23 6; Os 11 8; Sal 86 11

1 *De David.*

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?
El Señor es mi fortaleza, ¿quién me hará temblar?
2 Cuando los malvados se lanzan contra mí, para devorarme,
son ellos, adversarios y enemigos, los que tropiezan y caen.
3 Aunque acampe contra mí un ejército, no temeré;
aunque me hagan la guerra, me sentiré seguro.
4 Una cosa pido al Señor y es el único que busco:
vivir en la casa del Señor todos los días de mi vida,
gustar la dulzura del Señor frecuentando su templo.
5 El me cobijará en su santuario en los días adversos;
me ocultará en lo más escondido de su tienda,
me alzará sobre una roca.
6 Luego me concederá la victoria
sobre los enemigos que me rodean;
y yo ofreceré en su tienda sacrificios jubilosos,
cantando y tocando para el Señor.

[7] Escucha, Señor, mi clamor; ten piedad de mí, atiéndeme.
[8] Me dice el corazón: «Busca su rostro».
Sí, tu rostro, Señor, es lo que busco;
[9] no me ocultes tu rostro, no rechaces irritado a tu siervo;
tú eres mi auxilio, no me desampares,
no me abandones, ¡oh Dios, salvador mío!
[10] Si mi padre y mi madre me abandonan,
el Señor me acogerá.
[11] Enséñame tu camino, Señor,
guíame por la senda del bien, porque me persiguen;
[12] no me entregues al poder de mis adversarios,
pues se alzan contra mí testigos falsos,
que respiran violencia.

[13] Espero gozar los bienes del Señor en la tierra de los vivos.
[14] Espera en el Señor, sé fuerte; ten ánimo, espera en el Señor.

Salmo de confianza y súplica dividido en tres partes: canto de confianza (Sal 27 1-6); súplica en la persecución (Sal 27 7-14) y nueva afirmación de confianza (Sal 27 13-14).

En la primera parte de esta bellísima plegaria el salmista proclama serenamente su absoluta confianza y seguridad en el Señor. Comienza con dos afirmaciones rotundas y dos preguntas retóricas para dejar establecido con fuerza cuál es su actitud (Sal 27 1). El Señor es luz (luz que es vida: véase Sal 4 7; 18 29; 36 10; 43 3, etc.), salvación, fortaleza o baluarte (véase Sal 28 8; 31 5; 37 39; 43 2; 52 9): son imágenes conocidas y llenas de sentido. Por eso el salmista no tiene ningún temor (véase Sal 23 4). Además ha visto el fracaso de sus enemigos, a los que presenta como fieras que se lanzan sobre él para devorarlo pero que, gracias a la ayuda de Dios, no consiguen su sangriento objetivo (Sal 27 2; véase Sal 17 10-12) . La seguridad del salmista es tal que busca dos casos límites, hipotéticos, para expresarla: aunque le ataque un ejército, aunque se declare una guerra contra él, sigue imperturbable. Por eso –y es lo que expone a continuación– pide al Señor lo que constituye su más profundo deseo: que todo siga igual, que el Señor siga siendo su refugio y su defensa. Y más

en concreto, que él pueda cobijarse y vivir siempre en el templo, la *tienda* del Señor (Sal 27 5-6; véase Sal 15 1; 23 6), el lugar de su presencia, lleno de su dulzura y de sus delicias, desde donde protege a su fiel y lo hace triunfar (literalmente "levantar la cabeza"; véase Sal 3 4; 110 7) sobre toda clase de enemigos y de peligros (véase Sal 26 8; 31 21; 36 8-9; 43 2-3; 61 3-5; 84 2-5; 91 1; 135 3). La respuesta del salmista a la acción de Dios en su favor es clara: mostrará su fe, su agradecimiento, su fidelidad al Señor con sacrificios y cánticos entusiastas.

En la segunda parte del salmo cambia completamente el tono. Ahora tenemos una súplica apremiante en la que el salmista se muestra agitado e inquieto: va alternando la oración –dirigirse a Dios (Sal 27 7-9.11-13)– con la reflexión –hablar de Dios (Sal 27 10.14)–. El Señor, como en la primera parte del salmo, es la *salvación* del orante (Sal 27 1.9), y éste sigue confiando plenamente en él –*tú eres mi auxilio* (Sal 27 9)–, confianza que expone emocionadamente también con un caso límite, exagerado, casi imposible: el abandono por parte de sus padres (Sal 27 9-10). El salmista "busca el rostro" de Dios, su mirada benevolente, su favor, como antes "buscaba" habitar en su tienda (Sal 27 4.9; véase Sal 24 6; 40 17; 69 7; 105 4), y suplica con insistencia, amontonando los imperativos (*escucha, ten piedad, atiéndeme, no me abandones, no me rechaces...*), el auxilio divino en la situación en que se encuentra: acusado y calumniado injusta y sañudamente por los enemigos.

El salmo termina con una especie de diálogo brevísimo (Sal 27 13-14). El salmista reafirma su confianza y su esperanza en el Señor, en gozar de sus bienes y disfrutar de la vida que él concede (Sal 27 13; véase Sal 52 7; 116 9; 142 6). La idea es paralela a la de la primera parte en la que se mencionaban la vida y la dulzura del Señor (Sal 27 4, véase Sal 16 11). La última frase del salmo es una firme y calurosa exhortación a renovar y mantener la confianza, sentimiento que ha dominado a lo largo de esta hermosa oración.

En el evangelio Cristo reprocha varias veces a sus discípulos su falta de confianza y sus miedos: *¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?* (Mt 8 26; véase Mt 14 31). Estos deberían confiar plenamente en él e, incluso en medio de las dificultades y los problemas, desechar todos los temores y mantener la sereni-

dad: *¡Animo! Soy yo, no temáis* (Mt 14 26). *Tened ánimo, yo he vencido al mundo* (Jn 16 33).

SALMO 28 (27)
Escucha mi voz suplicante

Prov 26 24-25; Jr 50 29; Is 5 12; Sal 52 7

[1] *De David.*

A ti, Señor, estoy clamando; roca mía, escucha mi voz;
que si no me atiendes, seré como los que bajan a la fosa.
[2] Escucha mi voz suplicante cuando te grito,
cuando levanto mis manos hacia tu santuario.
[3] No me arrastres con los malvados, ni con los malhechores,
que hablan de paz con el prójimo,
pero llevan la maldad en el corazón.
[4] Trátalos según sus obras, según su mala conducta,
dales su merecido por lo que han hecho.
[5] Pues no conocen las acciones del Señor,
ni la obra de sus manos:
¡Que él los aniquile y no los deje levantarse!

[6] ¡Bendito sea el Señor, que escucha mi voz suplicante!
[7] El Señor es mi fortaleza y mi escudo,
mi corazón confía en él, y al punto me socorre.
Mi corazón se llena de alegría,
y con mis cantos le doy gracias.
[8] El Señor es la fortaleza de su pueblo,
un baluarte de salvación para su ungido.

[9] Salva a tu pueblo, bendice a tu heredad,
apaciéntalos y guíalos por siempre.

Salmo de súplica y acción de gracias estructurado en tres partes: súplica (Sal 28 1-5); acción de gracias (Sal 28 6-8); plegaria

por el pueblo (Sal 28 9). El salmo sigue el modelo más común de las lamentaciones y utiliza sus expresiones típicas (véase Introducción).

El salmista comienza con un grito de súplica intensa, extensa, apasionada. A Dios se dirige –llamándole *roca mía*, con lo que ese apelativo implica de refugio sólido, seguro e indestructible (véase Sal 18 3.47; 19 15; 62 3-8; 92 16; 144 1)– desde una situación de desamparo y de peligro grave, sintiéndose ya con un pie en la tumba (Sal 28 1). En su oración el salmista levanta las manos hacia el santuario, en gesto litúrgico de plegaria, y pide al Señor que escuche su voz suplicante y que no lo trate como a los malvados y malhechores, que se caracterizan por su hipocresía, su falsedad y sus malas intenciones. Momentáneamente, al acordarse de éstos, se olvida de sí mismo y, con la misma pasión que le embargaba hasta ahora, ruega a Dios que haga justicia estricta, que les de su merecido, conforme a su mala conducta y a su incapacidad para reconocer las acciones de Dios (Sal 28 4-5; véase Sal 10 4; 54 5). Hay un juego de palabras curioso con las "obras" de Dios y de los malvados: éstos deben ser castigados por sus obras y también por no reconocer las obras de Dios.

Y a partir de aquí cambia el tono de la oración. O se ha producido ya la intervención salvadora de Dios, o el salmista la ve tan cierta y segura que se siente y se expresa como si ya se hubiese producido. Ahora, en tono de confesión y hablando del Señor en tercera persona, bendice al Dios al que suplicó que "escuchara su voz" (Sal 28 2) porque efectivamente "ha escuchado su voz" (Sal 28 6). Al principio llamó a Dios *roca mía*; ahora se ratifica en esos sentimientos y los proclama: el Señor es su fortaleza, su escudo. Vale la pena confiar en él, se puede confiar en él –como ha hecho el salmista– porque él socorre siempre. Una vez más el autor ha tenido experiencia de la lealtad de Dios. Por eso está radiante de alegría y con los labios explotando en cantos de agradecimiento. Y su mirada se ensancha. Lo que el Señor es para él, fortaleza y escudo, lo es también –fortaleza y baluarte– para su ungido, el rey, y para su pueblo, que casi se identifican en la oración (véase Sal 20 10).

Una última petición, en la que el autor se dirige a Dios como Pastor de su pueblo *–apaciéntalos y guíalos* (Sal 28 9)– concluye como una breve jaculatoria este breve, pero intenso salmo.

SALMO 29 (28)
La voz del Señor

Sal 77 17-19; 92 2-6; 144 5-6; Ex 19 16; Job 37 4-5

1 *Salmo de David.*

¡Alabad al Señor, hijos de Dios,
alabad la gloria y el poder del Señor,
2 alabad la gloria del nombre del Señor,
adorad al Señor en su santuario!

3 La voz del Señor se cierne sobre las aguas,
el Dios de la gloria ha tronado,
el Señor se cierne sobre las aguas torrenciales.
4 La voz del Señor es potente,
la voz del Señor es majestuosa.
5 La voz del Señor desgaja los cedros,
el Señor desgaja los cedros del Líbano;
6 hace brincar al Líbano como un novillo,
y al Hermón como una cría de búfalo.
7 La voz del Señor lanza llamas de fuego.
8 La voz del Señor sacude el desierto,
el Señor sacude el desierto de Cadés.
9 La voz del Señor retuerce los árboles,
el Señor arrasa los bosques.
En su templo todo grita: ¡Gloria!

10 El Señor domina las aguas desbordadas,
el Señor se sienta como rey eterno.
11 El Señor da poder a su pueblo,
el Señor bendice a su pueblo con la paz.

Himno al poder y la majestad de Dios en la creación. Su estructura es un alarde de regularidad y armonía en tres partes: invitación a la alabanza (Sal 29 1-2); descripción de la teofanía o manifestación de Dios (Sal 29 3-9); conclusión (Sal 29 10-11).

El salmo es una magnífica composición en honor de Yavé, el Señor, cuyo nombre resuena dieciocho veces en los once versí-

culos, y, más en concreto, a la *voz del Señor* (siete veces) que se manifiesta en gloria y poderío en tremendos y sobrecogedores fenómenos de la naturaleza como son la tempestad, la tormenta, las lluvias torrenciales (véase Sal 18 7-16; 93).

El Señor está sentado como rey en su trono eterno situado *sobre las aguas* (véase Sal 11 4; 104 1-3). Su "voz" se reconoce en el horrísono estampido del trueno que ensordece y amilana a todos los seres vivientes. Su voz se alza dominadora por encima del estruendo del aguacero, del turbión que desgaja y arrastra hasta los magníficos cedros del Líbano, símbolos de estabilidad y lozanía (véase Sal 92 13; 104 16). Con las aguas desbocadas se convulsiona el terreno: las que parecían montañas estables y serenas, Líbano y Hermón (este último es designado literalmente con el nombre poético de Sarión), se convierten en juguetonas crías de ganado que corretean y saltan, como impulsadas por terribles espasmos y sacudidas interiores (véase Sal 114 4). Los relámpagos y los rayos, *llamas de fuego* (Sal 29 7), iluminan fugaz pero cegadoramente la escena, ahora ya el desierto de Cadés –al oriente del Líbano–, acompañados de sus estremecedores chasquidos, como grandiosos latigazos cósmicos: es la voz del Señor dominándolo todo, produciéndolo todo, dirigiendo, desde su trono eterno e inmutable, el formidable espectáculo de poder y gloria.

El poeta, dominado y sobrecogido por esta extraordinaria manifestación de Dios, ha comenzado invitando enérgica y reiterativamente –con cuatro imperativos yuxtapuestos– a los *hijos de Dios*, sean éstos los fieles del Señor o seres sobrehumanos, angélicos o incluso divinos, a que alaben al Dios que se manifiesta con tal potencia y majestad. Si este salmo, como sostiene la mayoría de los estudiosos, es un himno cananeo al dios de la tormenta que los israelitas han adaptado para aclamar al Señor, entonces la mención de esos seres divinos secundarios –existentes en la religión cananea– quedaría perfectamente explicada.

Después el poeta describe la fenomenal teofanía. Se recrea en los datos auditivos y visuales: el terrible retumbar del trueno –la voz de Dios–, las llamas de fuego y el retorcerse del terreno y de los árboles. A los sonidos cósmicos producidos por Dios y su poder responde la voz humana y cósmica con otro clamor: ¡Gloria!

Pero el autor no ha quedado ni conmocionado ni aterrorizado;

al final se descubre que ha asistido al despliegue del poder divino con absoluta serenidad y confianza. Los versos finales lo muestran: todo lo descrito no es más que lo propio de un Dios que es rey eterno, con dominio absoluto de todas las fuerzas sobrehumanas que escapan al control del hombre. Es más, ese poderío divino que aparece con características destructivas en la creación y la naturaleza, lo comparte el Señor con su pueblo, y como fuerza benéfica, en el ámbito de la historia. No hay nada que temer, ni de los poderes cósmicos ni de los históricos, pues *el Señor bendice a su pueblo con la paz.*

Magnífico poema y magníficos recursos estilísticos. Las múltiples repeticiones no indican pobreza o monotonía, sino que crean sentido. El poema se "oye" y se "ve". Y una vez recitado queda resonando en el corazón, como los ecos lejanos del trueno, provocando la alabanza humana: la gloria del Señor, la gloria del Señor, ¡gloria al Señor en las alturas! Y el Señor responde con la paz. Como se ha subrayado, el salmo es una magnífica ilustración del grito de los ángeles en Belén: *¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres que gozan de su amor!* (Lc 2 14).

SALMO 30 (29)
Cambiaste mi luto en danzas

Sal 97 12; Is 54 7-8; Sal 88 11-13

1 *Salmo; canto para la dedicación del templo. De David.*

2 Yo te alabo, Señor, porque me has librado,
no has dejado que mis enemigos se rían de mí.
3 Señor, Dios mío, te pedí auxilio y me sanaste;
4 tú, Señor, me libraste del abismo,
me reanimaste cuando estaba a punto de morir.
5 ¡Cantad al Señor, fieles suyos,
dad gracias a su santo nombre!
6 Porque su ira dura un instante;
pero su bondad, toda la vida:
por la tarde nos domina el llanto,

por la mañana todo es júbilo.
7 Cuando todo me iba bien, decía: «No fracasaré nunca».
8 Tu favor, Señor, hizo de mí una fortaleza inexpugnable;
pero escondiste tu rostro, y quedé desconcertado.

9 A ti clamo, Señor; a ti, Señor mío, te suplico.
10 ¿Qué ganas con mi muerte, con que yo baje a la tumba?
¿Te dará gracias el polvo o pregonará tu fidelidad?
11 ¡Escucha, Señor, ten compasión de mí, Señor,
ven en mi ayuda!

12 Tú cambiaste mi luto en danzas,
me quitaste el sayal y me vestiste de fiesta;
13 por eso te canto sin descanso:
Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre.

Salmo de acción de gracias individual, estructurado en cuatro partes: acción de gracias (Sal 30 2-6); exposición del caso (Sal 30 7-8); súplica (Sal 30 9-11); liberación y nueva acción de gracias (Sal 30 12-13).

Estar aún con vida, sentirse todavía o de nuevo vivo –física, social o espiritualmente– después de una experiencia de muerte, es como resucitar. Recordar la enfermedad pasada, las circunstancias adversas, la desgracia o el peligro superado, es salir de un pozo profundo, respirar a fondo, sentirse agradecido a la vida, a las fuerzas vitales que de nuevo nos invaden, que nos hacen renacer, revivir, olvidar en la práctica las angustias pasadas. Y para el creyente es volverse hacia Dios, agradecer el regalo infinito de la luz, del respiro, de la paz, de la salud. Esto hace el salmista. Después de pasar una situación angustiosa, de peligro mortal, causado por los enemigos (Sal 30 2) o por la enfermedad grave (Sal 30 3-4.10-11), comienza su oración con un grito de alabanza (Sal 30 1) que es reflejo de una actitud constante: desde que vive de nuevo gracias a la acción de Dios, vive para la acción de gracias (Sal 30 13) e invita a los fieles a que lo imiten (Sal 30 5). Porque si es cierto que la enfermedad, la desgracia o el peligro son causados por un Dios que está airado ante los pecados, las infidelidades o las falsas seguridades humanas

(Sal 30 7), y que por tanto “vuelve”, es decir, “oculta” el rostro (Sal 30 8), no lo es menos que su infinita ternura y bondad le impiden permanecer mucho tiempo en esa actitud. Es cuestión de un instante, un solo instante, en comparación de su favor “eterno”; las lágrimas que derrama el ser humano castigado por Dios deben enjugarse rápidamente, en el curso de una fugaz noche –que el llanto es un huésped pasajero–, para dejar paso al júbilo estremecido de la curación, de la liberación, de la resurrección divina (Sal 30 6-7).

Además de estas razones que se desprenden del propio ser infinitamente misericordioso de Dios, el salmista ha motivado su súplica de salvación con otras razones “interesadas”: ¿qué ganancia obtiene Dios de la muerte de su fiel? ¿No se da cuenta de que va a perder un adorador? (Sal 30 10; véase Sal 6 6; 88 11). La súplica ha sido insistente; el salmista la recuerda en pasado (Sal 30 3) y, al trasladarse en el recuerdo a la situación trágica, la repite en presente (Sal 30 9-11). Pero todo eso es ahora solo recuerdo: el presente ya no es luto, sino danzas; ya no es sayal, sino vestido de fiesta. Dios mismo, al alba (véase Sal 46 6; 90 14; 143 8), derrama el favor y el júbilo sobre sus criaturas.

Como en la mañana de Pascua, cuando el Señor cambió el luto y el dolor de los discípulos en alegría desbordante sacando a su Hijo de la fosa, librándolo del abismo, despojándolo de la túnica de la muerte y colocando sobre sus hombros el manto festivo y glorioso de la Vida...

SALMO 31 (30)
En tus manos encomiendo mi espíritu

Sal 71 1-2; Lc 23 46; Hch 7 59; Job 19 13-19; Sal 22; 69; Jr 20 7-10; Ap 7 15-16

1 *Al maestro de coro. Salmo de David.*

2 A ti, Señor, me acojo; no me defraudes;
ponme a salvo, por tu fidelidad;
3 inclina tu oído hacia mí, apresúrate a librarme.
Sé para mí roca de cobijo y fortaleza protectora,
4 pues tú eres mi roca y mi fortaleza;

guíame y condúceme, por el honor de tu nombre.
[5] Sácame de la red que me han tendido,
pues tú eres mi baluarte.
[6] A tus manos confío mi espíritu;
tú, Señor, el Dios fiel, me rescatarás.
[7] Tú odias a los que adoran ídolos vanos,
pero yo confío en el Señor.
[8] Me llenaré de júbilo y alegría por tu amor:
porque has visto mi aflicción y conoces mi angustia;
[9] no me entregaste en manos del enemigo,
me dejaste caminar en libertad.

[10] ¡Piedad, Señor, que la angustia me ahoga!
Se consumen de tristeza mis ojos,
mi garganta y mis entrañas,
[11] pues mi vida se agota en el dolor, mis años en suspiros.
Mi fuerza decae con las penas, y mis huesos se consumen.
[12] Soy la burla de todos mis agresores,
la irrisión de mis vecinos, el espanto de mis conocidos;
los que me ven por la calle huyen de mí;
[13] olvidado de todos como un muerto,
soy como un cacharro inútil.
[14] Oigo un gran murmullo y amenazas por todas partes;
conspiran contra mí, traman quitarme la vida.
[15] Pero yo confío en ti, Señor, yo te digo: «¡Tú eres mi Dios!»
[16] Mi destino está en tus manos,
líbrame de los enemigos que me persiguen.
[17] Que tu rostro resplandezca sobre tu siervo,
¡sálvame, por tu amor!
[18] He clamado a ti, Señor, no me defraudes;
que queden defraudados los malvados,
y se precipiten mudos al abismo.
[19] Enmudezcan los labios mentirosos
que dicen insolencias contra el justo
con desprecio y con soberbia.

[20] ¡Qué grande es tu bondad, Señor!

Tú la reservas para tus fieles,
y se la das a los que se acogen a ti,
en presencia de los hombres.
[21] Al abrigo de tu amparo los ocultas
de las intrigas de los hombres;
en tu tienda los pones a cubierto
de las lenguas murmuradoras.
[22] ¡Bendito sea el Señor!
El me mostró su amor en el momento del peligro.
[23] Yo decía consternado: «Me has echado de tu vista».
Pero tú escuchabas mi voz suplicante cuando te invocaba.
[24] Amad al Señor, todos sus fieles;
el Señor protege a sus leales,
pero castiga sin duelo al orgulloso.
[25] ¡Sed fuertes, cobrad ánimo los que esperáis en el Señor!

Salmo de súplica individual, estructurado en tres partes: primer "salmo" (Sal 31 2-9), segundo "salmo" (Sal 31 10-19), acción de gracias (Sal 31 20-25). Es un salmo difícil, que produce una impresión de desorden y de poca claridad. Hay varias posibilidades para entenderlo: dos salmos distintos (Sal 31 2-9 y 10-25); dos salmos con una conclusión común (es la estructura que hemos presentado al principio); un sólo salmo pero que se desarrolla "en dos oleadas", es decir, llegando al final lógico, volviendo de nuevo al principio y repitiendo el mismo movimiento, para terminar con una conclusión solemne. Sea cual sea la opción que hagamos, el contenido del salmo es claro: un inocente, injustamente perseguido y acusado y además enfermo, recurre a Dios con toda confianza, recibe la ayuda divina y le da gracias.

En la primera parte (Sal 31 2-9) encontramos los elementos clásicos de las súplicas. Empieza con un grito de auxilio muy desarrollado (Sal 31 2-5); en él se mezclan las peticiones de socorro con las motivaciones y los títulos divinos que expresan la confianza: *tú eres mi roca, tú eres mi fortaleza, tú eres mi baluarte.* Después (Sal 31 6-9) se expone brevemente la situación –sólo unas pinceladas indefinidas–: me han tendido una red (Sal 31 5), estoy en aflicción y en angustia (Sal 31 8), a punto de caer en

manos de los enemigos (Sal 31 9), que quizá sean idólatras (Sal 31 7)... El salmista se pone en manos del Señor (Sal 31 6) y es rescatado por él (Sal 31 9). El final del proceso es la alegría y el júbilo por el amor de Dios que esa salvación revela (Sal 31 8).

En esta primera parte debemos notar varias cosas. El principio es como el del salmo 71 (Sal 31 2-4 = Sal 71 1-3) que, en general, resulta bastante semejante a éste. Aparecen varias expresiones que volveremos a encontrar: *no me defraudes* (Sal 31 2), en tus manos está mi espíritu (en el sentido de aliento vital, vida: Sal 31 6; véase Gn 2 7; Ecl 12 7), yo confío en el Señor (Sal 31 6).

En Sal 31 10 comienza la "segunda oleada": grito de auxilio con motivación, esta segunda vez muy breve (Sal 31 10); descripción detallada de la situación: ahora es una enfermedad y el desprecio, abandono y hostilidad que ocasiona, que se describe con expresiones parecidas a las del Sal 22 o Sal 69, o también –dicen que este salmo tiene mucho parentesco con él– a las del profeta Jeremías (Jr 20 10; véase Sal 38 12-13; 41 6-9; 79 4; 88 9.19). Pero el salmista confía en el Señor, su destino está en sus manos, y recurre a él en la esperanza de no quedar defraudado (Sal 31 15.16.18): las mismas expresiones que encontrábamos en la primera parte. En Sal 31 15, en pleno centro del salmo, una declaración fundamental, que expresa la confianza, mueve y sostiene la plegaria y refleja la actitud profunda y básica del salmista: *¡Tú eres mi Dios!* La súplica es más concreta que antes: que enmudezcan los calumniadores que atacan al inocente, y así sean ellos los que *queden defraudados* (Sal 31 18-19).

La parte final (Sal 31 20-24) es una acción de gracias triunfal por el amor y la bondad de Dios para con los que se refugian en él como el salmista: bajo su amparo, nada tienen que temer de las intrigas, calumnias y murmuraciones de la gente. Expone brevemente su experiencia personal: del desaliento en la prueba al júbilo por el amor y la salvación de Dios. En justa correspondencia, el salmista invita a los fieles –e implícitamente a sí mismo– a "amar" al Señor. En una frase resume la lección fundamental, es decir, el distinto trato que Dios reserva a justos y pecadores, y termina con una exhortación a tener ánimo y confianza en tan bondadoso Señor.

Según el evangelio de Lucas, las últimas palabras de Cristo en la cruz pertenecen a este salmo. *A tus manos confío mi espíritu*

(Lc 23 46; Sal 31 6). Con ellas el evangelista destaca la actitud de abandono y confianza absoluta en el Padre con que Jesús vivió su vida y su muerte. Y véase también la actitud de Esteban, el primer mártir cristiano, imitando la del Maestro en el momento de su muerte: Hch 7 59.

SALMO 32 (31)
Perdonaste mi falta y mi pecado

Rom 4 7-8; Sal 51; 33

1 *Canto de David.*

Dichoso el que ve olvidada su culpa
y perdonado su pecado.
2 Dichoso aquel a quien el Señor no le imputa la falta,
y en cuyo espíritu no hay engaño.
3 Mientras callaba, desfallecían mis huesos;
estaba gimiendo todo el día,
4 pues día y noche tu mano pesaba sobre mí;
desapareció mi fuerza como humedad en verano.
5 Pero reconocí ante ti mi pecado,
no te encubrí mi falta;
me dije: «Confesaré al Señor mis culpas».
Y tú perdonaste mi falta y mi pecado.

6 Por eso te imploran todos los fieles
en los momentos de angustia,
y aunque se desborden las aguas caudalosas,
no los alcanzarán.
7 Tú eres mi refugio, me libras del peligro,
me rodeas de cantos de liberación.
8 Yo te instruiré, te mostraré el camino a seguir,
y me ocuparé de ti constantemente.
9 No seáis irracionales como caballos o mulos,
cuyo ímpetu hay que domar con rienda y freno.
10 Muchas son las penas del malvado,
pero al que confía en el Señor lo envuelve el amor.

[11] ¡Alegraos, justos, y exultad con el Señor,
dad gritos de júbilo los rectos de corazón!

Salmo de acción de gracias individual, con tintes netamente sapienciales. Su estructura comprende dos grandes partes (Sal 32 1-5 y 6-11) y cinco secciones: bienaventuranzas (Sal 32 1-2); exposición del caso (Sal 32 3-5); lección que se deriva de él (Sal 32 6-7); exhortación y reflexión sapiencial (Sal 32 8-10); e invitación conclusiva (Sal 32 11). El "no seáis..." de Sal 39 9 también podría traducirse en singular: "no seas...". La segunda parte del verso es de traducción difícil y dudosa.

El desarrollo del salmo es éste: un hombre que se encontraba enfermo o en situación de desgracia por causa de sus pecados (véase Sal 6), los reconoció ante el Señor, pidió perdón y se vio salvado. En el salmo expone su caso subrayando de forma conmovedora algunos detalles del proceso vivido, reflexiona sobre él y saca las conclusiones oportunas que expone y extiende a los demás fieles. Veámoslo en detalle.

Las bienaventuranzas iniciales (Sal 32 1-2) expresan, en estilo sapiencial y de forma general e impersonal, el tema central del salmo: la felicidad inmensa del pecador que ha recibido el perdón divino. Se adelanta así la enseñanza que el salmista sacó de su experiencia personal, descrita a continuación en estilo personal y en diálogo con Dios, que aparece como interlocutor y destinatario de las palabras del salmista (Sal 32 3-5) que estaba enfermo, débil y agotado, como un vegetal reseco por el calor del verano. Sabía que su enfermedad era consecuencia de su pecado y del correspondiente castigo de Dios –*tu mano pesaba sobre mí* (véase Sal 38 3; el Sal 39 11s. se recrea en la descripción del "castigo")–, pero parece que se obstinaba en no reconocerlo: *mientras callaba...* El reconocimiento y la confesión del pecado son el primer paso para el perdón (véase Sal 38 y 51). Cuando al final cedió y lo hizo, todo se resolvió: el Señor perdonó de forma inmediata su pecado y le devolvió la salud o lo libró del peligro (Sal 32 6-7), colmándolo de gozo por el perdón; estamos en la situación que describían las bienaventuranzas del principio y que explotará en la invitación final. El autor sigue reflexionando y por un momento su mirada se aparta de sí mismo y se hace más gene-

ral; por eso todos los fieles, cuando se encuentran en dificultades, invocan al Señor. Una vez más se ha demostrado que el Señor es refugio y salvación y que no deja que las *aguas caudalosas* ahoguen a sus adoradores (véase Sal 18 5.17; 69 2.16; 144 7).

Las palabras que siguen (Sal 32 8-9) reflejan, en forma de exhortación o consejo, la misma enseñanza con otros matices, utilizando la comparación con los animales irracionales (véase Sal 73 22). No sabemos quién habla ahora. Puede ser el mismo salmista que aconseja a sus oyentes a partir de su propia experiencia. Puede ser un maestro que reafirma ante el autor las conclusiones que éste ha sacado sobre la inutilidad de su obstinación pasada. Podría ser el mismo Dios que, contestando a las palabras del salmista y en diálogo con él –y quizá con más fieles– le asegura su continua protección y le recuerda paternalmente que la terquedad al no querer reconocer la propia culpa prolonga y agrava la situación de desgracia. Hay que ser dóciles al Señor y dejarse instruir por él. En otro enunciado impersonal (Sal 32 10) se expresa esta conclusión sapiencial: a los malos les va mal, pero a los que confían en el Señor –en este caso, confesando sus pecados– los envuelve el amor de Dios.

La invitación final a la alegría y a la acción de gracias (Sal 32 11) cierra el salmo recogiendo el tema de la felicidad que aparecía en las bienaventuranzas iniciales.

El énfasis y las repetidas alusiones del salmo al reconocimiento de los pecados justifican su inclusión por parte de la Iglesia en la lista de los salmos penitenciales (véase Sal 6). Sal 32 1-2 es citado en Rom 4 7-8.

SALMO 33 (32)
Aclamad, justos, al Señor

Sal 119 64; Gn 1 9-10; Job 38 8-11; Sal 94 9-11; 139 1-16

1 Aclamad, justos, al Señor,
que la alabanza es propia de los buenos.
2 Dad gracias al Señor con el arpa,
tocad para él la lira de diez cuerdas;
3 cantadle un cántico nuevo,

esmeraos en la música y los vítores.
[4] Pues la palabra del Señor es sincera,
todas sus acciones son leales;
[5] El ama la justicia y el derecho,
el amor del Señor llena la tierra.
[6] La palabra del Señor hizo los cielos,
el aliento de su boca, todas sus estrellas.
[7] El recoge en un odre las aguas de los mares,
señalándoles como depósito los abismos,
[8] Tema al Señor la tierra entera,
tiemblen ante él los habitantes del mundo.
[9] Pues él lo dijo, y se hizo todo; él lo mandó, y así fue.
[10] El Señor desbarata los planes de las naciones,
deshace los proyectos de los pueblos;
[11] pero el plan del Señor se mantiene siempre,
los proyectos de su mente, por todos los siglos.
[12] Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor,
el pueblo que se escogió como heredad.
[13] Desde los cielos mira el Señor, y ve a todos los hombres;
[14] desde su morada observa a todos los habitantes de la tierra:
[15] El modeló sus corazones y comprende todas sus acciones.
[16] No vence el rey por su gran ejército,
ni se libra el guerrero por su gran fuerza;
[17] de nada sirve un corcel para salvarse,
ni con todos sus bríos proporciona la victoria.
[18] Los ojos del Señor están puestos en sus fieles,
en los que esperan en su misericordia,
[19] para librarlos de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre.

[20] Nosotros esperamos en el Señor,
él es nuestro socorro y nuestro escudo;
[21] él es la alegría de nuestro corazón,
en su santo nombre confiamos.
[22] Que tu amor, Señor, nos acompañe,
como lo esperamos de ti.

Himno de alabanza al Señor, estructurado en tres partes: invitación inicial (Sal 33 1-3); cuerpo del himno con las motivaciones (Sal 33 4-19); conclusión con súplica final (Sal 33 20-22).

Este salmo, que en algunos momentos posee tonos de reflexión sapiencial, es un magnífico himno a Dios como soberano Señor, creador de todo y dueño de la historia por su palabra y su acción. La invitación inicial a la alabanza (Sal 33 1-3) es amplia. La primera frase recoge el final del salmo anterior (véase Sal 32 11). Se invita a los justos, a los buenos, a alabar y dar gracias a Dios, alegres y gozosos, con el canto *–un cántico nuevo*: véase Sal 40 4; 96 1; 98 1; 149 1– y la música, con interés y esmero: eso es lo propio de los hombres buenos.

El cuerpo del salmo (Sal 33 4-19), amontona los motivos para esa alabanza. En primer lugar, la palabra del Señor, palabra sincera y fiable (véase Sal 12 7), palabra eficaz y creadora. Con ella el Señor lo hizo todo: cielos, estrellas, mares y tierra; lo hizo movido por su amor-misericordia, que llena el orbe entero. Un amor que tiene también, como objetivos fundamentales, la justicia y el derecho; aquí, en este contexto de creación, estas dos realidades aparecen como dimensiones y elementos primigenios y cimentadores, casi constituyentes de la creación (véase Sal 11 7; 37 28; 99 41). El salmista invita a toda la tierra y sus habitantes –en perspectiva universal– a venerar a este Señor soberano.

Luego se vuelve a la historia y comprueba que Dios tiene sobre ella un proyecto que se realiza –o se realizará– indefectiblemente, en contraste con los vanos y fallidos planes de las naciones (véase Sal 94 11; Is 55 8-9). ¿Entrará en esos planes humanos que el Señor desbarata la destrucción del pueblo de Dios, como sucede en tantos otros salmos (por ejemplo: Sal 2 1; 5 11...)? Pues no se saldrán con la suya. Israel es dichoso por tener al Señor como Dios, por haber sido objeto de su elección (Sal 33 12; véase Sal 74 2; 78 71; 106 5) Desde los cielos el Señor vigila constantemente a los hombres (véase Sal 11 4; 14 2; 94 9-11), ve sus acciones, y los conoce por fuera y por dentro, porque él *modeló* como un alfarero sus corazones y los comprende. En sus fieles, en su pueblo, Israel, se fija de una manera

especial: para que no les pase nada, para defenderlos de todos los peligros y de todos los ataques. Todo lo que sucede, pues, depende no de los preparativos, los proyectos y las realizaciones humanas, mucho menos de la voluntad de las naciones y de los reyes paganos y enemigos; todo depende de la voluntad de Dios que domina y dirige la historia (Sal 33 16-17; véase Sal 20 8; Prov 16 1.9; 19 21; 21 31).

Por todo ello los fieles del Señor esperan en su misericordia (Sal 33 18). El salmista, en la estrofa final, se identifica con su grupo: nosotros esperamos en el Señor –dos veces lo proclama, abriendo y cerrando la estrofa (Sal 33 20.22)–. El nos ayuda y nos defiende. El nos llena de alegría –con alegría comenzó el salmo–. Una breve invocación dirigida al Señor, la única que se le dirige a él en toda la oración, para que su misericordia-amor (Sal 33 5.18.22) acompañe siempre a los fieles, cierra el salmo con un tono de confianza y esperanza.

Jesucristo, la Palabra creadora y eterna del Padre (véase Jn 1 1ss), ha llevado a plenitud el proyecto salvífico universal de Dios para los hombres (1 Tim 2 4). A la luz de este designio, el salmo adquiere un nuevo y más pleno sentido.

SALMO 34 (33)
Gustad y ved qué bueno es el Señor

1 Sm 21 11-16; 1 Pe 3 10-12; Mt 11 29-30; Jn 19 36

[1] *De David, cuando se fingió loco ante Abimélec y, expulsado por él, se marchó.*

[2] Bendigo al Señor continuamente,
su alabanza está siempre en mi boca.
[3] Mi alma se gloría en el Señor,
que los humildes lo oigan y se alegren.
[4] Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
[5] Busqué al Señor, y él me respondió;
me libró de todos mis temores.
[6] Mirad hacia él: quedaréis radiantes,

y la vergüenza no cubrirá vuestros rostros.
[7] Cuando el humilde clama al Señor, él lo escucha
y lo salva de todas sus angustias.
[8] El ángel del Señor viene a acampar
en torno a sus fieles y los protege.
[9] Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el hombre que se acoge a él.
[10] Temed al Señor, todos sus fieles,
que nada les falta a los que le son fieles.
[11] Los ricos se arruinan y pasan hambre,
pero a los que buscan al Señor no les falta de nada.

[12] Venid, hijos, escuchadme:
voy a enseñaros el temor del Señor.
[13] ¿Quién es el que ama la vida,
y desea ver días felices?
[14] Guarda tu lengua del mal
y tus labios de la mentira;
[15] apártate del mal y haz el bien,
busca la paz y corre tras ella.
[16] Los ojos del Señor están pendientes de los justos,
sus oídos atienden sus gritos de auxilio,
[17] pero el Señor se enfrenta con los malhechores,
para borrar de la tierra su recuerdo.
[18] Cuando uno grita, el Señor lo escucha,
y lo libra de todas sus angustias.
[19] El Señor está cerca de los que sufren
y salva a los que están abatidos.
[20] Por muchas que sean las desdichas del justo,
de todas lo libra el Señor;
[21] cuida de todos sus huesos,
ni uno solo se le romperá.
[22] La maldad hará perecer al malvado,
los que odian al justo serán castigados;
[23] porque el Señor redime a sus siervos,
y no serán castigados los que se acogen a él.

Salmo individual de acción de gracias, prolongado en una instrucción de carácter sapiencial. El conjunto, dispuesto en forma alfabética (véase Sal 9; 37...), tiene dos partes: alabanza y acción de gracias (Sal 34 2-11) y reflexión sapiencial (Sal 34 12-23).

En la primera parte el salmista comienza afirmando su actitud constante de acción de gracias y alabanza al Señor. A esa alabanza anima a los humildes, a los fieles. El motivo aparece en seguida: invocó al Señor, éste lo escuchó y lo salvó (Sal 34 5). Esta es la dinámica de toda la primera parte. En ella se mezclan la alabanza, los motivos, las invitaciones, los beneficios. La idea central aparece en Sal 34 7 –se repetirá en Sal 34 18 y a medias en Sal 34 5 y 20–, y el salmista se pone de botón de muestra de la verdad de esa idea. El Señor merece ser alabado por ello. Pero además, alabarlo y temerlo tiene sus ventajas: el que lo hace nunca quedará defraudado (Sal 34 6), será salvado y protegido (Sal 34 7-8), no le faltará de nada (Sal 34 10-11). El que quiera, que haga la prueba, y se verá felicitado (Sal 34 9). El *angel del Señor* (Sal 34 8) es metáfora de la protección de Dios: una especie de mensajero divino al frente de un ejército que rodea y defiende.

En la segunda parte habla un anciano sabio –figura típica–: *Venid, hijos, escuchadme, voy a enseñaros...* Es la introducción normal de las enseñanzas sapienciales. Lo que va a enseñar es *el temor del Señor*, es decir, el principio, la corona, el culmen de la sabiduría (véase Eclo 1 11-20). Sigue una pregunta retórica, también introductoria a la enseñanza, equivalente a "el que ame la vida y quiere ver días felices que haga esto..." (Sal 34 13: véase, por ejemplo, Sal 25 12). Vienen a continuación una serie de consejos en los que se anima a cuidar la lengua y practicar el bien (Sal 34 15; véase Sal 37 27), y se refuerza el consejo con la idea de la retribución, es decir, de que Dios trata de forma distinta a los buenos y a los malvados. Encontramos de nuevo la idea central del salmo (Sal 34 18), y la afirmación de que, aunque el justo sufra física o moralmente, el Señor está siempre cerca de él, lo ayuda y lo salva.

Sal 34 21 se cumplió en la muerte de Cristo (véase Jn 19 36): Dios no lo había abandonado. Cuando el Justo clama a Dios,

éste lo escucha (véase Sal 22 25), lo salva, lo libra, lo resucita: la intervención salvadora del Padre en la resurrección de su Hijo refuerza el tono de confianza y gratitud que transmite el salmo.

SALMO 35 (34)
Yo soy tu salvación

Sal 22; 69; Jn 15 25; Sal 38 22

[1] *De David.*

Acusa tú, Señor, a los que me acusan;
enfréntate a los que luchan contra mí;
[2] ármate con el escudo y la coraza y ven en mi socorro.
[3] Empuña la lanza y cierra el paso a mis perseguidores.
Dime: «Yo soy tu salvación».
[4] ¡Queden avergonzados y confusos
los que buscan mi muerte!
¡Retrocedan humillados los que traman mi desgracia!
[5] Sean como paja al viento,
perseguidos por el ángel del Señor.
[6] Que su camino se vuelva oscuro y resbaladizo,
acosados por el ángel del Señor.
[7] Porque me han tendido sus redes sin motivo,
sin motivo han cavado una fosa para mí.
[8] Que la desgracia caiga sobre ellos de repente,
que se enreden en la red que tendieron
y se hundan en la fosa que cavaron.
[9] Yo exultaré con el Señor, y me alegraré con su salvación.
[10] Todo mi ser proclamará: ¿Quién como tú, Señor,
que libras al humilde del poderoso,
al humilde y al pobre del explotador?

[11] Se levantaban testigos falsos,
me preguntaban sobre cosas que ignoraba;
[12] me devolvían mal por bien, y me dejaban desamparado.
[13] Yo en cambio, cuando ellos estaban enfermos,
vestido de sayal, me mortificaba con ayunos,

orando sin cesar en mi interior;
[14] andaba triste y cabizbajo
como por un amigo o un hermano,
como quien va de luto por su madre.
[15] Pero cuando yo caigo, ellos se alegran, y se unen contra mí,
me golpean a traición, me desgarran sin cesar;
[16] me insultan y se burlan de mí,
hacen rechinar con odio sus dientes contra mí.
[17] ¿Hasta cuándo, Señor mío, permanecerás impasible?
Líbrame de los que rugen, salva mi vida de los leones.
[18] Yo te daré gracias en la gran asamblea,
te alabaré entre la muchedumbre del pueblo.

[19] Que no se alegren a mi costa mis enemigos traicioneros,
que no se hagan guiños los que me odian sin motivo.
[20] Pues jamás hablan de paz, sino que atacan a los oprimidos,
[21] se ríen de mí a carcajadas, diciendo:
«Con nuestros ojos lo hemos visto».
[22] Tú lo ves, Señor, no te quedes callado,
no te alejes de mí, Señor mío;
[23] despierta, sal en mi defensa, Dios mío;
defiende mi causa, Señor mío.
[24] Tú, que eres fiel, júzgame, Señor, Dios mío;
que no se alegren a mi costa,
[25] que no piensen: «¡Ea, lo conseguimos!»,
que no digan: «¡Nos lo hemos tragado!»
[26] ¡Vergüenza y confusión caigan de golpe
sobre los que se alegran de mi mal;
que se cubran de vergüenza y oprobio
los que se engríen a mi costa!
[27] Pero que se alegren y gocen los que desean mi triunfo,
repitiendo sin cesar:
«Grande es el Señor, que desea la paz a su siervo».
[28] Mi lengua anunciará tu fidelidad,
te alabará todos los días.

Salmo de súplica individual, estructurado en tres partes que repiten el mismo esquema general: imprecaciones contra los enemigos y promesa de alabanza (Sal 35 1-10); exposición del caso, súplica y promesa de acción de gracias (Sal 35 11-18); súplicas finales con motivaciones y nueva promesa de acción de gracias (Sal 35 19-28).

La petición de que el Señor haga frente a los enemigos del salmista y les pague con la misma moneda refleja un sentido profundo de la justicia y del principio de retribución y es la principal y la dominante en el salmo (Sal 35 1.4-8.19.26; véase Sal 7; 69; 109). El autor, un hombre acusado y perseguido injustamente (Sal 35 1-4), al que devuelven mal por bien (Sal 35 11-16), al que odian sin motivo (Sal 35 19), quiere que el Señor haga de acusador o juez (Sal 35 1) y de guerrero bien pertrechado (Sal 35 2-3), y que venza al enemigo. Quiere que *el ángel del Señor*, que en Sal 34 8 protegía a los fieles, persiga y acose ahora a los adversarios, a los poderosos y a los explotadores (Sal 35 10.20). La paja aventada por el viento y el camino que lleva a la perdición, así como el fracaso en el juicio, aparecen juntos en Sal 1 4-6. Quiere que sus crímenes, sus malas artes y sus diabólicos proyectos fracasen y se vuelvan contra ellos mismos (Sal 35 7-8; véase Sal 7 16-17; 9 16; etc.). Eso significará la salvación del salmista que, agradecido, entonará cantos de agradecimiento y de alabanza al Señor: ¿Quién como él? (véase Sal 86 8; 89 9; 113 5).

El autor expone a continuación su experiencia personal (Sal 35 11-16): el juicio amañado con testigos falsos y falsas acusaciones, el mal pago de sus desvelos... Los enemigos son auténticas fieras (Sal 35 16-17; como en Sal 10; 22 13s; 57). Y suena la pregunta impaciente y conocida: *¿Hasta cuándo, Señor?* (Sal 35 17; véase Sal 13). Una nueva promesa de acción de gracias cierra esta parte.

Y el ciclo recomienza (Sal 35 19-28): descripción de los enemigos y de la situación del salmista, súplica insistente al Señor, motivaciones, imprecaciones contra los malvados y acción de gracias del salmista (Sal 35 28; véase la misma frase en Sal 71 24) y de los que creen en su inocencia y están de su parte. Estos se alegrarán (Sal 35 27), todo lo contrario de los malvados: *que no se alegren*, ha pedido el salmista al empezar esta última parte del salmo (Sal 35 19). En esta última estrofa el autor recopila y

repite muchas expresiones ya utilizadas, y subraya más que en el resto del salmo los elementos forenses: juicio, causa, defensa...

Es conmovedora la parte central de la oración (Sal 35 11-18): el dolor por la persecución y la traición se agrava con la ingratitud. La descripción impresiona. Y es conmovedora también la concentración de la invocación *Señor mío, Dios mío* en los versos centrales de la última parte (Sal 35 22-24); refleja la confianza, la intimidad y también la urgencia e insistencia –los verbos en imperativo también están aquí amontonados– con la que el salmista trata a Dios.

Jn 15 25 pone la frase de Sal 35 19 en labios de Jesús como expresión del odio y rechazo del mundo a la obra del Padre. Pero la promesa firme de Jesús: *¡Animo! Yo he vencido al mundo* (Jn 16 33) nos invita a rezar el salmo con absoluta confianza: los explotadores, los opresores, los corruptos, tienen a Dios enfrente, como acusador y –en el salmo– como ejecutor de la sentencia de condena. Sus delitos, sus crímenes, su crueldad, tienen los días contados, y ellos recibirán el justo pago de sus fechorías.

SALMO 36 (35)
Por tu luz vemos la luz

Rom 3 18; Mt 7 3-5; Sal 57 11; 71 19

[1] *Al maestro de coro. De David, siervo del Señor.*

[2] El malvado escucha la voz del pecado
en el fondo de su corazón.
No teme a Dios, ni siquiera en su presencia,
[3] y es que piensa demasiado bien de sí mismo,
para apreciar su culpa y detestarla.
[4] Lleva en la boca maldad y mentira,
ha renunciado a ser sensato y a practicar el bien;
[5] hasta en su lecho maquina maldades,
se obstina en el mal camino, no rechaza el mal.

[6] Señor, tu amor llega hasta el cielo,
hasta las nubes tu fidelidad,
[7] tu justicia es como los más altos montes,

tu derecho, un abismo insondable.
Tú, Señor, salvas a hombres y animales;
[8] oh Dios, ¡qué inapreciable es tu amor!
Los hombres se acogen a la sombra de tus alas,
[9] se sacian de la abundancia de tu casa,
les das a beber en el río de tus delicias;
[10] porque en ti está la fuente de la vida,
y por tu luz vemos la luz.

[11] Prolonga tu amor con los que te conocen,
y tu fidelidad con los de limpio corazón.
[12] Que no me aplaste el pie del arrogante,
ni me sacuda la mano del malvado.
[13] Los malhechores fueron derribados,
están hundidos y no se pueden levantar.

Salmo mixto, compuesto por una reflexión sapiencial sobre los malvados (Sal 36 2-5), un himno a la providencia de Dios (Sal 36 6-10) y una súplica finalmente escuchada (Sal 36 11-13).

El salmo comienza con una magnífica descripción del malvado sobre todo desde una perspectiva interior. En el fondo de su corazón, en lo más íntimo de su espíritu, el malvado escucha la voz (literalmente, el oráculo) del pecado por la que se deja guiar. No teme a Dios, porque el orgullo lo ciega y no quiere darse cuenta de su maldad. Está tan sumergido en ella que no la percibe. Vive en ella, la lleva en los labios, hasta de noche la tiene en su mente, en sus planes. No la rechaza, ni la detesta. Está empecinado en el mal: el mal se ha asentado en lo más profundo de su corazón y desde allí dirige su vida por el mal camino (Sal 36 5). Así es el malvado. Contemplarlo resulta angustioso, se siente uno amenazado, casi sin defensa ante tanta perversidad y tanta arrogancia. ¿Qué hacer? ¿A quién acudir?

Afortunadamente sabemos a quien. En la segunda parte del salmo se alaba a Dios por lo que es y por lo que hace (Sal 36 6-10). Se alaba a Dios hablándole directamente y elogiando su amor y su lealtad, su fidelidad, su justicia y su derecho, reconociendo que a él se lo debemos todo, tanto los hombres como los

animales que, curiosamente, también se benefician de la salvación de Dios (Sal 36 7; véase Sal 104): y es que el amor de Dios lo abarca todo, es inmenso como los cielos, como *los más altos montes* (literalmente "montes de Dios", expresión de superlativo: "altísimos"), como los abismos marinos insondables. Por eso los hombres, los "hijos de Adán", los mortales, los que "lo conocen" (Sal 36 11) recurren a él, se refugian *a la sombra de sus alas* (véase Sal 63 8), viven y beben de él y se sacian de sus delicias, porque él es *la fuente de la vida*, la *luz* que ilumina y hace "ver la luz", es decir, vivir (véase Sal 13 4; 49 20). Es la humanidad como tal –los "hijos de Adán"–, no sólo los israelitas los que se benefician de esa vida y esa luz. La "casa" de Dios (Sal 36 9) puede ser el templo (véase Sal 63 3-6), pero puede ser también toda la tierra, toda la creación con todos sus habitantes, hombres y animales: de todos se ocupa el Señor.

La plegaria surge espontánea (Sal 36 11-13): que el Señor siga así, que siga queriéndonos, que prolongue su amor con los que lo conocemos y lo reconocemos. Y, de pronto, el salmista se vuelve hacia sí mismo y presenta al Señor su situación particular: el malvado, el arrogante malvado que describió al principio, resulta ser un enemigo personal, a punto de pisotearlo y golpearlo. Parece que se entabla un combate entre el Señor y el malvado; el salmista, amenazado por uno, se refugia en el otro. Y ese otro, el Señor; vence; los malvados son derribados, han sufrido una derrota total y definitiva. Quizá ahora puedan recobrar el temor de Dios, y reconocer su culpa, y rechazarla, y dejarse guiar por la luz de Dios.

"Que bien sé yo la fonte que mana y corre... y sé que toda luz de ella es venida". San Juan de la Cruz es de los que "conocen" de dónde viene la luz y dónde está la fuente de la vida, y de la vida plena y definitiva. Todos la conocemos. Nos lo indicó el mismo Jesús: *¡Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba!* (Jn 7 37). *Yo soy la resurrección y la vida* (Jn 11 25). Y todos sabemos donde se encuentra la luz verdadera, en la Palabra que vino al mundo, que era Vida y Luz (véase Jn 1 4-5): *Yo he venido al mundo como la luz* (Jn 12 46), *Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no caminará a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida* (Jn 8 12).

SALMO 37 (36)
Los humildes heredarán la tierra

Sal 73; Job 21 7-26; Mt 5 3-12; Prov 20 24; Sal 34 15; 9 10

[1] *De David.*

Que los malvados no te hagan perder la paz
ni envidies a los que hacen el mal,
[2] porque se secan pronto como el heno,
como la hierba verde se marchitan.
[3] Confía en el Señor y haz el bien,
habita en esta tierra y mantente fiel;
[4] pon en el Señor tu complacencia,
y él te dará lo que desea tu corazón.
[5] Encomienda al Señor tu camino,
confía en él, que él actuará;
[6] hará brillar como la aurora tu inocencia,
y tu rectitud como el sol de mediodía.
[7] Descansa en el Señor, espera en él;
que no te haga perder la paz el que prospera con la intriga.
[8] Deja la ira, abandona el enfado,
no pierdas la paz, pues te irá peor;
[9] porque los malvados serán exterminados,
pero los que esperan en el Señor heredarán la tierra.
[10] En un momento deja de existir el malvado,
buscas su casa, y ya no está;
[11] en cambio los humildes heredarán la tierra
y gozarán de paz abundante.
[12] El malvado intriga contra el justo,
haciendo rechinar sus dientes contra él;
[13] pero el Señor se ríe de él,
porque ve que se acerca su hora.
[14] Desenvainan su espada los malvados; tensan su arco
para acabar con el pobre y el humilde,
para matar a los honrados;
[15] pero su espada atravesará su corazón,
y sus arcos se romperán.

[16] Más vale lo poco del honrado
que toda la fortuna de los malvados,
[17] pues al malvado se le romperán los brazos,
pero a los honrados los sostiene el Señor.
[18] El Señor cuida la vida de los íntegros,
su herencia durará eternamente;
[19] no se verán defraudados en tiempos de desgracia,
en días de hambre se saciarán.
[20] Los malvados, en cambio, perecerán;
los enemigos del Señor desaparecerán
como la hierba de los prados,
como el humo se esfumarán.
[21] El malvado pide prestado y no devuelve,
mientras el justo es compasivo y generoso;
[22] los que el Señor bendice heredarán la tierra,
los que maldice serán exterminados.

[23] El Señor asegura los pasos del hombre
y está atento a su camino;
[24] aunque caiga, no quedará postrado,
porque el Señor lo lleva de la mano.
[25] Fui joven, ahora soy viejo,
y nunca vi desamparado al justo,
ni a su linaje mendigando pan.
[26] Siempre se compadece y presta,
y su descendencia será bendita.
[27] Apártate del mal, haz el bien,
y tendrás siempre una morada;
[28] porque el Señor ama la justicia,
y no abandona a sus fieles,
sino que los protege siempre,
mientras el linaje de los malvados será exterminado.
[29] Los justos heredarán la tierra
y habitarán en ella para siempre.

[30] La boca del justo habla con sabiduría,
su lengua dice lo que es recto;

[31] tiene la ley de su Dios en el corazón,
sus pasos no vacilan.
[32] El malvado espía al justo,
intentando darle muerte;
[33] pero el Señor no lo abandona en sus manos,
ni deja que lo condenen en el juicio.
[34] Espera en el Señor y sigue su camino:
él te ensalzará y heredarás la tierra,
verás el exterminio de los malvados.

[35] Yo vi cómo se gloriaba el malvado
y crecía como un cedro frondoso;
[36] pero pasé otra vez, y ya no estaba,
lo busqué y no lo encontré.
[37] Observa al hombre íntegro, fíjate en el honrado;
porque el pacífico tiene un porvenir,
[38] mientras los pecadores serán exterminados en masa
y el porvenir de los malvados quedará truncado.
[39] Del Señor viene la salvación de los justos:
él es su refugio en tiempos de angustia;
[40] el Señor los ayuda y los libera,
los libera de los malvados y los salva,
porque se acogen a él.

Salmo sapiencial, del mismo tipo que los salmos 49 y 73 (véase comentario). Este es alfabético: uno de cada dos versos comienza con una letra sucesiva del alfabeto hebreo. Este recurso encorseta al autor y lo obliga a una cierta rigidez en su composición. De hecho, el salmo que nos ocupa parece una colección de elementos varios, un poco desarticulados y repetitivos: consejos en singular (Sal 37 1-9.27.34.37), proverbios y constataciones (Sal 37 16.17.29), experiencias autobiográficas y testimonios personales del autor (Sal 37 25.35-36), descripción de tipos y conductas (Sal 37 12.14.21.26.30-32), y actos de fe y afirmaciones de confianza en el Señor, que protege y premia a los buenos y castiga a los malos (Sal 37 38-40). Este último parece ser el tema fundamental del poema, aunque provocado por un problema de

injusticia social: los malvados prosperan y oprimen a los justos, a los pobres, a los honrados. El salmista, un anciano cargado de sabiduría y experiencia (Sal 37 25), aconseja paciencia y confianza en el Señor, que volverá a poner las cosas en su sitio.

A lo largo de todo el salmo, esta afirmación reviste formas diversas. Que Dios premia a los buenos se dice de muchas maneras: Dios les dará lo que desea su corazón, actuará en su favor, hará brillar su inocencia y su rectitud; el Señor los sostiene, cuida de su vida, no permite que pasen hambre ni que sus hijos tengan que mendigar, asegura sus pasos, los lleva de la mano, bendecirá su descendencia, no los abandona, los protege siempre, no deja que los condenen en el juicio, les dará un porvenir, es su refugio permanente, los ayuda, los libera, los salva... Una expresión que se repite machaconamente es que, por obra y gracia de Dios, *los justos heredarán la tierra* (Sal 37 9.11.22.29.34).

En contraposición, *los malvados serán exterminados* (Sal 37 9.22.28.34.38): desaparecerán pronto, dejan de existir en un momento, les cae encima lo que planean contra el justo, se les romperán los brazos, se esfumarán, su porvenir quedará truncado...

Esta forma de actuar de Dios, que está siempre –desde los tiempos de Egipto– con los oprimidos y contra los explotadores, hace que el salmista aconseje confiar en el Señor, esperar en él y perseverar en la práctica del bien, sin perder la paciencia ni irritarse ante el triunfo de los malvados (como, por ejemplo, en Prov 24 19, que se recoge como primera frase del salmo).

Para su mensaje el autor utiliza imágenes de todo tipo: vegetales (Sal 37 2.20.35; véase Sal 90 5-6; 102 12; 129 6), guerreras (Sal 37 12.14-15.32), forenses (Sal 37 6.33). Es una de las pocas licencias poéticas que se permite en un salmo que, aunque trata un tema candente y de gran trascendencia, es de un carácter general más bien prosaico.

En el Antiguo Testamento hay otros intentos de solución del problema de la retribución planteado en este salmo. Pero habrá que esperar a que Jesús recoja la bendición-promesa del salmo (Sal 37 11) en su buena noticia de las bienaventuranzas para los pobres, los humildes, los sufridos, los justos, es decir, los que hacen la voluntad de Dios (véase Mt 5 3-12). Sin despojarla de su primer sentido obvio y material –tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento– de poseer un pedazo de tierra para poder

vivir en ella y de ella y restablecer así la justicia social, la expresión "heredar tierra" o "heredar la tierra" se convierte, a la luz de la resurrección de Jesucristo, en un símbolo de los *cielos nuevos* y la *tierra nueva* que esperamos (véase Ap 21).

SALMO 38 (37)
En ti, Señor, pongo mi esperanza

Job 19 1-20; Sal 102 4-6; Job 12 4-5; Sal 41 6-10

[1] *Salmo de David; en conmemoración.*

[2] Señor, no me castigues con ira,
no me corrijas con furor.
[3] Pues se me han clavado tus saetas,
has descargado tu mano sobre mí;
[4] todo mi cuerpo está enfermo a causa de tu ira,
no tengo ni un hueso sano a causa de mi pecado.
[5] Me siento abrumado por mis culpas,
son un peso superior a mis fuerzas;
[6] mis heridas se han infectado y supuran,
por culpa de mi insensatez.
[7] Voy encorvado y decaído, lleno de tristeza todo el día.
[8] Siento fuego en los riñones,
no hay nada sano en mi cuerpo;
[9] estoy agotado y molido hasta más no poder,
el gemir de mi corazón es ya un rugido.

[10] Ante ti, Señor mío, están todos mis anhelos,
no se te ocultan mis suspiros.
[11] Mi corazón palpita, las fuerzas me abandonan,
y hasta la luz de los ojos me falta.
[12] Mis amigos y compañeros se apartan de mis llagas,
mis familiares se mantienen a distancia;
[13] los que buscan mi muerte me tienden trampas,
los que desean mi mal me amenazan,
están todo el día planeando engaños.

[14] Pero yo me hago el sordo y no escucho,
me hago el mudo y no abro la boca;
[15] soy como el que no oye y no replica.

[16] En ti, Señor, pongo mi esperanza,
tú me responderás, Señor y Dios mío.
[17] Yo digo: «Que no se alegren a mi costa,
que no puedan jactarse de mi tropiezo».
[18] Porque estoy a punto de caer, mi dolor no se aparta de mí.
[19] Sí, yo reconozco mi culpa y me pesa mi pecado.
[20] Los que atentan contra mi vida son poderosos,
se multiplican los que me odian sin motivo,
[21] los que me devuelven mal por bien
y me hostigan porque procuro el bien.
[22] ¡No me abandones, Señor, Dios mío, no te alejes de mí,
[23] apresúrate a socorreme, Señor mío, mi salvación!

Salmo de súplica individual, estructurado en tres partes: sufrimientos (Sal 38 2-9); abandono y persecución (Sal 38 10-15); súplica confiada (Sal 38 16-23).

Comienza como el Sal 6, pero en éste, el tercero de los salmos penitenciales de la tradición cristiana (véase Sal 6), sí hay una confesión explícita del pecado. La situación es clara y bastante tópica: el salmista padece una enfermedad grave (Sal 38 2-9), a la que se suma el abandono por parte de amigos y familiares y la persecución o acoso de los enemigos (Sal 38 10-15.20-21). Sabe que todos esos males son consecuencia de la ira de Dios –las saetas, la mano del Señor (véase Job 6 4; Sal 32 4; 39 11)– que, a su vez, ha sido causada por sus propios pecados (Sal 38 2-5: en Sal 38 4 están puestos en paralelo *a causa de tu ira... a causa de mi pecado*). Para salir de esa situación, el primer paso es el reconocimiento humilde del propio pecado ante Dios, el arrepentimiento sincero (Sal 38 19; véase Sal 51 5) y la súplica de perdón y salvación (Sal 38 10.16.22-23). En este salmo el autor se detiene sobre todo en la descripción de sus sufrimientos con todo lujo de detalles, pasando por alto otros momentos o partes

del proceso que sólo son brevemente mencionados o insinuados (véase el proceso más desarrollado en Sal 32).

Comienza por los atroces sufrimientos causados por la enfermedad: desde el dolor ardiente en los riñones hasta la tristeza interior que le hace andar encorvado, sintiendo en su alma el rugido del corazón deshecho y el peso de la culpa; por dos veces repite que no hay parte sana en su cuerpo (Sal 38 3-9). Pasa después a exponer cómo familiares y amigos se apartan de él, al reconocer en su estado de enfermedad que Dios lo está castigando por algún pecado grave y que no es recomendable permanecer a su lado. Los enemigos de siempre, que son poderosos y que ahora se han multiplicado, se aprovechan de la situación de debilidad y soledad en que se encuentra para atacarlo con más ahínco que nunca (Sal 38 13.20-21). El salmista se hace el fuerte, se repliega sobre sí mismo y aguanta en silencio, sin reaccionar (Sal 38 14-15), poniendo toda su esperanza en Dios, de cuya ayuda, ahora que ha confesado su pecado, está seguro (Sal 38 16). El reconocimiento y el dolor por el pecado es uno de los motivos que el autor aduce ante Dios para "forzarlo" a intervenir en su favor. Pero añade otro: la alegría que causaría en los enemigos su caída definitiva (¿su muerte?: Sal 38 17-18). Es injusto que triunfen, porque el odio que sienten hacia él no está justificado: no lo odian porque sea un pecador, sino precisamente por lo contrario, porque su conducta es correcta y por hacerles el bien (Sal 38 20-21). El salmo termina con la súplica explícita y urgente de la intervención salvadora de Dios (véase Sal 22 12.20; 35 22; 40 14; 70 2; 71 12), al que el salmista apela con absoluta confianza, subrayando la relación que lo une con ese Dios al que llama repetidamente a lo largo del salmo Dios "mío" y Señor "mío" (Sal 38 10.16.22.23). Ante ese Dios se ha desahogado, que desahogarse con el Señor es orar: la oración queda abierta, como el orante, a la espera del perdón y de la salvación.

SALMO 39 (38)
El hombre es un soplo fugaz

Sal 88; 37; 90 9-10

[1] *Al maestro de coro; de Yedutún. Salmo de David.*

[2] Yo me dije: «Vigilaré mi proceder
y no pecaré con mi lengua;
amordazaré mi boca mientras el malvado esté ante mí».
[3] Y me mantuve en silencio, aunque inútilmente,
porque mi dolor aumentó
[4] y me hervía por dentro el corazón;
de tanto pensar me iba inflamando,
hasta que rompí a hablar:

[5] Señor, dame a conocer mi fin
y cuántos van a ser mis días;
que me dé cuenta de lo frágil que soy.
[6] Me diste sólo un puñado de días,
mi vida no es nada ante ti;
el hombre es como un soplo fugaz,
[7] como una sombra que pasa;
se afana por cosas fugaces
atesora, sin saber para quién será».

[8] Y ahora, Señor mío, ¿qué espero?
Tú eres mi única esperanza.
[9] Líbrame de mis pecados,
no me hagas la irrisión de los necios.
[10] Yo me callo y no abro la boca, pues eres tú el que actúa.
[11] Deja ya de golpearme,
que tu castigo está acabando conmigo.
[12] Corrigiendo sus culpas, escarmientas al hombre;
como una polilla corroes sus tesoros.
El hombre es como un soplo fugaz.
[13] Escucha mi plegaria. Señor, presta oído a mis gritos,
no te hagas el sordo a mis gemidos;

mira que soy tu huésped, un forastero,
como mis antepasados.
[14] No te fijes en mis pecados, dame un momento de respiro
antes de que me vaya y deje de existir.

Salmo de lamentación y súplica individual en el que se pueden distinguir tres partes temáticamente diferentes: actitud del salmista (Sal 39 2-4); caducidad de la vida (Sal 39 5-7); súplica confiada (Sal 39 8-14).

El salmo es una narración que comienza abruptamente. Se narra, de modo magistral y bastante convincente, la reflexión, el proceso interior, los sentimientos y emociones del salmista y la oración pronunciada en un momento de angustia, de dolor físico y de desconcierto espiritual, y tras un intento de resignación y de silencio que ha resultado inútil. El salmo es un retazo de autobiografía con demasiadas cosas sin aclarar; es como una película que hubiésemos cogido ya empezada.

Por el contenido de la oración nos enteramos de algo. El autor está pasando una situación desgraciada, que parece bastante grave (Sal 39 4.11.14). Puede que sea por culpa de los malvados o necios (Sal 39 2.9), pero él sabe que sus pecados tienen mucho que ver con esos sufrimientos (como Sal 32 1-5; 38; etc.), así como con la pobreza radical y esencial del ser humano. Las culpas del hombre están en la raíz de la caducidad y de la fragilidad humanas; así lo reconoce y acepta el salmista que además lo describe con amplitud y regusto, incluso repitiéndose, como si encontrara particular satisfacción –amarga satisfacción– en recordarlo: un ser frágil, un puñado de días, un soplo fugaz, una sombra que pasa (Sal 39 5-7.12; véase Sal 62 10; 90; 144 4; Ecl 8 13). Vida corta y colmada de enfermedades, sufrimientos y frustraciones es el fruto del pecado. Más aún, es el castigo con el que Dios intenta escarmentar y corregir al hombre, como dice el salmista (Sal 39 11-12). Es la mentalidad del Antiguo Testamento, que ya conocemos (véase, por ejemplo, Sal 6).

El autor reconoce sus pecados y pide perdón por ellos (Sal 39 9), para que termine ese castigo-escarmiento divino que está acabando con él (Sal 39 11.14). La súplica se vuelve apremiante:

líbrame de mis pecados, aparte de mí tus golpes, escúchame, préstame oído, no te hagas el sordo, no te fijes en mí, déjame que respire... Impresiona la confianza del salmista en Dios: castigado y golpeado por él, sigue acudiendo a él: *¡Tú eres mi única esperanza!... yo me callo y no abro la boca, pues eres tú el que actúa... mira que soy tu huésped* (Sal 39 8.10.13). Este silencio final, lleno de espera confiada (como el de Sal 5 4 y 37 5), es bastante distinto del que guardaba al principio, hecho de resignación y, si no interpretamos mal, de obstinación: véase un silencio parecido en Sal 32 3-4.

Con esa súplica urgente termina el salmo. La traducción literal de *no te fijes en mis pecados* (Sal 39 14) sería: "retira de mí tu mirada". Sorprendente petición; lo normal es que los fieles pidan a Dios que se fije en ellos. El salmista suplica lo contrario: es que Dios puede mirar con benevolencia o "airado", y en este último caso la mirada de Dios sería terrible (véase Sal 6 2; 38 2; Job 7 19; 14 6).

El salmista se parece a Job y al Eclesiastés en el reconocimiento de la caducidad de la vida humana y de sus vanos afanes, así como de todos los sufrimientos que la acompañan (Job 67 7.16; 14 1-2; Ecl 2 17-18; 4 8; 6 12). Se parece a Job en el reconocimiento de que la mano de Dios se encuentra detrás de todos ellos (véase, por ejemplo, Job 10 20; 13 21). Pero el salmista se sabe culpable: Job era inocente. En este sentido nuestro autor sufre sólo la mitad que Job, porque conoce la razón y el sentido de sus sufrimientos.

Poder vivir en paz esta corta vida: eso es lo que el salmista parece desear. Eso es lo que Cristo posibilita a los suyos: la paz necesaria para no sentirse agobiados por la caducidad de la existencia, la perspectiva de la resurrección para poder esperar más allá de este *puñado de días. ¿Quién de vosotros, por más que se preocupe, puede añadir una sola hora a su vida? Así que no os inquietéis...Ya sabe vuestro Padre celestial lo que necesitáis* (véase Mt 6 27-34). La vida humana no es ya un sin sentido. Se ha roto, además, la relación pecado-enfermedad, pecado-sufrimiento: *La causa de su ceguera no ha sido ni un pecado suyo ni de sus padres... Yo soy la luz del mundo* (Jn 9 3-5).

SALMO 40 (39)
Aquí estoy, para hacer tu voluntad

Sal 69 2-3.15-16; Jr 17 7; Sal 139 17-18; Heb 10 5-7; Sal 50 7-15; 51 18-19; 69 31-32; 70

[1] *Al maestro de coro. Salmo de David.*

[2] Puse toda mi esperanza en el Señor;
él se inclinó hacia mí y escuchó mi grito.
[3] Me sacó de la fosa mortal, de la ciénaga de fango;
afianzó mis pies sobre la roca, dio firmeza a mis pasos.
[4] Puso en mi boca un cantar nuevo,
un himno a nuestro Dios;
al verlo, muchos respetarán al Señor
y pondrán en él su confianza.
[5] Dichoso el hombre confía en el Señor,
y no se vuelve hacia los idólatras
que corren tras la mentira.
[6] ¡Cuántas maravillas has hecho, Señor, Dios mío!
¡Cuántos proyectos para nosotros! ¡No hay nadie como tú!
Yo quisiera contarlos, publicarlos, pero son innumerables.
[7] Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
pero me abriste el oído;
no pides holocaustos ni víctimas.
[8] Entonces yo digo: Aquí estoy,
para hacer lo que está escrito en el libro sobre mí.
[9] Amo tu voluntad, Dios mío, llevo tu ley en mis entrañas.
[10] He proclamado tu lealtad en la gran asamblea;
tú sabes, Señor, que no me he callado.
[11] No he ocultado tu lealtad en el fondo de mi corazón,
proclamé tu fidelidad y tu salvación,
no oculté tu amor y tu fidelidad en la gran asamblea.

[12] Señor, no me cierres tus entrañas;
que tu amor y tu lealtad me guarden siempre,
[13] pues estoy rodeado de desgracias sin cuento,
mis culpas recaen sobre mí y no puedo ni verlas:
son más que los pelos de mi cabeza, y me falta el ánimo.

[14] Señor, ven a liberarme, apresúrate a socorrerme.
[15] Queden confundidos y avergonzados
los que buscan mi muerte.
Retrocedan sonrojados los que se alegran de mi mal;
[16] queden abrumados de ignominia los que se ríen de mí.
[17] Pero que se alegren y gocen contigo
todos los que te buscan;
que los que anhelan tu salvación repitan:
«¡Qué grande es el Señor!».
[18] Yo soy un pobre desgraciado,
pero tú, Señor mío, pensarás en mí.
¡Tú eres mi socorro y mi liberación, Dios mío, no tardes!

Salmo mixto, compuesto por un himno de acción de gracias (Sal 40 2-11) y una súplica individual (Sal 40 12-18). La última parte de ésta (Sal 40 14-18) se repite en Sal 70 como plegaria independiente.

El himno comienza bruscamente con la narración del caso del salmista a base de pinceladas rápidas: esperó en el Señor que escuchó su grito y lo salvó: la salvación está expresada con imágenes muy gráficas (Sal 40 3; véase Sal 69 2-3.15-16; 88 4-7; 18 37; 27 5; 37 23). El mismo Señor le puso en la boca un cántico de acción de gracias subrayando que se trata de un cantar *nuevo* (véase Sal 33 3). Un efecto de la salvación de Dios es que, al verlas, muchos harán como el salmista: respetar al Señor y confiar en él (Sal 40 4).

Y el salmista generaliza su caso: el fue afortunado porque confió en el Señor. Pues dichosos los que confíen en el Señor (Sal 40 5; véase 34 9; 84 13). La disyuntiva es clara: o confiar en el Señor o confiar en los idólatras, es decir, en los que acuden –y se extravían– a ídolos vanos, falsos, impotentes. El Señor es el que hace maravillas, prodigios y proyectos incontables: los ídolos no (véase Sal 115 4-8). Es de necios renunciar a la confianza en el Señor para volverse hacia los ídolos: poder, dinero, prestigio, ideologías inhumanas, brujerías, futurologías, adivinaciones... la lista es interminable y suena muy actual. Cuando ha empezado esta reflexión, el salmista ha dejado de hablar de Dios

en tercera persona y se ha vuelto hacia él, para dirigirle directamente la palabra, la alabanza, la oración. Se podría titular esta primera parte, ya lo hemos insinuado, algo así como "ventajas de confiar en tan magnífico Dios".

A continuación el salmo hace un quiebro inesperado: el salmista va a proclamar la superioridad de la obediencia y la fidelidad a Dios sobre los sacrificios y holocaustos. Es una crítica a las prácticas cultuales externas y una afirmación de la necesidad de la interiorización de las relaciones con Dios: la ley en el corazón, como anuncia Jeremías que sucederá en la "nueva alianza" (Jr 31 33). Dios no quiere sacrificios (Sal 40 7; véase Sal 50 8-13; 51 18) En otros salmos a los sacrificios rituales se oponen el *sacrificio de alabanza* (Sal 50) o *el espíritu/corazón contrito y humillado* (Sal 51). En éste es el tener el oído abierto para cumplir la voluntad del Señor (como en 1 Sm 15 22-23; véase Os 6 6; Eclo 35); para cumplir lo que está escrito en "el libro", que se supone que es el de la Ley: el salmista proclama que la lleva dentro de sus entrañas, que la ama sobremanera. La relación ley-cumplimiento es intensamente personal: tú y yo, tu voluntad y mi amor entrañable.

Pero el salmista subraya también la resonancia comunitaria de dicha relación, y lo hace en un párrafo muy elaborado, con afirmaciones, negaciones, repeticiones (Sal 40 10-11). Lo abre y lo cierra *la gran asamblea*: en ella el salmista ha proclamado/no se ha callado la fidelidad de Dios, no la ha ocultado; ha proclamado su lealtad y su salvación, no la ha ocultado. El Señor lo sabe de sobra. Sigue la relación personal, la apelación confiada a la otra persona: *Tú, Señor, lo sabes.*

Esa "proclamación" es consecuencia de lo que Dios hace por el salmista y, al mismo tiempo, motivo para la súplica que comienza en seguida (Sal 40 12-18). A pesar de ser algo distinto, enlaza con lo anterior de diversas formas. El salmista ha dicho que llevaba la ley de Dios en las entrañas: ahora le pide a Dios que no le cierre sus entrañas. Ha dicho que no ha ocultado su amor y su lealtad: ahora le pide que su amor y su lealtad lo guarden siempre.

Estas dos peticiones son, a su vez, el grito que abre la súplica. Sigue la exposición del caso, típica: desgracias abundantes, causadas por las propias y numerosísimas culpas –no se ha hablado

de ellas hasta ahora–. Y la última parte, repetida en el Sal 70 (véase comentario): súplica de salvación urgente que, en inclusión, empieza y termina esta parte. Imprecaciones contra los enemigos –aparecen ahora como un elemento nuevo– y petición de gozo y felicidad para los que buscan al Señor, a los que se invita a la alabanza (casi idéntico a Sal 35 26-27). Motivos de confianza y confesión de fe: tú pensarás en mí, tu eres mi esperanza, mi liberación. Es decir, de nuevo las relaciones personales íntimas e intensas. Ese tono domina en todo el salmo, por encima de sus quiebros y rupturas.

Jesús, a uno que supo entender que el amor a Dios y al prójimo valía más que todos los holocaustos y sacrificios, le aseguró: *No estás lejos del Reino de Dios* (Mc 12 32-34). En otra ocasión, indignado por las prácticas externas y formalistas de algunos fariseos y maestros de la ley, les recordó la necesidad de comprometer el corazón en las relaciones con Dios y usó la denuncia de Isaías: *Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí* (Mt 15 8: Is 29 13). Jesús sí tuvo la voluntad del Padre en su corazón y en su vida, a fondo, totalmente: cumplirla era su sustento (Jn 4 34); era su disposición fundamental, según la carta a los Hebreos, y eso nos valió el quedar consagrados a Dios (Heb 10 5-10).

SALMO 41 (40)
Dichoso quien socorre al desvalido

Sal 31 12-14; 38 12-13; Job 19 13-19; Jn 13 18

[1] *Al maestro de coro. Salmo de David.*

[2] Dichoso el que socorre al desvalido:
en los días adversos el Señor lo pondrá a salvo.
[3] El Señor lo guardará, le hará vivir dichoso en la tierra,
y no lo dejará a merced de sus enemigos.
[4] El Señor lo sostendrá en el lecho del dolor,
aliviará sus dolores mientras esté acostado.

[5] Yo dije: «Señor, ten piedad de mí,
sáname, porque he pecado contra ti».

[6] Mis enemigos desean mi desgracia:
«¿Cuándo morirá y se perderá su apellido?»
[7] Los que vienen a verme, no son sinceros,
ocultan su mala intención, y al salir fuera la dicen.
[8] Todos los que me odian se reúnen
a murmurar contra mí, planeando mi desgracia:
[9] «Padece una enfermedad incurable,
se ha acostado para no levantarse jamás».
[10] Hasta mi amigo íntimo, en quien yo confiaba,
el que compartía mi pan, me levanta calumnias.
[11] Pero tú, Señor, ten piedad de mí,
haz que me restablezca, y les daré su merecido.

[12] En esto sabré que me amas,
en que mi enemigo no canta victoria sobre mí.
[13] Tú me proteges, porque soy inocente,
y me mantienes en tu presencia para siempre.

* * *

[14] ¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
por los siglos de los siglos! ¡Amén, amén!

Salmo de acción de gracias, estructurado en tres partes: bienaventuranza amplia (Sal 41 2-4); súplica y exposición del caso (Sal 41 5-11); motivación y expresión de confianza (Sal 41 12-13). Sal 41 14 es la doxología o aclamación a Dios con la que se cierra el primer libro de los salmos (Sal 1-41: véase Introducción).

El salmo comienza con una bienaventuranza, de las que encontramos varios ejemplos en el salterio (véase Sal 1 1; 32 1; 34 9; 40 5; 84 13). El que socorre al desvalido es declarado feliz porque a su vez será socorrido por Dios, en una aplicación estricta del principio de la retribución: gozará de su protección en los momentos de peligro y ante los enemigos; vivirá dichoso, y Dios le ayudará en la enfermedad. Esta bienaventuranza es como el pórtico del salmo: al mismo tiempo conclusión anticipada y tesis que se va a ilustrar a continuación con el ejemplo del mismo salmista y en el aspecto concreto de la enfermedad.

El cuerpo del salmo está encerrado entre dos súplicas idénticas: *Señor, ten piedad de mí* (Sal 41 5 y 11). La razón de esa súplica es la enfermedad que el salmista estaba padeciendo y que se debía, según la mentalidad del Antiguo Testamento, a sus pecados (véase Sal 6; 32; 38; etc.). La enfermedad estaba acompañada por el desprecio, los malos deseos y las calumnias de los enemigos e incluso de un amigo íntimo. El salmista lo describe con detalle y con vigor. Y repite su súplica: quiere que el Señor se *apiade de él y le devuelva la salud* porque *ha reconocido su* pecado (Sal 41 5) y para poder darles su merecido a todos ellos. Son motivos de persuasión que el salmista esgrime ante Dios. Y abunda: si me curas sabré que me amas –para presionar a Dios, finge no saberlo– porque el enemigo no podrá cantar victoria sobre mí. Además soy inocente: ¿cómo puede ser esto verdad si se ha confesado pecador? Probablemente querrá decir que "tú me has devuelto la inocencia" (véase Sal 32; 51). ¿O querrá decir que merece la protección del Señor, según la bienaventuranza inicial, porque él se ha ocupado de los desvalidos? *El Señor lo guardará*, decía. Y dice ahora: *tú me mantienes en tu presencia para siempre* (Sal 41 13).

¿Se ha producido ya la curación? ¿Se espera con tanta seguridad que es como si se hubiese producido? En un caso o en otro, la certeza del salmista es absoluta: Dios no lo deja, no lo dejará nunca de su mano.

El evangelio aplica la frase de Sal 41 10 a Judas, el traidor (Jn 13 18). Cristo repite casi a la letra la bienaventuranza del salmo: *Dichosos los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos* (Mt 5 7).

SALMO 42 (41)
Sed del Dios vivo

Jn 4; Sal 27 4-5; Jon 2 4

[1] *Al maestro de coro. Oda de los hijos de Coré.*

[2] Como busca la cierva corrientes de agua,
así, Dios mío, te busca todo mi ser.
[3] Tengo sed de Dios, del Dios vivo,
¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?
[4] Las lágrimas son mi alimento día y noche,
mientras me preguntan sin cesar: ¿Dónde está tu Dios?
[5] Me lleno de nostalgia al recordar
cómo entraba en el recinto,
e iba hacia el templo de Dios,
en medio del pueblo en fiesta,
entre gritos de júbilo y acción de gracias.

[6] ¿Por qué estoy abatido? ¿Por qué me siento turbado?
Esperaré en Dios y volveré a darle gracias,
pues él es mi salvador y mi Dios.

[7] Estoy profundamente abatido; por eso te recuerdo
desde el Jordán y el Hermón y el monte Mizar.
[8] Al fragor de tus cascadas un abismo llama a otro abismo;
todas tus marejadas y tus olas han pasado sobre mí.
[9] Durante el día el Señor me brinda su amor,
por la noche mi canto y mi oración
son para el Dios de mi vida.
[10] Digo a Dios: roca mía, ¿por qué me has olvidado?,
¿Por qué he de andar afligido, hostigado por el enemigo?
[11] Con gritos que rompen mis huesos
me insultan mis adversarios,
preguntándome sin cesar: ¿Dónde está tu Dios?

[12] ¿Por qué estoy abatido? ¿Por qué me siento turbado?
Esperaré en Dios y volveré a darle gracias,
pues él es mi salvador y mi Dios.

SALMO 43 (42)
Envía tu luz y tu verdad

[1] Hazme justicia, oh Dios,
defiéndeme contra la gente despiadada,
líbrame del hombre traidor y malvado.
[2] Tú eres mi Dios y mi fortaleza,
¿por qué me has rechazado?,
¿por qué he de andar afligido, hostigado por el enemigo?
[3] Envíame tu luz y tu verdad, que ellas me guíen,
y me lleven a tu santo monte, hasta tu morada.
[4] Y me acercaré al altar de Dios, al Dios de mi alegría,
y te daré gracias con el arpa, Dios, Dios mío.

[5] ¿Por qué estoy abatido? ¿Por qué me siento turbado?
Esperaré en Dios, y volveré a darle gracias,
pues él es mi salvador y mi Dios.

La repetición de un mismo estribillo (Sal 42 6.12; 43 5) y otros paralelos (Sal 42 10 = Sal 43 2) demuestran que Sal 42 y 43 forman un único salmo, dividido artificialmente. Se trata de una lamentación individual, estructurada en tres partes que concluyen todas ellas con la repetición del estribillo.

Cuando una persona ha gozado de una relación íntima con Dios y, por las razones que sea, se ha visto privado de ellas, siente en el fondo de su corazón una profunda nostalgia, un sentimiento de vacío doloroso, como una orfandad espiritual que lo acompaña continuamente. Este parece ser el caso del salmista: su relación con el Señor, relación personal e intensa, se desarrollaba en el templo de Jerusalén, del que ahora, no sabemos por qué, está alejado (como el protagonista del Sal 63 y con sus mismos sentimientos). Se encuentra intranquilo y sin sosiego, como el animal sediento en el monte seco y agostado, deseando, ansiando, buscando la fuente de aguas –Dios, el Dios vivo, su rostro, su presencia– en la que apagar su inmensa sed. Mientras la encuentra, llora, recuerda y saborea los tiempos antiguos recreando la fiesta en el santuario, aguanta la burla del enemigo que lo cree

abandonado de Dios, y se pregunta, para consolarse y alimentar su esperanza, la razón de su abatimiento, es decir, la falta de razones para el mismo sabiendo como sabe, como espera, que volverá a ver y a dar gracias al Señor, salvador suyo, Dios suyo. Dios, el agua que da vida.

Después del estribillo vuelve a comenzar (Sal 42 7-12): estoy profundamente abatido y recuerdo..., estoy lejos –no podemos identificar dónde–, estoy pasando –tú, Dios, me estás haciendo pasar– sufrimientos terribles: con el agua al cuello, arrastrado, golpeado, zarandeado, convertido en juguete de tus olas, de tus marejadas abismales, de tus cataratas, de tus embates... (véase Sal 32 6; 69 3.15-16). Dios, el agua que da muerte.

Una breve confesión de fe esperanzada –Dios me brinda su amor– y una promesa de acción de gracias al *Dios de mi vida*, dan paso a una queja angustiada: entre tú, Señor, y el enemigo que me insulta y me machaca, me tenéis reducido a este estado. ¿Por qué, por qué? ¿Olvido de Dios? ¿Abandono de Dios, como repiten los adversarios (Sal 42 11)? El estribillo que cierra esta segunda parte vuelve a ser un grito de esperanza.

Y por fin se escucha la súplica (Sal 43): defiéndeme, hazme justicia, líbrame de la gente despiadada que se burla de mis sufrimientos. El salmista motiva a Dios recordándole las relaciones que los unen: *tú eres mi Dios y mi fortaleza* (Sal 43 2); antes lo había llamado *mi salvador y mi Dios* (Sal 42 6.12), *Dios de mi vida* (Sal 42 9); *roca mía* (Sal 42 10). Repite la pregunta desconsolada de antes y suplica a Dios que le envíe dos mensajeros para que lo conduzcan de nuevo a su presencia, al templo. Mensajeros y guías excepcionales en la noche oscura en la que Dios se esconde: su luz y su verdad. Ya se ve en el santuario. Y una vez allí, ya se ve dando gracias, cantando –lo ha prometido en Sal 42 9– al Dios de su alegría, al Dios que lo libra de su abatimiento, de su tristeza, de su nostalgia, de sus lágrimas: por fin puede volver a darle gracias estallando de júbilo, descolgada la cítara y despierta el arpa (véase Sal 108 3; 137 2), como esperaba y proclamaba –ahora lo vuelve a proclamar– en el estribillo.

Dios manantial de aguas, "fonte que mana y corre, aunque es de noche". Dios cascada turbulenta, oleaje arrollador. Dios vivo, *Dios de mi vida, Dios de mi alegría, Dios mío... Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba* (Jn 7 37). *El que beba del agua que*

yo quiero darle, nunca más volverá a tener sed (Jn 4 14). *Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres* (Flp 4 4). *Si alguno de vosotros está alegre, que entone himnos* (Sant 5 13).

SALMO 44 (43)
Alzate en nuestra ayuda

Is 63 7-64 11; Sal 74; 79; 80; 2 Sm 7 22-23; Dt 8 17-18; Rom 8 36

1 *Al maestro de coro. Oda de los hijos de Coré.*

2 Oh Dios, hemos oído
lo que nuestros antepasados nos contaron
la obra que realizaste en sus días, en los tiempos antiguos.
3 Para plantarlos a ellos expulsaste naciones,
para hacerlos crecer, exterminaste pueblos;
4 no conquistaron la tierra con su espada,
ni su brazo les dio la victoria;
fue tu diestra y tu brazo, y la luz de tu rostro,
porque tú los amabas.
5 Eras tú, rey mío y Dios mío,
quien lograbas las victorias de Jacob;
6 Contigo abatíamos a nuestros adversarios,
en tu nombre aplastábamos a nuestros agresores.
7 No confiaba yo en mi arco,
ni mi espada me dio la victoria;
8 tú nos hacías vencer a nuestros adversarios,
tú dejabas confusos a nuestros enemigos;
9 en Dios nos gloriábamos siempre,
dando gracias a su nombre sin cesar.

10 Pero ahora nos rechazas
y permites que se burlen de nosotros;
ya no sales con nuestras tropas.
11 Nos haces retroceder ante nuestros adversarios,
y nuestros enemigos nos saquean.

[12] Nos entregas como ovejas destinadas al matadero,
y nos dispersas entre las naciones;
[13] vendes tu pueblo a bajo precio,
bien poco ganas con su venta.
[14] Nos haces la irrisión de nuestros vecinos,
burla y escarnio de cuantos nos rodean;
[15] nos has hecho el refrán de las naciones,
ante nosotros los pueblos menean la cabeza.
[16] Tengo siempre presente mi oprobio,
y la vergüenza cubre mi rostro
[17] ante los gritos de insulto y escarnio,
ante los enemigos y rivales.

[18] Todo esto nos ha sucedido sin haberte olvidado,
sin haber violado tu alianza,
[19] sin que nuestro corazón se volviera atrás,
ni se desviaran de tu senda nuestros pasos;
[20] pero nos has triturado, nos has desolado,
nos has cubierto de tinieblas.
[21] Si hubiésemos olvidado el nombre de nuestro Dios,
o alzado nuestras manos a otros dioses,
[22] ¿no lo habría descubierto Dios,
que penetra los secretos del corazón?
[23] Por tu causa estamos en peligro de muerte cada día,
somos tratados como ovejas destinadas al matadero.

[24] ¡Despierta! ¿Por qué duermes, Señor mío?
¡Levántate, no nos rechaces para siempre!
[25] ¿Por qué escondes tu rostro
y olvidas nuestra miseria y opresión?
[26] Estamos hundidos en el polvo,
con el vientre pegado a la tierra.
[27] ¡Alzate en nuestra ayuda; por tu amor, rescátanos!

Salmo de lamentación y súplica comunitaria que se puede dividir en cuatro partes: recuerdo de los tiempos pasados (Sal 44

2-9); situación actual (Sal 44 10-17); declaración de inocencia (Sal 44 18-23); súplica (Sal 44 24-27). Está emparentado, en tema y en expresiones, con los salmos 74, 78, 79 y 80.

Este salmo contiene una tremenda acusación contra Dios: sin motivo ninguno, él ha rechazado a su pueblo y lo ha entregado en manos de los enemigos, que lo han saqueado, desterrado, colocado al borde de la muerte, de la destrucción total y definitiva. No sabemos, no nos lo dice el salmista, a qué ocasión histórica se hace referencia: ha sido una derrota militar de gran envergadura y de terribles consecuencias, quizá el destierro en Babilonia. Pero ha sido Dios el que ha provocado esta situación sin que el pueblo se lo merezca, arbitrariamente, sin importarle la inocencia de su pueblo; como no le importaba la inocencia de Job para triturarlo con el sufrimiento ni la de su siervo anónimo –en el Deuteroisaías– al que también convirtió en oveja llevada al matadero (Is 53 7-10; Sal 44 12.23).

En su composición, el autor no sigue el orden normal de las súplicas (véase Introducción). Comienza con el recuerdo de los tiempos pasados, que le ha llegado por tradición oral (Sal 44 3-9; véase Sal 78 3s): entonces Dios expulsó a naciones y pueblos para proporcionar una tierra a sus elegidos. Dios los ayudaba y les deba la victoria. Ellos, nosotros, yo –así va cambiando el sujeto a lo largo de esta primera parte– no se fiaban de sus propias fuerzas y armas, sino que confiaban en él, y él actuaba. Era él en persona, *porque los amaba* (Sal 44 4). Y ellos tenían que estar, y estaban de hecho, en actitud de continua acción de gracias, enorgulleciéndose de su Dios.

Ahora las cosas han cambiado (Sal 44 10-17). Dios sigue actuando, pero en sentido contrario al que lo hizo en aquellos tiempos. Ahora no los ayuda, los ha abandonado (Sal 44 10; véase Sal 62 12), deja que los enemigos los venzan, se burlen, los avergüencen. Dios, el pastor por antonomasia de su pueblo (véase Sal 80 1), conduce a sus ovejas al matadero, las vende a bajo precio. Ahora los ha dejado sin tierra, los ha desterrado, los ha dispersado entre las naciones.

¿Por qué este cambio? El pueblo no le ha dado motivos cometiendo pecados o infidelidades (Sal 44 18-22): no le ha olvidado, no ha violado la alianza, no ha renegado de él, no se ha apartado de su senda, no ha adorado ni buscado refugio en otros dioses.

El salmista, en nombre del pueblo, hace una confesión de inocencia en toda regla (véase Job 31). Estamos ante un caso especial, porque lo normal es que se reconozcan las propias culpas como causantes de las desgracias nacionales y personales o de la ira de Dios que las provoca (véase Sal 78; 79; 106; 107; etc.). Siendo inocente la comunidad, ¿qué es lo que explica el cambio de actitud de Dios? ¿Por qué los ha triturado y los ha sumergido en la oscuridad?

Ha sido el propio Dios el causante de la desgracia, lo mismo que era él quien daba antaño las victorias a su pueblo. Ha sido él el que ha quebrantado la alianza. El y sólo él tiene la culpa de que su pueblo se encuentre en esta situación (Sal 44 23). El salmista, el pueblo, no encuentra razones para este comportamiento divino: está en tinieblas también teológica y espiritualmente. Volvemos a recordar a Job: ¿por qué Dios nos hace sufrir? ¿por qué nos deja a oscuras tantas veces? El tormento espiritual es tan grave como el físico o el político.

Pero el salmista, el pueblo, no tienen más salida (Sal 44 24-27) que recurrir, a pesar de todo, a ese Dios que tan mal los está tratando: la súplica es insistente: no nos rechaces, despierta, levántate, no nos olvides, mira a que estado nos has reducido. Si la luz de tu rostro guiaba a nuestros antepasados, no nos escondas ahora tu rostro. Y el salmista y el pueblo, desesperadamente, aducen la única razón que tienen, la única de la que –grandiosa fe– no han dudado a pesar de que todo les invitaba a hacerlo: ¡por tu lealtad, por tu amor! Quizá esa fe, esa certeza, los excuse de la promesa de acción de gracias, elemento acostumbrado de las súplicas, que echamos en falta en ésta.

La confianza del salmista y de su comunidad en que Dios los ama se revela, en el Nuevo Testamento, plenamente acertada. Pablo cita Sal 44 23 (Rom 8 36) para expresar su confianza en que ningún peligro, desgracia o amenaza, puede apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo. El fue por nosotros *oveja llevada al matadero* (Hch 8 32), inocente abrumado de dolores, que nos curó con sus heridas (Is 53).

SALMO 45 (44)
Has cautivado al rey con tu hermosura

Cant 5 10-16; 3 6-11; Ez 16 10-13; Heb 1 8-9

1 *Al maestro de coro; con la melodía de «Lirios». Oda de los hijos de Coré. Canto de amor.*

2 Me brotan del corazón bellas palabras,
voy a recitar mi poema al rey,
mi lengua es como pluma de hábil escribano.

3 Eres el más hermoso de los hombres,
en tus labios se derrama la gracia,
y por eso Dios te bendice para siempre.
4 Cíñete al flanco, valiente, tu espada,
que es tu gloria y tu esplendor.
5 Cabalga invicto en favor de la verdad y la justicia,
que tu diestra realice proezas.
6 Tus flechas son agudas, se te rinden los pueblos,
caen desfallecidos los enemigos del rey.
7 Tu trono, como el de Dios, es eterno,
un cetro de equidad es el cetro de tu reino.
8 Amas la justicia y odias la maldad,
por eso te ha ungido el Señor tu Dios
con perfume de fiesta entre tus compañeros.
9 A mirra, áloe y casia huelen tus vestidos,
desde palacios de marfil te alegran las cítaras;
10 princesas te salen al encuentro,
a tu derecha está la reina,
adornada con joyas y con oro de Ofir.

11 Escucha, hija, mira, apresta el oído,
olvida tu pueblo y la casa de tus padres,
12 porque has cautivado al rey con tu hermosura;
él es tu señor, póstrate ante él.
13 Vienen de Tiro con presentes,
los nobles del pueblo buscan tu favor.
14 Toda esplendorosa entra la hija del rey,

ataviada con brocados de oro;
[15] con vestidos recamados la llevan ante el rey
acompañada de su séquito de doncellas y de amigas,
[16] y, en medio de festejos y cantos, entran en el palacio real.
[17] A cambio de tus padres, tendrás hijos;
y los harás príncipes de la tierra entera.

[18] Yo haré que tu nombre se recuerde por generaciones,
y que los pueblos te alaben por siempre jamás.

Este salmo real (véase Introducción) es un epitalamio o canto nupcial, que celebra las bodas del rey. Su estructura comprende cuatro partes: introducción y dedicatoria (Sal 45 2); elogio del novio (Sal 45 3-10); elogio de la novia y ceremonia nupcial (Sal 45 11-17); bendición conclusiva (Sal 45 18).

Tal y como reza el título, el salmo es presentado como un *canto de amor* (Sal 45 1), excepcional en el salterio. En su conjunto se adivinan dependencias de la teología monárquica de 2 Sm 7 (véase Sal 2) y ciertos paralelos con el Cantar de los Cantares (Cant 3 6-11; 5 10-16).

En la introducción (Sal 45 2) el autor se confiesa: se siente inspirado, nota como le está brotando del corazón –sede de los pensamientos y de los afectos– un poema que él dedica al rey. Si en aquellas edades escribir es ya un arte portentoso y casi divino, cuánto más escribir velozmente. Pues bien, el autor siente su lengua –que va a "escribir" sonoramente el poema– como la pluma veloz del mejor de los escribanos.

En la parte dedicada al elogio del novio (Sal 45 3-10), el salmista brinda sus mejores piropos al rey. En primer lugar es guapísimo –superlativo– y de buen y bien hablar –tiene "gracia" en sus labios–. Estas cualidades las debe, como todas las que seguirán, a la bendición divina. Porque es también valiente, triunfador en el combate que todo gobernante debe mantener en favor de la verdad y la justicia. Esta es un valor subrayado en el salmo (Sal 45 5.7-8), y debe ser prioritario en un buen gobierno (véase, por ejemplo, Sal 72). Para eso, además, Dios lo ha ungido –consagrado– convirtiéndolo en su "mesías", en su hijo adoptivo (véase

Sal 2; 110). El poeta aplica al rey expresiones que normalmente se utilizan para Dios: gloria y esplendor (Sal 96 6; 104 1; 111 3), las proezas de tu diestra (Sal 44 4; 98 1; 118 15-16), trono eterno como el de Dios, amas la justicia y odias la maldad (Sal 33 5; 37 28...). Dominio sobre reyes y pueblos extranjeros y enemigos, estabilidad y duración del trono, son otros de los elementos del reinado en que el salmista se fija. En pocas palabras, como resume y subraya Alonso Schökel, espada y cetro simbolizan las dos actividades clásicas del rey desde el trono davídico: defender a los súbditos en la guerra y administrar justicia en la paz. Actividades garantizadas por la bendición y la unción de Dios. Es el rey ideal.

En las frases siguientes (Sal 45 9-10), y quizá por asociación con el *perfume de fiesta* (Sal 45 8), el cantor nos hace sentir la fragancia de los vestidos reales y nos muestra otros componentes de la ceremonia nupcial: salones ornamentados, música, cortejo de princesas, la reina madre a la derecha del rey, magníficamente engalanada.

En seguida el autor se entusiasma con la novia: es una princesa extranjera, de la que el rey se ha enamorado. Debe renunciar a su pueblo y su familia de origen (Sal 45 11), pero a cambio tendrá hijos numerosos con categoría de príncipes (Sal 45 17). Es bellísima, sus atuendos son suntuosos, recibe presentes magníficos, la felicitan los nobles y la acompaña un solemne cortejo de damas de honor (Sal 45 13-15). Los cantos, la música y la alegría se han apoderado ya del ambiente y del canto.

La fama y gloria perdurable, que el autor promete quizá en virtud de su poema, cierra este estupendo canto nupcial.

Heb 1 8-9 cita este salmo (Sal 45 7-8) para presentar a Cristo como Hijo de Dios y Mesías definitivo. La imagen del cortejo real (Sal 45 10-12) ha influido en la presentación de las bodas de Cristo y de la Iglesia, *ataviada como una novia que se adorna para su esposo* (Ap 21 2; véase Ef 5 23).

SALMO 46 (45)
El Señor está con nosotros

Sal 48; 76; Is 33 20-21; 24 18-23; Job 9 5-6; Ez 39 9-10

[1] *Al maestro de coro. De los hijos de Coré; con la melodía de «Las vírgenes». Cántico.*

[2] Dios es nuestro refugio y fortaleza,
nuestro auxilio permanente en la desgracia.
[3] Por eso no tememos, aunque tiemble la tierra
y los cimientos de los montes se desplomen en el mar;
[4] aunque sus aguas bramen y se agiten
y los montes sacudidos retiemblen.
El Señor todopoderoso está con nosotros,
nuestro baluarte es el Dios de Jacob.

[5] Los canales de un río alegran la ciudad de Dios,
sacrosanta morada del Altísimo.
[6] Dios está en medio de ella, no puede sucumbir;
Dios la socorre al despuntar la aurora.
[7] Braman las naciones, se conmueven los reinos:
alza él su voz, y la tierra se derrite.
[8] El Señor todopoderoso está con nosotros,
nuestro baluarte es el Dios de Jacob.

[9] Venid a ver las obras del Señor,
los prodigios que hace en la tierra;
[10] acaba con las guerras hasta los confines de la tierra:
rompe los arcos, quiebra las lanzas, quema los escudos.
[11] ¡Rendíos, reconoced que yo soy Dios,
encumbrado sobre los pueblos, encumbrado sobre la tierra!
[12] El Señor todopoderoso está con nosotros,
nuestro baluarte es el Dios de Jacob.

Himno de alabanza a Dios que habita en Sión. También recibe, junto con otros salmos del mismo tipo, el nombre de "cántico de Sión" (véase Introducción; Sal 48; 76; 84; 87; 122) por su

referencia a la ciudad santa y al templo. El triple estribillo (Sal 46 4b.8.12) revela su estructura tripartita: Dios nuestro refugio (Sal 46 2-4); Dios y Sión (Sal 46 5-8); las obras de Dios (Sal 46 9-12).

El salmo proclama la seguridad que experimenta el pueblo por la presencia de Dios en Sión y, concretamente, en el templo: es lo que se repite en el estribillo y se afirma explícitamente en Sal 46 2.6 (véase también Sal 48 4).

La primera estrofa se abre sin preámbulos con una confesión de fe: Dios es nuestro refugio permanente. Con semejante auxilio, los fieles se sienten seguros aunque tiemble el universo entero. Las conmociones y cataclismos que se mencionan se pueden tomar como expresión de una situación de peligro terrible, la más grave que se pueda imaginar, y también como símbolos de todas las fuerzas hostiles, humanas y sobrehumanas, que puedan poner en peligro la existencia del pueblo. El estribillo confirma la presencia de Dios y la defensa y protección (baluarte: véase Sal 48 4) que ello significa para sus fieles. Es el Señor todopoderoso (literalmente, "Señor de los ejércitos"), y es también –Israel tiene esa inmensa fortuna– el Dios de Jacob (Israel).

En la segunda estrofa se descubre que Dios está con el pueblo en Sión, *en medio de ella*, es decir, en el templo. Por eso la ciudad es *ciudad de Dios*, sacrosanta morada del Altísimo (véase Sal 48 9-10; 76 3). En ella las aguas, discurriendo por acequias y canales en vez de bramar y agitarse como en la primera estrofa, son un elemento ornamental y gozoso. Los que braman y se agitan ahora son las naciones y los reinos enemigos que quizá atacan la ciudad. Pero Dios la socorre desde el primer momento de luz del día y domina a los enemigos con su potente voz, como domina el estruendo del mar y el oleaje (véase, por ejemplo, Sal 65 8; 76 7).

Suena de nuevo el estribillo, pero esta vez más contundente, más seguro, más rotundo: la victoria o victorias conseguidas por Dios para su pueblo y recordadas ahora han demostrado la verdad de la presencia de Dios y de su acción en favor de la ciudad y del pueblo.

Como resultados de la actuación de Dios, ya en la última parte el autor se fija, e invita a sus oyentes a fijarse, en los prodigios continuos que el Señor realiza, en sus obras, de las cuales destaca, con expresiones muy hermosas, el terminar con la guerra y la

violencia y el restablecer la paz universal. De repente suena la voz de Dios en persona, conminando la rendición a todos los violentos, exigiendo el reconocimiento de su señorío universal, afirmando su presencia soberana. El estribillo final, después de ver a Dios en acción y oírlo directamente, es ya una explosión de gozo y de certeza: Dios está con nosotros, no tememos, ¿qué puede hacernos el hombre? (Véase Sal 56 5.12).

Repasemos estas certezas en el Nuevo Testamento: *...a quien pondrán por nombre Emmanuel (que significa: Dios con nosotros)* (Mt 1 23). *Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?* (Rom 8 31). *Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin de este mundo* (Mt 28 20). *Tened ánimo, yo he vencido al mundo* (Jn 16 33).

SALMO 47 (46)
Dios reina sobre las naciones

Sof 3 14-15; Sal 24 7-10; Is 2 2-4

1 *Al maestro de coro. Salmo de los hijos de Coré.*

2 ¡Pueblos todos, aplaudid;
aclamad a Dios con voces de júbilo!
3 Porque el Señor es grande y temible,
es el rey de toda la tierra.
4 El nos somete los pueblos, y nos subyuga las naciones.
5 El escogió nuestra heredad, orgullo de Jacob, su amado.

6 Dios asciende entre aclamaciones;
el Señor, al son de trompetas:
7 ¡Tocad para Dios, tocad; tocad para nuestro rey, tocad!
8 Porque Dios es el rey de toda la tierra: ¡tocad con destreza!

9 Dios reina sobre las naciones,
Dios se sienta en su santo trono.
10 Los jefes de los pueblos
se unen al pueblo del Dios de Abrahán,
pues de Dios son los grandes de la tierra, y él es excelso.

Himno a la realeza de Dios (véase Sal 93; 96-99), estructurado en tres partes: Dios, rey universal (Sal 47 2-5); entronización (Sal 47 6-8); reconocimiento (Sal 47 9-10).

Este salmo es un canto vibrante a la realeza de Dios, realeza universal histórica y sobre todo escatológica, *de toda la tierra* (Sal 47 3.8) y *de todas las naciones* (Sal 47 9). A todas éstas se les invita, al inicio del salmo, a que alaben y aclamen jubilosas al Señor Rey. La perspectiva es, pues, universal. Pero en seguida se restringe a Israel. El Dios Rey, Soberano universal, grande y temible, ha elegido a este pueblo, descendiente de Jacob al que tanto amaba, y a esta tierra, territorio también de Jacob. Y a este su pueblo le ha sometido pueblos y naciones. El autor está pensando probablemente en el don y la conquista de la Tierra Prometida (Sal 47 4-5; véase Sal 106 44). A través de ese dominio "universal" de Israel Dios ejerce su realeza sobre todos los pueblos.

El centro del salmo lo ocupa la visión del cortejo real de Dios, que viene a tomar posesión del trono; quizá se esté reflejando una procesión con el arca que se dirige hacia el templo para celebrar algún tipo de fiesta de entronización divina. Resuenan las aclamaciones del pueblo y el sonido de las trompetas que acompañan al Rey. Pero al salmista todo le parece poco para el Señor, *nuestro rey*: por eso invita con calor a sus oyentes a redoblar el esfuerzo, a tocar más y mejor en honor del Señor que es, al mismo tiempo –¡qué fortuna la nuestra!– nuestro rey y *el rey de toda la tierra* (Sal 47 8-9).

Termina el cortejo y la escena se serena. Sentado ya en su trono real, Dios ejerce su soberanía sobre todas las naciones y recibe el tributo de los reyes vasallos. Los jefes de los pueblos se unen –¿en alianza fraternal? ¿En un solo pueblo universal?– al pueblo de Dios (Sal 47 10). Dios recibe el calificativo de *Dios de Abrahán*, primer antepasado del pueblo, que trató con Dios y recibió sus promesas de descendencia numerosa y bendición universal (véase Gn 12 2-3; 17 1-6). El salmista ve que ahora, en este reinado de Dios, esas promesas se cumplen (o se cumplirán, si el autor está hablando en esperanza del futuro escatológico). El Dios de Abrahán y de su pueblo es el Dios de todos los pue-

blos, de todas las familias de la tierra que, sintiéndose y reconociéndose –como lo son en realidad– propiedad del único y excelso Dios (véase Sal 97 9), se reconcilian entre sí en un abrazo que abarca toda la tierra. No parece haber ya sometimiento de los pueblos a Israel, como al inicio (Sal 47 4), sino sometimiento de Israel y de los pueblos a su único y común Señor.

La fraternidad universal es uno de los primeros y principales efectos de la llegada del Reinado de Dios. En el Antiguo Testamento se limitaron a anunciarla y a esperarla con ansia. Los cristianos podemos gozar ya de su presencia entre nosotros: *uno es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos... uno sólo es vuestro Padre, el del cielo* (Véase Mt 23 8-9). Y podemos rendir un homenaje universal al Rey y Señor Jesucristo que, ascendiendo victorioso de los abismos de la muerte, es entronizado junto al Padre y recibe el *nombre que está por encima de todo nombre* (véase Flp 2 9-11).

SALMO 48 (47)
Grande es el Señor en Sión

Sal 46; 76; 97 8

1 *Cántico. Salmo de los hijos de Coré.*

2 Grande es el Señor y digno de toda alabanza,
en la ciudad de nuestro Dios, en su santo monte.
3 Altura hermosa, alegría de toda la tierra,
es el monte Sión, la morada de Dios,
la capital del gran rey.
4 Entre sus palacios, Dios descuella como un baluarte.

5 Los reyes que se habían aliado y avanzaban en bloque,
6 apenas lo vieron, quedaron espantados
y huyeron despavoridos.
7 Allí los asaltaron temblores, como dolores de parto,
8 como cuando el viento solano destruye las naves de Tarsis.

9 Lo que habíamos oído, lo hemos visto
en la ciudad del Señor todopoderoso,

la ciudad de nuestro Dios,
la que Dios ha fundado para siempre.
[10] Meditamos sobre tu amor, oh Dios,
en medio de tu templo:
[11] como tu fama, así, oh Dios, tu alabanza
llega hasta los confines de la tierra.
Tus acciones muestran tu fidelidad.
[12] El monte Sión se alegra,
las ciudades de Judá gozan con tus decisiones.

[13] Recorred Sión, dad la vuelta contando sus torres,
[14] fijaos en sus murallas, observad sus palacios,
para que podáis decir a las edades venideras:
[15] «Así es nuestro Dios para siempre;
él nos guía perpetuamente».

Nuevo cántico de Sión (véase Sal 46), estructurado en cuatro partes: alabanza a Dios en Sión (Sal 48 2-4); derrota de los enemigos (Sal 48 5-8); reflexión y plegaria (Sal 48 9-12); canto procesional (Sal 48 13-15).

El canto se abre y se cierra con la ciudad de Sión, contemplada con cariño y alabada con entusiasmo. Pero más que un canto a Sión, es un canto a Dios que la fundó, que habita en ella, en el monte del templo, desde donde la protege y la defiende, que en ella demuestra su grandeza y su fidelidad y que en ella merece la alabanza de sus fieles (Sal 48 2; véase Sal 65 1).

La ciudad es, a los ojos del salmista, una ciudad hermosa y bien construida: su perspectiva urbana impresiona al que la contempla (Sal 48 13-14; véase Sal 122 3). Pero es además *la ciudad de nuestro Dios*, del Señor todopoderoso (Sal 48 2.9), fundada por él (Sal 48 9) y *capital del gran rey* –¿el mismo Dios? ¿su ungido, el rey davídico?– (Sal 48 3). Todo ello la reviste de caracteres míticos: *monte santo, altura hermosa, morada de Dios* (literalmente, “vértice del cielo”), *alegría de toda la tierra* (Sal 48 3).

En el centro de la ciudad se alza la colina con el Templo, que descuella por encima de los palacios y las construcciones: es el alcázar, el último y más fuerte baluarte de la ciudad. Es, en una

identificación audaz, Dios mismo (Sal 48 4; véase Sal 46 6), que en diversas situaciones históricas la ha salvado de los enemigos.

Es el momento en que el salmista recuerda alguna de estas liberaciones, sin precisar demasiado (Sal 48 5-8): a grandes rasgos y con trazos rápidos describe: un ataque de varios reyes, la impresión al ver la ciudad (¡y a Dios!), el temor y la huida (véase Sal 76). Dos imágenes vigorosas subrayan las reacciones de los atacantes y su derrota: temblores y dolores de parto, naves desarboladas y hundidas por el huracán.

Ellos, los enemigos, *lo vieron* (Sal 48 6) y fue terrible. Nosotros *lo hemos visto* (Sal 48 9): el salmista y su comunidad confiesan que ya les habían contado las victorias de Dios, pero que ahora han tenido ocasión de comprobarlas con sus propios ojos. La reacción es bien distinta: acudir al templo, meditar allí el amor de Dios, reflexionar sobre su fama y cantar sus merecidas alabanzas, extendiéndolas a todos los rincones del orbe. Porque Dios es fiel, y lo demuestra con sus acciones, con su defensa y protección de la ciudad (Sal 48 10-11). La reacción de ésta y de todas sus hermanas del territorio de Judá –aquí personificadas– es alegrarse y gozar con los beneficios divinos (Sal 48 12; véase Sal 97 8).

El salmista termina con una consideración –¿se trata de un canto procesional?–: ellos recibieron unas noticias que después han tenido la fortuna de verificar personalmente (Sal 48 9). Sus oyentes deben seguir ese proceso de transmisión a las generaciones futuras. La visión detenida de la ciudad santa durante un paseo por sus calles y plazas o durante una procesión litúrgica, la contemplación extasiada de su magnificencia y su hermosura, debe ser la base de esa transmisión: la ciudad es así, espléndida y maravillosa, por obra y gracia de Dios; la ciudad se convierte en reflejo de cómo es el Dios que habita en ella y desde ella nos guía eternamente (Sal 48 13-15).

Podemos titular el salmo de muchas formas: canto de la Ciudad Santa, canto de una ciudad fundada y amada por Dios, canto de la ciudad liberada, canto de la ciudad hermosa y bien construida... Los israelitas aman "hasta sus piedras" (véase Sal 102 15) y dicen de ella *cosas magníficas* (Sal 87 3). No pueden olvidarla nunca, y se consumen de nostalgia si se encuentran lejos (Sal 137). Acudir a ella, vivir en ella constituye su alegría más profunda (Sal 122 1-2)...

En esta Jerusalén terrena los autores del Nuevo Testamento han visto prefigurada la nueva Jerusalén, la Iglesia, espléndida, bellísima (Ef 5 27), siempre defendida por Dios y, por lo tanto, con la victoria asegurada (Mt 16 18), anticipo a su vez de la Jerusalén escatológica que canta el libro del Apocalipsis, donde serán realidad todas las esperanzas de los creyentes (Ap 21 1-2.9-27).

SALMO 49 (48)
El hombre no perdura en el lujo

Eclo 11 18-19; Ecl 3 18-21; 1 Tim 6 7; Job 10 21-22

1 *Al maestro de coro. Salmo de los hijos de Coré.*

2 Escuchadlo, pueblos todos;
oíd, habitantes de la tierra,
3 nobles y plebeyos, ricos y pobres:
4 mi boca hablará sabiamente,
y mis pensamientos serán sensatos.
5 Prestaré oído al proverbio,
expondré mi enigma al son de la cítara.

6 ¿Por qué he de temer en los días aciagos,
cuando me rodean y acosan los malvados?
7 Ellos confían en su opulencia, alardean de sus riquezas;
8 pero nadie puede salvarse a sí mismo,
ni pagar a Dios rescate por su vida.
9 Es tan alto el precio por su vida, que jamás podrán pagarlo.
10 ¿Acaso podrán librarse de la muerte y vivir perpetuamente?
11 Mirad, lo mismo que el necio y el estúpido
también los sabios mueren y dejan a otros sus riquezas;
12 la tumba es su casa para siempre,
su morada por los siglos de los siglos,
aunque hayan dominado sobre naciones.
13 Porque el hombre no perdura en el lujo;
perece igual que los animales.

14 Este es el camino de los que confían en sí mismos,
el destino de los hombres satisfechos.

[15] Son llevados al abismo como un rebaño
cuyo pastor es la muerte, y los rectos dominan sobre ellos.
Por la mañana se desvanece su figura,
el abismo será su mansión.
[16] Pero a mí el Señor me recoge
y me rescata de las garras del abismo.

[17] No te inquietes cuando alguien se enriquece
y aumenta el boato de su casa:
[18] cuando muera no se llevará nada,
su boato no bajará con él.
[19] Aunque mientras vivía se felicitaba diciéndose:
«Te aplauden porque te has enriquecido»,
[20] irá a reunirse con sus antepasados
que nunca jamás verán la luz.
[21] El hombre rico e insensato
perece igual que los animales.

Poema sapiencial, del mismo tipo y con el mismo tema que los salmos 37 y 73, estructurado en cuatro partes: introducción (Sal 49 2-5); primera reflexión y estribillo (Sal 49 6-13); segunda reflexión (Sal 49 14-16); exhortación final motivada y estribillo (Sal 49 17-21).

El autor comienza con una introducción solemne de tipo sapiencial un poco recargada, como las de Prov 1; 2; 8, y como las de los discursos de Elihú en Job 32-37: pretende una audiencia universal, sin distinción de razas, nacionalidades, categorías sociales o económicas: va a tratar algo que realmente tiene interés y alcance humano general. El salmista se dirige absolutamente a todos, convencido, como afirma, de la importancia del asunto y de la sabiduría de sus palabras pues antes de hablar escuchó y aprendió de la tradición, en el mejor estilo sapiencial (Sal 49 5). Sus reflexiones tendrán acompañamiento musical (Sal 49 5).

El tema que ocupa al salmista es el de la prosperidad de los malvados y del daño que éstos pueden hacerle. El "dogma" sapiencial tradicional de que a los buenos les va bien (véase Sal

37; 73) es desmentido por la existencia de esos malvados que se hacen ricos y se vuelven autosuficientes, jactanciosos y violentos.

El autor reflexiona. Con una pregunta retórica (Sal 49 6) comienza afirmando que no tiene por qué temer el ataque de los malvados. Esos van a morir: ni sus riquezas, ni su poder, pueden librarlos del destino humano común. Ante la muerte no hay diferencias, todos morimos desnudos –¡incluso los sabios!–; al morir nadie se lleva nada de lo que tiene, como se repetirá más tarde (Sal 49 11.18; véase Ecl 15 14). De manera que el lujo, la opulencia y el poder –como la vida misma– no son eternos, sino pasajeros, casi episódicos (véase Sal 39 7). En esto se parecen también hombres y animales (Sal 49 13).

Pero además de tener como fin la muerte, ésta los conduce al abismo: ese es el destino último del patético rebaño de los satisfechos y los que confían en sus riquezas –los malvados aludidos anteriormente– (Sal 49 15).

En contraste con ese destino trágico, el del salmista es bastante distinto: Dios lo recoge librándolo del abismo que, como una fiera, lo quiere atrapar con sus garras (Sal 49 16). ¿Quiere decir el salmista que el Señor lo sana de alguna enfermedad mortal o de los peligros mortales a los que está expuesto por obra de los malvados (véase Sal 49 6; 30 4; 86 13)? ¿Se refiere a la posibilidad o a su seguridad de gozar, con la protección de Dios, de una vida larga y plena? ¿Apunta quizá –sería extraño y bastante inesperado– a la inmortalidad o a una vida tras la vida? No podemos descartar ni escoger con absoluta certeza ninguna de estas posibilidades (véase Prov 10 2; Eclo 11 28). Lo cierto es que el salmista se siente seguro y tranquilo con su destino en manos de Dios (véase Sal 37 37-40; 73 23-28).

El autor concluye su reflexión con un consejo que responde a la pregunta inicial, pero en tercera persona; quizá se responda a sí mismo con este recurso. Puesto que el propio destino no depende de las riquezas, no hay que obsesionarse con ellas y ponerse nerviosos porque otros las consigan. Aunque parezcan producir la felicidad y el prestigio y ser, en ese sentido, algo envidiable (Sal 49 19), la muerte da al traste con todos esos supuestos beneficios. No tener en cuenta esta realidad es ser un insensato. Y por muy rico que se sea, si se cae en dicha insensatez –creer que

ya se tiene todo sin contar con la muerte y sobre todo sin contar con Dios– se es un animal.

El autor utiliza en su poema imágenes muy ricas y sugerentes. La vida está o es prisionera de la muerte. El guardián es Dios: no hay bastante riqueza para pagarle un rescate por la vida. Esta es demasiado cara, vale más que todas las riquezas (Sal 49 8-9). La muerte es un pastor que lleva a los malvados a un redil terrible: el abismo y la tumba serán su morada perpetua, donde reina la oscuridad total y eterna, y donde se encontrarán con sus antepasados (Sal 49 12.15-20). Recuérdese, por contraste, que el pastor de los justos es el Señor, que los conduce a verdes praderas y a aguas cristalinas y los hace habitar en su casa "eternamente" (Sal 23). Los malvados y sus riquezas son como figuras de un sueño que al despertar se desvanecen y lo más que consiguen y merecen es desprecio (Sal 49 15; véase Sal 73 20).

El salmo adquiere nuevo sentido leído a la luz de Cristo, el Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas, que siendo rico se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (véase 2 Cor 8 9), y que se entregó a la muerte *en rescate por todos* (véase Mc 10 45; 1 Tim 2 6).

SALMO 50 (49)
El Señor juzga a su pueblo

Ex 24 4-8; Rom 2 17-24; Sal 91 16

1 *Salmo de Asaf.*

El Señor, el Dios de los dioses, habla
y convoca a la tierra desde oriente a occidente.
2 Desde Sión, la más hermosa, resplandece Dios.
3 Viene nuestro Dios, no callará;
delante de él viene un fuego devorador,
en torno suyo ruge la tormenta.
4 Desde lo alto convoca a los cielos y a la tierra
para juzgar a su pueblo:
5 «Congregadme a mis fieles,
los que sellaron mi alianza con un sacrificio».

[6] ¡Proclamen los cielos su justicia,
porque juzga Dios en persona!

[7] «Escucha, pueblo mío, que voy a hablarte:
Israel, yo doy testimonio contra ti.
Yo soy Dios, tu Dios.
[8] No te reprendo por tus sacrificios,
pues tus holocaustos están siempre ante mí;
[9] pero no aceptaré un becerro de tu casa,
ni un macho cabrío de tus apriscos,
[10] pues mías son todas las fieras
y en los montes tengo bestias a millares;
[11] conozco todas las aves del cielo,
mías son las alimañas del campo.
[12] Si tuviera hambre, no te lo diría,
porque mío es el mundo y lo que contiene.
[13] ¿Acaso como yo carne de toros,
o bebo sangre de machos cabríos?
[14] Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza
y cumple las promesas que hiciste al Altísimo.
[15] Invócame en los días de peligro;
yo te libraré, y tú proclamarás mi gloria».

[16] Pero al malvado Dios le dice:
«¿Por qué recitas mis preceptos,
y tienes siempre en tu boca mi alianza,
[17] tú que detestas la instrucción
y no tienes en cuenta mis palabras?
[18] Si ves un ladrón, te unes a él,
vives con los adúlteros;
[19] sueltas tu boca para hablar mal,
y tu lengua urde el engaño.
[20] Te sientas a hablar contra tu hermano,
deshonras al hijo de tu madre.
[21] Esto haces tú, ¿y me voy a quedar callado?
¿Piensas quizás que soy como tú?
Yo te acuso y te lo echo en cara.

[22] Entended bien esto los que olvidáis a Dios,
no sea que os destroce sin que nadie os libre.
[23] El que ofrece sacrificios de alabanza,
es el que proclama mi gloria,
al que procede rectamente
le haré ver la salvación de Dios».

Por temática y desarrollo los salmos 50 y 51 pueden entenderse como una unidad, como las dos partes de un pleito judicial entre Dios y su pueblo. Sal 50 presenta la acusación de Dios, en estilo profético (Is 1; 58; Am 5). Su estructura comprende tres partes: introducción (Sal 50 1-6); cuerpo de la acusación, dividido a su vez en dos: acusación al pueblo (Sal 50 7-15) y a los malvados (Sal 50 16-21); resumen final (Sal 50 22-23).

Se abre el salmo, y la sesión judicial, con una solemnísima convocatoria universal y cósmica de testigos que abarca todas las dimensiones creadas: en horizontal, de oriente a occidente, y en vertical, los cielos y la tierra. El juicio va a tener lugar en Sión, la ciudad y morada de Dios, *la más hermosa* (véase Sal 48 6), donde están los tribunales de justicia humanos (véase Sal 122 5). El acusador, que es también el ofendido, aparece en una magnífica y grandiosa teofanía (Sal 50 3; véase Sal 18; 97 2-5). Y pronuncia sus primeras palabras: quiere que se convoque a la otra parte, a la parte acusada, es decir, el pueblo, los fieles. El juicio va a celebrarse en razón de la alianza que las dos partes tienen sellada y que una de ellas parece no haber cumplido. La introducción termina con una especie de aclamación del salmista, en funciones de ujier, que anuncia el inicio del juicio y la identidad del que juzga: Dios mismo.

El discurso de Dios como acusador (Sal 50 7-15), comienza con una exhortación que suena cariñosa y dolida, y en la que se identifica al pueblo como una de las partes de la alianza: *pueblo mío*. Son palabras de la fórmula de la alianza cuyo cumplimiento se investiga ahora y se juzga. Dios presenta su testimonio, identificándose también, con la mitad correspondiente de la fórmula de la alianza, como la otra parte en el juicio: *Yo soy Dios, tu Dios* (Sal 50 7). La fórmula completa suena: *Vosotros seréis mi*

pueblo y yo seré vuestro Dios (véase Ex 6 7; Lv 26 12; Dt 4 20: Jr 11 4). A continuación expone la acusación: no les acusa por sus sacrificios ni por deficiencias en el culto, aunque de por sí el culto solo es incapaz de satisfacer a Dios (véase Is 1; Am 5). La razón profunda es que los animales que el hombre le sacrifica son ya propiedad de Dios que, por otra parte, no los necesita para comer o beber. Además, y sobre todo, lo que Dios quiere –y acusa al pueblo de no hacerlo– es que su pueblo le ofrezca (le sacrifique) *alabanza*, que implicaría confesión de los pecados, fidelidad a la alianza, conducta correcta y justa con el prójimo, como se explicitará a continuación. Dios quiere que su pueblo "cumpla" las promesas que le hizo, es decir, las obligaciones de la alianza. Dios quiere que el pueblo le invoque, y promete librarle...

La segunda parte del discurso (Sal 50 16-21) es más explícita en cuanto al incumplimiento de los deberes de la alianza. Ahora el pueblo son "los malvados". La acusación fundamental es la de la hipocresía de tener la alianza siempre en la boca y después actuar contra ella, especialmente en lo que se refiere a la justicia contra el prójimo, definido como "hermano": robos, adulterios, calumnia y engaño. Dios no lo puede tolerar, no puede callar (Sal 50 3.21), sobre todo si se le quiere tapar la boca con un culto esplendoroso. Por eso acusa y echa en cara.

La recapitulación final (Sal 50 22-23) ofrece a los acusados dos alternativas. Si no se convierten, sufrirán un castigo terrible. La conversión (otra vez el *sacrificio de alabanza*) y el cambio de conducta (de "camino") conducen, por el contrario, a la salvación. Si se elige esto último, la respuesta del hombre al perdón y a la salvación de Dios será "proclamar su gloria" (Sal 50 15.23).

Dios ha terminado. La sesión judicial sigue abierta: ahora es el turno de la otra parte. Se puede entender que el salmo siguiente (Sal 51) recoge el discurso del acusado.

SALMO 51 (50)
Ten piedad de mí, oh Dios

2 Sm 11-12; Rom 3 4; Heb 9 13-14; Am 5 21-25; Jr 30 18

[1] *Al maestro de coro. Salmo de David.* [2] *Cuando, después de su pecado con Betsabé, le visitó el profeta Natán.*

[3] Ten piedad de mí, oh Dios, por tu amor,
por tu inmensa compasión, borra mi culpa;
[4] lava del todo mi maldad, limpia mi pecado.
[5] Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado;
[6] contra ti, contra ti solo pequé; hice lo que tú detestas.
Por eso eres justo cuando hablas
e irreprochable cuando juzgas.
[7] Mira que nací culpable, pecador me concibió mi madre.
[8] Pero tú amas la verdad en lo íntimo del ser,
en mi interior me enseñas sabiduría.
[9] Rocíame con hisopo, y quedaré limpio,
lávame, y quedaré más blanco que la nieve.

[10] Hazme sentir el gozo y la alegría,
y exultarán los huesos quebrantados.
[11] Aparta tu vista de mis pecados, borra todas mis culpas.
[12] Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,
renueva dentro de mí un espíritu firme;
[13] no me arrojes de tu presencia,
no retires de mí tu santo espíritu.
[14] Devuélveme el gozo de tu salvación,
fortaléceme con tu espíritu magnánimo;
[15] enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.
[16] Líbrame de la muerte, Dios, salvador mío,
y mi lengua proclamará tu fidelidad.
[17] Abre, Señor, mis labios y mi boca proclamará tu alabanza.

[18] Pues no es el sacrificio lo que te complace,
y si ofrezco un holocausto no lo querrías.

[19] El sacrificio que Dios quiere es un espíritu contrito:
un corazón contrito y humillado tú, oh Dios,
no lo desprecias.

[20] Favorece a Sión por tu bondad,
reconstruye las murallas de Jerusalén.
[21] Entonces te agradarán los sacrificios prescritos,
holocausto y ofrenda perfecta;
sobre tu altar se ofrecerán novillos.

El famoso "Miserere" (=ten piedad) es el salmo penitencial por excelencia (véase Sal 6). Se trata de un salmo de súplica individual, estructurado en tres partes: súplica de perdón (Sal 51 3-9); súplica de renovación (Sal 51 10-17) y nuevo sacrificio (Sal 51 18-19), que podemos entender como el discurso del acusado que nos quedaba pendiente del salmo anterior (Sal 50; véase comentario). Probablemente Sal 51 20-21 es una adición posterior.

El salmo es una obra cumbre de hondura y sinceridad de sentimientos, y representa la continuidad lógica del proceso judicial iniciado en el salmo 50. Ahora es el turno del acusado. Este, el pueblo o un representante del mismo en su nombre, toma la palabra y comienza solicitando directamente el perdón del acusador y parte ofendida que no es otro sino el Señor; reconoce su culpa y la confiesa abierta, sincera y dolorosamente, subrayando su carácter de ofensa personal a Dios, aunque se trate de injusticia contra el prójimo (Sal 50 18-20). Esta confesión es condición indispensable para el perdón (Sal 51 5-6; véase Sal 32 5; 106 6 y las plegarias penitenciales de Esd 9; Neh 9; Dan 9...). Continúa reconociendo también la razón y la justicia del Señor en sus acusaciones, vuelve a declararse culpable sin paliativos, y a expresar su condición de pecador desde su nacimiento, por naturaleza (véase Sal 58 4), y se acoge al perdón de Dios con diversas imágenes (véase Nm 19 18; Is 1 18). Con el perdón pide también el gozo de la inocencia recuperada y de la amistad con Dios sellada de nuevo (Sal 51 10.14).

Y como se reconoce pecador por naturaleza y desde lo más íntimo de su ser a la vez que impotente por sí mismo para salir

de esa situación, suplica a Dios que lo renueve por dentro, que lo convierta en un ser "nuevo" con *un corazón limpio* y *un espíritu firme*, que no lo arroje de su presencia ni le retire su *santo espíritu*, es decir, el aliento divino que hace vivir al hombre física y espiritualmente desde el alba de la creación (véase Gn 2 7). Está pidiendo en realidad que lo libre de la muerte –física y espiritual– a la que el pecado lo tiene encadenado (Sal 51 16; véase Sal 104 29). Es que el ofendido no es uno cualquiera: es el Señor todopoderoso, el Dios de los dioses (véase Sal 50 1). Por eso el salmista puede hacer peticiones tan por encima de las capacidades humanas, refugiarse en una misericordia y un amor infinitos y contar con un espíritu divino, creador y renovador del ser humano.

El salmo termina con la promesa de acción de gracias por la salvación de Dios y con la de dedicarse a urgir la conversión de los malvados y pecadores, enseñándoles el camino de la reconciliación con el Señor, el mismo camino que el salmista ha recorrido (Sal 51 15). Las frases últimas (Sal 51 18-19) recapitulan el salmo: recogen el tema del rechazo de los sacrificios que Dios proclamó en su discurso del Sal 50, y reafirma la convicción de que el verdadero culto que Dios acepta –el *sacrificio de alabanza* que pedía en su discurso (Sal 50 14.23)– es el de un corazón y un espíritu arrepentido, humillado, dispuesto a la conversión y enamorado de la justicia, como el que el salmista ha mostrado desde el principio de su oración.

La plegaria por la restauración de Sión y la consideración sobre los sacrificios (Sal 51 20-21) parece un añadido incoherente, pues, aunque Sión apareció al inicio de la sesión judicial como sede del juicio (véase Sal 50 2), la alusión a los sacrificios y holocaustos no cuadra con el resto del salmo.

Extraordinario salmo de penitencia, de reconocimiento de la condición pecadora del hombre, que nos coloca en nuestro verdadero sitio de pecadores y a Dios en el suyo de amor y de perdón infinitos. A la luz de la vida y de la muerte y resurrección de Cristo, todas estas realidades reciben una nueva luz: el pecado y la muerte de Cristo (véase 1 Cor 15 3), el amor y el perdón de Dios (Rom 5 8), la nueva creación o renovación interior por el Espíritu que habita en nosotros (Rom 8 9; 2 Cor 5 17)... Podemos [illegible]ar mucho más seguros que el fiel del A.T.; podemos esperar [illegible]ucha más confianza que el pueblo de Israel; podemos pre-

sentarnos ante Dios y su justicia, y reconocer nuestras faltas y debilidades, sabiendo que ahora ya Dios no acusa, sino que nos concede de antemano la rehabilitación y la paz (Rom 8 33-34).

SALMO 52 (51)
El amor de Dios dura por siempre

1 Sm 21 8; 22 6-7; Jn 3 19-20; Sal 92 13-15

[1] *Al maestro de coro. Oda de David.* [2] *Cuando el edomita Doeg vino a decir a Saúl que David había ido a casa de Ajimélec.*

[3] ¿Por qué te jactas de hacer el mal?
El amor de Dios dura por siempre.
[4] Todo el día estás planeando crímenes,
tu lengua es una navaja afilada, artífice de engaños.
[5] Prefieres el mal al bien, la mentira a la honradez.
[6] Te gustan las palabras dañinas, lengua embustera.
[7] Por eso Dios te destruirá para siempre,
te aventará, te arrancará de tu tienda,
te extirpará de la tierra de los vivos.

[8] Al verlo, los justos temerán, y se reirán de él diciendo:
[9] «Este hombre no buscó su fortaleza en Dios,
sino que confió en sus grandes riquezas,
y se jactó de sus crímenes».

[10] Pero yo, como un olivo verde en la casa de Dios,
confío en el amor de Dios para siempre jamás.
[11] Te daré gracias siempre, porque has actuado,
y proclamaré ante tus fieles que tu nombre es magnífico.

Salmo mixto, compuesto por una acusación profética y una oración individual de acción de gracias. Su estructura comprende tres partes: acusación contra el malvado (Sal 52 3-7); reacción de los justos (Sal 52 8-9); la oración del salmista (Sal 52 10-11). El verso 3b presenta dificultades para la traducción. Podría ser tam-

bién, continuando la pregunta iniciada en el verso anterior: "¿Por qué te jactas de hacer el mal y te muestras prepotente contra el piadoso?".

El salmo plantea una situación típica: un hombre que goza de poder e influencia gracias a sus riquezas se muestra desconsiderado, cruel y dañino con los demás. Abusa de su poder y además se jacta de ello. Utiliza la lengua como arma mortífera para la trampa, el engaño, la mentira y la calumnia (véase Sal 10 7; 12 3; 50 19; 55 10.22; 57 5). En ese mundo de doblez, de subterfugios y fraudes, se mueve a sus anchas. Y se cree a salvo de cualquier peligro. El salmista describe esta conducta del malvado echándosela en cara, indignado y con un apasionamiento profético, no exento de desprecio, lo que hace que siembre su acusación de calificativos durísimos y de imágenes que son tópicas, pero no por eso menos vigorosas: la lengua-navaja afilada, la palabra dañina...

A tan nefasta conducta corresponde una severa condena (Sal 52 7). El salmista se la anuncia enérgicamente: Dios lo castigará de forma terrible y definitiva, arrancándolo de raíz, expulsándolo de su tienda, aventándolo como el huracán hace con el árbol seco, muerto, caído y sin raíces.

El espectáculo aterrará a los fieles, que, al ver a Dios en acción, se sentirán confirmados en su fe: el que parecía un valiente que se bastaba a sí mismo, resultó un insensato que fracasó estrepitosamente. Las palabras de esos fieles, que se citan en estilo directo (Sal 52 9), reflejan esta conclusión e introducen nuevos matices de la conducta del malvado que hasta ahora no habían aparecido en el salmo, a saber, las riquezas en las que se apoyaba el criminal y la dimensión irreligiosa de esa conducta. Los fieles se alegran porque el final del malvado, cuyos crímenes y maldades soportaban, significa el triunfo de Dios y su propia liberación.

Por su parte el salmista compara la conducta descrita con la suya propia, y lo hace subrayando los contrastes (Sal 52 10). El malvado confiaba en sus riquezas, mientras él confía en el Señor; el malvado terminaba como un árbol seco y arrancado de raíz; ¡qué diferencia con el salmista, que se siente como un olivo verde y pletórico de vida! Al malvado lo expulsaban de su tienda; el salmista está firmemente arraigado en la casa de Dios. La confe-

sión personal se transforma finalmente en oración (Sal 52 11). Dirigiéndose al Señor el autor le da gracias *porque has actuado*: ha castigado al malvado, ha terminado con la opresión, ha salvado a sus fieles. Ante ellos, y con ellos, el salmista usará su lengua para proclamar la grandeza del Señor.

El Hijo de Dios, como aparece en el Nuevo Testamento, también conoce esa conducta radicalmente irreligiosa: fiarse de las riquezas, no apoyarse en el Señor, atesorar en la tierra en vez de en el cielo, ser sensato ante sí mismo y no ante Dios, servir al dinero... Cristo condena este proceder y lo lamenta profundamente ya que significa no darse cuenta de que la vida, la vida verdadera, no depende de las riquezas ni puede construirse sobre ellas (Lc 6 24-25; 12 15-21).

SALMO 53 (52)
¡Cuándo aprenderán los malhechores!

Sal 14; Rom 3 11-12; Dt 28 67

1 *Al maestro de coro; para la enfermedad. Oda de David.*

2 Dice el necio para sí: «Dios no existe».
Todos están pervertidos y practican la maldad,
no hay quien haga el bien, ni uno siquiera.
3 Dios mira desde los cielos a los hombres,
para ver si queda alguien juicioso, que busque a Dios.
4 Pero todos se obstinan en su rebeldía, ninguno hace el bien.
5 ¡Cuándo aprenderán los malhechores,
que devoran a mi pueblo como si fuera pan,
y jamás invocan a Dios!

6 He aquí que de pronto temblarán de espanto,
pues Dios esparce los huesos del que te asedia;
quedarán avergonzados, porque Dios los rechaza.

7 ¡Ojalá venga desde Sión la salvación de Israel!
Cuando Dios cambie la suerte de su pueblo,
exultará Jacob, se alegrará Israel.

Este salmo es repetición del Salmo 14 (véase comentario) con escasas y ligeras variantes: por una parte se intercambian los nombres de *Dios* y *Señor* (Sal 53 3a.5.7), y por otra el castigo y rechazo de los malvados (Sal 53 6) ocupa el lugar de la protección del justo (Sal 14 5-6).

SALMO 54 (53)
Mi Señor me sostiene

1 Sm 23 19; Sal 86 14

1 *Al maestro de coro; con arpas. Oda de David.* 2 *Cuando los de Zif fueron a decir a Saúl que David estaba escondido con ellos.*

3 ¡Sálvame, oh Dios, por tu nombre,
por tu poder hazme justicia!
4 ¡Oh Dios, escucha mi oración, presta oído a mis palabras!
5 Pues hombres soberbios y violentos se levantan contra mí,
atentan contra mi vida sin tener presente a Dios.

6 Pero Dios es quien me auxilia, mi Señor me sostiene.
7 ¡Devuélveles el mal a mis adversarios;
destrúyelos, pues eres fiel!

8 Yo te ofreceré de buen grado un sacrificio,
daré gracias a tu nombre, Señor, porque es bueno.
9 Me has librado de todas mis angustias,
y he visto a mis enemigos derrotados.

Este salmo es una súplica típica, con todos los elementos comunes a las mismas. Su estructura consta de tres partes: grito de auxilio y exposición del caso (Sal 54 3-5); expresión de confianza y súplica (Sal 54 6-7); acción de gracias (Sal 54 8-9).

Comienza el salmista acudiendo a Dios en busca de salvación urgente: los gritos de auxilio son imperativos tópicos: sálvame, hazme justicia, escúchame... Dos motivos aduce para forzar la intervención divina: *por tu nombre*, *por tu poder*. Y a continuación describe el peligro mortal en que se encuentra: unos hombres soberbios (quizá se pueda traducir también por "extraños" o "extranjeros") y violentos, que prescinden de Dios, atentan contra su vida. La descripción es muy genérica, sin ningún detalle concreto: puede referirse a mil situaciones distintas en las que el no tener presente a Dios desemboca en la violencia contra el prójimo (véase Sal 55 20).

A pesar de todo el salmista no ha perdido la confianza en Dios: sabe y proclama que el Señor lo ayuda y está con él (Sal 54 6). Por eso le pide ahora vehementemente que haga justicia estricta, es decir, que vuelva contra sus adversarios el mal que ellos intentan causarle o le están causando. Eso es lo que cuadra con la fidelidad de Dios, de la que el salmista tiene cumplida experiencia (Sal 54 7).

Por último, como si todo hubiese sucedido ya, o quizá porque ya ha sucedido (Sal 54 9), y porque de nuevo ha comprobado lo bueno que es Dios, el salmista manifiesta su propósito de darle gracias y de ofrecerle un sacrificio en señal de reconocimiento (Sal 54 8).

En el salmo, a pesar de su brevedad, aparecen los tres nombres más comunes de Dios en el Antiguo Testamento: Elohim (Dios), Adonay (mi Señor) y Yavé (Señor). El Dios del inicio se transforma en "mi" Señor en el centro de la oración (Sal 54 6), en el momento de la confesión de confianza, acentuando así la relación íntima y personal entre el orante y Dios. Esta utilización de los nombres de Dios, junto con la alternancia de los momentos en que el salmista dialoga con Dios (en segunda persona) o habla de él (en tercera persona), hacen que el salmo, aunque tópico y convencional, posea características personales y un cierto ritmo de afectos y sentimientos muy singular.

SALMO 55 (54)
He puesto en ti mi confianza

Jr 9 1-8; Ap 12 6; Mt 26 21-24; 1 Pe 5 7

[1] *Al maestro de coro; con arpas. Oda de David.*

[2] Oh Dios, escucha mi oración, no te cierres a mi súplica;
[3] atiéndeme, respóndeme,
que mis gemidos me tienen agitado.

[4] Me sobresalta la voz del enemigo, el acoso del malvado,
pues amontonan desgracias sobre mí
y me persiguen con rabia.
[5] Tengo el corazón encogido, me asaltan pavores de muerte,
[6] el temor y el terror me invaden, me abruma el espanto.
[7] Me digo: «¡Quién me diera alas de paloma
para volar y hallar reposo!».
[8] Me marcharía lejos, viviría en el desierto;
[9] en seguida encontraría un refugio
contra el torbellino y la borrasca.

[10] Destrúyelos, Señor, confunde su lenguaje,
porque veo violencia y discordia en la ciudad;
[11] que día y noche merodeen por sus muros.
Dentro de ella hay opresión y maldad,
[12] sólo crímenes hay en su interior;
las vejaciones y el engaño no se apartan de su plazas.
[13] Si un enemigo me ultrajara, podría soportarlo;
si mi adversario se alzara contra mí, me escondería de él.
[14] ¡Pero eres tú, un hombre como yo, mi compañero íntimo,
[15] con quien paseaba entre el bullicio por la casa de Dios!
[16] ¡Que la muerte los sorprenda, que bajen vivos al abismo,
porque el mal tiene su morada entre ellos!

[17] Yo, en cambio, invoco a Dios: el Señor me salvará.
[18] Por la tarde, por la mañana, al mediodía,
gimo y me lamento; pero él escuchará mi grito.
[19] El me rescatará y me dará la victoria,
aunque sean muchos los que me acosen.

[20] Dios, que reina desde siempre,
me escuchará y los humillará,
porque no se convierten ni temen a Dios.

[21] Traicionan a su aliado,
y violan el pacto que hicieron con él.
[22] Sus bocas son más blandas que la manteca,
pero su corazón es belicoso;
sus palabras, más suaves que el aceite,
pero hieren como espadas afiladas.

[23] Descarga en el Señor tus inquietudes, y él te sostendrá:
jamás permitirá que el justo desfallezca.
[24] Tú, oh Dios, harás que bajen a la fosa profunda.
Los hombres sanguinarios y fraudulentos
no llegarán a la mitad de su existencia.
Yo, en cambio, he puesto en ti mi confianza.

Salmo de súplica y lamentación individual con una estructura bastante compleja y notables dificultades de traducción. Podemos dividirlo en varias secciones precedidas por la súplica introductoria (Sal 55 2-3): lamentación (Sal 55 4-9); súplica contra los enemigos (Sal 55 10-16); expresión de confianza (Sal 55 17-20); una nueva descripción de los enemigos (Sal 55 21-22); otra expresión de confianza en forma de exhortación y de oración (Sal 55 23-24).

Después del grito de auxilio insistente del principio, típico de las lamentaciones, el salmista describe su situación y los sentimientos que lo embargan: se encuentra trastornado por el continuo acoso del enemigo y es presa de graves y oscuros temores (Sal 55 3-6). Sueña con la huida imposible, utilizando una sugestiva imagen: la paloma que escapa volando y se pone a cubierto del huracán y la tormenta (Sal 55 7-9; véase Sal 11 1).

Una breve y rotunda imprecación contra los enemigos, que según una de las posibles traducciones –*confunde su lenguaje*– recuerda el episodio de la torre de Babel (Sal 55 10; véase Gn 11 6-9), da paso a una doble descripción. En primer lugar, la ciudad. El autor la recorre –murallas, calles, plazas– y descubre unos

habitantes extraños y terribles: la violencia, la discordia, el crimen, la desgracia, la maldad, la vejación y el engaño. La acumulación de sustantivos –personificaciones– refleja la abundancia de males y la gravedad de la situación social. La perversión generalizada se concreta para el autor en la traición de su antiguo amigo íntimo (véase Sal 41 10), al que recuerda los ratos pasados juntos en el bullicio festivo de las solemnidades religiosas. La ciudad, en la que según esta última nota se encuentra la *casa de Dios* (Sal 55 15), no puede ser otra que Jerusalén. Esta sección y la siguiente se unen por medio de otra durísima imprecación contra esos hombres que se han convertido, y han convertido sus relaciones, en "morada de la maldad" (Sal 55 16). Nada tiene de particular que el autor quisiera volar al desierto, como nos confesó anteriormente.

El último verso del salmo aludirá al castigo de dos clases de hombres: sanguinarios y fraudulentos o falsos. Crímenes de obra y traiciones de palabra. Hasta ahora el salmo ha descrito las acciones criminales y sangrientas. Tras la ardiente confesión de confianza en la salvación final –me salvará, escuchará mi grito, me rescatará, me dará paz, me escuchará (Sal 55 17-20)–, que el orante espera de Dios como respuesta a su oración continua –invoco, me lamento, mis gritos; tarde, mañana y mediodía–, el salmista se ocupa de los delitos de palabra que cometen los enemigos (Sal 55 21-23): son hipócritas, falsos y traicioneros, fingen dulzura para atacar con más saña... (véase Sal 52 44-5).

El salmo termina con una nueva referencia a la salvación de Dios en forma de una exhortación a la confianza; quizá se trate de un oráculo pronunciado por alguien distinto al autor (Sal 55 23), al que éste responde con una oración en la que ratifica su certeza en el castigo de los malvados y su postura de confianza total en Dios.

La interpretación cristiana es fácil. Una ciudad entera, Jerusalén, confabulada contra un hombre justo, un amigo íntimo que traiciona... La traducción actual también lo es: ciudades en las que se han instalado la violencia y el crimen, relaciones humanas falseadas y rotas por el engaño y la traición... Y la confianza absoluta e inquebrantable del justo y de los justos en el Señor *que reina desde siempre* y *jamás permitirá que el justo desfallezca* (Sal 55 20 y 23).

SALMO 56 (55)
En Dios confío y no temo

1 Sm 21 11-12; Heb 13 6; Sal 118 6

1 *Al maestro de coro; con la melodía de «Paloma de la lejanía». Poema de David. Cuando los filisteos lo tenían preso en Gat.*

2 Ten piedad de mí, oh Dios, que me están acosando,
me están atacando y oprimiendo todo el día.
3 Todo el día me acosan mis adversarios,
son muchos los que me atacan con altanería.
4 Cuando siento miedo, confío en ti.
5 En Dios, cuya palabra alabo, en Dios confío y no temo.
¿Qué podrá hacerme un mortal?

6 Todo el día me hieren sus palabras,
sólo piensan en hacerme daño;
7 se conjuran, me acechan, espían mis pasos,
esperando para quitarme la vida.
8 Después de tanta maldad, ¿van a escaparse?

Oh Dios, abate con ira a los pueblos.
9 Anota en tu libro mi vida errante,
recoge mis lágrimas en tu odre,
¿Acaso no está todo anotado en tu libro?
10 Mis enemigos retrocederán cuando te invoque:
entonces sabré que Dios está de mi parte.
11 En Dios, en el Señor, cuya palabra alabo,
12 en Dios confío y no temo.
¿Qué podrá hacerme el hombre?

13 Mantengo, oh Dios, las promesas que te hice:
las cumpliré con acción de gracias,
14 pues tú libraste mi vida de la muerte, y mis pies de la caída,
para que camine en presencia de Dios a la luz de la vida.

Salmo de súplica confiada, estructurado en cuatro partes: invocación a Dios (Sal 56 2-5); descripción de la situación (Sal 56 6-8a); súplica (Sal 56 8b-12); promesa conclusiva (Sal 56 13-14). Un estribillo, que refleja la actitud personal de confianza y seguridad y en el que resuena el tono dominante en el salmo, cierra la primera y la tercera parte (Sal 56 5.11-12).

La persecución y el acoso de los ènemigos –anónimos y sin identificar, como tantas otras veces– aterroriza al salmista. Se trata de una persecución continua: tres veces se repite el *todo el día* (Sal 56 2.3.6). Los perseguidores son numerosos y muy crueles, dedicados obsesivamente a *hacer daño* al orante: me acosan, me atacan, me oprimen, me hieren, me acechan, me espían... Todo ello con un sólo objetivo: causarle la muerte, *quitarme la vida* (Sal 56 7). Pero en esa situación desesperada el salmista no desespera, antes al contrario: aunque se siente atemorizado (Sal 56 4.5.12), el temor no lo paraliza, ni lo anonada, ni le impide perseverar en sus convicciones más profundas, en su fe en Dios Salvador; no le impide reavivar su confianza en él y en su palabra, que es promesa de salvación (Sal 106 12; 119 41-42; 130 5). Y frente al Señor y a sus promesas, ¿qué pueden hacer los enemigos, pobres mortales? Ese es el sentimiento predominante en el salmo, que se repite como un eco por todo el salterio: *Aunque pase por un valle tenebroso, ningún mal temeré, porque tú estás conmigo, El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quien temeré?... No temo, aunque un ejército acampe contra mí... ¿Por qué he de temer?* (véase Sal 23; 27; 49; etc.).

El salmista, pletórico de confianza, pide a Dios el castigo de los malvados: que abata a los enemigos –ahora son "los pueblos"; quizá haya que traducir "la gente"–. Pide a Dios que recoja y tome en cuenta sus lágrimas y su toda su *vida errante* –continuo peregrinar– que ya figuran en su *libro* (Sal 56 9), el "libro de la vida" (véase Sal 69 29; 139 16). Y pide a Dios que, al invocarlo, le dé la señal de que está de su parte (Sal 56 10). La confesión de confianza, ampliada esta segunda vez con el nombre del Señor –Yavé–, se oye de nuevo (Sal 56 11-12).

Seguro de ser escuchado, el salmista termina anunciando su propósito firme de cumplir las promesas que hizo en el momento del peligro (Sal 56 13). Las expresiones que describen la liberación esperada o conseguida se parecen a las del Sal 116 8-9. El

resultado de la salvación es *caminar en presencia de Dios a la luz de la vida*. En el Salmo 116 es *el mundo de los vivos*, y en otros salmos *la tierra de los vivos* (véase Sal 27 13; 52 7). Es, ciertamente, vivir en plenitud bajo la protección y la cercanía de Dios, hacer el "peregrinar" de la vida sin temor a la muerte, iluminados y acompañados siempre por el Señor.

Cristo resucitado, libre y liberador de las garras de la muerte, es la auténtica luz de la vida.

SALMO 57 (56)
Muestra, oh Dios, tu gloria sobre toda la tierra

1 Sm 24 4-5; Sal 108 2-6

1 *Al maestro de coro; con la melodía de «No destruyas». Poema de David cuando, huyendo de Saúl, se escondió en la cueva.*

2 Ten piedad de mí, oh Dios, pues me refugio en ti;
a la sombra de tus alas me cobijo
hasta que pase la calamidad.
3 Invoco al Dios Altísimo, al Dios que actúa en mi favor.
4 Me salvará desde el cielo, confundirá a los que me acosan;
Dios enviará su amor y su fidelidad.

5 Estoy tirado entre leones, devoradores de hombres;
sus dientes son lanzas y saetas;
su lengua, una espada afilada.
6 ¡Muestra, oh Dios, tu grandeza en los cielos,
y tu gloria sobre toda la tierra!
7 Han tendido una red a mis pasos para hacerme caer,
cavaron una fosa ante mí, pero cayeron en ella.

8 Mi corazón está firme, oh Dios, mi corazón está firme:
9 voy a cantar y a tocar para ti. ¡Despierta, gloria mía!
¡Despertad, cítara y arpa! ¡Despertaré a la aurora!
10 Te daré gracias entre los pueblos, Señor mío,
tocaré para ti entre las naciones,

11 pues tu amor llega hasta el cielo,
hasta las nubes tu fidelidad.
12 ¡Muestra, oh Dios, tu grandeza en los cielos,
y tu gloria sobre toda la tierra!

Salmo mixto de confianza y acción de gracias, estructurado en tres partes: súplica motivada y confesión de confianza (Sal 57 2-4); descripción de la situación del salmista (Sal 57 5-7); acción de gracias (Sal 57 8-12). Un estribillo interrumpe la descripción de la situación y cierra el salmo (Sal 57 6 y 12). Notemos, además, que la tercera parte de nuestro salmo (Sal 57 8-12) se encuentra repetida en Sal 108 2-6.

Aunque el salmo comienza con la invocación típica de las súplicas, los sentimientos que prevalecen son los de confianza y de acción de gracias. Podríamos "narrarlo" de esta forma: el salmista se encuentra en una situación desgraciada –violencia, acusaciones falsas, trampas e intrigas de los enemigos– que describe con imágenes tópicas de animales feroces y de caza (leones, red, fosa, lanzas, saetas y espadas afiladas: Sal 57 5.7 véase Sal 7 3.16; 10; 22 13-14; 35 15-17). Angustiado, acude a Dios con el grito urgente y repetido de súplica: *¡Ten piedad de mí!* (Sal 57 2), al que añade la razón que motiva su ruego, a saber, que se refugia en él, *a la sombra de tus alas*, expresión conocida que puede referirse al templo (véase Sal 17 8; 36 8; 61 5; 63 8; 91 4). Inmediatamente proclama su confianza absoluta en la intervención del Dios del cielo –Altísimo– que desde el cielo le ha favorecido siempre y seguirá favoreciéndole ahora con sus dones de salvación (Sal 57 3-4).

Una breve descripción de la situación en que se encuentra, con las imágenes que ya notamos, termina con la constatación de la derrota de los enemigos: *cayeron en ella* –en la fosa– (Sal 57 7). El paso de la situación de peligro a la del fracaso de los adversarios se marca con el estribillo, que rompe la descripción en dos escenas distintas. Ello hace que cambie vertiginosamente el estado de ánimo del autor: en un magnífico arranque de introspección, explota entusiasmado en sentimientos de acción de gracias a los que se invita a sí mismo *–gloria mía*, es decir, alma

mía, vida mía (véase Sal 7 6)–, y, personificándolos, a los instrumentos musicales y a la misma aurora: que despierten de prisa para participar en el canto de acción de gracias (¿será el salmo una oración matutina en el templo?). La acción de gracias será pública y universal, ante todas las naciones y pueblos de la tierra, como merecen los dones que Dios envía *desde el cielo* y que *hasta el cielo* alcanzan en sus grandiosas dimensiones (Sal 57 10-11). Esa grandeza, en el cielo y en la tierra, son las que aparecen en el estribillo: cielos y tierra se unen en el salmo convertidos en un único escenario de la majestad y de la gloria de Dios que se muestran en la salvación de sus fieles: "llenos están el cielo y la tierra de su gloria", que repetimos en la fórmula litúrgica (véase Is 6 3). Y nosotros *hemos visto su gloria, la gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad* (Jn 1 14), y hemos gustado de su plena y definitiva salvación en Cristo.

SALMO 58 (57)
Hay un Dios que hace justicia

Sal 82; Ex 21 6; 22 7; Dt 19 17

1 *Al maestro de coro; con la melodía de «No destruyas». Poema de David.*

2 ¿De veras, jueces, sentenciáis con justicia,
juzgáis con rectitud a los hombres?
3 No. Vosotros planeáis la maldad,
y favorecéis la violencia en la tierra.
4 Desde antes de nacer se pervierten los malvados,
se extravían los mentirosos desde el vientre de su madre;
5 su veneno es como veneno de víbora,
se hacen los sordos, como el áspid que cierra el oído
6 para no oír la voz de los encantadores,
del mago hábil en encantamientos.

7 ¡Oh Dios, rómpeles los dientes de la boca,
tritura, Señor, los dientes de los leones!

[8] Desaparezcan como agua que se escurre,
que se marchiten como hierba pisoteada;
[9] que sean como babosa que se deshace al caminar,
como un aborto que nunca verá el sol.
[10] Antes de que echen espinas, como la zarza,
que los arrastre el vendaval, verdes o quemados.

[11] El justo se alegrará al ver la venganza,
bañará sus pies en la sangre del malvado;
[12] y la gente dirá: «Sí, los justos prosperan;
hay un Dios que hace justicia en la tierra».

Salmo difícil de clasificar, especie de súplica individual en estilo profético y con una estructura en tres partes: acusación contra jueces y malvados (Sal 58 2-6); imprecaciones (Sal 58 7-10); conclusión (Sal 58 11-12). El verso 10 presenta muchas dificultades y es de traducción dudosa. Por sus imprecaciones este salmo no se reza en la Liturgia de las Horas.

El salmo es una enérgica invectiva contra la corrupción y las injusticias, sobre todo las de aquellos que deberían ser los profesionales de la justicia y de la reconciliación entre los hombres. Se parece al Sal 82. En la primera parte el salmista, en tono profético, increpa a los jueces y gobernantes inicuos que cometen injusticias y violencias y las favorecen. Después describe horrorizado la perversión radical de los malvados con imágenes alusivas al poder letal de la palabra: son como víboras dañinas y traicioneras que se deslizan, muerden, envenenan, matan y escapan al dominio del hombre. La impotencia de los justos ante los malvados y ante esos jueces que los favorecen desde la sede de la justicia –intolerable perversión– se parece a la del encantador ante la serpiente sorda: es inútil todo lo que haga.

Por eso el salmista se rebela y estalla furioso en imprecaciones. Sólo Dios puede resolver el problema. Pues que Dios destruya de una vez y para siempre a esos malhechores y termine con semejante barbaridad. El salmista amontona las imágenes vigorosas y sugestivas en sus siete terribles imprecaciones (Sal 58 7-10).

Con la intervención de Dios, las aguas volverán a su cauce: los malvados habrán recibido su merecido, los justos podrán alegrarse (véase Sal 68 24: imagen bélica), y la gente sacará la oportuna conclusión, que será un profundo acto de fe en la justicia divina: el justo Juez (véase Sal 7 12) no deja impunes las injusticias humanas y premia la conducta honrada e íntegra.

En el salmo late el problema radical de la justicia, el de la retribución intramundana, según el axioma sapiencial "al justo le va bien y al malvado mal" (véase, por ejemplo, Ecl 8 12-14). Los jueces y gobernantes aparecen como encargados –en el salmo cumplen mal su encargo– de colaborar con Dios en el mantenimiento de ese orden retributivo. Si no lo hacen ellos, lo hará Dios directamente (como en Sal 7; 82; 140; etc). Esa actuación divina es la que se urge en la plegaria.

Por otra parte, la suprema injusticia de los hombres, la condena, tortura y muerte del inocente Jesucristo, supuso la mayor intervención "justiciera" de Dios restableciendo su orden, su reinado sobre la tierra.

SALMO 59 (58)
Tú, Dios fiel, eres mi fortaleza

1 Sm 19 11-12; Sal 46 10-11

1 *Al maestro de coro; con la melodía de «No destruyas». Poema de David, cuando Saúl mandó vigilar su casa para matarlo.*

2 Dios mío, líbrame de mis enemigos,
protégeme de mis perseguidores;
3 líbrame de los malhechores,
sálvame de los hombres sanguinarios.
4 Mira cómo me están acechando,
como conspiran contra mí los poderosos,
sin que haya en mí, Señor, crimen ni pecado;
5 sin que yo tenga culpa, corren y se preparan para atacarme.
Despierta, ven a mi encuentro y mira,
6 pues tú eres el Señor, Dios todopoderoso, Dios de Israel;

levántate para castigar a todas esas gentes,
no tengas piedad de los pérfidos traidores.
7 Regresan al anochecer, aúllan como perros,
rondan por la ciudad.
8 Mira lo que dicen con su boca,
como si sus labios fueran espadas:
«¿Acaso nos oye alguien?»
9 Pero tú, Señor, te ríes de ellos,
te burlas de todas esas gentes.
10 Fuerza mía, a ti te estoy aguardando,
porque tú, Dios mío, eres mi fortaleza.

11 El Dios fiel vendrá a mi encuentro,
y me hará ver la derrota de mis adversarios.
12 Oh Dios, mátalos, para que mi pueblo no lo olvide;
dispérsalos y humíllalos con tu poder,
tú, Señor, que eres nuestro escudo.
13 Queden apresados en su orgullo,
en el pecado de su boca, en la palabra de sus labios,
en las maldiciones y mentiras que profieren.
14 Destrúyelos con tu furor, destrúyelos sin dejar rastro,
y que se sepa que Dios gobierna en Jacob,
y hasta los confines de la tierra.
15 Regresan al anochecer, aúllan como perros,
rondan por la ciudad,
16 andan errantes buscando comida;
no cesan de gruñir hasta que se sacian.
17 Yo, en cambio, canto tu fuerza,
desde la mañana celebro tu amor
pues tú has sido mi fortaleza,
mi refugio cuando estaba angustiado.
18 Para ti, fuerza mía, tocaré,
porque tú eres mi fortaleza, Dios fiel.

Salmo de lamentación y súplica individual. El doble estribillo (Sal 59 7.15 y 10.18) estructura el salmo en dos grandes partes

(Sal 59 2-10 y 11-18) en las que a grandes líneas se describe la situación por la que pasa el salmista, su petición de socorro y de castigo para los culpables y su acción de gracias.

Es otra vez la maledicencia, las acusaciones falsas e injustas y el uso de la lengua y de las palabras como armas letales lo que está provocando la desgracia del salmista. Su oración se inicia con cuatro imperativos clásicos precedidos por la invocación del Dios del orante: Dios mío, líbrame, protégeme, líbrame, sálvame. El peligro mortal está causado por sujetos a los que se caracteriza como enemigos, perseguidores, malhechores y sanguinarios (Sal 59 2-3), pérfidos traidores (Sal 59 6), orgullosos y mentirosos (Sal 59 13), que atacan y hieren con sus palabras de forma soberbia e insolente (Sal 59 8 y 13), *sin tener presente a Dios* –como en el Sal 54 5–, de cuya existencia y gobierno dudan (Sal 59 8; véase Sal 10; 12; 14; 64). Según el estribillo, estos malvados son como perros vagabundos, huraños y salvajes, que se han apoderado de la ciudad (véase Sal 12 y 15), por la que rondan de noche aterrorizando a sus habitantes con sus gruñidos y sus ansias insaciables (Sal 59 7.15-16); nadie está seguro ante sus ataques: calumnias, maldiciones, críticas, acusaciones injustas...

A todo esto, parece que Dios duerme *–¡despierta!* (véase Sal 35 23; 44 24)–, se encuentra lejos *–¡ven a mi encuentro!–* o está vuelto de espaldas, distraído *–¡mira!–* (Sal 59 5). El salmista es inocente (Sal 59 4-5), es decir, no ha hecho nada para merecer, según la mentalidad del Antiguo Testamento, lo que le está sucediendo. Por eso, y porque a pesar de todo confía plenamente en el Señor, su fuerza, su fortaleza y su refugio (Sal 59 10.17-18), *Dios todopoderoso* y *Dios de Israel* (Sal 59 6), *Dios fiel* y leal (Sal 59 11.18), *escudo nuestro* (Sal 59 12), que se ríe y se burla de los malvados que dudan de él y los vence (Sal 59 11; véase Sal 2 4; 37 13), el salmista intenta casi desesperadamente llamar la atención de Dios y forzar su intervención salvadora. Los motivos que aduce son también clásicos: su propia inocencia y su total confianza en Dios, la lealtad y la fidelidad del Señor, la necesidad de que el pueblo no lo olvide y de que se sepa por doquier que sí hay un Dios que existe y gobierna (Sal 58 12). La destrucción de los malvados y el que caigan sobre sus cabezas las maldades que traman y que hacen, será una prueba evidente de la existencia y de la providencia de Dios, como respuesta a las dudas de los

malvados y a las que la actuación de éstos podía suscitar en los creyentes.

La promesa y el propósito de una acción de gracias cantada y con música cierra el poema. Si la desgracia y el peligro parecen ser propios de la oscuridad nocturna, Dios al alba las disipa y las destruye, y el salmista –desde la mañana– alaba y canta agradecido la actuación del Señor (Sal 59 17-18).

De noche, con acusaciones falsas, conspiraciones y mentiras, atacaron y asesinaron a Cristo, el verdadero y único inocente. La aurora del domingo pascual contempló la intervención victoriosa del Dios fiel a sí mismo y a su enviado. De noche, y con alevosía, son atacados, difamados y calumniados –a veces en los medios de comunicación– muchos hombres y mujeres inocentes: su refugio es el Señor de la verdad, y su confianza el Dios de Jesús que lo resucitó de entre los muertos.

SALMO 60 (59)
Con Dios haremos proezas

2 Sm 8 2.3.13; 1 Cr 18 2.3.12; Sal 108 7-14

[1] *Al maestro de coro; con la melodía de «Lirio del testimonio». Poema de David; como enseñanza.* [2] *Cuando luchó contra Aram de Najaraín y Aram de Sobá; y cuando Joab, a la vuelta, derrotó en el valle de la Sal a Edom, matando a doce mil hombres.*

[3] Nos has rechazado, oh Dios, nos has destrozado;
aunque encolerizado, vuélvete hacia nosotros.
[4] Has sacudido nuestra tierra, la has agrietado:
repara sus brechas pues se está debilitando.
[5] Has hecho pasar a tu pueblo duras pruebas,
nos has dado a beber vino de vértigo.
[6] Diste a tus fieles la señal de retirada
para que se replegaran ante los arqueros.
[7] Sálvanos con tu poder, respóndenos
para que se pongan a salvo tus predilectos.

8 Dios ha dicho desde su santuario:
«Me apoderé victorioso de Siquén,
repartiré el valle de Sucot.
9 Mío es Galaad, y mío Manasés;
Efraín es yelmo de mi cabeza, Judá es mi cetro;
10 Moab, la vasija en que me lavo;
sobre Edom arrojo mi sandalia,
sobre Filistea cantaré victoria».

11 Pero ¿quién me llevará hasta la ciudad amurallada;
quién me guiará hasta Edom?
12 Sólo tú, oh Dios, aunque nos hayas rechazado
y no salgas ya al frente de nuestras tropas.
13 Socórrenos contra el enemigo,
porque de nada sirve la ayuda de los hombres.
14 Con Dios realizaremos proezas,
él aplastará a nuestros enemigos.

Salmo de súplica comunitaria, estructurado en tres partes, dos de ellas de lamentación y súplica (Sal 60 3-7 y 11-14), separadas por una sección central que es un oráculo divino de salvación (Sal 60 8-10). Sal 60 7-14 se halla repetido, y bastante fuera de contexto, en Sal 108 7-14. Este salmo presenta algunas dificultades de traducción.

Una dura derrota nacional, posiblemente ante Edom (Sal 60 11), reúne en oración al pueblo, que la ha interpretado como abandono o rechazo por parte de Dios y se lamenta por ello (Sal 60 3-6.12), suplicando al Señor su intervención salvadora (Sal 60 7.13). El salmista utiliza unas imágenes muy expresivas. El olvido o abandono de Dios ha supuesto una prueba durísima (Sal 60 5; véase Sal 66 10-11): ha sido como un terremoto que hubiese asolado la tierra, agrietándola y convulsionando el terreno (Sal 60 4); o como si Dios los hubiese emborrachado con vino drogado o envenenado (Sal 60 5; véase 75 9). Ante esa situación se le pide a Dios que ponga remedio a los males que ha provocado, que repare las grietas de la tierra, que ayude al pueblo en la batalla (Sal 60 6); debe hacerlo para que ese pueblo, su predilecto,

logre salvarse (Sal 60 7). Es curiosa y significativa –sólo pueden entenderla los creyentes– la paradoja que presenta el salmista: aunque se queja de que Dios los rechaza, sabe que no ha dejado de amarlos, que siguen siendo sus preferidos, y apela a ese amor para forzar la intervención salvadora de Dios.

A la oración del pueblo –*¡respóndenos*! (Sal 60 7)– responde un solemne oráculo divino. El sacerdote que lo pronuncia proclama el derecho de propiedad de Dios sobre el territorio de Israel y sus distintas regiones y sobre el de los pueblos vecinos, Moab, Edom y Filistea, otrora vasallos del rey David (Sal 60 8-10). Dios aparece, muy en coherencia con el contexto, como un guerrero real que conquista y distribuye territorios, y al que nadie puede discutir la propiedad del yelmo, del cetro, de su vasija personal y del terreno donde asienta sus pies o arroja las sandalias.

El salmista, ahora en primera persona, pregunta angustiado si ese señorío divino vale para algo en este momento en que parece haberlos abandonado. Repite el motivo del rechazo de Dios (Sal 60 12) añadiendo una frase que también aparece en Sal 44 10: el Señor no sale ahora al frente de su pueblo para la batalla (véase Sal 68 8).

A pesar de todo, una afirmación de confianza total cierra la oración: con Dios, cuya ayuda se considera segura, la victoria está conseguida y el objetivo de la súplica alcanzado. Del Señor, dueño y soberano universal, depende el éxito de todas las empresas, y él no hará nunca oídos sordos a las súplicas de sus amados.

SALMO 61 (60)
Tú eres mi refugio

Sal 27 4-5; 75 2; 89

1 *Al maestro de coro; con arpas. Salmo de David.*

2 ¡Escucha, oh Dios, mi clamor, atiende mi súplica!
3 Desde el confín de la tierra te invoco
con el corazón desfallecido.
Condúceme a una roca inaccesible,
4 pues tú eres mi refugio, mi bastión frente al enemigo.

[5] Que yo habite en tu tienda para siempre,
refugiado al amparo de tus alas.
[6] Porque tú, oh Dios, tienes en cuenta mis promesas,
me concedes la herencia de los que te honran.

[7] Haz que los días del rey sean muchos,
que sus años abarquen generaciones y generaciones;
[8] que reine siempre en presencia de Dios,
que el amor y la fidelidad lo guarden.
[9] Yo cantaré a tu nombre sin cesar,
cumpliendo mis promesas día tras día.

Salmo mixto, compuesto por una súplica individual (Sal 61 2-6) y una oración por el rey que termina en un propósito de alabanza y fidelidad (Sal 61 7-9).

La primera parte es la oración ferviente de un desterrado –*desde el confín de la tierra*– que desea volver a Jerusalén y al templo, como los desterrados de los salmos 42-43 y 63. Después del grito de auxilio inicial, el autor expone su situación: se encuentra lejos geográficamente y derrotado, desfondado y abatido desde el punto de vista espiritual. Además el enemigo lo amenaza (Sal 61 4). Y suplica a Dios dos cosas: que lo proteja –utilizando las conocidas imágenes de tipo militar: fortaleza inaccesible en un alto monte, refugio, bastión–, y que lo proteja haciéndolo volver y acogiéndolo en el templo, la "tienda" de Dios (véase Sal 27 3-6), el ámbito de seguridad e intimidad que se refleja en la imagen, también conocida, de la sombra o *amparo de tus alas* (véase Sal 36; 63). Dios es, confiesa el salmista, su refugio (véase Sal 62 3.7-9), y confía plenamente en él.

La confianza se basa en dos razones, que al mismo tiempo el autor esgrime delante de Dios como motivos de persuasión para forzar su intervención y reforzar la súplica (Sal 61 4 y 6): la ya notada confesión de que Dios es *mi refugio* y un segundo motivo –*tú tienes en cuenta...*– que es también reconocimiento de que el Señor escucha y concede lo que se le pide, sobre todo si el que lo pide es alguien que *honra* al Señor. En ese caso lo que Dios le otorga se considera *herencia*, es decir, algo que se recibe

casi en justa correspondencia o en recompensa por venerar al Señor.

La segunda parte es una oración por el rey que resulta inesperada en el salmo, como en Sal 63 12. ¿Será que el orante es, desde el principio, el mismo monarca? ¿O será que el desterrado, al recordar Jerusalén y el templo, se ha acordado también del palacio y del rey, y amplía su súplica por él, representante y máxima personificación del pueblo y de todos los adoradores del Señor? Sea lo que sea, para el rey se pide vida larga, larguísima, casi sobrehumana, y un reinado estable y próspero bajo la protección de Dios, es decir, sostenido y amparado por su amor y su fidelidad (véase Sal 72).

La doble súplica, personal y por el rey, terminan con la expresión de un propósito firme en el que se hace referencia a las promesas ya mencionadas en Sal 61 6. El propósito, la alabanza continua, refleja la seguridad del fiel en la respuesta de Dios y el agradecimiento, ya por anticipado, por los dones que el Señor le va a conceder.

La dimensión temporal es importante en el salmo. Tiempo continuado, no interrumpido, tiempo largo y pleno: el salmista quiere habitar en el templo para siempre (Sal 61 5); pide que la vida del rey sea casi eterna (Sal 61 7) y su reinado para siempre en presencia de Dios (Sal 61 8); promete cantar al Señor por siempre (Sal 61 9). Sin duda ese "tiempo" es don de Dios. De él se espera esa continuidad y esa plenitud. Sólo él puede sostener y remediar la caducidad humana...

SALMO 62 (61)
Sólo Dios es mi roca y mi salvación

Sal 39 6-7; Is 40 15; Rom 2 6; 2 Tim 4 14

[1] *Al maestro de coro; de Yedutún. Salmo de David.*

[2] Sólo en Dios encuentro descanso, de él viene mi salvación;
[3] Sólo él es mi roca, mi salvación y mi fuerza,
¡jamás sucumbiré!
[4] ¿Hasta cuándo atacaréis a un hombre todos juntos

para derribarlo como a una pared que se ladea,
o como a un muro agrietado?
[5] Sólo piensan en derribarme de mi altura,
gozan con la mentira:
con su boca bendicen, pero en su interior maldicen.
[6] Sólo en Dios encuentro descanso, de él viene mi esperanza;
[7] sólo él es mi roca, mi salvación y mi fuerza:
¡jamás vacilaré!
[8] En Dios está mi salvación y mi gloria,
en Dios mi roca fuerte y mi refugio.

[9] Confiad siempre en él, pueblo suyo,
desahogad con él vuestro corazón:
¡Dios es nuestro refugio!
[10] Los hombres no son más que un soplo,
los nobles una mentira:
puestos en la balanza todos ellos,
pesan menos que un soplo.
[11] No confiéis en la extorsión, no presumáis de lo robado;
aunque aumenten vuestras riquezas,
no les entreguéis el corazón.

[12] Una cosa ha dicho Dios; dos cosas le he oído:
que de Dios es el poder
[13] y propio de ti, mi Señor, mostrarte fiel;
que tú pagas a cada uno según sus obras.

Salmo de confianza individual, estructurado en tres partes: declaración de confianza e imprecación contra los enemigos (Sal 62 2-8); invitación a la confianza del pueblo (Sal 62 9-11); oráculo conclusivo (Sal 62 12-13).

El salmo es un magnífico canto a la confianza exclusiva en el Señor. La primera parte, que está delimitada por un estribillo (Sal 62 2-3.6-8), acumula los títulos de confianza con el adjetivo posesivo que refuerza la sensación de familiaridad y exclusividad (mi descanso, mi salvación, mi roca, mi fuerza, mi esperanza). Cuatro veces consecutivas repite el salmista que Dios es "su

salvación", tres veces que es "su roca". Ese convencimiento le hace enfrentarse con sus enemigos y echarles en cara su conducta ruin y falsa, al mismo tiempo que les señala la inutilidad de sus esfuerzos y sus ataques. Los enemigos lo creen un muro ladeado o una pared ruinosa, fácil de derribar. Se equivocan. Al confiar en el Señor se ha convertido en una muralla inexpugnable, que jamás se tambaleará ni vacilará.

La primera parte termina con la confesión de que Dios es *refugio*, y esa palabra sirve de conexión con la segunda, en la que el salmista invita al pueblo a la confianza en el Señor. El es el refugio del salmista (Sal 62 8: *mi refugio*), y lo es también del pueblo (Sal 62 9: *nuestro refugio*). Por eso el "corazón" tiene que desahogarse con Dios y entregarse a Dios. No se puede poner la confianza en el hombre, ni siquiera en los poderosos y en los nobles, pues el ser humano es débil y efímero (véase Sal 39 7.12; 144 4; 146 3-4; Jr 17 5-7). Ni se puede confiar en las riquezas, sobre todo si son riquezas adquiridas injustamente: no se les puede entregar el corazón. Las palabras "confiar" y "corazón" abren (Sal 62 9) y cierran (Sal 62 11) la segunda parte del salmo en sentidos contrapuestos: confiar en Dios, entregarle el corazón, no confiar en las riquezas, no entregarles el corazón.

El oráculo conclusivo (Sal 62 12-13), que puede haber sido oído por el autor en el templo, aporta nuevos motivos de confianza. Y lo hace con una fórmula numérica ("Una vez... dos veces...") que equivaldría a nuestro "una y otra vez", y que refuerza el contenido del oráculo: Dios sí que es poderoso, en contraste con la debilidad de los humanos; Dios sí que es fiel y justo, en contraste con la falsedad y la injusticia de los hombres. En la frase final resuena el posesivo aplicado a Dios: *mi Señor*. Cuando se confiesa y se proclama la confianza, ésta resulta afianzada y fortalecida. Por eso el sentimiento de mutua pertenencia e intimidad ha ido creciendo a lo largo del salmo y explota en ese posesivo, broche maestro de la oración: el "Dios" de todo el salmo se descubre, al final, como "mi Señor", al que el salmista se dirige, sólo aquí en todo el poema y de forma inesperada, en segunda persona.

En el salmo se describe una actitud vital, unas opciones fundamentales que se enfrentan y se excluyen mutuamente y ante las que el hombre debe decidirse, porque, como dirá el mismo

Cristo, no se puede *servir a Dios y al dinero* y *donde está tu tesoro, allí está también tu corazón* (véase Mt 6 19-24).

SALMO 63 (62)
Como tierra reseca, agostada, sin agua

1 Sm 22-24; Sal 36 8-10

[1] *Salmo de David. Cuando estaba en el desierto de Judá.*

[2] Oh Dios, tú eres mi Dios, desde el alba te deseo;
estoy sediento de ti, por ti desfallezco
como tierra reseca, agostada, sin agua.
[3] Quisiera contemplarte en tu santuario,
ver tu poder y tu gloria.

[4] Tu amor vale más que la vida, te alabarán mis labios;
[5] te bendeciré mientras viva, te invocaré alzando mis manos.
[6] Me saciaré como en espléndido banquete,
y mi boca te alabará con júbilo en los labios.

[7] En mi lecho me acuerdo de ti, en ti medito en mis vigilias,
[8] porque tú has sido mi ayuda,
y a la sombra de tus alas grito de júbilo.
[9] Estoy unido a ti, tu diestra me sostiene.

[10] Ellos, los que andan buscando mi muerte,
bajarán a las profundidades de la tierra,
[11] serán entregados a la espada,
servirán de presa a los chacales.
[12] Pero el rey se alegrará en Dios,
se gloriarán los que juran por él,
cuando haga callar a los mentirosos.

Salmo de confianza, estructurado en cuatro partes: nostalgia de Dios (Sal 63 2-3); certeza y propósito del salmista (Sal 63 4-6); otra vez el recuerdo y la nostalgia junto con sentimientos de intimidad con Dios (Sal 63 7-9); y otra vez también la certeza del

salmista sobre el fin de los enemigos y la suerte del rey y de los justos (Sal 63 10-12). El texto presenta bastantes dificultades de traducción, que hay que solucionar de manera hipotética.

El salmista parece un desterrado que anhela volver al santuario (Sal 63 3; como en Sal 42; 27 4-6; 61 3-5). Su nostalgia es inmensa. Para expresarla utiliza imágenes bellísimas. Está sediento de Dios. El orante del Sal 42 2-3 también tiene sed de Dios, y se compara con una cierva que busca ansiosa las corrientes de agua. Nuestro salmista se siente como la tierra reseca y agostada por la sequía, siente su garganta y su carne endurecidas y agrietadas como el terreno cuarteado por la falta de humedad. Dios sería su "agua" revitalizadora y bienhechora. Dios calmaría esa sed haciendo que el salmista volviera y lo encontrara de nuevo, revestido de poder y de gloria, en el templo santo. Otro salmo dice: *Los hombres... se sacian de la abundancia de tu casa, les das a beber en el río de tus delicias, porque en ti está la fuente de la vida...* (Sal 36 9-10).

Pero el salmista no se queda en el deseo y en la nostalgia. Comenzó con una ferviente confesión de fe: *Tú eres mi Dios* (Sal 63 2), y ahora continúa con una enérgica proclamación de la certeza de que Dios lo escucha y, al mismo tiempo, del propósito que tiene de alabarlo por siempre: *Me saciaré como en espléndido banquete, te invocaré... te bendeciré* (Sal 63 4-6). Es decir, se muestra completamente seguro de volver al templo y participar en los banquetes que siguen a los sacrificios de comunión (véase Lv 3 16ss; Sal 65 5), y repetir los gestos rituales de alabanza: manos alzadas, cantos, celebración jubilosa y festiva. Certeza y propósito.

Desde ese futuro cierto, el salmista vuelve de nuevo la mirada hacia su situación presente (Sal 63 7-9) y expresa su nostalgia, la que ya había mostrado al principio de su oración, la que lo atenaza día y noche y le impide dormir y lo desvela y lo acompaña hasta el alba. Pero ahora esa nostalgia se encuentra suavizada porque, después de contemplar el futuro venturoso y recordar la ayuda de Dios en el pasado, siente que el Señor está ya a su lado y que lo ha estado siempre. El júbilo lo invade, como lo invade la sensación de seguridad, expresada en nuevas y hermosas imágenes: resguardado *a la sombra de las alas* de Dios (véase Sal 17 8; 36 8; 57 2; 61 5; 91 1-4), unido íntimamente a él, sostenido por

su diestra, nada teme, casi nada más desea: "Nada de turbe, nada te espante... quien a Dios tiene nada le falta, solo Dios basta".

Y aquí podía terminar el salmo, completo, pleno, rotundo, espléndido. Pero no, el salmo continúa. Y con un cambio extraño de tono: ya no es oración, se habla de Dios en tercera persona. Además entran en escena unos personajes nuevos e inesperados: *ellos*, los enemigos, y *el rey*, y *los que juran por él*, y *los mentirosos* (Sal 63 10-12). Y se descubre que el autor no es sólo un desterrado nostálgico, sino un perseguido a muerte por unos enemigos no identificados. Ahora, con la confianza que ya había recuperado, abandonado todo temor, el autor proclama su seguridad en la derrota de los enemigos y de los mentirosos, que morirán violentamente y quedarán sin sepultura sirviendo de alimento a las alimañas, suprema deshonra y destino terrible, mientras que el rey se verá invadido por el mismo júbilo que invadía al salmista: ¿serán, acaso, la misma persona? El salmo, al final, se revelaría entonces como una plegaria real. También se alegrarán los que juran por él (por Dios o por el rey, no está claro), los justos en general o los vasallos del piadoso monarca, que comparten la alegría de la victoria y de la protección divina.

En el salmo se contemplan varios "tiempos": un pasado recordado en la nostalgia y un futuro deseado y cierto, que transforman el presente triste en presente jubiloso. Los dones de Dios reconocidos que atraviesan el tiempo total del salmista y llegan al nuestro con una plenitud inesperada: *Si conocieras el don de Dios... yo te daría agua viva* (Jn 4 10), el agua de Cristo que calma toda sed y sacia toda necesidad. No conocer el don de Dios, no reconocerlo, lleva a rechazar su protección, su voluntad de acogernos "bajo sus alas", como Cristo quiso hacer en vano con Jerusalén (Lc 13 34) y, sin duda, quiere hacer con su Iglesia y con cada uno de nosotros.

SALMO 64 (63)
Protege mi vida del enemigo

Sal 55 22; Jr 9 2; 11 20; Sal 7 13-14

1 *Al maestro de coro. Salmo de David.*

2 Oh Dios, escucha mis lamentos,
protege mi vida del terrible enemigo,
3 escóndeme de la conjura de los malvados,
del tumulto de los malhechores,
4 que afilan sus lenguas como espada,
y disparan como flechas palabras envenenadas
5 para herir en secreto al inocente,
para herirlo de improviso y sin ser visto.
6 Se obstinan en su maldad, esconden trampas con astucia
pensando: «¿Quién podrá descubrirlo?».
7 Andan planeando crímenes y ocultan sus planes;
su mente y su corazón son insondables.

8 Pero Dios los hiere con sus flechas,
los cubre de heridas de repente;
9 sus propias lenguas los hacen caer,
quienes los ven menean la cabeza.
10 Entonces todos los hombres se llenan de temor,
cuentan lo que Dios ha hecho
y recapacitan sobre sus obras.
11 El justo se alegrará con el Señor
y encontrará refugio en él;
se felicitarán todos los rectos de corazón.

Salmo de súplica individual, estructurado en dos partes: súplica en la persecución y descripción de los malvados (Sal 64 2-7); intervención divina y reacción de los fieles (Sal 64 8-11).

Los motivos son clásicos, y el salmo entero es una ilustración de la idea teológica de que el mal se vuelve contra el que lo comete (véase Sal 7 17), experiencia en la que el salmista y la gente (*todos los hombres*: Sal 64 10) reconocen la mano de Dios actuan-

do con justicia. Las imágenes son guerreras. Los malvados, los enemigos, conspiran y atacan al salmista a traición y por sorpresa con espadas y flechas envenenadas. Son calumnias, mentiras, intrigas criminales lanzadas contra el inocente, que se siente indefenso ante las críticas, las falsas acusaciones, los infundios... Por eso pide auxilio al Señor. Con ese grito de socorro ha comenzado su oración y, en seguida, expone al Señor su caso y lo que los malvados hacen. En la descripción angustiada subraya uno de los agravantes: la ocultación, el secreto en que actúan sus enemigos. No son gente que obre a cara descubierta, sino en la oscuridad, escondiendo sus "trampas", seguros de que nadie los descubrirá y por tanto quedarán impunes.

Pero el Señor sí ve (véase Sal 11). Y actúa. Y salva al inocente castigando a los malvados con sus propias armas y sus propios métodos: devolviéndoles sus flechas, acribillándolos con ellas de repente, haciéndolos víctimas de sus propias lenguas-espadas (Sal 64 8-9). El salmista ya no ora, sino que reflexiona y proclama la intervención de Dios en respuesta a su súplica. Y da cuenta de la reacción de los espectadores, que se descubren ahora pero que parecen haber estado contemplando la escena desde el principio: menean la cabeza, es decir, se burlan de los que se creían a salvo y han sufrido una derrota ignominiosa (véase Sal 22 8; 109 25), se quedan atemorizados ante la fulminante reacción de Dios en favor de su fiel, publican lo que Dios ha hecho, reflexionan y aprenden. Y el salmista, y los que como él son justos y limpios o rectos de corazón, se llenan de alegría al ver el triunfo de la verdad y la justicia por obra del Señor, defensor y refugio de sus fieles.

SALMO 65 (64)
Tú mereces ser alabado en Sión

Is 66 19.23; Job 38 6-7

1 *Al maestro de coro. Salmo de David; cántico.*

2 Oh Dios, tu mereces ser alabado en Sión
y que se cumplan las promesas que te hacen.
3 Tú escuchas las súplicas, y a ti acude todo mortal

[4] agobiado por el peso de sus culpas;
nuestros delitos nos abruman, pero tú los perdonas.
[5] Dichoso a quien eliges e invitas a vivir en tu santuario:
que nos saciemos de los bienes de tu casa,
de los dones sagrados de tu templo.

[6] Nos respondes con portentos victoriosos,
oh Dios, salvador nuestro,
esperanza de los confines de la tierra,
y de los pueblos lejanos.
[7] Tú afianzas los montes con tu fuerza, revestido de poder,
[8] y serenas el rugido de los mares,
el bramar de sus olas y el alboroto de los pueblos.
[9] Con tus prodigios infundes temor
a los que habitan los confines del orbe;
llenas de júbilo los límites de oriente y occidente.

[10] Tú cuidas la tierra y la riegas, la colmas de abundancia;
las acequias de Dios van llenas de agua,
y así preparas los trigales:
[11] empapas los surcos, allanas sus terrones,
esponjas la tierra con lluvias, bendices sus semillas.
[12] Tú coronas el año con tus bienes,
de tus surcos mana la abundancia;
[13] rezuman los pastos del desierto,
los collados se llenan de alegría;
[14] las campiñas se cuajan de rebaños,
los valles se cubren de mieses que vitorean y cantan.

Himno a Dios en Sión, estructurado en tres partes: Dios en el templo (Sal 65 2-5); dominio sobre la creación y la historia (Sal 65 6-9); bendición de la tierra (Sal 65 10-14).

Este hermoso himno canta y agradece la benéfica acción de Dios en varios ámbitos. Comienza con el reconocimiento anticipado de que el Señor merece la alabanza que se le tributa continuamente en Sión, el monte donde se asienta el templo (véase Sal 15; 24...) y desde donde él envía y derrama su salvación.

También merece que se le cumplan las promesas que le hacen sus fieles. En otros salmos estas ideas constituyen la conclusión a la que se llega después de enumerar los beneficios de Dios (véase, por ejemplo, Sal 61; 66). Aquí se invierte el orden: después del reconocimiento inicial, se describen los motivos que lo justifican, a saber, Dios escucha las súplicas, alivia con el perdón a los hombres abrumados por sus pecados; los invita y les hace habitar en su compañía, en el templo, donde Dios los sacia con sus delicias, tanto materiales (vegetales y carnes de los sacrificios) como espirituales (véase Sal 36; 63).

Y si al principio se afirmaba que *Tú escuchas...* (Sal 65 3), al inicio de la segunda parte (Sal 65 6-9) se constata que Dios *responde*. Por eso todos, hasta *los confines de la tierra* y *los pueblos lejanos*, ponen en él su esperanza. Y hacen bien, porque el Señor es Creador y Salvador: tiene poder para afianzar los montes y para salvar a los hombres domeñando las fuerzas hostiles de la naturaleza –representadas por el mar– y de la historia, y acallando el ruido ensordecedor que producen en su agitación hostil: el mar –personificado– ruge, sus olas braman, los pueblos alborotan. La intervención salvadora de Dios infunde temor y llena de alegría al mismo tiempo.

Los últimos versos (Sal 65 10-14) se recrean en otra salvación de Dios, que podríamos llamar la “salvación cotidiana”, y constituyen una magnífica descripción de la providencia divina en el ámbito de la naturaleza más cercana al hombre. En ella Dios regula el ciclo natural de la fecundidad de los campos y de los animales preparando el terreno y sus surcos con la lluvia temprana, cuidando la semilla y los brotes, produciendo una cosecha abundante tanto de pastos para los ganados como de alimentos para el hombre. Otro salmo se fijará también en la colaboración humana en esta tarea (Sal 104 10-15.23). El salmista contempla el espléndido paisaje resultante de la acción de Dios: las campiñas llenas de rebaños, los valles rebosando mieses, toda la naturaleza colmada con los dones de Dios. La alabanza surge espontánea de la boca del autor –ahora podía comenzar de nuevo el salmo–, y él la oye también surgiendo de la misma naturaleza, otra vez personificada, que canta y vitorea a Dios con un clamor bastante distinto del que Dios ha tenido que dominar en los versos centrales del salmo.

De este himno bellísimo se deben subrayar sus perspectivas universales: Dios es Señor soberano de todo y de todos, y su dominio saludable abarca el universo entero, cósmico y humano. No tiene límites geográficos ni temporales. De sus dones gozan, pueden gozar, todos los hombres, de todos los pueblos: todo mortal (Sal 65 3), los confines de la tierra y los pueblos lejanos (Sal 65 6.8), los confines del orbe y los límites de oriente y occidente (Sal 65 9). El Dios de Israel es un Dios de bondad, de bendición, de beneficios universales, que él dispensa desde Sión (Sal 65 2; véase Sal 128 5; 133 3; 134 3...).

SALMO 66 (65)
Qué admirables son tus obras

Ef 1 12.14; Ex 14-15; Jos 3; Sal 74 13-15; 114

1 *Al maestro de coro. Cántico, salmo.*

Aclama a Dios, tierra entera,
2 tocad en su honor, alabad su gloria,
3 decid a Dios: «¡Qué admirables son tus obras!».
Por tu gran potencia se te rinden los enemigos.
4 Que se postre ante ti la tierra entera,
que toquen para ti, que toquen en tu honor.
5 Venid a ver lo que ha hecho Dios,
sus hazañas en favor de los hombres:
6 trocó el mar en tierra seca, por el río cruzaron a pie;
por eso, que él sea nuestra alegría.
7 El gobierna con su poder eternamente;
sus ojos vigilan a las naciones
para que nadie se rebele contra él.

8 Pueblos, bendecid a nuestro Dios,
haced que se oiga su alabanza:
9 El nos conserva la vida,
y no permite que tropiecen nuestros pies.
10 Tú, oh Dios, nos pusiste a prueba,
nos refinaste como se refina la plata;

[11] nos hiciste caer en la red,
nos echaste una carga pesada a las espaldas;
[12] dejaste que cabalgaran encima de nosotros,
tuvimos que pasar por el fuego y por el agua,
pero luego nos hiciste recobrar el aliento.

[13] Entraré en tu casa con holocaustos,
cumpliré las promesas que te hice:
[14] las que salieron de mis labios
y pronunció mi boca cuando estaba angustiado.
[15] Te ofreceré víctimas cebadas, quemaré carneros para ti,
inmolaré toros y cabritos.
[16] Venid a escuchar, los que sois fieles a Dios,
y os contaré lo que hizo conmigo.
[17] Apenas mi boca clamó hacia él,
mi lengua comenzó a ensalzarlo.
[18] Si yo me hubiese complacido en el mal,
no me habría escuchado mi Señor.
[19] Pero Dios me escuchó, atendió mi voz suplicante.
[20] ¡Bendito sea Dios, que no ha desatendido mi súplica
ni me ha retirado su amor!

Salmo mixto, compuesto por un himno comunitario de alabanza (Sal 66 1-7) y acción de gracias (Sal 66 8-12), que se prolonga en otra acción de gracias individual (Sal 66 13-20).

El himno comienza con las fórmulas habituales de invitación universal a la alabanza (Sal 66 1-4), a las que acompaña la enumeración de los motivos de la misma: el poder soberano de Dios y el sometimiento de los enemigos (Sal 66 3), sus admirables hazañas en favor de la humanidad (Sal 66 5; véase Sal 65 6), los prodigios del éxodo –el paso del mar Rojo– (Sal 66 6), y el gobierno y la vigilancia de Dios sobre todas las naciones (Sal 66 7).

A éstas, a los pueblos, se les invita otra vez al inicio de la segunda parte del salmo a que alaben a Dios, pero ahora por sus beneficios en "nuestro" favor , es decir, de la comunidad a la que el salmista pertenece, del pueblo de Israel. Sin concretar demasiado, el autor describe con imágenes vigorosas una situación

desgraciada por la que Dios los ha hecho pasar: caer en la red, aguantar cargas pesadas, servir de cabalgadura a los opresores, pasar por fuego y agua. Pero se trataba únicamente de una prueba, de un proceso de acrisolamiento como el de los metales. Al final Dios daba por terminada la prueba con una liberación maravillosa, que "Dios aprieta, pero no ahoga".

A continuación el salmista comienza a orar en primera persona, agradecido y con propósitos de acudir al templo a ofrecer a Dios sacrificios de alabanza y cumplir así lo prometido en momentos de dificultad (véase Sal 65 2). Tampoco explica cuál ha sido la situación concreta de la que Dios lo ha librado escuchando sus súplicas, pero está dispuesto a contarla a los "fieles de Dios" a los que invita a acercarse y a escuchar (Sal 66 16), y después a concluir, como él concluye, con una bendición solemne y entusiasmada en respuesta a tantas bendiciones de Dios.

En el salmo se van alternando desordenada y espontáneamente la narración, la invitación a los oyentes y el diálogo con Dios, mientras el horizonte cambia y se estrecha a lo largo del mismo, como si se fuese concentrando paulatinamente. La perspectiva de la primera parte es universal: la humanidad y las acciones –hazañas– de Dios, hazañas históricas extraordinarias o de providencia y "gobierno" ordinarios. Después se contemplan esas acciones de Dios con el pueblo de Israel: el Dios de la primera parte es ahora *nuestro* Dios (Sal 66 8). A "nosotros" Dios nos protege y nos salva, aunque a veces nos haga pasar por pruebas dolorosas. Por fin la mirada se vuelve sobre el mismo salmista para describir la salvación de Dios en su caso personal. Nuestro Dios es al final *mi Señor* (Sal 66 18), que me escucha, que premia mi inocencia, mi rechazo del mal y mi buena intención, que mantiene su misericordia conmigo.

También se estrecha el horizonte de los oyentes e invitados: del *la tierra entera* y los *pueblos* (Sal 66 1.8) se pasa a *los que sois fieles a Dios* (Sal 66 16). Todos los hombres, nosotros, yo; la humanidad, el pueblo de Israel, el salmista; todo el universo, las naciones y pueblos, los fieles del Señor. Como en la contemplación detenida y extasiada de un paisaje la mirada va recreándose primero en el aspecto general, y luego en los detalles concretos. En todos los ámbitos se descubre la actuación salvadora del Señor, que merece ser alabado: *¡Bendito sea Dios!*

Las últimas y definitivas hazañas de Dios, sus últimas bendiciones, que provocan también la bendición solemne del hombre, las describe la carta a los Efesios: *¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que desde lo alto del cielo nos ha bendecido por medio de Cristo!* (Ef 1 3).

SALMO 67 (66)
Que todos los pueblos te den gracias

Nm 6 24-25; Sal 98 9; 85 13

1 *Al maestro de coro; con arpas. Salmo. Cántico.*

2 Que Dios se apiade y nos bendiga,
que haga brillar su rostro sobre nosotros;
3 para que conozcan en la tierra tus caminos,
tu salvación en todas las naciones.

4 Oh Dios, que te den gracias los pueblos,
que todos los pueblos te den gracias.

5 Que se alegren y canten de júbilo las naciones,
porque juzgas los pueblos con rectitud,
y gobiernas las naciones de la tierra.

6 Oh Dios, que te den gracias los pueblos,
que todos los pueblos te den gracias.

7 La tierra ha dado su fruto;
nos bendice el Señor, nuestro Dios.
8 Que Dios nos bendiga, y que lo teman
hasta los confines de la tierra.

Salmo de acción de gracias en el que también aparecen elementos de las súplicas y de los himnos. Está compuesto por tres estrofas (Sal 67 2-3; 67 5; 67 7-8), separadas por un estribillo (Sal 67 4 y 6), que conforman una estructura bastante regular.

La primera y la tercera estrofa contienen fórmulas de oración deprecativa en las que se habla de Dios en tercera persona, algu-

nas de las cuales parecen tomadas de la bendición sacerdotal de Nm 6 24-26: que Dios se apiade de nosotros, porque todos los beneficios divinos para nosotros provienen de su piedad y de su misericordia; que nos bendiga y que haga brillar su rostro sobre nosotros, es decir, que veamos cómo al fijarse en nosotros se le ilumina el rostro de benevolencia, de agrado, de satisfacción (véase Sal 4 7; 31 17; 80 4.8.20; 119 135); que lo teman hasta los confines de la tierra, o sea, que lo reconozca y lo adore toda la humanidad. A Dios se le piden esos beneficios para "nosotros", su pueblo, pero también –en perspectiva universal– para "la tierra", para "los pueblos", para "todas las naciones", que así "conocerán" los caminos de Dios –su estilo, su forma de actuar– y se beneficiarán de la salvación del Señor.

Las bendiciones de Dios se describen genéricamente –los caminos, la salvación– y también en concreto: el gobierno justo y universal de Dios, como aparece en la estrofa central (Sal 67 5; véase Sal 9 9; 82 8; 85 9-14; 96 10.13; 98 9), y la cosecha abundante (Sal 67 7; véase Sal 65 10-14; Sal 72 16; 85 13).

Estas bendiciones, que se suplican –en realidad se consideran ya otorgadas– y se describen, provocan o deben provocar la alegría y el júbilo universales (Sal 67 5), y la consiguiente acción de gracias. Así lo expresa el salmista en el estribillo (Sal 67 4 y 6), una frase que se repite como mecanismo para manifestar el deseo intenso, la petición ferviente y la invitación calurosa a todos los pueblos para que agradezcan a Dios, como sólo Dios se merece, sus inmensos beneficios.

Otro autor sagrado, San Pablo, consciente de que Jesucristo significa la verdadera bendición de Dios, mencionará una y otra vez su práctica y repetirá su consejo de dar gracias a Dios continuamente por Cristo y en Cristo (véase Rom 1 8; 7 25; 1 Cor 15 57; Ef 5 19-20; Col 3 17; etc.).

SALMO 68 (67)
Nuestro Dios es un Dios que nos salva

Nm 10 35; Sal 18 10-11; Dt 10 18; 27 19; Jue 5 4-5; Is 60 6-7.11-14; Ef 4 8-10

[1] *Al maestro de coro. Salmo de David. Cántico.*

[2] Se levanta Dios, y sus enemigos se dispersan,
huyen de su presencia los que lo odian,
[3] se desvanecen como se desvanece el humo;
como se derrite la cera ante el fuego,
así perecen los malvados ante Dios.
[4] En cambio los justos se alegran en presencia de Dios,
se alborozan y saltan de alegría.

[5] Cantad a Dios, celebrad su nombre,
allanad el camino al que cabalga sobre las nubes,
su nombre es el Señor, gozaos en su presencia.
[6] Padre de los huérfanos y defensor de las viudas,
ese es Dios en su morada santa.
[7] Dios procura un hogar a los desvalidos,
libera a los cautivos con fortaleza;
mientras los rebeldes habitan en tierra estéril.

[8] Cuando saliste, oh Dios, al frente de tu pueblo,
cuando atravesabas el desierto,
[9] la tierra retembló, los cielos llovieron a raudales,
en presencia de Dios, el del Sinaí,
en presencia de Dios, Dios de Israel.
[10] Tú derramaste, oh Dios, una lluvia generosa,
reanimaste tu heredad extenuada:
[11] y tu grey habitó en el hogar
que en tu bondad, oh Dios, preparaste al humilde.
[12] Pronuncia el Señor una palabra,
sus mensajeros son inmenso tropel.
[13] Los reyes huyen, huyen sus ejércitos,
y las mujeres en sus casas reparten el botín:
[14] –alas plateadas de paloma y plumas de oro fino–
mientras vosotros descansáis entre las tapias del aprisco;

[15] cuando el Poderoso dispersa a los reyes
cae la nieve en el monte Salmón.
[16] ¡Oh montaña altísima, montaña de Basán!
¡oh montaña encrestada, montaña de Basán!
[17] ¿Por qué miráis celosas, montañas encrestadas,
al monte que Dios escogió como mansión?
El Señor vivirá en él eternamente.
[18] Los carros de Dios se cuentan por miles de millares:
viene mi Señor desde el Sinaí hacia el santuario.
[19] Tú has subido a la altura llevando cautivos,
has recibido tributo de hombres;
hasta los rebeldes están en presencia del Señor Dios.

[20] ¡Bendito sea el Señor día tras día!
El nos alivia, Dios es nuestra salvación.
[21] Nuestro Dios es un Dios que nos salva,
al Señor se debe que escapemos de la muerte.

[22] Pero Dios aplastará las cabezas de sus enemigos,
el cráneo de los que proceden criminalmente.
[23] Dijo el Señor: «De Basán los traeré,
los traeré desde el fondo del mar,
[24] para que bañes tus pies en la sangre de tus enemigos
y la puedan lamer las lenguas de tus perros».

[25] Aparece tu cortejo, oh Dios,
el cortejo de mi Dios y rey, se dirige al santuario:
[26] delante los cantores, los músicos detrás,
las muchachas en medio, tocando panderetas.
[27] Bendecid a Dios en la asamblea,
al Señor en la congregación de Israel.
[28] Allí va Benjamín, el menor, abriendo la marcha,
le siguen los príncipes de Judá con sus tropas,
los príncipes de Zabulón, los príncipes de Neftalí.
[29] ¡Manda, oh Dios, tu poder,
el poder que por nosotros desplegaste!
[30] A tu templo, que domina Jerusalén,
te traerán presentes los reyes.

[31] ¡Reprime a la bestia del cañaveral,
al tropel de toros, a los novillos de los pueblos.
¡Que se te rindan llevando lingotes de plata!
¡Dispersa a los pueblos que fomentan la guerra!
[32] Que acudan los embajadores desde Egipto,
que Etiopía tienda sus manos hacia Dios.

[33] Cantad a Dios, reinos de la tierra, tocad para el Señor
[34] que cabalga sobre los cielos, los cielos eternos,
que hace resonar su voz, su voz poderosa.
[35] ¡Reconoced el poderío de Dios!
Su majestad resplandece sobre Israel,
su potencia sobre las nubes.
[36] ¡Temible es Dios desde su santuario!
El Dios de Israel da a su pueblo fuerza y poder.
¡Que Dios sea bendito!

Himno al poder de Dios y a su majestad, con notables dificultades de traducción e interpretación. Repite algunos versos del canto de Débora (Jue 5), lo que puede aclarar alguna de sus oscuridades. Aunque caben otras estructuraciones, una inclusión (Sal 68 20.36) permite dividir el salmo en dos grandes partes (Sal 68 2-19 y 20-36) y siete secciones: introducción (Sal 68 2-4); invocación hímnica (Sal 68 5-7); del Sinaí a Sión (Sal 68 8-19); invocación hímnica (Sal 68 20-21); oráculo (Sal 68 22-24); cortejo hacia el santuario (Sal 68 25-32); conclusión hímnica (Sal 68 33-36).

En el salmo se entremezclan los párrafos en los que se habla directamente a Dios –en segunda persona– con aquellos en los que se habla de él a los oyentes. A éstos, unas veces los fieles, otras los reinos o las naciones de la tierra, se dirige el salmista en varias ocasiones de forma directa, mientras que en otros momentos parece entregarse a un monólogo o a una meditación personal expuesta en voz alta.

Precisamente así comienza la composición: una reflexión sobre la distinta reacción de los justos y de los malvados en presencia de Dios (Sal 68 2-4). Los malvados huyen, se dispersan, perecen; los justos se alegran, se alborozan, saltan de alegría.

Tres verbos para cada categoría de hombres que reflejan su reacción ante una sola acción de Dios –un solo verbo–: "levantarse"; probablemente la expresión alude al rito de levantamiento del arca (véase Nm 10 35; Sal 132 6-8). Son notables, en esta introducción, las imágenes utilizadas para representar la desaparición inmediata y total de los malvados: humo que se desvanece, cera que se derrite ante el fuego.

Esta reflexión inicial no parece dirigida a nadie en concreto: suena como un monólogo desapasionado que da cuenta de algo obvio. A lo largo del salmo se irá viendo cómo se han producido esas reacciones a lo largo de la historia.

La primera invocación hímnica (Sal 68 5-7) y la conclusión del salmo (Sal 68 33-36) están unidas como dos partes de un díptico. En ambas se invita a los oyentes –distintos en cada una de ellas– a *cantar a Dios... que cabalga sobre los cielos* o "sobre las nubes" (véase Sal 18 11; 104 3). En ambas se motiva la alabanza a Dios por su poder, que se despliega de dos formas distintas pero complementarias. En la primera, en favor de pobres y desvalidos: se oyen alusiones muy rápidas al éxodo, a la conquista del país, a Jerusalén, a la fertilidad de la tierra, motivos que se desarrollarán más detenidamente en la tercera sección. En la conclusión se contempla el poder de Dios cuando se manifiesta impresionante y sobrecogedor en la tormenta: su voz, su resplandor, su potencia sobre las nubes, truenos, relámpagos y rayos (véase Sal 18 8-14; 29 3-9; 93; 97 2-6). Fuerza y poderío sobrehumanos de los que hace partícipe a lo largo de la historia, como se ha contemplado en el salmo, a su pueblo Israel (véase el mismo desarrollo en el salmo 29 11). Tanto en la invocación hímnica como en la conclusión se alude al templo y a la colina donde se asienta, Sión, santuario y morada santa del Señor.

La tercera sección (Sal 68 8-19) se ocupa de los acontecimientos históricos que van desde la salida de Egipto hasta la entrada en la tierra de Canaán –el hogar para los pobres al que se había aludido antes–, la conquista de Jerusalén y su elección como capital sagrada al convertirla en morada del arca, es decir, de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Esta grandiosa "historia de salvación" se contempla como si hubiese sucedido en el curso de un gran cortejo en el que Dios avanzaba al frente de su pueblo, convertía en fértil la tierra árida, hacía huir a los reyes y

los ejércitos enemigos, regalaba un inmenso botín a su pueblo y encumbraba, sobre todos los demás montes de la tierra, al monte Sión. Es en esta sección donde se encuentran unas alusiones extrañas tomadas, al parecer de Jue 5, donde hacen más sentido que aquí. Geográficamente el cortejo ha recorrido una amplia zona geográfica: desde Egipto, pasando por el Sinaí y el enigmático Salmón, hasta Basán, las montañas del norte de Transjordania que vuelven a mencionarse más adelante (Sal 68 23).

Una breve, pero cálida, invitación hímnica parece servir de bisagra entre las dos partes del poema. En ella suena tres veces el nombre "Dios", dos veces el nombre "Señor": nuestro Dios nos salva, es nuestra salvación, bendito sea.

Un poco siniestras y sanguinarias parecen las frases siguientes (Sal 68 22-24), que introducen primero y luego reproducen un oráculo divino. Dicen, de acuerdo con la mentalidad de la época, lo que ya se ha dicho y se volverá a decir en el salmo: Dios destruye a sus enemigos y hace que el pueblo destruya a sus enemigos. Aunque se escondan en las más escarpadas montañas o en los abismos más profundos del océano, no tienen salvación; todo lo contrario de lo que sucede con el pueblo del Señor.

Y aparece el segundo cortejo: en él participa todo el pueblo, cantando y danzando. La asamblea de Israel, de la que se mencionan sólo dos tribus del sur y dos del norte, se dirige hacia el templo de Jerusalén (Sal 122 4). La petición de que desde allí derrote definitivamente a los enemigos, aludidos con nombres de fieras, resuena al mismo tiempo que se expresan los deseos de que se rindan y ofrezcan tributos. Ya basta de guerras: al final se descubre que un salmo de tonos tan "bélicos" encierra un desgarrador grito por la paz (Sal 68 31).

El himno es grandioso e impresiona por la amplitud y la variedad de sus temas. Sólo con respecto a Dios las afirmaciones y matices son innumerables: Dios es Dios del Sinaí, de Sión, de Israel; Dios está y se manifiesta en la naturaleza, en la historia, en su templo; Dios es pastor, guerrero, padre, salvador; Dios actúa –y salva y consigue la victoria– en el pasado, en el presente, en el futuro... Verdaderamente Dios, como dirán otros salmos, merece la alabanza entusiasta de sus fieles.

Un último detalle. Sal 68 19 es difícil: parece referirse a los enemigos cautivos que figuran en la procesión o desfile de la vic-

toria. Lo ha utilizado Ef 4 9 con relación a la obra de Cristo y a los dones con que enriquece a la Iglesia. Porque la actuación salvadora de Dios, su verdadera victoria definitiva sobre los enemigos, su auténtica procesión triunfal es la de su Hijo, ante el que cualquier otro motivo de alabanza queda empequeñecido y en la sombra.

SALMO 69 (68)
Con el agua al cuello

Jn 15 25; 2 17; Rom 15 3; Mt 27 34; Rom 11 9-10; Hch 1 20; Ap 3 5

1 *Al maestro de coro; con la melodía de «Lirios». De David.*

2 ¡Sálvame, oh Dios, que estoy con el agua al cuello!
3 Estoy hundido en un cenagal sin fondo,
no puedo hacer pie;
estoy metido en aguas profundas, me arrastra la corriente.
4 Estoy agotado de gritar, tengo la garganta ronca,
mis ojos se consumen de esperar a mi Dios.
5 Más que los cabellos de mi cabeza
son los que me odian sin motivo;
más fuertes que yo, los que me atacan sin razón.
¿Es que tengo que devolver lo que no he robado?
6 Oh Dios, tú sabes lo necio que he sido,
no se te ocultan mis pecados.
7 Pero que no queden defraudados por mi causa
los que esperan en ti, Señor todopoderoso;
que no se avergüencen por mi causa
los que te buscan, Dios de Israel.
8 Pues por ti sufro el insulto y la vergüenza cubre mi rostro.
9 Soy un extranjero para mis hermanos,
un extraño para los hijos de mi madre.
10 Me consumo por defender tu templo
y el insulto de los que te insultan cae sobre mí.
11 Cuando me mortifico con ayunos, me insultan;

[12] cuando me visto de saco, se burlan de mí.
[13] Sentados a la puerta me critican,
me cantan coplas mientras beben vino.

[14] Pero yo dirijo mi oración a ti, Señor, en el tiempo propicio;
por tu inmenso amor respóndeme,
sálvame, oh Dios, pues eres fiel.
[15] Sácame del cieno, que no me hunda,
que me vea libre de los que me odian
y de las aguas profundas
[16] que no me arrastre la corriente, ni me trague el remolino,
que no cierre el pozo su boca sobre mí.
[17] Respóndeme, Señor, pues tu amor es bondadoso;
por tu inmensa ternura vuélvete hacia mí,
[18] no ocultes tu rostro a tu siervo.
Estoy angustiado, respóndeme en seguida;
[19] acércate a mí, rescátame, líbrame de mis enemigos.
[20] Tú conoces mi oprobio, mi vergüenza y mi afrenta;
ante ti están todos mis opresores.
[21] Los insultos me han roto el corazón y desfallezco;
espero compasión, y no la hay; nadie me consuela.
[22] Me pusieron veneno en la comida,
me dieron a beber vinagre para mi sed.

[23] Que su mesa se convierta en trampa, sus manjares en lazo;
[24] que se les nublen los ojos y no vean,
que sus espaldas se queden sin fuerzas.
[25] Derrama sobre ellos tu furor,
que el fuego de tu ira los alcance;
[26] que su morada quede desierta
y no haya quien habite en sus tiendas,
[27] porque se ensañan con aquel a quien tú golpeas
y cuentan las llagas de aquel a quien tú hieres.
[28] Hazlos responsables de todas sus culpas,
que no tengan acceso a tu salvación;
[29] que sean borrados del libro de la vida,
que no sean inscritos con los justos.

[30] Pero a mí, humilde y afligido,
que tu salvación, oh Dios, me restablezca.
[31] Yo alabaré el nombre de Dios con cantos,
lo ensalzaré con himnos de gratitud;
[32] esto agradará al Señor más que un toro,
más que un novillo con cuernos y pezuñas.
[33] Vedlo vosotros, los humildes, y alegraos;
recobrad el ánimo, los que buscáis a Dios.
[34] Porque el Señor escucha a los desvalidos
y no rechaza a sus cautivos.
[35] ¡Que lo alaben los cielos y la tierra,
el mar y cuanto en él vive!
[36] Dios salvará a Sión, reconstruirá las ciudades de Judá:
habitarán en ellas y las poseerán;
[37] las heredará el linaje de sus siervos,
los que aman su nombre vivirán en ellas.

Salmo de súplica individual, estructurado en cuatro partes: grito de socorro y exposición de la situación (Sal 69 2-13); súplica (Sal 69 14-22); imprecaciones (Sal 69 23-29); acción de gracias (Sal 69 30-37).

En la primera parte el salmista, después del grito de socorro, expone con tintes dramáticos la angustiosa situación en que se encuentra utilizando imágenes conocidas en los salmos pero no por ello menos impresionantes: aguas caóticas y profundas, ciénaga sin fondo, corrientes mortales (véase Sal 18 17; 32 6; 66 12; 124 4). Con la descripción de la situación se mezclan la súplica y los motivos de persuasión. El autor sabe que se encuentra en tal peligro debido a sus propios pecados (Sal 69 6). Pero a esos sufrimientos "justos" según la mentalidad del Antiguo Testamento, se suman otros que son injustos (Sal 69 5; véase Sal 35 11), desproporcionados, sin motivos ni razones, causados por el odio de los enemigos –¡tántos! (véase Sal 3 2-3; 40 13)–, el abandono de hermanos y amigos, el hostigamiento y la burla constantes de que es objeto no por ser pecador, sino precisamente por lo contrario: por ser fiel a Dios y a su templo (Sal 69 8-10), y por sus prácticas religiosas penitenciales (Sal 69 11-13). En pocos rasgos

ha dibujado el autor un retazo de la experiencia de cualquier hombre o mujer religiosos: en determinados momentos se es necio y pecador; la conversión y la penitencia posteriores pretenden borrar dicha conducta y sus consecuencias. Pero por desgracia es frecuente que las desastrosas secuelas de una conducta pecadora se extiendan y duren más allá de lo deseado...

Sigue la súplica propiamente dicha (Sal 69 14-22). Los imperativos se multiplican y amontonan: sálvame, respóndeme, sácame del cieno, no me ocultes tu rostro, acércate, rescátame, líbrame. El salmista confía en ser oído porque conoce al Señor y sabe que su amor es inmenso, que el Señor es fiel, que su amor es bondadoso y su ternura también inmensa. Ya antes, en la primera parte, había expuesto otros motivos de persuasión y confianza: para que no queden defraudados los que te buscan (Sal 69 7; véase Sal 25 20; 31 18; 71 1). La súplica se cierra ahora con unas breves pinceladas que recuerdan la gravedad de la situación y el desvalimiento absoluto del salmista (Sal 69 20-22).

Avivada por este recuerdo, la furia del salmista se desata. Las imprecaciones contra los enemigos se le escapan a borbotones (Sal 69 23-29). Con ellas está invocando apasionadamente la justicia divina. Son imágenes muy plásticas, con motivos tópicos, pero llenos de vigor: que el Señor derrame sobre ellos toda su cólera y su fuego por "hacer leña del árbol caído" (véase Sal 69 27).

Después del desahogo, el autor, *humilde y afligido*, vuelve a suplicar la salvación en un tono más sereno, y termina expresando los sentimientos y propósitos de acción de gracias que lo embargan, e invitando a la alegría y a la alabanza a otros humildes, desvalidos y cautivos. Los que "buscan a Dios", cuyo desaliento y vergüenza se habían aducido para forzar la intervención divina (Sal 69 7), no tendrán ahora motivo para quedar defraudados, antes al contrario, en la salvación del salmista encontrarán razones para recobrar el ánimo y renovar la confianza en Dios. A la creación entera se invita también a la alabanza (Sal 69 35). Y si para los malvados se deseaba entre otras cosas el que sus moradas quedaran desiertas (Sal 69 26), del pueblo fiel se afirma que verá sus ciudades reconstruidas y que habitará en ellas en pacífica posesión.

Este salmo, como el Sal 22, ha servido a los primeros cristianos en su reflexión sobre el misterio de la persona y la obra de

Jesucristo. Jn 2 17 cita Sal 69 10 a propósito de la expulsión de los mercaderes del templo. Y en los relatos de la pasión, en los que se describen los sufrimientos injustos y sin motivos del verdadero Inocente, se citan otros versos de este salmo que se "cumplen" en Jesús: Sal 69 5=Jn 15 25; Sal 69 22=Mc 15 36. Véanse también otros textos del Nuevo Testamento: Hch 1 20; Rom 11 9-10; 15 3; Ap 3 5; 13 8; 17 8.

SALMO 70 (69)
Señor, apresúrate a socorrerme

Sal 40 14-18

1 *Al maestro de coro. De David. En conmemoración.*

2 ¡Dios mío, ven a liberarme;
Señor, apresúrate a socorrerme!
3 Queden confundidos y avergonzados
los que buscan mi muerte;
Retrocedan sonrojados los que se alegran de mi mal;
4 que se retiren abrumados de ignominia
los que se ríen de mí.
5 Pero que se alegren y gocen contigo
todos los que te buscan;
que los que ansían tu salvación repitan:
«¡Qué grande es Dios!»,
6 Yo soy un pobre desvalido, oh Dios, date prisa,
tú eres mi socorro y mi liberación, Señor, no tardes.

Es una repetición, con ligeras variantes, de la última parte del salmo 40 (Sal 40 14-18). Aquí, como salmo aislado, es una súplica individual en la que se utilizan los temas y las fórmulas típicas del género: grito de socorro; petición de justa retribución de los enemigos, que lo son tanto del salmista como de Dios; alegría de los justos por la intervención salvadora de Dios junto con la alabanza asombrada y repetida: *¡Qué grande es Dios!* (como en Sal 35 26-28). El salmista alude a su desvalimiento per-

sonal y a su confianza en el Señor *–mi socorro y mi liberación–* para forzar la actuación de Dios. El *apresúrate* del principio y el *no tardes* del final enmarcan el salmo y le confieren el tono de urgencia que suele encontrarse también en este tipo de oraciones, válidas en toda ocasión y ante cualquier tipo de peligro o desgracia.

SALMO 71 (70)
No me abandones ahora que soy viejo

Sal 31 2-4; 40 15; Is 46 3-4

[1] A ti, Señor, me acojo;
no quede yo avergonzado para siempre.
[2] Líbrame, rescátame, tú que eres fiel;
inclina tu oído hacia mí y sálvame.
[3] Sé para mí una roca de refugio,
una fortaleza donde me salve,
pues tú eres mi roca y mi fortaleza.

[4] Dios mío, rescátame de las manos del malvado,
de las garras del perverso y del violento.
[5] Porque tú eres mi esperanza, Señor,
en ti confío, Señor, desde mi juventud.
[6] En ti me apoyaba desde antes de nacer,
tú eres mi fuerza desde las entrañas de mi madre;
siempre te he dirigido mi alabanza.
[7] He sido motivo de asombro para muchos,
porque tú eres mi refugio seguro.
[8] Mi boca proclama tu alabanza y tu gloria todo el día.
[9] No me rechaces en la vejez,
no me abandones cuando decae mi vigor.
[10] Porque mis enemigos hablan de mí,
los que acechan mi vida se conjuran.
[11] Dicen: «Dios lo ha desamparado, perseguidlo,
atrapadlo, que no tiene quien lo libre».
[12] ¡Oh Dios mío, no te alejes de mí,

Dios mío, apresúrate a socorrerme!
[13] Queden confundidos y humillados
los que atentan contra mi vida;
cúbranse de ignominia y confusión
los que buscan hacerme daño.

[14] Yo seguiré esperando y te alabaré sin cesar,
[15] mi boca pregonará todo el día tu fidelidad
y tus actos salvadores, que son incontables.
[16] Proclamaré las hazañas del Señor Dios,
recordaré que sólo tú puedes salvar.
[17] Desde mi juventud, oh Dios, me has instruido,
y yo he proclamado tus maravillas hasta hoy.
[18] Ahora, que soy viejo y tengo canas, oh Dios,
no me abandones
para que anuncie tu poder a las generaciones venideras.
[19] Tu poder y tu salvación, oh Dios, llegan hasta el cielo;
tú has hecho grandes proezas
y nadie se te puede comparar.
[20] Me has hecho contemplar muchos males y desgracias,
pero me devolverás la vida,
me sacarás de los abismos de la tierra,
[21] acrecentarás mi honor, volverás a consolarme.

[22] Y yo te daré gracias con el arpa,
por tu fidelidad, Dios mío,
tocaré para ti la cítara, Santo de Israel.
[23] Exultarán mis labios y mi espíritu, que tú rescataste;
[24] mi lengua proclamará todo el día tu salvación,
pues quedarán confundidos y avergonzados
los que buscan hacerme daño.

Salmo de lamentación y súplica individual, estructurado en cuatro partes: invocación inicial (Sal 71 1-3); súplica en la desgracia (Sal 71 4-13); afirmación de confianza (Sal 71 14-21); acción de gracias (Sal 71 22-24).

El orante es un anciano. Abrumado por los años, parece ade-

más encontrarse enfermo y acosado por los enemigos, o al menos por gente que cree que Dios lo ha abandonado –interpretan así su enfermedad y su decaimiento– y está dispuesta a hacerle daño. Pero él se vuelve a Dios, al Señor justo y fiel (Sal 71 2-3.15-16.19. 24), invocándolo apasionadamente y aplicándole unos calificativos que no por acostumbrados en los salmos dejan de reflejar sentimientos profundos de confianza y de seguridad: mi roca, mi refugio, mi fortaleza. Este comienzo se parece bastante al del Salmo 31 (véase también Sal 22; 40).

A continuación la plegaria puede distribuirse como un díptico. Por dos veces el anciano recuerda a Dios que desde su infancia y su juventud, y a lo largo de toda su vida hasta el momento presente, ha confiado en él, lo ha alabado, ha pregonado sus maravillas (Sal 71 5-6.8.17). Por dos veces, vuelto hacia su estado presente, contempla su vejez y su debilidad, y le pide a Dios que no lo abandone precisamente ahora, cuando más falta le hace su ayuda (Sal 71 9.18). Dos veces describe su situación. La primera se fija en los malvados que lo rodean murmurando de él y quizá tratando de aprovecharse de su estado (Sal 71 10-11). La segunda recuerda brevísimamente los muchos males y desgracias que Dios le ha hecho contemplar y pasar durante su larga vida (Sal 71 20). La primera vez añade una súplica con tono de urgencia (véase Sal 22 12; 38 22-23; 35 22; 70 2) y una imprecación contra esos enemigos perversos (Sal 71 12-13); la segunda proclama su confianza en la actuación de Dios (Sal 71 20-21). Finalmente, por dos veces también, promete una acción de gracias continuada, hecha de alabanzas, proclamación de los hechos justos y grandiosos del Señor y de su lealtad, y acompañada de instrumentos musicales que reflejan la alegría y el entusiasmo por el restablecimiento físico y espiritual y por el fracaso de los enemigos (Sal 71 14-15.22-24).

Los ojos del anciano van del presente al pasado y al futuro. Antaño fue una prueba evidente de la fidelidad divina por su salud, por su grandeza, por tantas cosas buenas como debe haber vivido, en definitiva, por la continua protección de Dios: era casi un prodigio para los que lo contemplaban (Sal 71 7). Ahora parece lo contrario, y la gente no se recata en decirlo: *no tiene quien lo libre* (Sal 71 11). No será así por mucho tiempo, proclama estremecido y vibrando de esperanza, porque como fue un pre-

gón viviente de Dios en los días antiguos, espera vivir lo suficiente aún para serlo ante las generaciones futuras (Sal 71 18). Dios, en quien confió, confía y confiará siempre, se encargará de realizar este nuevo prodigio en su favor. Y la plenitud de sus años –con sus inevitables consecuencias físicas y psíquicas– no serán signo del abandono de Dios, sino de una vida colmada de beneficios, mimada por el cariño del también "Anciano" (Dn 7 9) que "vive para siempre" (Ap 4 10).

SALMO 72 (71)
Que defienda a los humildes

Is 11 1-5; Zac 9 9-10; Job 29 12; Sal 61 7-8; Os 14 6-9

1 *De Salomón.*

Oh Dios, da tu juicio al rey,
tu justicia al heredero del trono,
2 para que gobierne a tu pueblo con justicia
y a tus humildes con equidad.

3 Que venga la paz al pueblo desde los montes,
y la justicia desde las colinas;
4 que él defienda a los humildes,
que salve a los pobres y aplaste al opresor.
5 Que su reinado dure tanto como el sol,
como la luna, de edad en edad;
6 que sea como lluvia para el retoño,
como aguacero que riega la tierra.
7 Que florezca en sus días la justicia,
y haya prosperidad mientras alumbre la luna.

8 Que domine de mar a mar,
desde el Eufrates hasta los confines de la tierra.
9 Que se inclinen ante él los beduinos,
y sus enemigos muerdan el polvo.
10 Que los reyes de Tarsis y de los pueblos lejanos
le traigan regalos, y que le paguen tributos;
los monarcas de Arabia y de Sabá;

[11] que se postren ante él todos los reyes,
y lo sirvan todas las naciones.

[12] Porque él librará al pobre que suplica,
al humilde que no tiene defensor;
[13] tendrá piedad del pobre desvalido,
y salvará la vida de los pobres.
[14] Los librará de la violencia y la opresión,
pues sus vidas valen mucho para él.

[15] Que viva y que le traigan el oro de Sabá,
que recen por él continuamente y lo bendigan todo el día.
[16] Que haya abundancia de trigo en esta tierra,
que ondee hasta en la cima de los montes,
que dé fruto como el Líbano
y broten las espigas como la hierba del campo.

[17] Que su renombre sea perpetuo, y su fama dure como el sol.
Que traiga la bendición a las naciones,
y lo proclamen dichoso.

* * *

[18] Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
el único que hace maravillas.
[19] Bendito sea su nombre glorioso para siempre;
que su gloria llene toda la tierra: Amén, amén.
[20] Fin de las plegarias de David, hijo de Jesé.

Salmo real, probablemente ambientado en la liturgia de entronización de los reyes israelitas (véase Sal 2). Estructuralmente consiste en una invocación al Señor seguida de una larga lista de peticiones para el nuevo monarca mezcladas con los motivos o la finalidad de esas peticiones. Temáticamente se podrían señalar seis partes: invocación (Sal 72 1-2); paz y justicia (Sal 72 3-7); vasallaje y tributos (Sal 72 8-11); defensa de los pobres (Sal 72 12-14); tributos y fertilidad (Sal 72 15-16); conclusión: fama y bendición (Sal 72 17). Sal 72 18-20 es la doxología conclusiva del segundo libro de los salmos (véase Introducción).

Este salmo es una hermosa oración por el rey o, quizá, por el heredero de la corona (Sal 72 1) que va a sentarse en el trono real. En la mentalidad israelita el rey es representante de Dios, hijo de Dios por adopción, ungido o "mesías" de Dios, encargado de llevar a cabo el "reinado de Dios" en esta tierra. La encarnación ideal del rey israelita fue David, que ha quedado en la tradición como figura emblemática de lo que es un monarca. En esta oración se le pide a Dios que haga partícipe de su juicio y de su justicia al príncipe que va a ser coronado, para que pueda gobernar correctamente, es decir –subrayado varias veces en el salmo–, con justicia y equidad (Sal 72 2.3.7), sobre todo para los pobres y humildes, carentes de otros valedores (Sal 72 2.4.12-14; véase Job 29 12). Ello implica la desaparición de los opresores y los violentos y la defensa y la salvación de sus víctimas (Sal 72 4.14; véase Sal 115 15). El pueblo suplica para el rey aquellas cualidades que considera absolutamente necesarias en un gobierno "como Dios manda". Y pide también para él las realidades que deben acompañar a un gobierno de esas características: reinado largo, duradero casi hasta la exageración, próspero y beneficioso como la lluvia (Sal 72 5-7; véase Sal 61 7-8), victorias, dominio y vasallaje casi universales (de todos los territorios conocidos: España, Mediterráneo, Arabia: Sal 72 8-11), riquezas, fama y bendición de todos y para todos (Sal 72 15.17; véase Gn 12 2-3; 1 Re 3 10-14), y algo que curiosamente se considera también ligado al buen gobierno: la fertilidad de la tierra y la abundancia de las cosechas, casi como si también la naturaleza contribuyera al éxito del reinado (Sal 72 16).

Repasando la oración nos damos cuenta de lo que Israel consideraba un rey y un reinado "ideales". Los pobres, los humildes, los desvalidos deben ser los primeros y principales destinatarios de la atención del gobernante, representante de Dios, precisamente porque son los primeros y los principales en la atención del mismo Dios. Y la justicia y la paz como realidades imperantes entre los hombres. Los pobres, los que tienen hambre y sed de justicia, los dedicados a fomentar la paz, oirán un día cómo los declara por fin dichosos el verdadero Rey ideal, el auténtico instaurador del Reinado de Dios (véase Mt 5 1-10).

SALMO 73 (72)
Mi felicidad es estar junto a Dios

Sal 37; 49; Job 21 13-26

1 *Salmo de Asaf.*

¡Qué bueno es Dios para Israel,
para los limpios de corazón!
2 Pero por poco se desvían mis pasos,
poco faltó para que se resbalaran mis pies,
3 pues tenía envidia de los impíos
al ver la prosperidad de los malvados.

4 Ellos no pasan agobios, su cuerpo está sano y robusto;
5 no conocen las fatigas de los hombres,
ni sufren tribulaciones como los demás.
6 Y es que su collar es la soberbia,
y la violencia el manto que los cubre;
7 la maldad se les sale por los poros,
su corazón rebosa de malos propósitos.
8 Se mofan, hablan con maldad,
alardean de sus fechorías;
9 su boca ofende a Dios, que está en el cielo,
sus labios, a los hombres que viven en la tierra.
10 Por eso hasta el pueblo de Dios los sigue,
y bebe a raudales su doctrina.
11 Pues dicen: «¿Cómo va a saberlo Dios?
¿Cómo lo va a conocer el Altísimo?»
12 Así son los malvados:
viven tranquilos y acumulan riquezas.

13 Entonces, ¿de qué me sirve
haber guardado limpio el corazón,
y haber mantenido mis manos inocentes?
14 ¿De qué me sirve haberme mortificado todos los días,
y haberme disciplinado cada mañana?
15 Si hubiera dicho: «Hablaré como ellos»,
habría traicionado a la estirpe de tus hijos.

[16] Así que me puse a pensar para entenderlo,
pero me resultaba muy difícil.

[17] Hasta que entré en los secretos de Dios,
y comprendí el destino que les aguarda.
[18] Sí, tú los colocas en el resbaladero,
los precipitas en la ruina.
[19] ¡Qué pronto perecen, y acaban consumidos de espanto!
[20] Como un sueño que se desvanece al despertar, Señor mío,
su imagen se desvanece cuando tú te levantas.

[21] Cuando la amargura me invadía el corazón,
cuando me torturaba en mi interior,
[22] era un estúpido y no lo comprendía,
era como un animal ante ti.
[23] Pero yo estaré contigo siempre: tú me tomas de la mano,
[24] me conduces según tus planes,
y después me llenas de gloria.
[25] ¿A quién tengo yo en los cielos?
Si estoy contigo, ya no encuentro gusto en la tierra.
[26] Aunque todo mi ser se consuma,
Dios es mi heredad y mi roca para siempre.

[27] Los que se apartan de ti perecen,
tú exterminas a los que te traicionan.
[28] Pero mi felicidad consiste en estar junto a Dios;
me refugio en el Señor y proclamaré sus maravillas.

Salmo de reflexión sapiencial que en el centro se convierte en oración. Se puede distribuir de la siguiente forma: introducción (Sal 73 1-3); conducta de los malvados (Sal 73 4-12); conducta del salmista (Sal 73 13-16); destino de los malvados (Sal 73 17-20); destino propio (Sal 73 21-26); conclusión (Sal 73 27-28).

Como en los salmos 37 y 49 (véase comentario), en éste se plantea el problema sapiencial de la retribución y, en concreto, de la prosperidad de los malvados. Esta prosperidad es un dato de experiencia, que contradice el axioma bíblico fundamental de

que Dios da a cada uno según sus obras; se pone, por tanto, en cuestión la justicia de Dios y, por lo mismo, la utilidad de mantener una conducta recta y honrada. El problema está planteado en un horizonte intramundano, sin considerar para nada la otra vida y lo que en ella sucederá, porque la vida de ultratumba no entró a formar parte de la fe y de las perspectivas religiosas del hombre bíblico hasta muy tarde.

Nuestro autor vive el problema de forma muy personal, como experiencia de angustia y desasosiego, de dudas e indecisiones, de lucha y conflicto íntimos entre la fe y lo que constata en la realidad. El poema que escribe es marcadamente autobiográfico.

Comienza enunciando la cuestión, el axioma tradicional, e inmediatamente empieza a narrar su experiencia: la prosperidad de los malvados le obligó a plantearse la verdad de dicho principio y le hizo sentir *envidia* (Sal 73 1-2; véase Prov 24 19; Ecl 8 10-14). Nótese que son dos elementos los que están en juego: el problema intelectual y la actitud vital.

Sigue con un espléndido retrato de los malvados, de su conducta y de su felicidad (Sal 73 4-12; véase Job 21). Quizá por su maldad intrínseca y sus pocos escrúpulos no pasan las dificultades y los sufrimientos del resto de los humanos. Gozan de bienestar físico, mantienen actitudes de soberbia y violencia, se comportan con cinismo y seguridad, se burlan de los hombres e incluso de Dios (véase Sal 59 8). El cuadro es magistral, y la pincelada final –vida tranquila acumulando riquezas– es un resumen impresionante por su sencillez.

El salmista, acostumbrado a otro tipo de conducta, nos expone sus reflexiones como si las estuviera haciendo en este mismo momento, y despliega ante nosotros los distintos estados de ánimo por los que fue pasando (Sal 73 13-16): envidia –nos lo dijo al principio–, malestar, escándalo, amargura y tormento interior –nos lo dirá más tarde–, perplejidad, dificultades para entender...

Pero entró en los *secretos* (o en el "misterio") *de Dios* –¿se trata de la intimidad divina en el templo quizá con la explicación de algún sacerdote, o más bien de la oración y la meditación contemplativa y de una experiencia espiritual profunda y desacostumbrada?– y todo se aclaró: el problema sapiencial, intelectual, encuentra respuesta en el ámbito de la oración, como subraya

Schökel. Por eso su itinerario o proceso anterior, a la luz de este nuevo "conocimiento", le parece una tortura inútil, una conducta irracional (Sal 73 21). Ahora sabe que detrás de tanta y tan magnífica fachada los malvados no son nada, son un sueño que se desvanece; su seguridad y su consistencia son pura apariencia episódica; su destino repentino y trágico vuelve a poner las cosas en orden: el Señor da a cada uno según sus obras, los malvados reciben su merecido.

El salmista ha empezado a dialogar con Dios inesperadamente (Sal 73 18), y sigue en ese diálogo personal considerando su propio destino: estar junto a Dios siempre, sentirse cogido de la mano y guiado por el Señor. Porque al encontrarse con Dios ha encontrado más de lo que buscaba: una respuesta al problema y una nueva experiencia religiosa vital. Aunque no está claro lo que significa ese *estar junto a Dios* parece evidente que la relación personal con Dios, en o después de esta vida, es el ámbito privilegiado del "conocimiento" y de la plenitud de vida en todos los sentidos, plenitud que hace que todo lo demás carezca ya de valor (Sal 73 25). Dios es la mejor herencia (Sal 73 26; véase Sal 16): estando con él y teniéndolo a él no importa ninguna otra cosa. En eso consiste la plena felicidad del salmista y de todo creyente.

La conclusión (Sal 73 27-28) reafirma brevemente las conclusiones del autor y su nuevo conocimiento: el verdadero destino de los malvados y el suyo propio. Y reafirma también su decisión de continuar refugiándose en el Señor y proclamando sus maravillas, de las que ha vuelto a ser, en su experiencia reciente, testigo privilegiado.

Pasando el tiempo, otro creyente excepcional, Pablo de Tarso, nos hablará de una experiencia semejante: *Nada vale la pena si se compara con el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor* (Flp 3 8).

SALMO 74 (73)
Acuérdate de tu comunidad

2 Re 25 9; Is 64 10; 51 9-10; Sal 89 10-11; Gn 1

[1] *Oda de Asaf.*

¿Por qué, oh Dios, nos has rechazado para siempre,
y se ha encendido tu furor
contra las ovejas que tú apacientas?
[2] Acuérdate de la comunidad que adquiriste antiguamente,
de la tribu que redimiste como heredad tuya,
y del monte Sión donde pusiste tu morada.
[3] Dirige tus pasos hacia estas ruinas perpetuas:
el enemigo lo asoló todo en el santuario.
[4] En medio de tu asamblea rugían tus adversarios,
pusieron sus banderas como signos de victoria;
[5] blandieron sus hachas de doble filo
como en la espesura del bosque,
[6] con martillos y hachas abatieron todas sus puertas;
[7] *prendieron fuego a tu santuario,*
derribaron y profanaron tu morada.
[8] Se decían: «Acabemos con todos ellos;
quememos todas las moradas de Dios en el país».
[9] Estamos sin bandera, no tenemos profetas,
y nadie entre nosotros sabe hasta cuándo.
[10] ¿Hasta cuándo, oh Dios, te va a ultrajar el opresor?
¿No cesará el adversario de blasfemar contra ti?
[11] ¿Por qué nos retiras tu protección,
y apartas de nosotros tu fuerza protectora?

[12] Pero tú, oh Dios, eres rey desde siempre,
tú realizas portentos en medio de la tierra.
[13] Dividiste el mar con tu poder,
quebraste las cabezas de los monstruos marinos;
[14] aplastaste las cabezas del Leviatán
y lo echaste como pasto a las bestias del mar.
[15] Tú hiciste brotar fuentes y manantiales,

y secaste los ríos caudalosos.
[16] Tuyo es el día, tuya también la noche,
tú estableciste la luna y el sol,
[17] tú trazaste los confines de la tierra,
tú dispusiste verano e invierno.

[18] Recuerda, Señor, que el enemigo te ultraja,
y un pueblo insensato blasfema contra ti.
[19] No entregues a los buitres la vida de tu tórtola,
no olvides para siempre la vida de tus humildes.
[20] Recuerda tu alianza, pues hasta el último rincón
está llena la tierra de violencia.
[21] Que no quede defraudado el oprimido,
que el pobre y el desvalido alaben tu nombre.
[22] Levántate, oh Dios, defiende tu causa,
recuerda cómo te ultraja el insensato todo el día.
[23] No olvides el griterío de tus enemigos,
el clamor de tus adversarios que crece sin cesar.

Salmo de lamentación y súplica comunitarias, estructurado en tres partes: súplica y lamentación (Sal 74 1-11); himno a Dios Creador (Sal 74 12-17); nueva súplica (Sal 74 18-23).

El salmo comienza abruptamente con una pregunta que surge desgarradora de las bocas y los corazones de la comunidad y que se repetirá, aunque de distinta forma, al final de la primera parte: *¿Por qué nos has rechazado?* (véase Sal 44 10-17; 60 3). La comunidad ha sufrido el ataque del enemigo y la destrucción del templo que los enemigos han llevado a cabo con verdadero ensañamiento (Sal 74 3-8; véase Sal 79 1). Tal desgracia es interpretada, por una parte, como olvido y abandono por parte de Dios que, a pesar de ser el pastor que cuida de su pueblo (véase Sal 79 13), ahora está enfurecido contra su rebaño –no sabemos por qué–, y le ha retirado su protección (Sal 74 1.11). Por otra parte, el pueblo es la asamblea de Dios (Sal 74 4), la comunidad que él adquirió antiguamente y le pertenece como herencia (Sal 74 2), con la que él estableció una alianza (Sal 74 20). Y el templo es el santuario de Dios, su morada (Sal 74 2.7). Así, la derrota del pueblo

y la destrucción del templo son también un ultraje a Dios, una profanación y una blasfemia (Sal 74 10.18.22-23). El salmista, que refleja los sentimientos de la comunidad, suplica angustiosamente la intervención de Dios; una intervención que, como el desastre sufrido, también tiene dos aspectos: no nos olvides, acuérdate de nosotros, reconstruye el santuario y restaura tu comunidad (Sal 74 2-3.19-20); y pon fin a los ultrajes continuos del enemigo, un pueblo insensato, verdaderos buitres, hordas violentas cuyos rugidos arrecian continuamente (Sal 74 18.20.23).

La súplica va acompañada con unos motivos que intentan conmover al Señor, convencerlo de que actúe. Algunos ya los hemos insinuado: como Pastor del pueblo no debe tratarlo así (Sal 74 1; véase Sal 95 7; 100 3), ellos son su propiedad, sus aliados (Sal 74 3.4.20). Además son sus humildes, pobres y oprimidos; son, en una imagen magnífica, *su tórtola*: Dios no puede defraudarlos, ellos tienen que seguir alabándolo (Sal 74 19.21). Además, la causa del pueblo vejado, humillado y oprimido es la causa de Dios (Sal 74 22).

Pero es el himno central (Sal 74 12-17), cargado de resonancias míticas, lo que más y mejor refuerza la súplica. ¿Cómo deja Dios que sucedan estas cosas, que venzan los enemigos y se atrevan con él y con sus propiedades, cuando él es *rey desde siempre*, soberano creador y dominador de todo el universo? En sus manos, en su poder, se encuentra el mundo, el mar y sus terribles monstruos a los que aplasta y destruye sin esfuerzo. De su voluntad depende secar los ríos o abrir los manantiales. El es el dueño del tiempo –día y noche, luna y sol, invierno y verano–, y del espacio –la tierra y sus confines–. Quizá se esté aludiendo con algunos de estos rasgos no sólo a la creación, sino al poder salvador de Dios revelado en la gesta histórica del éxodo. ¿Cómo aguanta ahora la insensatez y los agravios de sus enemigos?

Es claro que el salmista, y la comunidad a la que representa, concluye esperanzado: este Dios, Pastor y Rey, Creador Todopoderoso y delicado cuidador de tórtolas, no dejará de intervenir. La salvación está cercana (véase Sal 85 10).

SALMO 75 (74)
Tiempo para juzgar con rectitud

1 Sm 2 1-10; Sal 113; Lc 1 45-54; Mt 24 23-28

[1] *Al maestro de coro; con la melodía de «No destruyas». Salmo de Asaf. Cántico.*

[2] Te damos gracias, oh Dios, te damos gracias;
invocamos tu nombre, proclamamos tus maravillas.

[3] «He fijado un tiempo para juzgar con rectitud.
[4] Aunque tiemble la tierra, con sus habitantes,
yo he cimentado sus columnas.
[5] Digo a los insolentes: ¡Fuera insolencias!,
y a los malvados: ¡No levantéis la frente!
[6] No levantéis la frente contra el cielo,
no digáis bravatas con insolencia».

[7] Que no es el oriente ni el occidente,
ni el desierto ni las montañas,
[8] sino Dios quien juzga: a uno humilla y a otro exalta.
[9] El Señor tiene en la mano una copa,
un vaso de vino drogado,
que los malvados de la tierra beben
y apuran hasta el fondo.

[10] Yo, en cambio, aclamaré y cantaré por siempre
al Dios de Jacob:
[11] porque él abate a los malvados, y encumbra a los justos.

Salmo de acción de gracias a Dios, juez universal, estructurado en cuatro partes: introducción (Sal 75 2); oráculo divino (Sal 75 3-6); reflexión (Sal 75 7-9); conclusión (Sal 75 10-11).

La comunidad de fieles, quizá reunida en asamblea litúrgica, comienza dando gracias a Dios entusiásticamente, invocándolo y proclamando las maravillas que realiza. Inmediatamente se centra la atención en una de esas maravillas que constituye el tema del salmo, a saber, el juicio justo de Dios. Es Dios mismo

el que introduce el tema pronunciando, por boca de un sacerdote o un profeta, un oráculo solemne que se extiende no sabemos con certeza si hasta Sal 75 3 o hasta Sal 75 6. Lo primero que se afirma es que el juicio tendrá lugar cuando Dios decida: él es el dueño soberano del tiempo y el Señor absoluto y libre de sus decisiones. No valen ni impaciencias (el "¿Hasta cuándo?" de muchos otros salmos) ni desesperaciones. Además el Señor es el Creador y Sustentador del orbe, y nada ni nadie, ni siquiera las convulsiones de tipo cósmico o las de tipo humano y social, van a alterar lo que él ha decidido y establecido con su poder: la estabilidad del cosmos garantizada por Dios es imagen de la firmeza de sus decisiones y de sus juicios (Sal 75 4).

Sigue una exhortación a los malvados, pronunciada por el mismo Dios o quizá por el salmista: ante la certeza del juicio divino, es mejor que terminéis con vuestras insolencias, con vuestras altanerías y desplantes. La *frente* (Sal 75 5-6), como el "dominio" o el "poder" abatido o ensalzado de Sal 75 11, son literalmente el "cuerno", la testuz, imagen de fuerza y poderío y muchas veces, por extensión, de soberbia (véase Sal 89 18-25; 92 11; 112 9; 148 14).

Y el salmista o la comunidad añaden su reflexión y su certeza: no es un cualquiera el que juzga, alguien o algo que pueda ser sometido o intimidado por los malvados a su antojo, sino Dios mismo, justo Juez (véase Sal 7 12), que humilla a los malhechores y levanta a los justos.

Y este lema (Sal 75 8) genera lo que sigue. Sal 75 9 es como una ilustración de que el Señor humilla a los malvados, a todos los malvados de la tierra. Se utiliza ahora la imagen de la copa de vino drogado que ya conocemos (véase Sal 60 5). En el verso siguiente el salmista, no ya la comunidad que comenzó el salmo, proclama su intención de alabar siempre a Dios por la derrota y abatimiento de los pecadores y por la victoria de los hombres íntegros, que suena otra vez en la frase final (Sal 75 11) como nuevo oráculo divino o como participación del salmista en ese prodigio de Dios.

En el Nuevo Testamento María, la joven nazarena, entona un canto semejante a éste (Lc 1 47-55). También ella alaba y se alegra por las maravillas de Dios y proclama su confianza en que el Señor enaltece a los humildes y humilla a los soberbios, es decir,

hace justicia solemne y restablece el orden justo entre los hombres. San Pablo, por su parte, también confía en que recibirá del Señor, juez justo, el premio que merecen sus esfuerzos (2 Tim 4 8).

SALMO 76 (75)
Dios es grande en Israel

Sal 46; 48 4-8

[1] *Al maestro de coro; con arpas. Salmo de Asaf. Cántico.*

[2] Dios se manifiesta en Judá, es famoso en Israel;
[3] en Jerusalén está su tienda, y su morada en Sión.

[4] Allí rompió las saetas del arco, el escudo,
la espada y las armas.
[5] Tú eres majestuoso; más admirable que montañas de botín.
[6] Los valientes fueron despojados mientras dormían,
a todos los guerreros les fallaron los brazos.
[7] A tu grito, Dios de Jacob, se paralizaron carros y caballos.

[8] Tú eres temible, ¿quién puede resistir el estallido de tu ira?
[9] Desde los cielos dictas sentencia;
la tierra se asusta y enmudece
[10] cuando Dios se levanta para hacer justicia,
para salvar a los humildes de la tierra.
[11] Incluso el furor del hombre te dará gloria,
y los que sobrevivan a tu furor serán tu corona.
[12] Haced promesas al Señor, vuestro Dios, y cumplidlas,
los que estáis cerca de él, haced ofrendas al Temible.
[13] El deja sin aliento a los príncipes,
y es temible para los reyes de la tierra.

Canto de Sión (véase Sal 46) e himno de alabanza a Dios. Tres atributos divinos configuran una estructura en tres partes: Dios se manifiesta en su pueblo (Sal 76 2-3); Dios majestuoso en la guerra (Sal 76 4-7); Dios temible en su juicio (Sal 76 8-13, con

inclusión Sal 76 8a.13b). El salmo presenta algunas dificultades de traducción, especialmente Sal 76 11.

Que Dios está presente y se manifiesta en su pueblo –Judá e Israel– y especialmente en Jerusalén –Sión–, es algo conocido, aceptado y repetido a lo largo de todo el Antiguo Testamento. Pero en este salmo esa presencia de Dios se percibe en una manifestación concreta: una grandiosa victoria militar del Señor en Jerusalén (*allí*: Sal 76 4) o, más ampliamente, en su pueblo (Judá, identificado con Israel). Puede tratarse de una victoria histórica concreta y conocida, pero puede ser también la victoria genérica de Dios sobre los enemigos de la justicia, como se verá más tarde (Sal 76 8-13); y puede ser, por encima de los hechos históricos, el juicio y la victoria escatológicos, más allá de la historia (véanse Sal 46 y 48, muy similares a éste).

Dios es contemplado como un guerrero imponente y majestuoso (véase Sal 34 8): sólo con el alarido de guerra (véase Sal 18 14-16; 104 7) deja paralizados a los enemigos, que quedan desconcertados, desorientados y aturdidos, inermes (Sal 76 6-7). De manera fulminante este guerrero divino termina con todas las armas y con los carros y los caballos, es decir, con la guerra. El botín conseguido es inmenso, pero al contemplarlo resalta aún más la majestad y la grandeza del Señor que lucha por su pueblo.

Sal 76 8-13 parece ser la interpretación teológica de la victoria anterior, que se considera fruto de la justicia divina. Dios es un juez terrible para los malvados, para los que atacan su heredad. Con su intervención instantánea y fulgurante los deja sin aliento, sean príncipes, reyes, o lo que sean. Es terrible cuando dicta sentencia contra ellos en defensa de los humildes oprimidos y maltratados. La ira de Dios estalla desde los cielos provocada por la injusticia humana, y todo el orbe se sobrecoge y enmudece cuando él se dispone a restablecer la justicia ofendida. A los humildes, ya salvados, se les invita al final a hacer promesas y cumplirlas, en señal de agradecimiento y de alabanza al Salvador.

El salmo es un canto a la manifestación terrible y majestuosa del Dios justiciero. Algunos acentos y alusiones podrían entenderse de la manifestación divina en la tormenta, con su cortejo de relámpagos cegadores y truenos horrísonos –el alarido de Dios– (véase Sal 29). Pero por terrible que pueda parecer este Dios con su sentencia, su ira y su manifestación, no se puede

olvidar que todo esto tiene como motivo el tierno e infinito amor y compasión que ese Dios siente por los humildes y los pobres, y como objetivo el terminar con la opresión, la violencia y la guerra en toda la tierra.

SALMO 77 (76)
En mi angustia busco al Señor

Sal 143; Lam 3 21-22; Ex 15 1-18; Gn 46 26-27; Is 63 11-14

1 *Al maestro de coro. De Yedutún. Salmo de Asaf.*

2 A voz en grito clamo a Dios,
levanto mi voz a Dios para que me escuche.
3 En mi angustia busco al Señor;
de noche levanto mis manos sin descanso,
pero no encuentro consuelo.
4 Me acuerdo de Dios y gimo;
me pongo a meditar y desfallezco.
5 No me dejas dormir, estoy agitado y no puedo hablar;
6 pienso en los días de antaño, en los años del pasado;
7 de noche reflexiono, lo medito y me pregunto:
8 «¿Es que el Señor nos rechaza para siempre,
y deja de brindarnos su favor?
9 ¿Se ha agotado completamente su amor?
¿Se ha acabado su promesa eternamente?
10 ¿Se habrá olvidado Dios de ser compasivo,
o habrá cerrado la ira sus entrañas?».
11 Y me digo: «Lo que más me apena
es que el Altísimo ha dejado de favorecernos».

12 Recuerdo las hazañas del Señor;
sí, recuerdo tus maravillas de antaño.
13 Considero todas tus obras, medito tus proezas.
14 Oh Dios, santo es tu proceder.
¿Qué dios es tan grande como nuestro Dios?
15 Tú, el Dios que realiza maravillas,
diste a conocer entre los pueblos tu poder;

[16] con tu brazo rescataste a tu pueblo,
a los hijos de Jacob y de José.
[17] Te vio el mar, oh Dios, te vio el mar y tembló,
hasta el océano se estremeció.
[18] Las nubes descargaron sus aguas,
los nubarrones tronaron, zigzaguearon tus rayos.
[19] El estruendo de tu trueno resonaba en el torbellino,
los relámpagos deslumbraron el orbe,
la tierra retemblaba estremecida.
[20] Te abriste un camino por el mar,
un sendero por las aguas caudalosas,
y nadie descubrió tus huellas.
[21] Guiabas a tu pueblo como un rebaño,
Moisés y Aarón lo conducían.

Salmo de lamentación individual, compuesto por dos grandes piezas: lamento por el abandono de Dios (Sal 77 2-11) y recuerdo de la actuación de Dios en el pasado (Sal 77 12-21).

El salmista se plantea el aparente cambio de actitud de Dios y los motivos de ese cambio. El tiempo de su reflexión es fundamentalmente la noche: desvelado, inquieto, insomne, se pregunta por la ausencia y el silencio de Dios, y esas mismas preguntas agravan su malestar y su angustia en las horas nocturnas. En el salmo el orante no suplica: cuenta que suplica sin descanso, sobre todo de noche. En el salmo el salmista no narra la situación de desgracia personal o colectiva por la que están pasando y que él interpreta como abandono, olvido o castigo de Dios: sólo nos deja entrever que están pasando por algo terrible, por una verdadera "noche oscura", gracias a la interpretación que nos presenta. El salmo insinúa más que explicita. En el salmo se descubre que la causa de la angustia profunda del salmista no es tanto la ausencia o abandono de Dios cuanto el carácter definitivo que pueda tener dicha ausencia: ¿será "para siempre" (Sal 77 8-9)? ¿Será un "olvido" total o una "cólera" perpetua (Sal 77 10; véase Sal 74 1-2; 79 5; 85 6)?

En Sal 77 11 se encuentra la frase central del salmo, que hace además de bisagra con la segunda parte. En esa frase se plantea

el contraste entre el antes y el ahora de la actuación de Dios, y la angustia del salmista, que ya nos ha explicado, producida por dicho contraste. Porque "antes" no eran así las cosas. Antes, recuerda el salmista entonando un himno triunfal (véase Sal 143 5), era el tiempo de las hazañas, las maravillas y las proezas de Dios (Sal 77 12-13), en las que él demostró, a la vista de todas las gentes, su poder y su fuerza en favor de su pueblo (Sal 77 15; véase Sal 98 2-3). El salmista se remonta hasta la gesta del éxodo y la recrea con tintes casi míticos y de grandiosa teofanía: el mar tiembla, las nubes derraman su carga terrible de aguas, truenos y rayos, la tierra se estremece mientras Dios se abre camino a través de las aguas tumultuosas para que su pueblo salga indemne y alcance la liberación (Sal 77 17-20; véase Sal 18 8-16; 97 4; 114). En la última frase del poema el panorama se serena: la imagen del Dios Pastor domina ahora. El pueblo, su rebaño, ya liberado, camina tranquilo y sin sobresaltos bajo la guía de los lugartenientes de Dios: Moisés y Aarón (véase Sal 23; 74 1; 78 52.70-72; 79 13; 80 2; 95 7; 100 3).

Y aquí termina, de forma abrupta, el salmo. Tan inesperadamente que parece inacabado. Supongamos lo que falta: al recordar esas antiguas acciones del Señor la esperanza y la confianza renacen en el salmista, porque la historia pasada, recordada y narrada, siempre despierta esos sentimientos en los fieles de Dios (véase Sal 78 1-8). Sigamos suponiendo: terminado el salmo el poeta sabe que las preguntas que le agitan y desesperan (Sal 77 8-10) tienen siempre una respuesta negativa. El Señor fue, es y seguirá siendo el Buen Pastor que conoce a sus ovejas, las guía y las protege, e incluso llega a dar su propia vida por ellas (véase Jn 10 11-15).

SALMO 78 (77)
Lo que nos contaron nuestros antepasados

Sal 105; 106; Sab 16-19; Neh 9 9-37; Ex 14-16; 7 14-11 10; Jos 24 8-13

1 *Oda de Asaf.*

Pueblo mío, escucha mi enseñanza,
presta oído a las palabras de mi boca;
2 voy a abrir mi boca para decir sentencias,
para evocar los misterios del pasado.
3 Las cosas que hemos oído y que sabemos,
las que nos contaron nuestros antepasados:
4 las glorias del Señor y su poder, las maravillas que hizo,
no se las ocultaremos a sus descendientes,
sino que se las contaremos a la generación venidera.
5 Estableció sus decretos en Jacob,
promulgó una ley en Israel,
ordenando a nuestros antepasados
que se lo enseñaran a sus hijos,
6 para que lo conociera la generación venidera,
para que de hijos a nietos pasara la noticia.
7 Pondrán así en Dios su confianza,
no olvidarán sus proezas, y observarán sus mandamientos,
8 y no serán como fueron sus antepasados,
una generación rebelde y obstinada,
una generación de corazón inconstante y espíritu infiel.

9 Los hijos de Efraín, diestros arqueros,
huyeron el día de la batalla:
10 no guardaron la alianza de Dios,
se negaron a seguir su ley,
11 olvidaron sus proezas,
las maravillas que les había mostrado
12 cuando hizo prodigios en los campos de Tanis,
en presencia de sus antepasados en Egipto.
13 Abrió el mar y los hizo pasar,
contuvo las aguas como un dique;
14 de día los guió con la nube,

de noche con resplandor de fuego.
[15] Quebró las peñas del desierto,
les dio a beber agua a raudales,
[16] sacó arroyos de la roca, e hizo manar torrentes de agua.
[17] Pero ellos volvieron a pecar contra él
y se rebelaron en el desierto contra el Altísimo;
[18] pusieron a prueba a Dios,
y exigieron una comida a su gusto.
[19] Hablaron contra Dios y dijeron:
«¿Podrá Dios prepararnos un banquete en el desierto?
[20] Cuando golpeó la roca,
brotaron aguas y fluyeron torrentes;
¿podrá también darnos pan
y proporcionar carne a su pueblo?».
[21] Al oírlo el Señor, se enfureció,
un fuego estalló contra Jacob,
montó en cólera contra Israel
[22] porque no tenían fe en Dios ni confiaban en su salvación.
[23] Entonces dio órdenes a las nubes en lo alto,
abrió las compuertas del cielo,
[24] e hizo llover sobre ellos maná para comer;
les dio trigo de los cielos,
[25] y el hombre comió pan de ángeles;
les mandó provisiones en abundancia.
[26] Hizo soplar desde los cielos el viento solano,
empujó con su poder el viento del sur;
[27] hizo llover sobre ellos carne en abundancia,
y aves en número incalculable:
[28] las dejó caer en medio de su campamento,
alrededor de sus tiendas,
[29] y comieron hasta hartarse;
con ello dio satisfacción a sus deseos.
[30] Pero cuando sus deseos estaban satisfechos,
cuando aún tenían la comida en la boca,
[31] Dios se enfureció contra ellos,
mató a los más fornidos, y abatió a la flor de Israel.

[32] A pesar de todo volvieron a pecar,
sin tener fe en sus maravillas.
[33] Así que él redujo sus días a un soplo,
sus años a un temblor.

[34] Cuando los castigaba, lo buscaban,
se convertían, iban hacia él,
[35] y recordaban que Dios era su roca,
y el Altísimo su redentor.
[36] Lo adulaban con su boca, le mentían con su lengua;
[37] su corazón no era sincero con él, ni eran fieles a su alianza.
[38] Pero él se compadecía,
perdonaba sus culpas y no los destruía:
contuvo su ira muchas veces,
y no daba rienda suelta a su furor;
[39] recordaba que eran mortales,
un soplo que se va y no vuelve.

[40] ¡Cuántas veces se rebelaron en el desierto,
y le hicieron enfurecerse en la estepa!
[41] Volvían a tentar a Dios, a irritar al Santo de Israel,
[42] sin acordarse de aquel que un día
los rescató de la opresión,
[43] cuando hizo en Egipto sus prodigios,
sus portentos en los campos de Tanis;
[44] cuando convirtió en sangre sus ríos
y no se podía beber de sus arroyos.
[45] Mandó contra ellos tábanos que los devorasen,
y ranas que los exterminaran.
[46] Entregó sus cosechas a la oruga,
el fruto de su trabajo a la langosta;
[47] asoló con granizo sus viñedos,
y con escarcha sus higueras;
[48] entregó al pedrisco sus ganados,
y sus rebaños a los rayos.
[49] Mandó sobre ellos el fuego de su ira,
su indignación, su furor y su cólera,

como mensajeros de calamidades.
[50] Dio curso libre a su ira,
no dejó que escaparan a la muerte,
entregó sus vidas a la peste;
[51] hirió a todos los primogénitos en Egipto,
a las primicias de sus varones en las tiendas de Cam.
[52] Y sacó como un rebaño a su pueblo,
los guió como ovejas por la estepa,
[53] y los condujo seguros, sin temor,
mientras el mar se tragaba a sus enemigos.
[54] Los llevó hasta la tierra sagrada,
hasta el monte que su diestra había adquirido;
[55] expulsó ante ellos a las naciones,
les repartió a suertes su heredad,
e instaló en sus tiendas a las tribus de Israel.
[56] Pero ellos pusieron a prueba a Dios,
se rebelaron contra el Altísimo,
no guardaron sus mandamientos.
[57] Se desviaron, pecaron como sus antepasados,
se torcieron como un arco engañoso;
[58] le ofendieron en sus altozanos,
provocaron sus celos dando culto a los ídolos.
[59] Al oírlo, Dios se enfureció
y rechazó completamente a Israel;
[60] abandonó la morada de Siló,
la tienda donde habitaba entre los hombres.
[61] Entregó al cautiverio el símbolo de su fuerza;
en manos del enemigo el signo de su orgullo;
[62] dejó a su pueblo a merced de la espada,
enfurecido contra su heredad.
[63] El fuego devoró a sus jóvenes,
no hubo canto nupcial para sus doncellas;
[64] sus sacerdotes cayeron a espada,
y sus viudas no entonaron lamentos.

[65] Pero mi Señor se despertó como de un sueño,
como guerrero aturdido por el vino;

[66] hirió a sus adversarios por la espalda,
los cubrió de afrenta perpetua.
[67] Rechazó la tienda de José, no escogió la tribu de Efraín;
[68] escogió la tribu de Judá, y el monte Sión, al que amaba.
[69] Edificó su santuario como el cielo,
como la tierra, cimentada por él para siempre.
[70] Escogió a David, su siervo,
lo tomó de los apriscos del rebaño,
[71] lo llamó de detrás de las ovejas,
para que pastorease a su pueblo Jacob,
y a Israel, su heredad.
[72] Y él los pastoreó con rectitud,
con mano certera los condujo.

Reflexión sobre la historia de la salvación, parecida a Sal 105 y 106. Su estructura comprende cinco secciones: introducción de estilo sapiencial (Sal 78 1-8); primera serie de acontecimientos: éxodo y desierto (Sal 78 9-33); recapitulación (Sal 78 34-39); segunda serie de acontecimientos: de Egipto a Canaán (Sal 78 40-64); desenlace: elección de Judá y rechazo de Israel (Sal 78 65-72).

Israel se ha buscado, a lo largo de su historia, todas las calamidades que le han sobrevenido. Y se las ha buscado por haber sido infiel a Dios y haber pecado contra él, y por no haber confiado ciegamente en el Señor que tantos y tan maravillosos prodigios ha hecho en su favor a lo largo de la historia pasada. Este es el mensaje del presente salmo, una reflexión histórica que pretende justificar el rechazo de Israel y del santuario de Siló y la elección de Judá, de Sión-Jerusalén y su templo, y de la monarquía davídica. No sabemos la fecha de composición ni el "presente" del salmo, pero en él todos esos acontecimientos históricos forman ya parte del pasado, y del pasado antiguo, del que contaron *los antepasados* (Sal 78 3) y que ha llegado hasta hoy, de boca en boca, como lección y advertencia para los oyentes de las generaciones sucesivas (Sal 78 7-8).

El esquema de la historia tal como la ve el salmista es simple, y se recoge en lo que hemos llamado "recapitulación" (Sal 78 34-39): liberación-rebeldía-castigo-misericordia. Así una y otra

vez. El autor recorre la historia sin observar el orden cronológico y sin demasiada precisión. Va y viene, y encuentra siempre el mismo esquema. En su primer recorrido contempla la liberación de Egipto, el paso del mar y la travesía del desierto, con especial detenimiento en los episodios de las "murmuraciones" (agua de la roca, maná y codornices). La segunda serie recuerda los episodios de las plagas –aunque no todas ni en el mismo orden que en Ex 7-12–, de nuevo la salida de Egipto y la marcha por el desierto –a través del cuál el Señor los conducía como un pastor (Sal 78 52; véase Sal 77 21; 80 1)–, la entrada en Canaán y los tiempos posteriores a la conquista, que culminan con la pérdida del arca, y el rechazo de Siló (véase 1 Sm 4-5; Jr 7 12.14; 26 6.9). El poema termina refiriéndose de forma explícita al repudio de José-Efraín, es decir, las tribus que forman el reino del norte (Israel), y la elección de las del sur (Judá), en cuya capital Sión-Jerusalén se asienta el templo y desde la cual David y sus sucesores, la dinastía davídica, "pastorean" al pueblo en nombre de Dios.

En el poema se subraya cómo Dios no deja que su ira se desate del todo contra su pueblo, a pesar de que éste le da continuamente motivos sobrados para ello (Sal 78 38-39), en contraste con el furor derramado sin límites contra los enemigos y opresores del mismo pueblo (Sal 78 49-50). Esta lección sobre la paciencia y la misericordia infinita de Dios, "lento a la ira y rico en clemencia" (véase Ex 34 6; Sal 116 5), junto con sus portentosas acciones de liberación histórica, es lo que el pueblo no debe olvidar jamás, para no imitar los pecados de sus mayores, para poner su confianza siempre en Dios y mantener con él un corazón constante y fiel (Sal 78 7-8.37).

SALMO 79 (78)
Salva a los condenados a muerte

Sal 44; 74; 80; 2 Re 25 9-10; Jr 10 25; Jl 2 17; Eclo 36 1-5

1 *Salmo de Asaf.*

Oh Dios, los paganos han entrado en tu heredad,
han profanado tu santo templo,
han convertido Jerusalén en un montón de ruinas;

[2] han echado los cadáveres de tus siervos
como pasto a las aves del cielo,
los cuerpos de tus fieles a las bestias del campo;
[3] han derramado su sangre como agua en torno a Jerusalén,
y nadie les daba sepultura.
[4] Hemos sido la irrisión de los vecinos,
la burla y el escarnio de los que nos rodean.

[5] ¿Hasta cuándo, Señor? ¿Vas a estar siempre airado?
¿Va a continuar ardiendo tu celo como fuego?
[6] Derrama tu furor sobre los paganos que no te reconocen,
sobre esos reinos que no invocan tu nombre.
[7] Porque han devorado a Jacob, han devastado su morada.
[8] No recuerdes contra nosotros las culpas de antaño;
compadécete pronto de nosotros,
porque estamos agotados.
[9] ¡Ayúdanos, oh Dios salvador nuestro,
por la gloria de tu nombre;
líbranos y borra nuestros pecados, por tu nombre!
[10] *¿Por qué han de decir los paganos:*
«Dónde está su Dios»?
¡Que veamos con nuestros ojos cómo los castigas
por haber derramado la sangre de tus siervos!
[11] ¡Llegue hasta ti el lamento del cautivo,
con el poder de tu brazo salva a los condenados a muerte!
[12] ¡Devuelve siete veces a nuestros vecinos
la afrenta que te hicieron, Señor mío!

[13] Y nosotros, que somos tu pueblo
y ovejas que tú apacientas,
te daremos gracias eternamente,
cantaremos tus alabanzas de generación en generación.

Salmo comunitario de lamentación y súplica, estructurado en tres partes: descripción de la situación (Sal 79 1-4); lamentación y súplica (Sal 79 5-12); acción de gracias conclusiva (Sal 79 13). Este salmo está emparentado con los salmos 44, 60, 74, 80, 89, 102.

Jerusalén, la ciudad santa, y su templo, la morada de Dios entre los hombres, han sido invadidos y destruidos por el enemigo (véase Sal 74 3-7). La catástrofe, sea la del año 587 a.C. (véase 2 Re 25; Jr 39) o cualquier otra, se ha consumado hasta extremos espeluznantes. El salmista, horrorizado, comienza describiéndoselos a Dios (Sal 79 1-4), insistiendo en los pronombres posesivos que implican a Dios en lo que ha sucedido: "tu" heredad, "tu" santo templo, "tus" siervos y "tus" fieles.

El autor interpreta el desastre como castigo de Dios por los pecados antiguos, de los antepasados, e interpela al Señor con tono de urgencia (Sal 79 5; véase 44 24; 74 1.10-11; 77 8-10; 80 5). Apela a la misericordia de Dios para que cese en su furor contra su pueblo (Sal 79 8-9) y lo derrame, en cambio, sobre esos enemigos paganos que se han atrevido contra sus elegidos y, consiguientemente, contra él mismo. Se han negado a reconocerlo e invocarlo (Sal 79 6; véase Sal 14 4), han ignorado su presencia (Sal 79 10), y lo han afrentado (Sal 79 12; véase Sal 74 10.18.22). El Señor debe escuchar la súplica desesperada que ahora le dirige la comunidad porque los enemigos han devorado a Jacob –el pueblo– como fieras sin entrañas (Sal 79 7), porque el mismo prestigio de Dios está en juego (Sal 79 9-10), porque el pueblo después de la derrota, cautivo y condenado a muerte, ya no puede más (Sal 79 8.11; véase Sal 102 21), y porque en realidad el propio Dios es el despreciado y ofendido (Sal 79 6.12). En suma, Dios debe demostrar que no se puede atentar impunemente contra su pueblo.

A los orantes les ha impresionado de manera especial la sangre (Sal 79 3.10), la sangre que lo tiñe y lo empapa todo, la sangre derramada de tantos hermanos que desde la tierra grita y exige reparación (véase Gn 4 10), una reparación multiplicada por siete, es decir, plena, completa y hasta el final (Sal 79 12; véase Gn 4 15).

Dios Pastor no dejará, no puede dejar abandonado su rebaño (Sal 23; 79 13; véase Sal 77 21; 78 52; 80 2; 95 7; 100 3). Esta certeza embarga a la comunidad al final de la plegaria, la llena de entusiasmo y la hace prorrumpir en alabanzas y en promesas de reconocimiento perpetuo.

En el Antiguo Testamento se conoce bien a Dios y su sentido de la justicia. Se sabe que el Señor no puede soportar la opresión

y la violencia entre los hombres hermanos. Cuando los seres humanos nos tranformamos en Caín, a Dios se le revuelven las entrañas y pone en marcha todos los mecanismos de que dispone para auxiliar a los perjudicados y restablecer la justicia. A ese sentido de estricta justicia vindicativa se apela en este y otros salmos. Como cristianos, obligados al perdón y al olvido de la ofensa –y sin que eso signifique renunciar al restablecimiento de la justicia vulnerada–, no podemos escandalizarnos de estos sentimientos antiguos y anteriores a la revelación de aquel que supo y nos enseñó a decir: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* (Lc 23 34).

SALMO 80 (79)
Ilumina tu rostro y nos salvaremos

Is 63 15-64 11; Ez 34; Jr 12 7-13

1 *Al maestro de coro; con la melodía de «Lirios». Testimonio. Salmo de Asaf.*

2 Pastor de Israel, escucha,
tú que conduces a José como si fuera un rebaño,
tú que te sientas sobre los querubines, resplandece
3 ante Efraín, Benjamín y Manasés;
despierta tu poder y ven a salvarnos.
4 ¡Oh Dios, restáuranos,
ilumina tu rostro y nos salvaremos!

5 Señor, Dios todopoderoso, ¿hasta cuándo estarás irritado
mientras tu pueblo te suplica?
6 Les hiciste comer un pan de lágrimas,
les hiciste beber lágrimas en abundancia.
7 Nos hiciste objeto de burla entre nuestros vecinos,
y nuestros enemigos se ríen de nosotros.
8 ¡Dios todopoderoso, restáuranos,
ilumina tu rostro y nos salvaremos!

9 Arrancaste una vid de Egipto,
y expulsaste naciones para plantarla;

10 le preparaste el suelo, echó raíces y llenó esta tierra.
11 Su sombra cubrió los montes,
sus ramas los cedros altísimos;
12 extendía sus sarmientos hasta el mar,
sus retoños hasta el río Eufrates.
13 ¿Por qué has derribado su cerca,
para que la vendimien todos los transeúntes,
14 la devaste el jabalí, y sea pasto de las fieras del campo?
15 ¡Dios todopoderoso, vuélvete ya,
mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu vid,
16 la cepa que tu diestra plantó,
el retoño que hiciste vigoroso.
17 A los que la incendiaron y asolaron,
hazlos perecer con tu furor.
18 Que tu mano proteja a tu elegido,
al hombre que tú fortaleciste.
19 Ya nunca nos apartaremos de ti:
devuélvenos la vida para que invoquemos tu nombre.
20 ¡Dios todopoderoso, restáuranos,
ilumina tu rostro y nos salvaremos!

Lamentación y súplica comunitaria. La repetición de un estribillo permite definir su estructura en tres partes: invocación inicial (Sal 80 2-4); lamentación (Sal 80 5-8); súplica (Sal 80 6 9-20).

Cuatro imperativos (escucha, resplandece, despierta, ven) abren la oración confiriéndole un cariz de urgencia y casi de desesperación, agravado por el tono del estribillo que cierra la invocación inicial y que consiste en un verdadero grito de auxilio en el que se utiliza la imagen del rostro radiante (véase 31 17; 44 4; 67 2; 89 16). Dios es invocado como pastor, es decir, como el que guía, cuida y protege al pueblo. Además es un Dios "sentado sobre querubines", o sea, con gloria, potencia y majestad suficientes para actuar. La comunidad es fundamentalmente la del Reino del Norte, Israel, las tribus de Efraín, Manasés y Benjamín. Por el contenido de la súplica, *restáuranos*, podemos suponer que la comunidad se encuentra en una situación de desgracia,

de catástrofe, de ruina, pero por ahora no podemos especificar más. El salmo sirve, en principio, para cualquier tipo de calamidad o desastre.

La segunda parte comienza con la pregunta típica de las lamentaciones: *¿Hasta cuando?* Queda claro una vez más que la desgracia es interpretada como fruto de la irritación de Dios a causa de los pecados del pueblo. Eres tú, le recuerda la comunidad, el que nos has hecho pasar por esta situación (Sal 80 6-7; véase 60 5; 66 10-11; 79 4), que es pan y bebida "de lágrimas", de dolor, de sufrimiento, humillación y burla.

Los orantes, sumidos en la desgracia, se vuelven hacia la historia, hacia las glorias del pasado. Siguen interpelando a Dios, pero ahora lo contemplan como viñador: la imagen agrícola de la vid sustituye a la del pastor del inicio. En términos de labranza recuerdan las maravillas del Señor para con el pueblo (véase Is 5 1-7): salida de Egipto, conquista y posesión de la tierra, crecimiento y expansión del pueblo... ¿Por qué ahora el Señor los trata de otra forma? (Sal 80 13-14). El grito desgarrador vuelve a surgir de las gargantas enronquecidas de los fieles: ¡ya es tiempo de que perdones, y te vuelvas, y nos mires, y nos restaures! ¡*Ven a visitar tu vid*, la que tú plantaste y fortaleciste! Lo mismo que como pastor debes cuidar a tu rebaño, como viñador debes ocuparte de tu labranza y no dejarla abandonada u olvidada, a merced de las fieras y de los transeúntes.

En Sal 80 17 se nos deja entrever algunos detalles de la desgracia: los enemigos han "incendiado y asolado" esa plantación (véase la situación descrita en Sal 44; 74 3-7; 79 1). Suena una breve jaculatoria por el rey, quizá motivada por la alusión anterior al *retoño* (Sal 80 16; véase Is 4 2; 11 1), y una alusión al arrepentimiento del pueblo, condición para la nueva vida que Dios va a concederles (véase Sal 85 7), y al propósito de alabar al Señor. La plegaria termina con la repetición del estribillo.

Dios pastor, Dios labrador, Dios que salva, restaura y devuelve la vida, Dios que saca del desastre, Dios todopoderoso, Dios cuyo rostro se ilumina y nos ilumina, como Cristo (Mt 17 2)... Una conmovedora letanía de atributos divinos también conocidos por el mismo Cristo y el Nuevo Testamento (véase Jn 10 11-16; 15 1).

SALMO 81 (80)
Ojalá me escuchara mi pueblo

Lv 23 34; Ex 17 1-7; 20 2-3; Dt 9 7; Lv 26 7-8

[1] *Al maestro de coro; sobre «la de Gat». De Asaf.*

[2] ¡Aclamad a Dios, nuestra fortaleza,
vitoread al Dios de Jacob!
[3] Entonad canciones, tocad el tamboril,
la dulce cítara y el arpa.
[4] Tocad la trompeta por la luna nueva,
por la luna llena, el día de nuestra fiesta:
[5] porque es una ley para Israel,
una orden del Dios de Jacob,
[6] un mandamiento que impuso a José,
cuando salió de Egipto.

Su lenguaje era desconocido para mí,
[7] pero aparté sus hombros de la carga,
y sus manos se libraron de la espuerta.
[8] Clamaste en la opresión y te libré,
te respondí escondido en la tormenta,
te puse a prueba junto a las aguas de Meribá.
[9] Escucha, pueblo mío, que doy testimonio contra ti:
¡Ojalá me escucharas, Israel!
[10] No tendrás un dios extraño,
no adorarás a un dios extranjero.
[11] Yo soy el Señor, tu Dios,
que te saqué de la tierra de Egipto:
abre la boca, y te saciaré.

[12] Pero mi pueblo no quiso escucharme,
Israel no quiso obedecerme.
[13] Por eso los abandoné a su testarudez,
a merced de sus caprichos.

[14] ¡Ojalá me escuchara mi pueblo,
y siguiera Israel mi camino!

[15] Al momento humillaría a sus enemigos,
volvería mi mano contra sus adversarios.
[16] Los enemigos del Señor le halagarían,
y su destino quedaría decidido para siempre.
[17] Yo alimentaría a Israel con flor de trigo,
lo saciaría con miel de las peñas.

Salmo mixto compuesto por una invitación hímnica (Sal 81 2-6a) y un oráculo divino de estilo profético (Sal 81 6b-17), que se desarrolla en tres momentos: el pasado (Sal 81 6b-11), el presente (Sal 81 12-13) y el futuro (Sal 81 14-17). En ese oráculo Dios habla del pueblo (Sal 81 7), después de dirige directamente al mismo pueblo (Sal 81 8-11), y termina como comenzó, con una especie de declaración que Dios hace solemnemente sobre el pueblo y su proceder.

El pueblo estalla en fiestas. Según las normas y los ritos tradicionales, como recuerda el autor en su invitación (Sal 81 5-6), todos celebran a Dios con cantos y música. Se oyen las voces humanas acompañadas con instrumentos populares. El salmista parece invitar a todos y animarlos a la fiesta. Esta se halla en su momento culminante. De repente resuena una voz majestuosa que enfría el entusiasmo porque desvela la falsedad radical de tanta celebración, tanto rito y tanta música: en una especie de ceremonia forense Dios acusa a su pueblo. La denuncia es grave: el pueblo, que aclama y festeja a Dios, no lo escucha ni sigue su camino. Debería alabarlo y cumplir su voluntad. Se queda en la alabanza, que es lo fácil.

En sus palabras el Señor recuerda los motivos por los que el pueblo debía comportarse de otra forma: a él le debe su nacimiento, su existencia como pueblo, su supervivencia a lo largo de la historia, la liberación de la terrible y humillante servidumbre de Egipto, la revelación del Sinaí, la entrega de los mandamientos... Pero ya desde entonces, y hasta el momento presente, eran un pueblo rebelde (véase Sal 78; 105; 106). Las consecuencias son terribles: abandonado de Dios y entregado a sus propios caprichos, el pueblo no tiene ninguna posibilidad de supervivencia.

En las últimas palabras de Dios (Sal 81 15-17) el salmo queda

abierto hacia el futuro, futuro que se halla condicionado por la actitud del pueblo. Dios querría –*¡Ojalá!* (Sal 81 9.14; véase Sal 95 7)– un futuro determinado, de felicidad y plenitud de venturas, pero en su realización ese porvenir depende de la decisión del pueblo.

El fariseísmo y la hipocresía religiosa son realidades por desgracia demasiado comunes y frecuentes. El culto esplendoroso, pero vacío y el formalismo ritual y moral representan una tentación continua. Los profetas lo denunciaron con fuerza (véase, a titulo de ejemplo, Miq 6 1-8), y en el evangelio Cristo se hace eco de esa denuncia: *¡Hipócritas!, bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí...* (Mt 15 8; Is 29 13).

SALMO 82 (81)
Levántate, oh Dios, y juzga la tierra

Is 3 13-14; Ex 23 6; Jn 10 34

1 *Salmo de Asaf.*

Dios se levanta en la asamblea divina,
y ejerce como juez en medio de los dioses:

2 «¿Hasta cuándo juzgaréis injustamente,
poniéndoos a favor de los malvados?
3 ¡Defended al desvalido y al huérfano,
haced justicia al humilde y al necesitado,
4 rescatad al desvalido y al pobre,
libradlo de las manos del malvado!»
5 Pero ellos no saben ni comprenden, andan en tinieblas,
y hasta los cimientos de la tierra se conmueven.

6 Os lo aseguro: «Aunque seáis dioses
e hijos del Altísimo todos,
7 moriréis como todos los hombres,
caeréis como cualquier príncipe».

8 ¡Levántate, oh Dios, juzga la tierra,
domina sobre todos los pueblos!

Este salmo es una liturgia o visión profética, con un oráculo de denuncia (Sal 82 2-5) y castigo (Sal 82 6-7). La introducción y la aclamación final forman una inclusión que enmarca el salmo (Sal 82 1.9).

En una escena judicial solemnísima y estremecedora, Dios *se levanta* (véase Is 3,12; Sal 7 7; 68 2; 76 10; 94 2) para tomar declaración y pronunciar sentencia. Comienza dirigiendo a los acusados, jueces inicuos que corrompen la justicia, una pregunta de tono profético que constituye una denuncia sin paliativos de sus prácticas corruptas, de su parcialidad, de su injusticia radical (como en Sal 58 y 94). Continúa exhortándolos a cumplir sus deberes especialmente en favor de aquellos que sólo de los tribunales pueden esperar ayuda y valimiento: los más pobres, los desvalidos, los indefensos. Que en la sede de la justicia se decepcionen sus esperanzas y sean humillados, maltratados y entregados en manos de los malvados, cuya maldad, por otra parte, se ampara y se consiente, es un delito gravísimo: hasta los cimientos de la tierra se conmueven por la magnitud del criminal contrasentido. Nada ni nadie puede quedar indiferente, y el espanto sacude incluso a la naturaleza en una manifestación de misteriosa solidaridad con los humanos (véase Os 4 1-3). Sólo los jueces permanecen insensibles: no escuchan, no comprenden, están ciegos y no quieren ver.

Tras la denuncia y la constatación de la falta de arrepentimiento y de enmienda, llega la sentencia. Aunque su altísima dignidad, casi divina, les ha llevado a "endiosarse", en realidad son hombres como los demás y no van a quedar impunes: la condena es a muerte (véase Is 40 23; Ecl 3 16-17; 5 7)

El salmo se cierra con un grito final, expresión del deseo ardiente de justicia de todos los pobres y vejados, y apelación triunfante y esperanzada al juicio y dominio universal de Dios, que se han visto ya reflejados a lo largo del salmo.

Puede que en su sentido original esta composición se refiriera a los dioses de los pueblos idólatras que rodeaban a Israel: Yavé, Dios de justicia y defensor de pobres y oprimidos (véase Ex 22 21ss; Is 1 17-23 Sal 58 12; 94; 96 13; 98 9...), los juzga y deja al descubierto su falsedad esencial, su carácter de invención huma-

na y su impotencia para establecer un orden justo en la tierra (véase Is 41 21-24; 44 9-20; Sal 86 8; 115 3ss; 135 5-18; 136 2...).

En el Nuevo Testamento Cristo recuerda la frase de Sal 82 6 interpretándola en el primer sentido, es decir, de los jueces que recibieron de parte de Dios su oficio y su misión (véase Jn 10 34-35).

SALMO 83 (82)
No te quedes inmóvil y callado

Jue 4-5; 7 25; 8 10-21

1 *Canto. Salmo de Asaf.*

2 ¡Oh Dios, no permanezcas en silencio,
no te quedes, oh Dios, inmóvil y callado!

3 Mira cómo se alborotan tus enemigos,
y se rebelan los que te odian.
4 Traman una conjura contra tu pueblo,
conspiran contra tus protegidos.
5 Dicen: «Lo aniquilaremos como nación,
y no se recordará más el nombre de Israel».
6 Se ponen todos de acuerdo, y hacen una alianza contra ti:
7 edomitas, ismaelitas, moabitas y agarenos,
8 los de Guebal, Amón y Amalec,
los filisteos y los habitantes de Tiro;
9 también Asiria se ha aliado con ellos,
y sirven de refuerzo a los hijos de Lot.

10 ¡Trátalos como a Madián,
como a Sísara y a Yabín en el torrente Quisón,
11 cuando fueron aniquilados en Endor,
y sirvieron como estiércol para la tierra!
12 ¡Trata a sus caudillos como a Oreb y Zeb;
a todos sus capitanes, como a Zebaj y a Salmaná,
13 que decían: «¡Apoderémonos de esas magníficas vegas!».
14 Dios mío, conviértelos en hojarasca,
en paja a merced del viento.

[15] Como fuego que devora la foresta,
como incendio que consume los montes,
[16] persíguelos con tu tormenta, atérralos con tu vendaval.
[17] Llena sus rostros de ignominia,
para que busquen tu nombre, Señor.
[18] Abrumados de vergüenza para siempre,
perezcan deshonrados
[19] para que sepan que tu nombre es el Señor
y que sólo tú eres el Altísimo sobre toda la tierra.

Salmo de súplica, estructurado en tres partes: invocación (Sal 83 2); descripción de la situación (Sal 83 3-9); súplica –terrible imprecación– contra los enemigos (Sal 83 10-19).

Se abre el salmo con una invocación que en el original hebreo comienza y termina con dos formas distintas del nombre divino; en ella se pide a Dios que actúe, que no permanezca insensible (Sal 82 2; véase Sal 35 22; 39 13; 50 3; 109 1). Inmediatamente se le describe la situación en términos genéricos, como en tantos otros salmos: la actividad de sus enemigos, sus alianzas y sus conspiraciones. Son sus enemigos porque lo son de su pueblo, de sus protegidos. "Recordarle" esto a Dios es presentarle veladamente el motivo principal para que intervenga: no se puede quedar impasible ante el ataque que sufren sus fieles por parte de esos adversarios conjurados para aniquilarlos, para borrarlos de la faz de la tierra e incluso de la memoria de los hombres. La descripción utiliza unos mecanismos que le confieren intensidad y viveza: un paralelismo riguroso (se alborotan/levantan la cabeza, tus enemigos/los que te odian, traman/conspiran, tu pueblo/tus protegidos...), y la cita en estilo directo de las palabras de los enemigos (Sal 82 5).

A la descripción sigue la identificación de esos enemigos: son muchos, casi con nombres y apellidos. Es sorprendente esta enumeración porque no es normal en los salmos y porque son demasiados pueblos concretos que nunca, en ninguna ocasión histórica, han estado juntos ni han atacado simultáneamente a Israel. Lo que quiere decir que dejan de ser enemigos concretos y pasan a representar en el salmo, por voluntad del salmista que los amon-

tona indiscriminadamente, los enemigos "generales", todos los enemigos, el conjunto de pueblos hostiles que a lo largo de las distintas etapas históricas han tenido de una u otra forma, algunos de ellos juntos y otros aisladamente, el propósito de aniquilar a Israel.

Vuelve el autor a la súplica, y pide insistente y reiteradamente el castigo para los adversarios: que Dios haga con ellos lo que ellos se proponían hacer con el pueblo de Dios, es decir, la destrucción total. Se recuerdan varias intervenciones punitivas del Señor en la historia antigua (véase Jue 4-5; 6-8) y se presentan en directo las palabras y los propósitos de algunos de los "castigados" (Sal 83 12). En seguida se utilizan imágenes conocidas y tópicas que describen el castigo de forma genérica, como una manifestación destructiva de Dios en el huracán, en el fuego, en la tormenta abrasadora (Sal 83 14-16; véase Sal 1 4; 21 9-13; 35 5; 58 10; 6 11). El orden es ahora inverso al que se siguió en la descripción. Allí se pasaba de lo genérico a lo concreto; aquí de los castigos históricos al castigo genérico. La finalidad del castigo es "para que te busquen...", "para que reconozcan" (Sal 82 17-19). Ya conocían al Señor: se habían conjurado contra él, lo odiaban. Han de reconocerlo como único Dios, único Señor, al que deben sumisión, veneración y respeto todos los pueblos y naciones de la tierra.

El salmo probablemente choca con nuestra sensibilidad actual –por eso no se reza en la Liturgia de las Horas–, pero refleja las ideas del tiempo, la ley del Talión aplicada por Dios a los malvados para salvar a sus elegidos y para que los impíos se conviertan y, en definitiva, se salven también.

SALMO 84 (83)
Dichosos los que viven en tu casa

Sal 42 2-3; 5 3; Ez 34 6

1 *Al maestro de coro; sobre «la de Gat». Salmo de los hijos de Coré.*

2 ¡Qué deliciosa es tu morada, Señor todopoderoso!
3 Me consumo suspirando por los atrios del Señor,

todo mi ser se estremece de gozo anhelando al Dios vivo.
[4] En tus altares, Señor todopoderoso, rey y Dios mío,
hasta el gorrión ha encontrado una casa,
y la golondrina un nido donde poner sus polluelos.
[5] Dichosos los que viven en tu casa, alabándote siempre;
[6] dichoso el que encuentra en ti su fuerza,
y peregrina hacia ti de buena gana.
[7] Al pasar por el valle del llanto,
lo convierten en manantiales;
la lluvia de otoño lo cubre de bendiciones.
[8] Caminan animosos, para ver a Dios en Sión.

[9] ¡Señor, Dios todopoderoso, escucha mi plegaria,
atiéndeme, Dios de Jacob!
[10] Oh Dios, escudo nuestro, mira,
pon tus ojos en el rostro de tu ungido.

[11] Vale más un día en tus atrios que mil en mi casa;
prefiero el umbral de la casa de mi Dios
a vivir en las tiendas del malvado.
[12] Porque el Señor es sol y escudo,
Dios concede gracia y gloria;
el Señor no niega nada a los que proceden honradamente.
[13] Señor todopoderoso, dichoso el hombre que confía en ti.

Este salmo pertenece al grupo de los "Cantos de Sión" (véase Sal 46). Consta de tres partes: himno de peregrinación (Sal 84 2-8); súplica por el rey (Sal 84 9-10); conclusión hímnica (Sal 84 11-13).

Un peregrino que camina hacia Jerusalén, hacia Sión, hacia el templo del Señor, expresa su entusiasmo y sus profundos anhelos por encontrarse con el Dios vivo en la "casa del Señor": recuérdense los sentimientos presentes en el Sal 122 y lo que la "morada del Señor" significa para el hombre bíblico, como se ve, por ejemplo en Sal 50 2; 74 2; 76 3; 87; 132 13-18.

El templo es refugio, protección, abrigo, lugar de reposo y de delicias (véase Sal 27 4-5; 36 8-10; 46; 48; 63 6; 125 1). La ima-

gen deliciosa y llena de ternura de la golondrina que se cuida de sus polluelos conecta con otra imagen que se aplica frecuentemente al templo: los que allí viven o se refugian se encuentran "a la sombra de las alas" de Dios (véase comentario a Sal 17). Por eso el salmista declara dichosos a los que habitan en el templo (Sal 84 5; véase, por ejemplo, Sal 65 5; 91) y a los que peregrinan hacia él. Estos, que encuentran su fuerza en el Señor, hacen participar a la naturaleza de las bendiciones que ellos van a recibir en el templo (Sal 84 7.12) y que ya, de forma anticipada, parecen gozar durante su marcha hacia él. Quizá haya aquí una alusión a la peregrinación que se celebraba en otoño, cuando se producen las primeras lluvias.

La mención de Sión en el centro del salmo como meta de la peregrinación y lugar sagrado donde se "ve" al Dios de los dioses (Sal 84 8; véase Sal 63 3), provoca –por asociación ya que Sión está íntimamente unida a la figura del rey, ungido del Señor (véase Sal 48; 110; 132)– una plegaria espontánea y ardiente por el monarca (Sal 84 9-10).

Luego el salmista se recrea de nuevo en sus sentimientos anteriores con dos comparaciones hiperbólicas: vale más un día en el templo, aunque sólo sea uno, que mil días en la propia casa; vale más estar aunque sólo sea en el umbral de la morada de Dios que en las tiendas del malvado, llenas, según la idea general, de riquezas, de abundancia, de placeres de todo tipo...

¿Qué es lo que desata tanto entusiasmo, tanto cariño, tanta adhesión al templo? Su Morador y lo que su Morador es y concede desde Sión (véase Sal 128 5-6). Dios es sol y escudo, alumbra, da vida y defiende a sus fieles. Dios les concede gracia y gloria, los escucha y no les niega nada. Repentinamente aparece la dimensión ética con la imagen del caminar, tan coherente con el resto del salmo: los beneficiarios de todo esto son *los que proceden* –caminan– *honradamente* (Sal 84 12; véase Sal 15 1-2). El salmista los felicita, los proclama dichosos con una bienaventuranza explícita (Sal 84 13), como ha hecho antes con los que "viven" en el templo (Sal 84 5) y los que "peregrinan" hacia él (Sal 84 6).

El salmo está enmarcado por dos menciones del Señor todopoderoso (o Señor de los ejércitos) (Sal 84 2.13), nombre que se repite en el poema otras dos veces (Sal 84 4.9). Lo cual no priva

al salmo del tono personal e íntimo, subrayado por los pronombres posesivos que lo jalonan: mi Dios, rey mío, escudo nuestro...

Para nosotros, cristianos, la Iglesia es la auténtica "casa del Señor", donde todos los bautizados tenemos la dicha de vivir permanentemente, gozando de la dulzura del Señor. Iglesia abierta, además, para que todos los hombres y mujeres de nuestro mundo encuentren –como nosotros– refugio, calor, descanso, al amparo de "las alas" del Dios Todopoderoso.

SALMO 85 (84)
La salvación está cerca

Sal 126; Ez 11 23; Jn 1 14; Sal 67 7

1 *Al maestro de coro. Salmo de los hijos de Coré.*

2 Señor, has sido compasivo con tu tierra,
has cambiado la suerte de Jacob;
3 has perdonado la culpa de tu pueblo,
has enterrado todos sus pecados,
4 has reprimido tu furor,
has apagado el ardor de tu ira.

5 Restáuranos, Dios salvador nuestro,
calma tu indignación contra nosotros.
6 ¿Vas a estar siempre airado contra nosotros?
¿Va a durar tu ira de generación en generación?
7 ¿No vas a devolvernos la vida,
para que tu pueblo se alegre contigo?
8 Muéstranos, Señor, tu amor, y danos tu salvación.

9 Voy a escuchar lo que dice Dios:
el Señor anuncia la paz a su pueblo y a sus fieles,
para que no vuelvan a cometer locuras.
10 Sí, la salvación está cerca de los que le honran,
la gloria habitará en nuestra tierra;
11 el amor y la fidelidad se encuentran,
la justicia y la paz se besan;

[12] la fidelidad surge de la tierra,
y la justicia se asoma desde el cielo.
[13] El Señor nos dará también la lluvia,
y nuestra tierra dará su cosecha;
[14] la justicia marchará delante de él,
y la rectitud seguirá sus pasos.

Salmo de súplica comunitaria con oráculo de salvación, estructurado en tres partes: acciones de Dios (Sal 85 2-4); súplica (Sal 85 5-8); oráculo divino seguido de su cumplimiento (Sal 85 9-14).

En la primera parte el salmista, hablando en nombre del pueblo, del "nosotros" que recorre toda la oración, reconoce sin ninguna reserva que Dios los ha tratado bien: el agradecimiento va implícito. Son tres versos en cada uno de los cuales se da un paralelismo estricto y riguroso (a-a', b-b', c-c'): es clara la insistencia ante Dios, el tú al que se dirige la plegaria, en el reconocimiento de sus acciones. Estas pueden referirse a una actuación salvadora concreta en el pasado próximo, quizás la vuelta del exilio, o bien a la forma habitual de actuar de Dios con su pueblo a lo largo de toda la historia: el Señor nos trata bien. El contenido de esa acción se describe casi por fases, como varios momentos –aunque algunos sólo se supongan y otros se mencionen desordenados– de un sólo proceso que ya conocemos: pecado del pueblo, ira de Dios y calamidad consiguiente, arrepentimiento y petición de perdón, Dios calma su furor, cambia la suerte del pueblo (véase Sal 14 7; 126 1) y la desgracia termina.

Pero el salmista –y el pueblo– se encuentran otra vez sumidos en la desgracia. Es curioso que no se mencione el pecado que ha desencadenado de nuevo todo el proceso. Ahora, utilizando también un paralelismo muy marcado, el pueblo suplica la misericordia de Dios: que el Señor calme su ira y los salve. Unas preguntas retóricas dan tono de urgencia a la súplica. El salmista y los fieles conocen las respuestas de antemano, porque tienen experiencia –según aparece en la primera parte del salmo– de que Dios no está "siempre" airado (véase Sal 74 1; 77 8; 79 5) y de que "devuelve la vida" (véase Sal 80 19) y la alegría a su pueblo. La súplica es, pues, urgente, pero absolutamente confiada.

En la tercera parte (sigue el paralelismo insistente) un oráculo divino confirma la esperanza de los fieles: Dios anuncia la paz. Y el salmista y la comunidad ven –confiesan– cómo se hace realidad ese anuncio. La paz es mucho más que el simple perdón. El don de Dios supera las expectativas del hombre: abarca los ámbitos de las relaciones hombre-Dios (amor, salvación, fidelidad, gloria), y de las relaciones entre los hombres (justicia, amor, paz), e incluso el ámbito de la naturaleza (cielo-tierra, lluvia-cosecha). Quizá desde este verso (Sal 85 13) se descubra que la calamidad que aflige al pueblo sea una sequía prolongada (la "tierra" aparece también en Sal 85 2).

Pero más allá de la desgracia concreta y en un horizonte de salvación y restauración mucho más amplio, el autor contempla y describe una especie de cortejo triunfal en el que distintos personajes (personificaciones celestes y terrestres) marchan, salen y se asoman, se encuentran, se abrazan y se besan, acompañan solemnemente al Dios que viene a reunirse y reconciliarse con su pueblo. Todo el cosmos queda englobado en el espléndido cortejo salvador. Porque lo mismo que el pecado rompe la armonía total, humana y cósmica (véase Gn 3; Os 4 1-3), la "paz" de Dios lo restaura todo (véase Os 2 20-25: Sal 67 7; 126). El grito de los ángeles en Belén, *gloria a Dios, paz a los hombres* (Lc 2 14), condensa el salmo y anuncia la llegada definitiva del Dios salvador.

SALMO 86 (85)
Tú, Señor, me ayudas y consuelas

Sal 25 1; 5 2-3; Ap 15 4; Sal 27 11; 34 6; 25 16; Ex 33 6

[1] *Oración de David.*

Inclina tu oído, Señor, escúchame,
que soy humilde y pobre;
[2] guarda mi vida, pues soy un fiel tuyo;
tú eres mi Dios, salva a tu siervo que confía en ti.
[3] Ten piedad de mí, Señor, pues te invoco todo el día;
[4] colma de alegría a tu siervo, pues a ti, Señor, me acojo.
[5] Tú eres, Señor, bueno e indulgente,

eres todo amor para cuantos te invocan.
[6] Escucha mi plegaria, Señor, atiende mi súplica.

[7] Cuando estoy angustiado te invoco y tú me respondes.
[8] No hay ningún Dios como tú, Señor,
ni obras como las tuyas.
[9] Todas las naciones vendrán a postrarse ante ti,
y a dar gloria a tu nombre, Señor mío,
[10] pues tú eres grande y haces maravillas; tú solo eres Dios.
[11] Enséñame tu camino, Señor, para que te sea fiel;
guía mi corazón para que te honre.

[12] Te daré gracias de todo corazón, Señor, Dios mío,
daré gloria a tu nombre por siempre,
[13] pues tu amor hacia mí ha sido grande,
tú me sacaste del fondo del abismo.

[14] Dios mío, gente orgullosa se ha alzado contra mí,
unos insolentes buscan mi muerte, sin contar contigo.
[15] Pero tú, Señor mío, Dios clemente y compasivo,
paciente, lleno de amor y fiel,
[16] vuélvete, ten piedad de mí.
Da fuerza a tu siervo, salva al hijo de tu esclava;
[17] dame una señal de tu bondad,
para que la vean mis adversarios y queden confundidos,
porque tú Señor me ayudas y consuelas.

Salmo de súplica individual, con una estructura muy fluida y con bastantes incertidumbres: súplica (Sal 86 1-6); afirmación de confianza (Sal 86 7-11); promesa de acción de gracias (Sal 86 12-13); súplica confiada (Sal 86 14-17).

El salmo se abre con el comienzo típico de las súplicas –gritos de auxilio– pero en forma casi de letanía, es decir, varios imperativos en demanda de socorro seguidos por sus correspondientes motivaciones: sálvame/por tal motivo, escúchame o atiéndeme/porque sucede tal cosa, ten piedad de mi/porque soy o hago esto o tú eres y haces aquello, etc. La súplica es muy genérica: un peligro o una desgracia sin determinar. Los motivos

son de dos tipos: hacen referencia al salmista o a Dios. El salmista –yo, en primera persona en la oración– aduce como razones para incitar la intervención divina que es pobre y desgraciado, que es un creyente, que es fiel servidor del Señor, que confía en él y a él se acoge, que lo invoca continuamente. Por parte de Dios –tú, en el salmo– el orante presenta como motivos su bondad e indulgencia, su inmensa misericordia, su pronta respuesta a las súplicas angustiadas del propio salmista y de todos los que lo invocan.

Y contemplando a Dios el autor se embebe en la fascinante realidad divina, se olvida de su desgracia y deja volar su pensamiento hacia horizontes más amplios (Sal 86 8-10). Dios no es sólo un dios entre otros: es el gran Dios, el único Dios, que no tiene igual (véase Sal 40 6; 71 19; 97 7-9), que hace maravillas sin cuento (véase Sal 72 18; 77 12-14; 83 19). No es sólo "su" Dios: todos los pueblos y naciones deberán reconocerlo como Dios y Señor, y vendrán a darle gloria y rendirle el homenaje que se merece (véase Sal 96 7-9). ¡Qué fortuna ser siervo de tan gran Señor! Consciente de ello el autor deja escapar una petición espontánea que surge de lo más profundo de su corazón: ¡Señor, ayúdame a seguir siendo adorador tuyo...! (Sal 86 11). Y continúa después expresándole su propósito de darle gracias siempre, de adorarlo y darle gloria como habrán de hacerlo también las naciones (Sal 86 9). Añade además una motivación personal: la ayuda y la salvación recibidas del Señor en los momentos de peligro grave (Sal 86 13).

Esta alusión parece devolverle a su situación concreta. Resulta ser la misma que la del autor del salmo 54, un peligro de muerte a manos de soberbios e insolentes que no se cuidan de Dios (véase Sal 54 5; 10 3-5). Vuelven las súplicas iniciales, precedidas esta vez por la enumeración rápida e intensa de las cualidades divinas que inducen a Dios a actuar y provocan al mismo tiempo la confianza de su fiel: clemencia, compasión, paciencia, misericordia, fidelidad... (véase Sal 103 8; 111 4; 145 8).

La oración se cierra así como comenzó, volviendo sobre sí misma, incluso recogiendo a la letra expresiones del inicio: *tu siervo* (Sal 86 2.4 y 16), *ten piedad de mí* (Sal 86 3 y 16), *salva* (Sal 86 2 y 16). A una última petición *–una señal de tu bondad–* no ya para sí mismo, sino "en atención" a sus adversarios, sigue

un nuevo y final reconocimiento emocionado de la actuación continua de Dios con el salmista, cosa que ya se ha hecho dos veces en el salmo (Sal 86 7.13 y 17).

Un magnífico canto a la fidelidad y bondad de Dios, una espléndida muestra de confianza en él, un estupendo ejemplo de recurso entrañable al Señor: esto es el salmo. El humilde, el que es y se sabe pobre y desvalido, el perseguido, el desgraciado, el "esclavo" (Sal 86 16; véase Sal 116 16), saben a quien pueden acudir en busca de auxilio. El único y soberano Dios y Señor, omnipresente en el salmo (más de 15 veces aparece bajo distintos nombres: Yavé, El, Elohim, Adonai), está también presente siempre que un fiel suyo necesite atención, cuidado, cariño.

SALMO 87 (86)
El Señor ama a Sión

Sal 46; 48; Is 2 2-3; Gal 4 26; Ef 5 22-23

1 *Salmo. Canto de los hijos de Coré.*

Sus cimientos están en el monte santo.
2 El Señor ama las puertas de Sión,
más que todas las moradas de Jacob.
3 Cosas magníficas se dicen de ti, ciudad de Dios:

4 «Contaré a Egipto y a Babilonia entre los que la conocen,
filisteos, tirios y etíopes han nacido allí».
5 Dirán de Sión: «Todos han nacido en ella,
él mismo, el Altísimo, la ha fundado».
6 El Señor inscribe en el registro de los pueblos:
«Este nació allí».
7 Y cantarán y danzarán todos los que viven en ti.

Canto de Sión (véase Sal 46), estructurado en dos partes: Sión, ciudad de Dios (Sal 87 1-3); Sión, madre de los pueblos (Sal 87 4-7).

El poema comienza bruscamente, refiriéndose a una casa o una ciudad –se habla de *cimientos*– cuyo nombre no se mencio-

na. Sonará posteriormente y de pasada *–las puertas de Sión–* entre varias notas que ayudan a identificarla y que son, al mismo tiempo, como piropos que se le dedican movidos por la admiración y el cariño: está en el Monte Santo, el Señor la ama, se le dicen o se dicen de ella cosas gloriosas, es la Ciudad de Dios. Su categoría, su carácter absolutamente especial, le viene precisamente de la relación que Dios tiene con ella, lo que la hace ciudad sagrada, encumbrada sobre todas las moradas humanas, sobre todas las demás ciudades de Israel y de la tierra entera (véase Sal 48; 68 17; 76 2-3; 78 54.68; 102 14-15; 122; 132 13-15; 137).

Ella es también madre fecundísima de todos los fieles del Señor. Fundada por el Altísimo y amada por él, tiene capacidad para engendrar hijos e hijas innumerables, incluso oriundos de otros países, a los que –¿por adopción?– se pueden llamar *nacidos en ella*. Ese nacimiento de ella y en ella es la condición que Dios pone, o el hecho incuestionable que él mismo tiene que reconocer, para considerar a alguien como fiel suyo.

La perspectiva se abre de repente a un horizonte universalista no demasiado normal, más bien lo contrario, en el Antiguo Testamento. Contados autores y textos poseen algo de ese carácter universal (véase, por ejemplo, Is 2 2-3; 19 23-25; 66 18ss). La relación de nacimiento con Sión, es decir, la plena ciudadanía en ella, borra las diferencias de raza, de cultura y lengua, de religión: filisteos, tirios y etíopes se convierten en hermanos, e incluso en hermanos –hijos de la misma madre– de los israelitas, con quienes han mantenido hostilidades seculares. Borra hasta unos orígenes tan marcados por la maldad y la impureza como los de Egipto y Babilonia (literalmente "Rahab" y "Babel"), personificaciones de todas las violencias, de todas la brutalidades, de todas las opresiones humanas, y enemigos ancestrales de Israel (¡y del mismo Dios!). El Señor omnipotente, que lleva el registro de los pueblos, los inscribe como fieles suyos, nacidos en su ciudad.

La fiesta final, con danzas y cantos, es la explosión de júbilo universal que celebra las buenas noticias que se anuncian a Jerusalén y en ella se cumplen: su espléndida maternidad universal, su simbólica capacidad –fuentes y manantiales (véase Sal 46 5)– para calmar la sed de salvación de todos los seres humanos sin distinción.

El salmo, en la perspectiva del Nuevo Testamento, es perfectamente aplicable a la Iglesia. Toda la salvación viene por ella y de ella, cuerpo y esposa de Cristo. Ella engendra en la fuente del bautismo hijos e hijas de todas las naciones, de todos los orígenes, a lo largo de todos los siglos; hijos e hijas que son inscritos por Dios como fieles propios, como hijos en su Hijo, como ciudadanos de pleno derecho de su Reino (véase Ef 2 12-19; 5 22-23; Gal 4 26). Por eso y al mismo tiempo, esta Iglesia que es Madre universal, tiene que ser instrumento de fraternidad humana también universal.

SALMO 88 (87)
Mi vida está al borde del abismo

Job 10 15; 17 1; Sal 38 12; Lam 3 7; Job 17 13-14

[1] *Canto. Salmo de los hijos de Coré. Del maestro de coro. Para la enfermedad; para la aflicción. Oda de Hemán el ezraita.*

[2] Señor, Dios salvador mío, de día y de noche te grito:
[3] llegue hasta ti mi súplica, inclina tu oído a mi clamor.

[4] Porque estoy harto de calamidades,
y mi vida está al borde del abismo;
[5] me cuentan ya entre los que bajan a la fosa,
me he convertido en un hombre sin fuerzas.
[6] Tengo mi lecho entre los muertos,
como los que yacen en la tumba,
de los que tú ya no te acuerdas,
porque han sido arrancados de tu mano.
[7] Me has echado en lo hondo de la fosa,
en las tinieblas más profundas;
[8] tu ira pesa sobre mí, me oprimes con tu furor.
[9] Has alejado de mí a mis conocidos,
me has hecho insoportable para ellos.
Soy como un preso que no puede escapar;
[10] los ojos se me nublan de pena.

Todo el día te estoy invocando, Señor,
y tiendo mis manos hacia ti.
11 «¿Harás maravillas en favor de los muertos?
¿Se alzarán las sombras para darte gracias?
12 ¿Se proclama tu amor en la tumba,
o tu fidelidad en el reino de la muerte?
13 ¿Se conocen en las tinieblas tus maravillas,
o tu salvación en la tierra del olvido?».

14 Pero yo te pido auxilio, Señor,
por la mañana irá a tu encuentro mi súplica.
15 ¿Por qué me rechazas, Señor, y me ocultas tu rostro?
16 Desde la infancia soy un desgraciado y un enfermo,
he soportado tus espantos y ya no puedo más;
17 tu furia ha pasado sobre mí,
y tus terrores me han aniquilado,
18 me envuelven como el agua todo el día,
me ahogan todos a la vez.
19 Y tú alejas de mí a mis amigos y conocidos,
¡las tinieblas son mi compañía!

Salmo de lamentación y súplica, estructurado en cuatro partes: invocación inicial (Sal 88 2-3); situación del salmista (Sal 88 4-10a); interpelación a Dios (Sal 88 10b-13); nueva súplica con descripción de la situación (Sal 88 14-19).

Este salmo es una súplica descarnada y patética, quizá la más desconsolada de todo el salterio. Según su encabezamiento es una oración "para la enfermedad" y, en efecto, refleja la angustiosa situación de un enfermo grave que se encuentra al límite de sus fuerzas tanto físicas como espirituales. En el Antiguo Testamento la enfermedad se atribuye normalmente a la ira de Dios, provocada por los pecados del hombre (véase, por ejemplo, Sal 38 2-9) pero en este caso no existe la más mínima alusión a la propia culpabilidad (Sal 88 8.17). Es más, el salmista parece ser inocente y, por tanto, no entender la razón de sus sufrimientos: Dios, así lo ve el enfermo, se está ensañando con él injusta y arbi-

trariamente (Sal 88 15). Siendo esto así, nuestro orante podría ser Job (véase Job 10; 16).

A pesar de todo, este hombre se dirige a Dios y le suplica desesperadamente dos cosas: que lo auxilie y que le de a conocer los motivos de su cólera. En su oración describe amarga y crudamente las circunstancias en que se encuentra, utilizando imágenes conocidas: está *al borde del abismo*, es decir, del "sheol" o morada de los muertos, sin vigor ninguno, hundido en una fosa profunda y oscura, olvidado de Dios y desahuciado por los hombres como si ya fuese un cadáver, despreciado y abandonado por todos –¿será la suya una enfermedad contagiosa?–, encerrado, impotente y consumiéndose de dolor (Sal 88 4-10). Y ha sido el mismo Dios quien lo ha colocado en esa situación. El salmista pasa imperceptiblemente de las imágenes a la realidad, mezclando elementos de ambas en su descripción.

Una brevísima frase de súplica da paso a los "motivos de persuasión" (véase Introducción): Dios tiene que intervenir porque si el enfermo muere va a dejar de alabar al Señor, pues en el reino de la muerte ya nadie se acuerda de Dios –lo mismo que Dios se olvida de los que yacen en ese "abismo"– (Sal 88 6; véase Sal 6 6; 30 10; etc.). Este motivo tópico es expuesto vigorosamente por medio de una serie de preguntas retóricas en las que la muerte aparece con distintas imágenes: las sombras, la tumba, el reino de la muerte, las tinieblas, la tierra del olvido (Sal 88 11-13).

El enfermo repite su apremiante súplica (Sal 88 14) y lanza la terrible pregunta: ¿Por qué? (Sal 88 15). Inmediatamente vuelve a su situación y recuerda abrumado que ésta no es sino el final de una larga cadena de penas, enfermedades y dolores que lo atormentan desde su infancia y que lo han agotado ya. En realidad –lo expresa de nuevo– es Dios quien lo atormenta, quien lo "ahoga", quien lo aterroriza. El final es trágico: un ser humano enfermo, solo, abandonado, con las tinieblas como única compañía.

Lo tremendo de este salmo es que no se percibe en él ningún atisbo de respuesta por parte de Dios. El grito del hombre enfermo, de la humanidad sufriente y rendida, parece perderse en el vacío: ¿habrá alguien que escuche? El misterio del mal y del dolor se muestra con toda su fuerza y queda sin respuesta. Sólo la esperanza "a pulso" de que Dios actúe, el Dios "de mi salvación" (Sal 88 2), sostiene a este hombre desesperado.

Afortunadamente no es el único "enfermo" que aparece en la Escritura. En el caso de Job se descubre al final que Dios sí escucha y sí responde (véase Job 38-42). En el caso de Cristo –*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* (Mt 27 46)– se descubre que Dios, Dios Padre, sí escucha y no deja a su fiel abandonado en el abismo (véase también Sal 16 10-11).

SALMO 89 (88)
Anunciaré por siempre tu amor y tu fidelidad

Sal 24 1-2; Ex 34 6-7; 2 Sm 7; Ap 1 5; Jr 33 20-21; Sal 80 13-14

1 *Oda de Etán, el ezraita.*

2 Cantaré eternamente el amor del Señor,
anunciaré por siempre tu fidelidad.
3 Proclamaré que tu amor está asentado para siempre,
que tu fidelidad está establecida en los cielos.
4 He sellado una alianza con mi elegido,
he jurado a mi siervo David:
5 «Estableceré tu linaje para siempre,
asentaré tu trono por todas las edades».

6 Señor, los cielos proclaman tus maravillas,
y tu fidelidad la asamblea de los santos.
7 ¿Quién puede compararse al Señor sobre las nubes?
¿Quién como el Señor entre los dioses?
8 Dios es temible en la asamblea de los santos,
grande y temible para todo su cortejo.
9 Señor, Dios todopoderoso, ¿quién como tú?
Eres poderoso y te rodea tu fidelidad.
10 Tú dominas el orgullo del mar,
y amansas sus olas embravecidas.
11 Tú destrozaste el cadáver de Rahab,
con tu potente brazo desbarataste a tus enemigos.
12 Tuyo es el cielo, tuya es la tierra,
tú has formado el orbe y cuanto hay en él;
13 tú creaste el norte y el sur,

el Tabor y el Hermón aclaman tu nombre.
[14] Posees un brazo poderoso,
fuerte es tu mano, augusta tu derecha;
[15] la justicia y el derecho sostienen tu trono,
el amor y la fidelidad están delante de ti.
[16] Dichoso el pueblo que sabe aclamarte,
caminará a la luz de tu rostro, Señor;
[17] todo el día se gozan en tu nombre,
se alegran por tu fuerza salvadora.
[18] Pues tú eres su esplendor y su potencia,
y con tu favor nos haces triunfar.
[19] El Señor es nuestro escudo, el Santo de Israel nuestro rey.

[20] Una vez tú hablaste en visión, y dijiste a tus fieles:
«He coronado como rey a un guerrero,
he puesto sobre el trono a un elegido del pueblo,
[21] he hallado a mi siervo David,
y lo he ungido con mi óleo santo;
[22] mi mano estará siempre con él, mi brazo lo fortalecerá.
[23] No lo sorprenderá el enemigo,
ni el perverso podrá humillarlo;
[24] machacaré a sus adversarios, heriré a los que lo odian.
[25] Mi fidelidad y mi amor estarán con él,
en mi nombre triunfará.
[26] Le he entregado el mar y los ríos.
[27] El me dirá: «Tú eres mi padre,
mi Dios, la roca que me salva».
[28] Y yo lo constituiré primogénito mío,
el más grande entre los reyes de la tierra.
[29] Mi amor hacia él será eterno, y mi alianza con él, firme;
[30] haré eterno su linaje, y su trono durará como el cielo.
[31] Si sus hijos abandonan mi ley y no siguen mis preceptos,
[32] si violan mis órdenes, y no guardan mis mandamientos,
[33] castigaré su transgresión con la vara,
y sus culpas con el látigo.
[34] Pero a él no le retiraré mi amor, ni le faltará mi fidelidad.
[35] No violaré mi alianza, ni me retractaré de la palabra dada.

[36] Una vez lo juré por mi santidad y no voy a mentir a David.
[37] Su linaje será eterno; su trono como el sol en mi presencia,
[38] como la luna, testigo fiel y permanente en el cielo».

[39] Pero tú has rechazado y reprobado a tu ungido,
y te has encolerizado contra él;
[40] has roto la alianza con tu siervo,
has echado por tierra y profanado su corona.
[41] Has derruido todas sus murallas,
has convertido en ruinas sus plazas fuertes;
[42] la han saqueado todos los transeúntes,
se convirtió en la irrisión de sus vecinos.
[43] Has dado la victoria a sus adversarios,
has llenado de alegría a todos sus enemigos;
[44] hiciste que se embotase el filo de su espada,
y no lo sostuviste en el combate.
[45] Acabaste con su esplendor y arrojaste su trono por tierra;
[46] acortaste su juventud y lo cubriste de ignominia.
[47] ¿Hasta cuándo, Señor, seguirás ocultándote?
¿Hasta cuándo va a arder como fuego tu furor?
[48] Acuérdate de cuán breve es la vida,
y de lo caducos que hiciste a los mortales.
[49] ¿Quién podrá vivir sin que le llegue la muerte?
¿Quién librará su vida de las garras del abismo?
[50] ¿Dónde está, Señor mío, tu amor de antaño,
dónde la fidelidad que juraste a David?
[51] Acuérdate, Señor mío, de las afrentas de tu siervo;
en mi pecho aguanto todos los ultrajes de los pueblos,
[52] con los que tus enemigos, Señor, afrentan a tu ungido.

* * *

[53] ¡Bendito sea el Señor por siempre! ¡Amén, amén!

Salmo mixto, compuesto por un himno (Sal 89 6-19); por un oráculo mesiánico (Sal 89 20-38); y por una súplica en favor del

rey (Sal 89 39-52). Todo el conjunto va precedido de una introducción (Sal 89 2-5). El último verso (Sal 89 53) es la doxología que cierra el tercer libro de los salmos (véase Introducción).

A pesar de la aparente diversidad de sus elementos, el salmo tiene un tema único y principal: el amor fiel y leal de Dios (Sal 89 3.15.25.29. 34.50) tanto en la creación y en la historia del pueblo como en la elección de David y en la "alianza" con él. El tema único aparece ya en la introducción (Sal 89 2-5), que funciona como una obertura en la que se anuncian el tema y sus variaciones. El salmista proclama en ella su intención de alabar eternamente la bondad y la fidelidad del Señor, con una alusión al ámbito celeste *–establecida en los cielos–*, y desde ese ámbito parece irrumpir brusca e inesperadamente el mismo Dios refiriéndose al juramento que hizo a David.

La primera "variación" ocupa los versos de la parte hímnica del Salmo (Sal 89 6-19). El autor describe, y se une, a la alabanza que los mismos cielos (véase Sal 19 2) y la asamblea de los santos o corte celeste hacen del poder portentoso y de la fidelidad de Dios: el Señor es fiel, todopoderoso, único, no tiene rival ni nadie que se le pueda comparar (véase Sal 18 32; 77 14; 86 8-10). Estos atributos o cualidades divinas se muestran en la obra creadora y en el señorío absoluto y universal de Dios sobre toda la creación –y la historia–, señorío que se describe con imágenes de resonancias míticas: la victoria sobre el caos (mar embravecido, Rahab o monstruo marino mitológico y primordial: véase Sal 77 17) y el establecimiento de los puntos cardinales y de los grandes montes –se mencionan sólo dos en representación de toda la tierra– que aclaman, como los cielos, la gloria de su Creador. El pueblo de Israel, que también aclama al Señor, se beneficia de ese poder divino y de su especial elección y, a lo largo de la historia, experimenta la ayuda de Dios que lo hace triunfar (literalmente "levantar la frente" o "el cuerno": véase Sal 89 18; véase Sal 89 25; 75 5-6; 92 11; 112 9; 148 14) sobre los enemigos y sobre toda suerte de dificultades. La afirmación de la realeza de Dios (Sal 89 19) sirve de transición a la segunda parte.

Dios ha vuelto a mostrar su lealtad y su fidelidad en la elección de David y en su alianza con él (Sal 89 20-38). El salmista recrea y amplía el famoso "oráculo de Natán" (2 Sm 7). En este

salmo la promesa de asistencia y de favor eterno a David y a su dinastía está incondicionada, lo contrario de lo que sucede en Sal 132, donde se dice que el cumplimiento de la ley es la condición indispensable para que se mantenga el apoyo de Dios al trono davídico. El motivo de la presente "incondicionalidad" hay que encontrarlo –dice el autor– en la fidelidad de Dios a sí mismo y a su palabra y en su propia y esencial necesidad de veracidad, es decir, de no mentir a nadie, y mucho menos a su siervo David.

Pero de pronto se produce un quiebro en el salmo. Parece que una calamidad histórica –no sabemos cuál– pone en cuestión ese amor fiel de Dios tan firmemente establecido y alabado hasta este momento. Los enemigos han derrotado a David –a alguno de sus descendientes– y han asolado su territorio, en contra del juramento divino (Sal 89 40-44; véase 89 22-25). La derrota y la ignominia consiguiente han abrumado de tal modo al *ungido* del Señor que parecen haberlo hecho envejecer prematuramente o incluso haber truncado demasiado temprano su vida (Sal 89 46). El salmista no encuentra explicación a esta conducta divina, pero no pregunta las razones (o quizá las conoce y las haya sugerido en Sal 89 31-33), sino el plazo de tiempo que va a durar esta situación causada por la cólera –¿inmotivada?– de Dios. Para acortar dicho plazo pretende conmover al Señor recordándole la brevedad de la vida humana (véase Sal 39 6-7; 90 6ss; 102 12; 144 4) y, en concreto, de la del rey; le recuerda también el juramento de fidelidad a David ya tan mencionado, cantado y alabado en el salmo, quizá para contraponerlo con la situación histórica actual y para mover a Dios a actuar. La súplica final por el rey ultrajado, ultrajes que el salmista (¿podría ser el mismo rey?) lleva en su pecho, cierra dolorosamente esta oración que había comenzado con tonos de gozoso himno.

Cuando las circunstancias históricas parecen contradecir las promesas divinas, cuando su presencia y su ayuda se ocultan y nos creemos dejados de la mano de Dios, el recuerdo y la alabanza de sus intervenciones pasadas y de su eterna fidelidad deben animar nuestros corazones creyentes e iluminar de esperanza nuestras súplicas: la queja del Señor en la cruz sobre el abandono del Padre queda en la sombra ante la certeza de la asistencia divina: *Padre, a tus manos confío mi espíritu* (Lc 23 46; véase Sal 31).

SALMO 90 (89)
Señor, tú has sido nuestro refugio

Gn 3 19; 2 Pe 3 8; Is 40 6-7; Job 14 1-2; Ecl 12 1-7

1 *Oración de Moisés, hombre de Dios.*

Señor, tú has sido nuestro refugio
de generación en generación.

2 Antes de que nacieran las montañas,
o fuera engendrado el orbe de la tierra,
desde siempre y para siempre tú eres Dios.
3 Tú haces que el hombre vuelva al polvo,
diciendo: «¡Retornad, hijos de Adán!»
4 Porque mil años son para ti como un día,
un ayer que ya pasó, una hora de la noche.
5 Los arrebatas, son como un sueño,
como la hierba que brota por la mañana:
6 brota y florece por la mañana,
y por la tarde ya está marchita y seca.

7 Porque tu ira nos ha consumido,
tu indignación nos ha trastornado.
8 Has puesto nuestras culpas ante ti,
nuestros secretos a la luz de tu mirada;
9 todos nuestros días fenecen bajo tu cólera,
como un suspiro se acaban nuestros años.
10 Setenta años dura nuestra vida,
y hasta ochenta llegan los más fuertes;
pero sus afanes son fatiga inútil,
pues pasan pronto, y nosotros nos desvanecemos.
11 ¿Quién conoce la potencia de tu ira?
¿quién ha visto la vehemencia de tu cólera?

12 Enséñanos a calcular nuestros días,
para que adquiramos un corazón sabio.
13 ¿Cuánto tardarás, Señor, en volverte hacia nosotros?
Ten compasión de tus siervos.
14 Sácianos de tu amor por la mañana,

para que vivamos con alegría y júbilo.
[15] Alégranos tantos días como nos afligiste,
tantos años como conocimos desgracias.
[16] Que tus siervos veamos tus acciones,
y tus hijos contemplen tu esplendor.
[17] Que descienda sobre nosotros
la bondad del Señor, nuestro Dios.
Da éxito a todo cuanto hagamos.
Sí, da éxito a todo cuanto hagamos.

Salmo de lamentación y súplica, con cierto regusto sapiencial. Después de una breve introducción de tono hímnico (Sal 90 1), sigue una meditación sobre la eternidad de Dios y la caducidad de la vida (Sal 90 2-11) y una súplica (Sal 90 12-17).

Este es uno de los pocos salmos que se ocupan de una cuestión de antropología. En este caso se trata de la caducidad y precariedad esencial del ser humano. Ante Dios –que es el "tú" presente en el salmo desde el primer verso– el autor reflexiona sobre ese tema serenamente, aunque con un punto de amargura y casi de fatalismo, que va a desembocar en una súplica confiada. Comienza fijándose en que a lo largo de los siglos Dios ha sido refugio del pueblo, lo cual constituye ya una motivación para la súplica final. Pero incluso antes de esos siglos y generaciones, antes de la misma creación, *desde siempre*, el Señor existe y es Dios. En contraste, y como para mover a Dios a compasión, el autor subraya la caducidad humana en dos aspectos. Primero por naturaleza: el hombre es constitutivamente polvo, y volver al polvo es su destino por una orden de Dios (Sal 90 3; véase Gn 2 7; 3 19; Eclo 14 17-18; 41 4). Además, mientras que para el Señor mil años son como un día, para el ser humano toda su vida no es más que un sueño, una vigilia –una tercera parte– de la noche, un efímero florecer como el de la hierba del campo (véase Sal 103 15-16; 37 2; 129 6).

También el Sal 8 partía del contraste entre la soberana majestad de Dios y la pequeñez humana. Pero en aquel himno el autor reconocía a renglón seguido, admirado y agradecido, que esa pequeñez era sólo aparente porque el hombre tenía en realidad

categoría casi divina, mientras que en el presente salmo se contesta como en Sal 144 4 con la constatación apesadumbrada de la infinita distancia entre hombre y Dios, entre su eternidad y nuestra existencia fugaz: ¿Qué es el hombre? Un soplo, una sombra que no deja huella (véase Sal 39 6-7; Eclo 18 8-10).

El segundo aspecto es el de que esa existencia fugaz se debe no sólo a causas "naturales", sino también a factores históricos, es decir, a las propias culpas del hombre que desatan la cólera divina y le hacen acortar la vida de su criatura (Sal 90 7-11; véase Gn 3 19; 6 3). A la brevedad existencial se une el fracaso y la inutilidad de los esfuerzos que se hacen a lo largo de esa vida (Sal 90 10), como subrayará insistentemente el libro del Eclesiastés (véase, por ejemplo, sólo el comienzo: Ecl 1-2; véase también el ya citado Sal 39 7).

El salmista pasa entonces a la súplica. Como acepta, en principio, que el hombre es caduco y que su existencia termina en la muerte, pide a Dios que la consideración de esa caducidad nos haga ser sensatos (Sal 90 12; véase Sal 39 5), es decir, nos enseñe a vivir esos pocos años al menos sin incurrir en la ira divina para no verlos aún más abreviados. No se acepta, en cambio, que la vida sea una continua frustración: Dios puede llenarla de éxitos y satisfacciones, lo que serviría para compensar de alguna forma su brevedad y sus tribulaciones. El autor eleva su petición insistente y confiada al Señor (Sal 90 13-17): de ahora en adelante, desde *por la mañana* (Sal 90 14), en la aurora misma de este nuevo tiempo que nos concedes, llénanos de alegría, muestra tu esplendor dando éxito a nuestras acciones como sólo tú puedes y sabes hacerlo, porque *la felicidad consiste en (...) disfrutar de todo el trabajo que se hace bajo el sol, durante los días de vida que Dios da al hombre... Si Dios da a cada hombre bienes y riquezas y le permite comer de ellas, tomarse su parte y disfrutar de su trabajo, es un don de Dios. Porque no pensará mucho en la brevedad de su vida, si Dios le llena de alegría el corazón* (Ecl 5 18-19).

Pobre y mínima compensación, por cierto, si lo contemplamos desde la óptica cristiana: la resurrección de Cristo –y la nuestra con él– sí que significa el éxito pleno de la vida y los esfuerzos humanos y la respuesta definitiva a los sinsabores, sufrimientos y fracasos de esta frágil existencia: Cristo en la cruz, entre las

burlas de las gentes y los desprecios de sus contemporáneos, constituye el mayor signo de triunfo sobre la caducidad humana y el pecado que la produce. Sentirse frágil, ver que "no somos nadie", constatar que la vida se nos escapa entre las manos, ni nos mueve a rebelión ni nos hace caer en la resignación amargada... Dios dará éxito a las obras de nuestras manos y colmará nuestros días de la alegría de su salvación plena.

SALMO 91 (90)
Al abrigo del Altísimo, a la sombra del Poderoso

Job 5 19-22; Mt 4 6; Lc 10 19

1 Tú que vives al abrigo del Altísimo,
y habitas a la sombra del Poderoso,
2 di al Señor: «Refugio y fortaleza mía,
Dios mío, en ti confío».

3 El te librará de la red del cazador,
y de la peste mortal;
4 Te cubrirá con sus plumas,
y hallarás refugio bajo sus alas,
su brazo será escudo y coraza.
5 No temerás los terrores de la noche,
ni la saeta que vuela de día,
6 ni la peste que avanza en las tinieblas,
ni la plaga que arrasa al mediodía.
7 Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu derecha,
pero a ti ningún mal te alcanzará.
8 Con sólo abrir los ojos
verás el castigo de los malvados,
9 porque hiciste del Señor tu refugio
y del Altísimo tu defensa.
10 No te alcanzará la desgracia,
ni la plaga rondará tu tienda,
11 porque ha ordenado a sus ángeles
que te protejan en todos tus caminos.

[12] Ellos te llevarán sobre sus palmas,
para que tu pie no tropiece en la piedra;
[13] caminarás sobre áspides y víboras,
pisarás leones y dragones.

[14] Lo libraré, porque se acogió a mí,
lo protegeré, pues conoce mi nombre;
[15] me llamará y yo responderé,
estaré a su lado en la desgracia,
lo libraré y lo colmaré de gloria;
[16] le haré disfrutar de larga vida,
y le mostraré mi salvación.

Salmo de confianza con oráculo de salvación estructurado en tres partes: exhortación (Sal 91 1-2); promesas de asistencia y protección (Sal 91 3-13); oráculo divino (Sal 91 14-16).

Es un salmo un poco particular porque no es el salmista el que ora, sino que exhorta a un oyente a que lo haga y a que exprese en su oración una actitud vital –previa– de confianza absoluta en el Señor. A esa actitud es a la que en realidad está invitando a su interlocutor. A éste, que permanece mudo durante todo el salmo, lo conocemos por las referencias que nos dan tanto el salmista como el mismo Dios. Es un creyente que real y/o figuradamente vive ya en la cercanía de Dios –a su amparo, a su sombra– expresiones conocidas para referirse al templo y –más ampliamente– a la proximidad de fe y de corazón con el Señor, en quien confía y a quien recurre (Sal 91 1 y 9).

El salmista le pondera, quizá para reafirmarlo en su actitud, las ventajas que su opción implica: Dios le protegerá de toda clase de males con su fidelidad, descrita militarmente como *escudo y coraza* del justo. Este se encontrará siempre a salvo, abrigado bajo las plumas, bajo las alas de Dios (véase Sal 17 8; 36 8; 57 2; 61 5; 63 8). Para referirse a los males se usan imágenes variadas y muy ricas. Imágenes de caza: la saeta, la red del cazador, que esconde tras de sí a los enemigos; de enfermedades: peste, plagas, epidemias; de otras desgracias: terrores indefinidos, diurnos y nocturnos, que la mentalidad popular revestía de carácter

mitológico o atribuía a maleficios, o a espíritus malignos (Sal 91 5-6; véase Sal 121 6). Se llega a utilizar, como en el Sal 27, el recurso a un caso límite, hiperbólico: mil o diez mil caídos alrededor del justo, en batalla o por epidemia, sin que a él le suceda nada (Sal 91 7; véase Sal 27, 3 y 10; 3 7). Aparecen inesperadamente los malvados –su suerte será terrible y no podrán nada contra el justo–, y una serie de animales reales (o figura de otros peligros) de los que el que confía en el Señor escapará indemne y a los que vencerá y someterá fácilmente (Sal 91 13). Y se menciona también a los ángeles, enviados por Dios para proteger a su fiel como llevándolo en volandas, para evitar incluso los tropiezos con las piedras del camino (véase Sal 34 8).

La descripción a la que se ha entregado el autor ha sido extensa y abundante. Pero por si fuera poco, el Señor, por medio de un oráculo, reafirma las palabras del salmista y promete solemnemente hacer lo que éste ha expresado y por las razones que ha mencionado: porque me conoce y me ama, lo protegeré y, aún más, le responderé, lo honraré, le daré vida larga y le haré experimentar mi salvación. ¿Qué más puede desear el justo?

Convencimiento sobre convencimiento: el fiel destinatario del salmo ya confía en Dios y se refugia en él. El salmista, ratificándolo en su actitud, lo invita a hacer lo que ya está haciendo, y le recuerda los beneficios de esa postura, beneficios que ya conoce y ha experimentado su oyente. Y al final el mismo Dios lo confirma todo y se compromete solemnemente. El salmo resulta así una magnífica y convincente exposición del axioma tradicional sobre la retribución: al justo le va bien porque Dios se encarga de ello. Ese Dios que es llamado Altísimo, Omnipotente, Señor y Dios mío, al principio y a la mitad del salmo, nombres y títulos que provocan y refuerzan la confianza en él.

En el episodio de las tentaciones de Jesús (véase Mt 4 6 y par) se utiliza Sal 91 11-12. Sería malentender estas palabras del salmo utilizarlas como base para condicionar nuestra confianza en Dios a sus manifestaciones excepcionales o creer que se puede poner esa ayuda de Dios al servicio de intereses propios y egoístas. De todas formas los discípulos de Cristo pueden contar con esa ayuda y protección, que él les prometió con una de las imágenes de este salmo (véase Lc 10 19).

SALMO 92 (91)
Es bueno dar gracias al Señor

Sal 33 1-3; 8; 37 35-36; 1 3; 52 10

1 *Salmo; canto para el sábado.*

2 ¡Qué bueno es dar gracias al Señor,
y cantar en tu honor, Altísimo!
3 Publicar tu amor por la mañana,
y tu fidelidad en las vigilias de la noche,
4 al son de la lira de diez cuerdas,
con la melodía del arpa y del laúd.
5 Tú me alegras, Señor, con tus acciones,
y canto jubiloso por la obra de tus manos.

6 ¡Qué grandes son tus obras, Señor,
qué profundos tus designios!
7 El necio no los entiende,
el insensato no los comprende.
8 Aunque broten los malvados como hierba,
y florezcan los malhechores,
serán exterminados para siempre.
9 Mas tú, Señor, eres excelso por los siglos.
10 Porque mueren, Señor, tus enemigos,
y perecen todos los malhechores.
11 Pero a mí me das la fuerza de un búfalo,
y derramas sobre mí aceite nuevo.
12 Mis ojos verán caer a los que me acechan,
y mis oídos oirán hablar de los que me atacan.

13 El justo florecerá como una palmera,
crecerá como cedro del Líbano.
14 Plantados en la casa del Señor,
florecerán en el santuario de nuestro Dios.
15 Aún en la vejez seguirán dando fruto,
conservarán su verdor y lozanía,
16 para anunciar cuán recto es el Señor,
mi roca, en quien no hay engaño.

Himno individual de acción de gracias con motivos sapienciales. Su estructura comprende tres partes: introducción hímnica (Sal 92 2-5); cuerpo del himno: contraste entre los malvados y el salmista (Sal 92 6-12); y final: recompensa de los justos (Sal 92 13-16).

Aunque lo clasifiquemos como un himno, este salmo tiene mucho de reflexión sapiencial sobre los designios de amor y de bondad de Dios, designios divinos siempre misteriosos y profundos y, en el tema de la retribución, particularmente difíciles (Sal 96 6; véase 73 16). El necio no los comprende, se deja confundir por las apariencias; el creyente fiel a su fe sí entiende esos planes divinos. Por ellos, y por las maravillosas acciones que de ellos surgen, se alegra, da gracias a Dios, lo alaba continuamente *–por la mañana... en las vigilas de la noche* (Sal 92 3)–, con cantos e instrumentos musicales, deleitándose en ello con verdadero placer y gozo (Sal 92 2-5; véase 33 1-3; 147 1). Notemos de paso que el autor puede estar refiriéndose a la alabanza litúrgica (sacrificios matutino y vespertino, instrumentos litúrgicos: véase Nm 28 4; Sal 141 2), en cuyo caso es posible que el autor sea un levita, que habita en el templo, como se dirá más tarde del justo (Sal 92 14).

El problema de la retribución, de la recompensa de buenos y malos, y el conflicto espiritual que provoca la prosperidad de éstos últimos ya se ha planteado en otros salmos (véase Sal 37; 49; 73). Muchos fieles parecen haberse escandalizado e impacientado ante el aparente contrasentido que significa el triunfo y la fortuna de los pecadores en un mundo teóricamente gobernado por un Dios justo (véase Sal 37 1.7-8; 49 17; 73 2-3). Nuestro salmista, en cambio, no se deja impresionar y afirma enérgicamente que sólo los necios no comprenden la forma de actuar de Dios (véase Sal 73 22). Aunque los malvados se multipliquen y florezcan, su fracaso trágico y su rápido final están ineludiblemente decretados (Sal 92 8-10), en fuerte contraste con la suerte que los designios de amor de Dios reservan a los justos y que el salmista traduce a su destino personal: los malvados, los enemigos de Dios (Sal 92 10), son ahora "mis" enemigos, los que "me"

atacan (Sal 92 12). Así se descubre que el problema planteado no es sólo de teología teórica, sino que responde a la experiencia vital del autor (Sal 92 11-12). La imagen del búfalo –fuerza, vigor– es conocida (véase Sal 75 15; 89 18). La del aceite nuevo representa la atención de Dios con el salmista como con un huésped respetado y querido (véase Sal 23 5), la unción de la victoria y el triunfo (véase Sal 45 8) o simplemente la flexibilidad para el combate del cuerpo recubierto de aceite.

Hasta este momento el salmista se ha dirigido a Dios, su interlocutor. Ahora (Sal 92 13-16), vuelto al ámbito general y hablando al pueblo o a la comunidad de los fieles, se reafirma en sus certezas e intenta consolidar la confianza de sus oyentes en "nuestro" Dios (Sal 92 14). Utilizando el símil conocido del árbol firmemente enraizado, siempre verde y frondoso, de perenne lozanía y fruto constante (Sal 92 13-15; véase Sal 1 3; 37 2.35; 52 10; 90 5-6), habla de la recompensa del justo, de su vida larga, de su vigor inquebrantable, de su íntima relación con el templo y de la alabanza incesante al Señor, que no engaña, que es fiel y fidedigno, cuya lealtad es firme como una roca –*mi roca*– y cuyos designios de amor se cumplen indefectiblemente.

Quizá nos parezcan demasiado fuertes las afirmaciones del salmista sobre la "recompensa" que Dios reserva a los malvados, pero en un horizonte de retribución exclusivamente intramundana no puede ser de otra forma.

En cuanto al premio final de los justos, la misma certidumbre y alegría– del salmista la podemos experimentar nosotros y aún más profunda ante la mayor amplitud de horizontes que la resurrección de Cristo abre ante nosotros. ¿Qué no tendremos que decir sobre lo bueno que es dar gracias a Dios y cantar en su honor? ¿Qué esfuerzos no deberemos hacer para anunciar exultantes de gozo su amor y su fidelidad, y el cumplimiento fiel y sobreabundante de todas sus promesas? ¿O seremos "necios" que no entienden, como lo fueron a veces los mismos discípulos de Cristo (véase Mc 8 17-18; Lc 24 25)?

SALMO 93 (92)
El Señor es rey, está ceñido de poder

Sal 97 1; 96 10; Job 7 12

[1] El Señor es rey; está vestido de esplendor;
el Señor, está vestido y ceñido de poder;
firme e inconmovible está la tierra.
[2] Tu trono está firme desde siempre,
tú existes desde la eternidad.

[3] Levantan los ríos, Señor, su clamor y su fragor;
[4] pero más que el clamor de las aguas caudalosas,
más fuerte que el oleaje del océano,
más fuerte en el cielo es el Señor.

[5] Tus mandamientos son inmutables, Señor,
la santidad adorna tu templo por años sin fin.

Himno a la realeza de Dios, estructurado en tres partes: Dios, rey del mundo (Sal 93 1-2); triunfo sobre el caos (Sal 93 3-4); los mandamientos y el templo (Sal 93 5).

Dios es rey. El autor lo ve sentado majestuosamente en su trono eterno e inamovible, vestido con la túnica real de esplendor y poder (véase Sal 11 4; 29 2.10; 104 1-3). Desde allí proporciona a la tierra la firmeza que poseen su trono y su mismo ser (véase Sal 96 10; 104 5). Después, de repente, el poeta oye el fragor de las aguas torrenciales o del oleaje del mar embravecido y los identifica con los poderes hostiles de todo género que intentan sumir de nuevo la naturaleza y la historia en el abismo del caos primigenio (véase Gn 1 2). Pero Dios vence al caos con su poder creador y sostenedor. La tierra –y todo lo que implica– permanece firme. Y el salmista asocia: igualmente son firmes e inmutables los mandamientos de Dios, que regulan el orden entre los hombres y vencen el caos del pecado y de la injusticia; igualmente es firme e inmutable su trono terreno, el templo, adornado de santidad y estabilidad eternas.

El autor ve, oye, asocia... y ora. Hay que comulgar con el

poeta para entender a fondo su composición. Hay que ver y sentir la serena eternidad divina y descubrirla reflejada en el mundo creado. Hay que sobresaltarse por el rugir poderoso y repentino de las aguas desbocadas que irrumpen y rompen el silencio y la paz sempiternos. Hay que asombrarse contemplando cómo el Dios soberano establece sus leyes, su orden, sus mandamientos, derrotando una y otra vez al caos que amenaza continuamente su creación. Y hay que saber alabar a Dios por la misteriosa y profunda solidaridad que lo une con sus criaturas: mientras Dios sea rey, podemos sentirnos seguros: *el imperio del abismo no reina sobre la tierra* (véase Sab 1 14).

En la perspectiva del Nuevo Testamento, el Reinado de Dios implica aún mucho más...

SALMO 94 (93)
Levántate, juez de la tierra

Ex 22 21-22; Dt 24 17-22; 1 Cor 3 20; Job 5 17

1 ¡Dios vengador, Señor, Dios vengador, manifiéstate!
2 ¡Levántate, juez de la tierra,
y da su merecido a los soberbios!
3 ¿Hasta cuándo, Señor, triunfarán los malvados?
4 ¿Hasta cuándo alardearán, hablarán con insolencia,
y se jactarán todos los malhechores?
5 Aplastan a tu pueblo, Señor, oprimen a tu heredad.
6 Asesinan a la viuda y al emigrante, matan al huérfano.
7 «El Señor no ve nada –andan diciendo–,
el Dios de Jacob no se da cuenta».

8 Enteraos, los más necios del pueblo,
¿cuándo comprenderéis, insensatos?
9 El que hizo el oído, ¿no va a oír?
El que formó los ojos, ¿no va a ver?
10 El que educa a los pueblos, ¿no va a castigar?
El que instruye al hombre, ¿no va a saber?
11 El Señor sabe que los proyectos del hombre
son puro viento.

[12] Dichoso el hombre a quien tú educas, Señor,
aquel a quien instruyes con tu ley,
[13] y le das reposo tras los días adversos,
mientras cavan una fosa para el malvado.
[14] Porque el Señor no rechaza a su pueblo,
no abandona a su heredad.
[15] Volverá a haber justicia en el juicio,
y la apoyarán todos los hombres honestos.

[16] ¿Quién se pondrá de mi parte frente a los malvados?
¿Quién se colocará a mi lado frente a los malhechores?
[17] Si el Señor no me hubiese ayudado,
yo estaría en el país del silencio.
[18] Cuando pienso que voy a tropezar,
tu amor me sostiene, Señor;
[19] aunque tenga mil preocupaciones,
me alegran tus consuelos.
[20] ¿Podrás aliarte con un tribunal corrompido
que dicta sentencias injustas valiéndose de la ley?
[21] Atentan contra la vida del justo, condenan al inocente.
[22] Pero el Señor es mi fortaleza, Dios es mi refugio.
[23] Volverá contra ellos mismos su propia iniquidad,
los destruirá por sus maldades, el Señor, nuestro Dios.

Salmo de súplica individual, estructurado en tres partes: apelación a la justicia divina (Sal 94 1-7); exhortación sapiencial (Sal 94 8-15); y afirmación de confianza en la justicia divina (Sal 94 16-23). El autor pone en juego una serie de repeticiones y correspondencias entre las distintas partes del salmo que le proporcionan unidad y coherencia (Sal 94 2 y 23. 5 y 14. 6 y 21); al mismo tiempo utiliza abundantemente las interrogaciones retóricas, que dan un tono de impaciencia y de fuerza a su composición (Sal 94 3.9-10.16.20).

El salmo comienza rogando a Dios insistentemente que se muestre como vengador y como juez universal. El tema de la venganza de Dios es delicado: a él no le gusta la venganza. Si se la reservó desde el principio de la historia fue para que el hom-

bre no se la tomara por su mano (Gn 4 15). Además, en casi ningún caso, incluido el presente salmo, se trata estrictamente de venganza, sino de rigurosa justicia en el ámbito de las relaciones humanas: se trata de restablecer el orden previamente violado; de proteger y defender a las víctimas inocentes de los desaguisados de los criminales (Sal 94 5-6.14.17. 21); de pagarles a éstos lo que han hecho; de volver contra ellos mismos sus acciones y darles su merecido (Sal 94 2.23).

En nuestro salmo se contempla además, como en los salmos 58 y 82, el caso de los tribunales injustos y parciales, y del sistema judicial corrompido (Sal 94 15.20). Los pecados y delitos de los malvados –jueces corruptos o malhechores en general– son claros y típicos: opresión del pueblo, asesinato de inocentes, indefensos y desvalidos, representados por las viudas, los huérfanos y los emigrantes (Sal 94 5-6.21); y todo eso con soberbia, insolencia, ostentación y jactancia (Sal 94 2.4), actitudes que les llevan a no temer a Dios o creer que sus crímenes le resultan indiferentes y que, por lo mismo, van a quedar impunes (Sal 94 7; véase Sal 10 11; 54 5; 59 8; 64 6; 73 11).

El autor, indignado, los increpa: son necios, los más necios del pueblo, al suponer eso de Dios (Sal 94 8-10). Y si anteriormente ha pedido al Señor que restablezca la justicia sin tardar (Sal 94 1-4; véase el comentario al Sal 82), ahora ve –conforme a la doctrina sapiencial tradicional– el fracaso y la vacuidad de los proyectos de los malhechores (Sal 94 11), y ve también al Señor en acción a favor de los justos: educando, instruyendo, dando reposo, sin rechazar ni abandonar nunca a "su pueblo", a "su heredad", mencionados ya en la primera parte como víctimas de las tropelías de los malvados (Sal 94 5.12-14). Su reflexión le lleva a concluir esperanzado que volverá a haber justicia en esta tierra (Sal 94 15; véase Sal 58 12).

En la tercera parte se vuelve hacia sí mismo: él tiene experiencia personal de lo que acaba de decir. Con dos preguntas retóricas afirma la ayuda que ha recibido del Señor. Y continúa proclamando su seguridad en el apoyo divino para el presente y para el futuro, como lo ha tenido en el pasado: si no fuera por esa ayuda, el salmista ya pertenecería al mundo de la muerte, ya estaría habitando *en el país del silencio* (Sal 94 16-19; véase Sal 115 17). Sus convicciones son claras y profundas: el Señor no

puede aliarse con los tribunales corruptos, es decir, no puede permanecer indiferente mientras éstos sigan actuando, utilizando la ley para atropellar la justicia. La cosa es tanto más grave cuanto que se trata, sin duda, de la ley divina: es una aberración abominable ampararse en el nombre de Dios para dañar y asesinar a los hombres (Sal 94 20). Para el salmista –y para todos los justos– el Señor ha sido, es y será refugio, roca, fortaleza (Sal 94 22); para los malvados juez justo que les hará pagar sus delitos (Sal 94 23).

Es reo de muerte, dijeron de Jesús en nombre de la ley divina (Mt 26 66), y en nombre de esa ley ejecutaron al inocente. Su "delito" había sido, entre otros, desenmascarar a los que esquilmaban al pueblo en el templo usando el nombre de Dios (Mc 11 17). Viudas despojadas de sus pobres y escasos bienes so pretexto de muchos rezos (Lc 22 47), hombres y mujeres agobiados por el peso de las supuestas exigencias divinas (Lc 11 46), enfermos y doloridos maltratados y con la solución de sus males aplazada por una falsa obediencia religiosa (Lc 13 14-15)... El panorama en los evangelios es significativo. Y a lo largo de toda la historia posterior se han seguido utilizando demasiadas veces el nombre de Dios y la fidelidad a "su voluntad" para tener doblegados a los hijos e hijas de Dios y para cometer contra ellos las mayores atrocidades... Menos mal que al final triunfarán los auténticos planes divinos (véase 1 Cor 3 20).

SALMO 95 (94)
Cantemos jubilosos al Señor

Sal 24 1-2; 100 3; Ez 34; Heb 3 7-11; Ex 17 1-7; Nm 20 2-13; Dt 32 5-20; Nm 14 30-34

1 ¡Venid, cantemos jubilosos al Señor,
aclamémos a la roca que nos salva!
2 Entremos en su presencia dándole gracias,
aclamándolo con cánticos.
3 Porque el Señor es un Dios grande,
rey poderoso más que todos los dioses.
4 En sus manos están las simas de la tierra,
y suyas son las crestas de los montes;

[5] suyo es el mar, porque él lo hizo,
y la tierra firme, que modeló con sus manos.
[6] Entremos, postrémonos para adorarlo,
arrodillémonos ante el Señor, creador nuestro.
[7] Porque él es nuestro Dios, y nosotros su pueblo,
ovejas que él apacienta.

¡Ojalá escuchéis hoy su voz!
[8] «No endurezcáis vuestro corazón como en Meribá,
como el día de Masá, en el desierto,
[9] cuando me tentaron vuestros antepasados,
y me pusieron a prueba, a pesar de haber visto mis obras».
[10] Cuarenta años estuve disgustado con aquella generación,
y dije: «Son un pueblo de corazón rebelde,
que no conocen mis caminos».
[11] Por eso juré airado: «¡Jamás entrarán en mi descanso!».

Este salmo consta de dos partes bien diferenciadas: un canto procesional de entrada en el templo (Sal 95 1-7a) y un oráculo divino (Sal 95 7b-11).

La primera parte es un himno gozoso y festivo a Dios Rey (Sal 95 3), donde se alternan y se entremezclan las invitaciones a la alabanza con los motivos para la misma. Las invitaciones están en primera persona del plural, "nosotros", en una óptica claramente israelita, no universalista, al contrario de lo que sucede en el salmo 100 cuyos primeros versos reproducen de forma más recortada las ideas y los sentimientos de éste (Sal 100 1-3).

Los motivos para la alabanza de Dios son varios. Uno de ellos está ya insinuado en las primeras invitaciones: Dios es *la roca que nos salva*, una imagen de seguridad y estabilidad (Sal 95 1; véase Sal 18 3; 28 1; 62 3...). Más adelante se mencionan explícitamente otras motivaciones, las mismas que aparecen en el salmo 100. En primer lugar, el Señor es Dios, Dios grande, Dios Rey soberano sobre todos los dioses: es motivo de alabanza y al mismo tiempo confesión de fe (véase Sal 77 14; 96 4; 97 9). Además es Creador. La mirada del salmista recorre el mundo creado

abarcándolo en su totalidad: verticalmente, simas y crestas, y horizontalmente, mar y tierra firme (Sal 95 4-5). Las manos de Dios, al principio y al final de la frase, han creado y modelado las maravillas de la naturaleza, y ahora la abrazan y la sostienen. Y después de repetir la invitación litúrgica a entrar en el templo y rendir a Dios el homenaje debido, se menciona de pasada que también es *creador nuestro* (Sal 95 6). Pero no sólo creador. Como motivación ligada a las anteriores, aunque de alguna manera distinta y subrayada, se recuerdan los derechos de propiedad o, mejor, las especialísimas relaciones de pertenencia mutua entre Dios y el pueblo establecidas desde la Alianza (Sal 95 6; véase Ex 6 7; Lv 26 12; Dt 4 20; 7 6; Os 2 25; etc.) y mantenidas a lo largo de la historia por la guía y la protección de Dios pastor (véase Sal 74 1: 79 13; 80 2; 100 2).

A la predilección y protección divinas debe responder continuamente la fidelidad del pueblo. El "escuchar hoy", que resuena en la mitad del salmo (Sal 95 7), señala, más que a ninguna ocasión concreta, al presente continuo de la fidelidad y la obediencia al Señor (véase Sal 81 9.14).

La segunda parte (Sal 95 7b-11) enlaza con esa idea. Habla Dios: mira a la historia pasada, a la de los orígenes del pueblo, y dirige a los fieles que entran en el templo a celebrar el culto –que no puede estar separado de la conducta– una severa amonestación a no imitar el indócil comportamiento de los antepasados en el desierto, apenas cumplida la maravilla del éxodo y sin tenerla en cuenta (Ex 17 1-7; Nm 20 1ss; Dt 6 16; Sal 106 13ss). Las consecuencias de tal conducta fueron terribles y deben servir de lección al pueblo actual: aquella generación, corazón endurecido, corazón rebelde (Sal 95 8 y 10), se quedó sin entrar en la Tierra Prometida, aquí llamada el *descanso* de Dios (véase Dt 12 9; Nm 10 33; 1 Re 8 56). Los cuarenta años del pueblo errando por el desierto se interpretan como producto del disgusto de Dios por la obcecación del pueblo, por no "conocer los caminos" del Señor. Se está sugiriendo que la permanencia "hoy" en la Tierra y la protección divina están condicionadas a la conducta del pueblo.

Heb 3 7-4 11 recoge y actualiza la exhortación de la segunda parte de este salmo para afianzar la fidelidad y la confianza de los creyentes en Dios.

SALMO 96 (95)
Gobernará al mundo con justicia

Sal 98; 1 Cr 26 23-33; Is 40 17-20; 1 Cor 8 4-6; Sal 93 1

[1] Cantad al Señor un cantar nuevo,
que toda la tierra cante al Señor.
[2] Cantad al Señor, bendecid su nombre,
proclamad día tras día su salvación.
[3] Publicad su gloria entre las naciones,
sus maravillas entre todos los pueblos.

[4] Porque el Señor es grande y digno de alabanza,
más temible que todos los dioses.
[5] Pues los dioses de las naciones son pura nada,
pero el Señor hizo los cielos.
[6] Majestad y esplendor están en su presencia,
poder y belleza en su santuario.

[7] Pueblos todos de la tierra,
reconoced la gloria y el poder del Señor.
[8] Reconoced que su nombre es glorioso,
entrad en su templo trayéndole ofrendas;
[9] adorad al Señor en su santuario,
tiemble en su presencia la tierra entera.
[10] Decid a las naciones: «¡El Señor es rey!
El afianzó el universo, y está inconmovible;
él gobierna a los pueblos con rectitud».

[11] Que se alegren los cielos y se regocije la tierra,
que resuene el mar y cuanto lo llena,
[12] que exulten los campos con todos sus frutos,
que griten de júbilo los árboles del bosque,
[13] ante el Señor, que viene a gobernar la tierra:
gobernará el mundo con justicia,
a las naciones con fidelidad.

Himno a la realeza de Dios estructurado en cuatro partes: invitación general a la alabanza (Sal 96 1-3); motivaciones (Sal 96

1 6); nueva invitación a todos los pueblos (Sal 96 7-10); invitación a la creación y motivación final (Sal 96 11-13).

Es un cántico exultante en honor de Yavé Rey, bastante parecido a Sal 98 y que se encuentra recogido con otros elementos en 1 Cr 16 23-33. Del género himno desarrolla fundamentalmente el elemento invitatorio: diecisiete veces en trece versos se invita –imperativo o yusivo en hebreo, imperativo o subjuntivo en castellano– a alabar a Dios; la invitación va dirigida al pueblo, a todos los pueblos y naciones (véase Sal 66 4; 67; 86 9; 102 23), a toda la tierra, a la naturaleza entera, a los cielos, al mar y sus criaturas, a los campos con sus frutos, a los árboles del bosque (véase Is 42 10; 49 13; 55 12; Sal 97 1; 98 2; 148).

La invitación puede revestir todas estas modalidades de acción: cantar, bendecir, proclamar, publicar, reconocer, adorar, temblar, decir, alegrarse, regocijarse, resonar, exultar, gritar de júbilo... Algunos de estos verbos son alabanza pura. Otros se orientan hacia la misión y el anuncio, otros subrayan el efecto que Dios y sus atributos majestuosos tienen que producir en todas las criaturas.

A Dios se le alaba por su salvación –en general, hecha de muchas salvaciones históricas concretas–, por su gloria y sus maravillas, porque es grande y temible, más que todos los dioses, que no existen, que son pura nada y no hacen nada, mientras que el Señor es el único y sublime creador de todo cuanto existe. Creación y salvación –creó y afianzó el universo y gobierna los pueblos (Sal 96 10)–, naturaleza e historia: ámbitos, motivos e incluso sujetos para la alabanza, el respeto y la alegría desbordante. En ellos y para ellos Dios es rey. Como lo es y se muestra y se proclama en el santuario celeste (Sal 96 6) y en el templo terreno. A él y a participar en su culto se invita a los *pueblos todos de la tierra* (Sal 96 7), en un arranque universalista sorprendente al lado de tantos otros pasajes bíblicos de perspectivas cortas y provincianas. En realidad toda esta magnífica composición respira el universalismo religioso del que el Segundo Isaías (Is 40-55) es portavoz insigne.

Si Dios es como es, como lo contempla el salmista, están más que explicados el tono de alabanza y los sentimientos de alegría y entusiasmo que invaden el salmo y a los que se invita a todos los seres creados. Si Dios es rey y gobierna, todo es maravilloso

(Sal 96 10; véase Sal 67 5). Y lo será aún más cuando ese gobierno se instaure definitivamente, cuando el Señor termine de hacerse presente en plenitud y establezca de una vez por todas su justicia y su fidelidad (Sal 96 13); todo ello tendrá lugar en un futuro tan cercano que el autor parece que ya lo está presenciando. Si el Señor reina, todo está bien. Esa es la buena noticia que el autor anuncia e invita a anunciar ("evangelizar": Sal 96 2), consciente, como Isaías, de la belleza de la tarea: *¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva y proclama la salvación, que dice a Sión: Ya reina tu Dios* (Is 52 7; véase Is 40 9).

El reinado del Señor es la buena noticia para todos los pueblos que Cristo –¡qué hermosos sus pies sobre los montes y collados de Palestina!– convierte en el núcleo de su proclama. Ya no hay que esperar más, ni mirar hacia el futuro: *El plazo se ha cumplido. El Reino de Dios está llegando. Convertíos y creed en el evangelio* (Mc 1 15; véase Lc 2 10-11). Ese evangelio, una vez creído, se transforma en tarea misionera: ¡qué hermosos nuestros pies sobre las montañas de nuestra tierra!

SALMO 97 (96)
El Señor es rey sobre toda la tierra

Sal 93; 18 9; 77 19; 50 6; 48 12; 83 19

[1] ¡El Señor es rey; que se regocije la tierra,
y salten de alegría los innumerables pueblos lejanos!
[2] Está rodeado de nubes y brumas,
su trono se asienta sobre la justicia y el derecho.
[3] Delante de él avanza un fuego,
que abrasa en derredor a sus adversarios;
[4] sus relámpagos iluminan el orbe,
y al verlo, la tierra se estremece.
[5] Los montes se derriten como cera delante del Señor,
delante del dueño de toda la tierra.

[6] Los cielos pregonan su fuerza salvadora,
y todos los pueblos ven su gloria.

[7] Se avergüenzan los que dan culto a imágenes,
los que ponen su gloria en los ídolos.
¡Qué se postren ante él todos los dioses!
[8] Sión lo oye y se alegra, saltan de gozo
las ciudades de Judá, por tus acciones salvadoras.
[9] Porque tú, Señor, eres el Altísimo sobre toda la tierra,
mucho más excelso que todos los dioses.

[10] El Señor ama a los que aborrecen el mal,
custodia la vida de sus fieles,
y los libra de la mano de los malvados.
[11] Una luz amanece para el justo,
la alegría para los hombres honrados.
[12] Alegraos, justos, con el Señor;
celebrad su santo nombre.

Himno a la realeza de Dios, estructurado en tres partes: invitación a la alabanza y aparición de Dios (Sal 97 1-5); reacciones diversas (Sal 97 6-9); reflexión final (Sal 97 10-12).

La aclamación inicial –*¡El Señor es rey!* (véase Sal 47 34; 93 1; 96 10; 99 1)– provoca la exultación del salmista y pone en movimiento el salmo. El autor, entusiasmado, invita a toda la tierra y a todos los pueblos, en perspectiva universalista y no sólo israelita (véase, por ejemplo, Sal 96), a que se unan a su gozo y su alegría por la realeza también universal de Dios (véase Sal 97 5).

Porque su trono, su reinado, tienen como fundamento la justicia y el derecho (Sal 97 2; véase Sal 89 15; 96 13; 98 9). Para describir su llegada el autor acude a los elementos clásicos de las teofanías o manifestaciones divinas: nubes, tormenta, relámpago, fuego, terremoto (véase Sal 18; 50 3; 77 18-19), elementos que simbolizan su gloria, su majestad y su trascendencia. El Dios rey y dueño universal que aparece con este cortejo es realmente impresionante.

Ante su llegada y la de su reino, se producen distintas reacciones: los cielos pregonan su poder y su salvación, que todos los pueblos perciben (véase Sal 19 2; 50 6; 89 6; 96 11; 98 2); los idólatras, al comparar a sus dioses con el Señor, se avergüenzan

de ellos dándose cuenta de que son pura nada y de que, en todo caso, deben someterse ante el único y soberano Dios (véase Sal 89 6-9; 96 5); Sión y Judá, ciudad y monte santo del templo y territorio sagrado, saltan de alegría (véase Sal 48 12). Y el autor, que en la última frase mencionada (Sal 97 8) se ha dejado llevar por el entusiasmo y, el único momento en el salmo, ha desembocado en la oración dirigiéndose a Dios directamente ("tus" acciones...), sigue en tono de oración y confiesa y ratifica ante Dios lo que ya estaba describiendo: Tú eres Altísimo, Dueño universal, Dios sobre todos los dioses (Sal 97 9; véase Sal 47 3).

Después de este arranque, el salmista parece frenarse un poco y cierra su salmo con una serena reflexión de tipo sapiencial: el Señor, cuyo trono se asienta en la justicia y el derecho, ama, protege y libra a los que se comportan justa y honradamente. Estos gozaran siempre de una adecuada recompensa: luz (salvación) y alegría (Sal 97 11) ¿O habrá que interpretar este verso de otra forma? Intentemos: el mismo Señor es su luz y su alegría (véase Sal 112 4; 27 1; 36 10; 89 16-17; 90 16; 118 27). Cuando se despiertan, esos hombres ven amanecer a Dios en sus vidas, Dios que rompe las tinieblas, Dios que acaba con toda tribulación (véase la expresión *la luz de tu rostro* en otros salmos: Sal 4 7-8; 43 3-4; 44 4; 90 8...).

La invitación final, aunque suena algo fría y rutinaria, encaja perfectamente con estos últimos pensamientos y remata el salmo con los mismos sentimientos de gozo con que comenzó.

Son también los mismos sentimientos a los que los ángeles invitan a los pastores ante la llegada del Dios Salvador, del Mesías, del Señor, que no se presenta con el séquito aterrador que describe el salmo, sino solo, pequeño y débil, como un niño recién nacido envuelto en pañales y acostado en un pesebre: en él los ojos de la fe reconocen la verdadera luz de las naciones (véase Lc 2 10-12.30-32).

SALMO 98 (97)
El Señor revela su salvación

Sal 96; Is 52 9; 55 12; Sal 67 5

[1] *Salmo.*

Cantad al Señor un cantar nuevo,
porque ha hecho maravillas;
su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo.
[2] El Señor hace pública su victoria,
a la vista de las naciones revela su salvación,
[3] ha recordado su amor y su fidelidad hacia Israel.
Todos los confines de la tierra
han visto la victoria de nuestro Dios.

[4] ¡Aclamad al Señor, habitantes de toda la tierra,
estallad de gozo, exultad, tocad!
[5] Tocad la cítara para el Señor, y los demás instrumentos;
[6] al son de trompetas y clarines, aclamad al Señor, el rey.

[7] Que resuene el mar y cuanto lo llena,
la tierra y todos sus habitantes;
[8] aplaudan los ríos, salten de júbilo los montes,
[9] ante el Señor que viene a gobernar la tierra:
gobernará al mundo con justicia,
a las naciones con rectitud.

Himno a Dios, Rey y Señor universal. Su estructura comprende tres partes que constituyen otras tantas invitaciones a la alabanza: invitación a los fieles y motivación (Sal 98 1-3); nueva invitación universal (Sal 98 4-6); invitación a la creación y motivación final (Sal 98 7-9).

El contenido, la forma y los sentimientos del salmo guardan bastante relación con los del Sal 96, del que incluso duplica expresiones literales (Sal 98 1.7.9). Lógicamente está emparentado también con el Segundo Isaías (Is 40-55). Se trata de un canto de alabanza exultante a la que se invita a los fieles (Sal 98 1), a

los habitantes de toda la tierra (Sal 98 4) y a la naturaleza (Sal 98 7-8).

El motivo de tanta exultación lo constituyen las maravillas que Dios ha hecho y la llegada e inauguración del reinado justo y universal de Dios, como en el Sal 96 (Sal 98 1.9; véase Sal 96 3.13), pero además aparece desde el principio un motivo nuevo y especial: la victoria que Dios ha conseguido con su diestra, con su brazo, metáforas de su poder (véase Sal 20 7; 21 9; 44 4; 118 15-16; Ex 15 6; Is 59 16; 63 5). No sabemos a qué se refiere el salmista. Enseguida nos enteramos de que esa victoria es *salvación* (literalmente, "justicia": Sal 98 2). Puede tratarse de una salvación concreta (¿el éxodo? ¿la liberación de Babilonia?), o puede tratarse simplemente de las "maravillas" de sus intervenciones salvadoras a lo largo de la historia. Y puede referirse también a la salvación escatológica.

Sea lo que sea, lo cierto es que demuestra que el Señor actúa por amor, por lealtad y fidelidad para con su pueblo. La victoria-salvación son, en este salmo, para Israel, a quien el Señor se la tenía prometida. Y aunque sus beneficiarios sean tan particulares, de esa *victoria* se han enterado –Dios mismo la ha revelado y publicado– todos los pueblos y naciones de la tierra (Sal 98 2-3). Es más, la actuación del Señor con Israel ha constituido un espectáculo grandioso que ha tenido lugar ante un público universal. Y quizá no hayan sido sólo espectadores. "Ver la victoria de nuestro Dios", ¿no querrá decir haber participado también de ella, como Israel?

A ese público universal se invita por dos veces (Sal 98 4.7) a compartir el gozo de Israel y unirse a sus aclamaciones en honor del Dios que lo salva. Se les invita calurosa y entusiásticamente, animándoles a unir a sus voces el son de los instrumentos musicales –¿litúrgicos? (véase Sal 92 4)– para acompañar las alabanzas del Señor, cuyo título de rey aparece ahora por primera y única vez en el salmo (Sal 98 6).

A la alabanza, al aplauso y a la alegría desbordante se anima también a la naturaleza entera, en un mecanismo de personificación ya conocido. Aquí la invitación es más breve que en el Sal 96, y con algunas variaciones en los "sujetos" –mar, tierra, ríos, montes–, pero con el mismo sentido general de celebración del nuevo orden, del reino nuevo de Dios, de la instauración de la

justicia y la rectitud en el planeta (Sal 98 7-9; véase Sal 96 11-13).

En este salmo se detecta una cierta tensión entre particularismo y universalismo (Israel/naciones), que no estaba presente en el Sal 96. En aquel, además, Dios era "el Señor", sin más determinaciones, es decir, el Señor absoluto, el Señor universal, el único Señor. En Sal 98 Dios es también el Señor (Sal 98 1.2.4.5. 6.8), pero en un momento del salmo, en su centro (Sal 98 3), es "nuestro" Dios, claramente, el Dios de Israel. Podríamos subrayar la conciencia de "privilegiados" que demuestra el autor –y los israelitas– con esta forma de hablar. Privilegiados sin méritos propios, sólo por el amor de Dios y su fidelidad (Sal 98 3). Privilegiados pero responsables directos de extender ese privilegio, ese amor –y el reinado de justicia y rectitud en que se concreta– a *todos los confines de la tierra*. En Israel se puede ver la salvación de Dios que, aunque se actúe en ellos, no es sólo para ellos. Nosotros, creyentes en Cristo y partícipes de su victoria, también hemos sido puestos como espectáculo ante los ángeles y los hombres (véase 1 Cor 4 9). Tenemos que dejarnos ver, de forma que todos los pueblos y naciones alaben a Dios: *Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que, al ver vuestras buenas obras, den gloria a vuestro Padre...* (Mt 5 16).

SALMO 99 (98)
Santo es el Señor, nuestro Dios

Is 6 3; Ex 19 18-19; 33 11; Nm 20 12

1 El Señor es rey; tiemblen las naciones;
está sentado sobre querubines; que se estremezca la tierra.
2 El Señor es grande en Sión,
está por encima de todos los pueblos.
3 Den gloria a tu nombre grande y temible.
¡El es santo!

4 Rey poderoso que amas la justicia,
tú has establecido lo que es recto,
tú ejerces la justicia y el derecho en Jacob.
5 Ensalzad al Señor, nuestro Dios,

postraos ante el estrado de sus pies.
¡El es santo!

[6] Entre sus sacerdotes estaban Moisés y Aarón,
y Samuel entre los que invocaban su nombre;
clamaban al Señor y él les respondía.
[7] Desde la columna de nube conversaba con ellos,
y ellos guardaban sus preceptos y la ley que les dio.
[8] Señor, Dios nuestro, tú les respondías.
Tú eras para ellos un Dios indulgente,
aunque castigabas sus delitos.
[9] Ensalzad al Señor, nuestro Dios,
postraos ante su monte santo,
pues santo es el Señor, nuestro Dios.

Himno a la realeza y santidad de Dios. La triple referencia al Dios santo (Sal 99 3.5.9) divide el salmo en tres estrofas: Dios reina en Sión (Sal 99 1-3); la justicia de Dios (Sal 99 4-5); la revelación de Dios (Sal 99 6-9).

Sal 99 es el último de los himnos dedicados al Señor como rey (Sal 47.93.96-99) y, en buena medida, recapitula los anteriores. En él destaca la regularidad, armonía y belleza de composición. Las tres estrofas tienen un esquema idéntico: afirmaciones sobre Dios (Sal 99 1-2.4.6-8), invitación a la alabanza (Sal 99 3.5.9), aclamación final (Sal 99 3b.5c.9c).

En la primera estrofa encontramos una proclamación solemne de la realeza del Señor y de su impresionante majestad: Dios reina, el Señor es rey (como en Sal 93 1; 97 1), y se sienta sobre querubines (¿quizá recordando el arca de la alianza?: véase Ex 25 18; Sal 80 2). La presencia o aparición de tan majestuoso Dios debe provocar el estremecimiento del orbe entero: humanidad y naturaleza, tierra y naciones (véase Sal 96 8; 97 4; Is 6 4). La sede de su trono está en Sión: en ella se manifiesta su grandeza y desde ella domina todos los pueblos y naciones (véase Sal 48; 47 9; 76 2-3). El Señor es, pues, temible y grande (véase Sal 47 3), y el salmista invita a darle gloria. En realidad se dirige a Dios mostrándole su deseo de que su nombre sea santificado. El pueblo lo hace con la aclamación "¡Santo!" (Sal 99 3).

Después el autor vuelve a dirigirse a Dios y reconoce ante él que su reinado es un reinado de justicia y rectitud (véase Sal 96 13; 98 9), virtudes y comportamientos que el Señor ama, establece y ejerce en Israel (Jacob). Sigue la invitación –más larga y detallada que la primera– a ensalzar a Dios y a rendirle homenaje inclinándose ante su trono (Sal 98 5). Nótese que el Señor es ahora *nuestro Dios*. La aclamación del pueblo cierra la estrofa.

La tercera estrofa considera la revelación y la cercanía de Dios en la historia del pueblo y en su ley. Moisés, Aarón y Samuel, se dirigían a él y obtenían su respuesta. El Señor les dio una ley y ellos la observaban. Y Dios los trataba con paciencia y misericordia, pero también con justicia. Se repite la invitación de la segunda estrofa con un cambio: el *estrado de sus pies* se ha convertido en *su monte santo*, es decir, el templo (Sal 99 5.9). Y la aclamación final es más compleja: se reconoce la santidad del Señor que es, como en la segunda estrofa, *nuestro Dios* (Sal 99 9c).

El salmo combina la proclamación ante el pueblo y el diálogo con Dios, la invitación a la asamblea y la aclamación solemne y repetida. El Señor, el tres veces Santo (véase Is 6 3), que infunde respeto y temor, es también el Dios cercano y accesible, dialogante y justo, compasivo y paciente: *¡Santificado sea tu nombre!* Es Rey universal, y su reino es un reino de justicia y rectitud: *¡Venga a nosotros tu reino!* Su Hijo lo instaurará definitivamente entre nosotros, enviado por el Padre para tan grandiosa tarea: ¡Santo, santo, santo es el Señor, Dios del universo! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

SALMO 100 (99)
Dios nos ha hecho y somos suyos

Sal 95 7; Jr 33 1; Sal 106 1

1 *Salmo; para la acción de gracias.*

¡Aclamad al Señor, habitantes de toda la tierra,
2 servid al Señor con alegría,
entrad ante él con cantos de júbilo!
3 Sabed que el Señor es Dios,

él nos ha hecho y suyos somos,
su pueblo y ovejas que él apacienta.

[4] Entrad por las puertas de su templo dándole gracias,
cruzad por sus atrios, entonando himnos;
dadle gracias y bendecid su nombre.
[5] Porque el Señor es bueno, y su amor es eterno,
su fidelidad permanece de generación en generación.

Canto procesional que es un himno de alabanza y acción de gracias. Su estructura comprende dos partes bastante paralelas y simétricas, cada una de ellas con invitación a la alabanza y motivación de la misma: Sal 100 1-3 y 4-5.

El primero de esos elementos, habitual en los himnos (véase Introducción), se ha desarrollado mucho en este salmo, que encontramos casi repetido en el Sal 95 1-7. Con siete imperativos en cinco versos, que constituyen otras tantas invitaciones, el autor exhorta a alabar, servir (dar culto) y bendecir al Señor, a darle gracias y cantar en su honor, mientras los fieles se dirigen y entran procesionalmente en el templo. El clima es solemne, exultante y festivo.

Y es que el Señor se merece todo esto. Es Dios, y la frase suena como reconocimiento y confesión de fe: *Sabed que el Señor es Dios* (Sal 100 3; véase Sal 46 11; 105 7). El salmo 95 amplía y explicita: Dios grande, poderoso, soberano, Dios sobre todos los dioses (Sal 95 3). Es Creador, *él nos ha hecho*: el salmo 95 se fija también en la creación del universo además de la "creación" del pueblo (Sal 95 4-6). Como Creador, es dueño "nuestro" y nosotros *somos suyos, su pueblo*. Pero además tiene derechos de propiedad sobre el pueblo porque él lo hizo nacer como tal pueblo, y pueblo "suyo", a partir del Exodo, como suena en la fórmula de la alianza: *Os tomaré para que seáis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios* (Ex 6 7; véase Lv 26 12; Dt 4 20; 7 6; Os 2 25; etc.). Y es pastor de ese pueblo, "su rebaño" (véase Sal 74 1; 79 13; 80 2; 95 7), porque lo guía y lo apacienta a lo largo de la historia...

Estos son motivos concretos para la alabanza. Pero hay más. En la segunda serie de motivos, en el verso final de la segunda

estrofa, se alude más en general a una serie de atributos divinos de sobra conocidos por Israel y de los que tiene cumplida y larga experiencia: su bondad, su lealtad perpetua, su fidelidad constante e inconmovible (véase Sal 106 1; 107 1; 118 1.29; 135 3; 136 1).

Este breve salmo posee, a pesar de su brevedad, una gran densidad teológica. Sin explicitar demasiado, sólo insinuando, recorre toda la historia de la salvación y las "maravillas" de Dios: creación, nacimiento del pueblo, alianza, pastoreo y fidelidad a lo largo de los siglos... Todo ello condensado en breves fórmulas riquísimas de contenido. Por otra parte se emplea un mecanismo parecido al del salmo 117 (véase comentario): una invitación aparentemente universal, a *toda la tierra* (Sal 100 1; véase Sal 47 2; 66 1; 96 1; 98 4), que después se particulariza en "su pueblo", "nosotros". Se puede pensar que en realidad las magníficas acciones salvadoras de Dios para con su pueblo son beneficiosas para toda la humanidad, como quedará patente en Cristo, la última y la más grandiosa "acción" salvadora de Dios para con todos los hombres; Jesucristo es el verdadero pastor y salvador universal, definitiva prueba de la bondad de Dios y de su fidelidad eterna.

SALMO 101 (100)
Voy a cantar al amor y a la justicia

Sal 26 11-12; Prov 11 20; 17 20; 30 10; 21 4; 25 5

[1] *Salmo de David.*

Voy a cantar al amor y a la justicia;
en tu honor, Señor, quiero tocar.

[2] Seguiré el camino recto: ¿Cuándo vendrás a mí?
Procederé con rectitud en medio de mi casa;
[3] no pondré mis ojos en cosas indignas.
Detesto el proceder de los malvados,
no permitiré que se me acerquen.
[4] Que se alejen de mí los perversos,
no quiero saber nada de los malvados.
[5] Haré callar al que difama en secreto a su prójimo;
pues no soporto ojos altivos, ni corazones engreídos.

6 Me fijaré en los leales del país, para que vivan conmigo;
el que se comporta con rectitud, será mi servidor.
7 No habrá sitio en mi casa para el que comete fraude;
el que dice mentiras no aguantará en mi presencia.
8 Cada mañana haré callar a todos los malvados del país,
y expulsaré de la ciudad del Señor
a todos los malhechores.

Salmo que contiene una declaración de propósitos, como un plan de vida y de conducta. Tras la introducción hímnica (Sal 101 1), el salmo presenta dos partes casi paralelas (Sal 101 2-5 y 6-8). Hay una pregunta extraña que no encaja con el resto del salmo: *¿Cuándo vendrás a mí?* (Sal 101 2). Los intérpretes no se ponen de acuerdo sobre su significado, aunque aluden a la visita del arca de la alianza a la casa de David (2 Sm 6).

Si el salmo es real, como parece bastante probable, entonces se trata del programa de gobierno del rey, expuesto en un discurso programático, quizás el discurso de la corona dentro de las ceremonias de la entronización real. En la introducción (Sal 101 1) el salmista dedica su canto a Dios, al Dios que "ama la justicia y odia la maldad" (véase Sal 5 5-6; 11 7; 33 5; 37 28; 99 4), como debe hacer el rey –para eso ha sido ungido por Dios (véase Sal 45; 72)– y promete hacer el autor del salmo.

Porque la justicia, la rectitud, la integridad, es la realidad clave del salmo (Sal 101 1.2a.2b.6b). Tras la promesa genérica inicial de proceder rectamente y de seguir el "camino recto" (Sal 101 2), se especifica en qué consiste: apartarse de los malvados y de sus asuntos (Sal 101 3-5; véase Sal 1; 26), acoger a los leales y rectos (Sal 101 6) y expulsar a los malhechores de *mi casa*, de la ciudad y del país (Sal 101 7-8).

Hay algunos tipos concretos que asoman en esas menciones genéricas: los difamadores, los altivos y los soberbios (Sal 101 5), los corrompidos que cometen fraudes y los mentirosos (Sal 101 7). Nos parece ver una atención especial a los que hacen el mal con la lengua y las palabras, a los que difaman, mienten y engañan quizá en el ejercicio del poder, en la cercanía –en la "casa"– del rey, lo que haría la cosa mucho más grave pues las

palabras y las acciones de los "políticos" tienen más peso, más repercusiones que las de los ciudadanos de a pie. En este sentido el salmo sigue teniendo plena actualidad y constituye aún hoy un buen capítulo de cualquier programa de gobierno justo.

SALMO 102 (101)
Tú eres siempre el mismo

Sal 22 31-32; Is 51 6-8; Heb 1 10-12; Sal 69 36-37

[1] *Oración de un afligido que, en su congoja, se lamenta ante el Señor.*

[2] Señor, acoge mi oración, llegue hasta ti mi súplica;
[3] no me ocultes tu rostro cuando estoy angustiado,
escúchame cuando te invoco, respóndeme en seguida.

[4] Mis días se disipan como humo,
mis huesos se consumen como brasas;
[5] mi corazón se seca, agostado como heno,
y hasta me olvido de tomar alimento.
[6] A fuerza de gritar y de gemir,
la piel se me pega a los huesos;
[7] me parezco a un buho en el desierto,
soy como una lechuza entre las ruinas.
[8] Estoy desvelado, gimiendo
como pájaro solitario en el tejado;
[9] mis enemigos me afrentan sin cesar,
furiosos contra mí, me maldicen.
[10] Mi alimento es la ceniza,
mi bebida se mezcla con mi llanto
[11] a causa de tu enojo y tu furor,
porque primero me encumbraste, y luego me humillaste.
[12] Mis días son como sombra que pasa,
y yo me voy secando como el heno.

[13] Pero tú, Señor, reinas por siempre,
tu fama dura por todas las edades.

[14] Compadécete de Sión,
es ya tiempo de que te apiades de ella.
[15] ¡Cuánto cariño tienen tus siervos a sus piedras,
hasta de sus escombros sienten compasión!
[16] Los paganos honrarán tu nombre, Señor,
y todos los reyes de la tierra tu gloria;
[17] porque tú, Señor, reconstruirás Sión
y manifestarás así tu gloria,
[18] atenderás la súplica del desvalido
y no rechazarás su oración.
[19] Que se escriba todo esto para la generación venidera,
para que el pueblo que va a nacer alabe al Señor;
[20] pues el Señor miró desde su excelso santuario,
desde los cielos se fijó en la tierra
[21] para atender los lamentos de los cautivos
y liberar a los condenados a muerte.
[22] Entonces se proclamará en Sión el nombre del Señor
y en Jerusalén resonará su alabanza;
[23] pueblos y reinos se reunirán para rendir culto al Señor.

[24] El Señor debilitó mis fuerzas en el camino,
acortó mis días.
[25] Pero dije: Dios mío, no trunques mi vida en su plenitud,
pues tus años duran por siempre jamás.
[26] Desde antiguo pusiste los cimientos de la tierra,
los cielos son obra de tus manos.
[27] Ellos perecen, pero tú permaneces,
todos se desgastan como la ropa,
son como un vestido que se muda.
[28] Pero tú eres siempre el mismo, tus años no tienen fin.
[29] Los hijos de tus siervos tendrán una morada,
y sus descendientes estarán siempre en tu presencia.

Salmo mixto: lamentación individual con súplica colectiva de confianza. El conjunto se estructura en cuatro partes: invocación inicial (Sal 102 2-3); descripción de la situación (Sal 102 4-12);

súplica por Sión (Sal 102 13-23); nueva súplica con conclusión hímnica (Sal 102 24-29). En el salmo funcionan una serie de mecanismos literarios dignos de notar. Por ejemplo, la descripción de la situación resulta enmarcada en una inclusión que subraya la caducidad humana: *mis días* y *como el heno* (Sal 102 4-5.12). Y las súplicas finales, que hemos dividido en dos partes, repiten una especie de estribillo temático: tus años y tu fama duran por siempre, tú reinas por siempre, tú eres siempre el mismo, tus años no tienen fin (Sal 102 13.25.28).

El salmo comienza con el tono de urgencia y con los gritos de auxilio repetidos típicos de las lamentaciones (Sal 102 2-3; véase Introducción). Un individuo recurre a Dios en un momento de angustia.

Inmediatamente describe su situación: enfermedad, soledad, acoso e injurias de los enemigos, todo ello causado por la ira del Señor. Lo lógico es que se piense –y se diga– que la ira del Señor ha sido causada, a su vez, por los pecados del que habla (véase, por ejemplo, Sal 38 4). Aquí no hay la más mínima alusión a la culpabilidad del orante ni tampoco a su inocencia (véase, por ejemplo, Sal 44 18-22). Las imágenes utilizadas son muy expresivas: un búho en el desierto, una lechuza entre las ruinas, un pájaro solitario en un tejado. Son imágenes de soledad, de desolación, que hacen juego con la sensación de sequedad y aridez del heno agostado, símbolo de la caducidad y fugacidad de la vida humana, reflejada también en realidades como el humo, las brasas que se consumen, la sombra que pasa (véase Sal 39 5-7; 78 39; 90; 113 15-18; 144 4). Otra imagen expresiva: ceniza en el plato, lágrimas en la copa (véase Sal 42 3-4; 80 6).

Esperaríamos ahora la súplica. Pero aquí hay un quiebro (Sal 102 13s). Como contraste con la caducidad humana el salmista se fija en la eternidad de Dios, de su reinado, de su fama. E inmediatamente le suplica no por sí mismo, sino por Sión, la ciudad de Jerusalén, que se encuentra reducida a ruinas, a escombros –quizá en la época del destierro: véase Lam 3; 5–, donde el salmista se sentía como un búho o una lechuza. Descubrimos ahora que la situación del autor es paralela a la de la ciudad: ambos se encuentran en situación de deterioro profundo en todos los aspectos, y necesitados de restauración, de reconstrucción, de salvación. A partir de este momento, en el salmo se van a mez-

clar las situaciones y las suertes de ambos: la vida débil y corta del salmista y su salvación por una parte, y la ciudad asolada y en ruinas y su reconstrucción por otra.

El autor suplica en primer lugar por la ciudad, poniendo de manifiesto –motivos de persuasión (véase Introducción)– el amor y la compasión intensa que ella despierta en los fieles y la gloria y fama que obtendrá el Señor si hace caso a la súplica. Y en seguida el salmista pasa a las consecuencias –reconocimiento y alabanza– y al anuncio de las actuaciones maravillosas de Dios tanto con Sión como con él y con los desvalidos, los cautivos, los condenados a muerte. El salmista se mueve en la certeza absoluta de la intervención salvadora del Señor.

Luego, ¿recapitulando, resumiendo?, vuelve de nuevo la mirada sobre sí mismo y narra brevemente –como si ya perteneciera al pasado– su enfermedad (Sal 102 24), su súplica motivada, con la esperanza nacida de la fe en el poder de Dios, creador, eterno, inmutable y sin fin (Sal 102 25-28); y con la certeza de la reconstrucción de la ciudad de que no se romperán las relaciones entre Dios y sus fieles tal como se insinúa en el motivo de que *los hijos de tus siervos tendrán una morada, y sus descendientes estarán siempre en tu presencia* (Sal 102 29).

El salmo tiene momentos de profundo lirismo y rebosa confianza en Dios y certeza de salvación. En el salmo hay ternura (Sal 102 14-15), imágenes emotivas (Sal 102 20-21), alegría y gozo universales (Sal 102 16.23). El salmo funciona por contrastes: entre la caducidad humana –un vestido que se gasta, un manto que se queda raído al poco tiempo de usarlo– y la permanencia, la solidez, la eternidad divinas: la una socorre, apoya, compensa la otra (véase Sal 90); entre *su excelso santuario* y la tierra de los desvalidos y humillados sobre la que Dios se asoma y se inclina; entre el hoy, marcado por la desgracia, la enfermedad, la tristeza, y el mañana, para el que hay que dejar testimonio escrito de la salvación que provoque el júbilo y la alabanza permanente al Señor.

El autor de la carta a los Hebreos cita Sal 102 26-28 para hablar de la superioridad de Cristo, Hijo eterno de Dios, sobre los ángeles. La caducidad humana se ve compensada por la "permanencia" de la vida divina que la resurrección de Cristo, que *no vuelve a morir* (Rom 6 8-11), consiguió para los seres

humanos. La Iglesia, nueva y amada Sión, siempre necesitada también de reconstrucción y de restauración, ha incluido Sal 102 en su lista de salmos penitenciales (véase Sal 6).

SALMO 103 (102)
Bendice, alma mía, al Señor

Ex 34 6-7; Sal 86 15; 145 8

1 *De David.*

Bendice al Señor, alma mía,
y todo mi ser a su santo nombre.
2 Bendice al Señor, alma mía,
no te olvides de sus beneficios.

3 El perdona todas tus culpas,
y cura todas tus enfermedades.
4 El libra tu vida de la tumba,
y te corona de amor y de ternura;
5 sacia de bienes tu existencia,
y te rejuveneces como un águila.

6 El Señor hace justicia y defiende a todos los oprimidos.
7 El reveló sus planes a Moisés,
sus hazañas a los hijos de Israel.
8 El Señor es clemente y compasivo,
paciente y lleno de amor;
9 no anda siempre en querellas
ni guarda rencor eternamente;
10 no nos trata como merecen nuestros pecados,
ni nos paga de acuerdo con nuestras culpas.
11 Pues como la altura del cielo sobre la tierra,
así es su amor con los que le honran;
12 y como dista el oriente del poniente,
así aleja de nosotros nuestros crímenes.
13 Como un padre siente ternura por sus hijos,
así siente el Señor ternura por sus fieles.

[14] El sabe de qué estamos hechos,
se acuerda de que somos polvo.
[15] Los días del hombre son como la hierba:
florecen como la flor del campo,
[16] pero cuando la roza el viento deja de existir,
no queda ni rastro de ella.
[17] En cambio, el amor del Señor a sus fieles
dura eternamente,
y su salvación alcanza a hijos y nietos,
[18] a todos los que guardan su alianza
y se acuerdan de cumplir sus mandamientos.
[19] El Señor estableció su trono en los cielos,
ejerce su dominio sobre todas las cosas.

[20] Bendecid al Señor, ángeles suyos, poderosos guerreros,
ejecutores de sus órdenes, atentos a sus palabras.
[21] Bendecid al Señor, todos sus ejércitos,
servidores suyos, ejecutores de su voluntad.
[22] Bendecid al Señor, todas sus obras,
en todos los lugares donde él gobierna.
Bendice al Señor, alma mía.

Himno a la misericordia de Dios, estructurado en tres partes: invitación y alabanza inicial (Sal 103 1-2); cuerpo del himno con los motivos de alabanza (Sal 103 3-19); conclusión con nuevas invitaciones (Sal 103 20-22).

El autor comienza invitándose solemnemente a la alabanza, como en Sal 104 1, y menciona los *beneficios* del Señor, que son los que motivan el himno y se van a ir desgranando en el cuerpo del salmo.

El primero de ellos, que resultará ser el central y prácticamente el único (Sal 103 4b.8.11.13.17), es el infinito amor y la infinita misericordia de Dios, que lo llevan a perdonar al salmista, a curar las enfermedades que le sobrevienen como consecuencia de sus pecados (véase, por ejemplo, Sal 38 2-9) y a colmarlo de bienes manteniéndole la salud y la juventud.

Otro efecto de la bondad de Dios es su preocupación por los oprimidos, a los que defiende y libera, como hizo con los israelitas cuando los sacó de Egipto guiados por Moisés. A Moisés y a los israelitas se les reveló entonces el Nombre y los atributos que el salmo está alabando y agradeciendo: Dios clemente, compasivo, paciente, lleno de amor (véase Ex 34 6-7; Sal 86 15; 111 4; 145 8). Con paciencia, con clemencia y compasión trata a su pueblo pecador: su amor es infinito, de dimensiones grandiosas –más alto que el cielo (véase Sal 36 6)–; su perdón es inmenso –aleja los pecados como de oriente a occidente–; su ternura y su cariño son profundos y delicadísimos, como los del padre o la madre hacia sus hijos pequeños. Nuestra pequeñez, nuestra debilidad, nuestra pobreza, nuestra caducidad, lo enternecen: sabe que somos polvo, sabe que –el autor se recrea en las imágenes– somos florecillas frágiles y fugaces (véase Sal 102 4.12), en contraste con ese amor infinito, permanente, sólido, eterno, de Dios hacia nosotros (Sal 103 15-18). Imagen y símbolo de esa permanencia son los cielos, el trono de Dios, desde donde él lo domina todo y ejerce su soberanía universal.

Tanto amor, tanta compasión, tan tierna y, al mismo tiempo, tan majestuosa imagen, hace que el salmista sienta que sus sentimientos se desbordan e invite solemnemente a los ángeles y a los ejércitos cósmicos a que alaben permanentemente al Señor con la misma disposición con que le sirven, le obedecen y atienden sus palabras. La invitación se extiende después a *todas sus obras*, en todos los lugares del orbe a los que alcanza su soberanía universal. Cielos y tierra, y todas sus criaturas, invitados y unidos en la alabanza del Señor. El autor termina invitándose de nuevo a sí mismo a bendecir a Dios, volviendo así al punto de partida. El salmo, desde su conclusión, vuelve al comienzo para cantar sin fin la misericordia sin fin del Señor, el Padre, que en el Nuevo Testamento, en la vida y obra de su Hijo, se reveló de manera mucho más plena.

SALMO 104 (103)
Todo lo hiciste con sabiduría

Gn 1; Heb 1 17; Job 38 8-11; Gn 9 11-15; Prov 8 22-31; Job 34 14-15

[1] Bendice al Señor, alma mía:
¡Señor, Dios mío, qué grande eres!
Vestido de majestad y de esplendor,
[2] envuelto en un manto de luz,
tú despliegas los cielos como una tienda
[3] y construyes tus aposentos sobre las aguas;
haces de las nubes tu carroza,
avanzas sobre las alas del viento;
[4] tomas a los vientos por mensajeros,
a las llamas ardientes por servidores.

[5] Asentaste la tierra sobre sus cimientos,
y permanecerá inconmovible por siempre;
[6] le pusiste el océano como vestido,
y las aguas cubrían los montes.
[7] Pero a tu bramido, las aguas huyeron,
al fragor de tu trueno, se retiraron:
[8] subieron por los montes, bajaron por los valles,
ocuparon el lugar que tú les señalaste.
[9] Les pusiste una frontera que no deben pasar,
para que no vuelvan a cubrir la tierra.

[10] De los manantiales sacas los ríos,
que corren entre las montañas;
[11] en ellos beben todas las bestias del campo,
y los asnos salvajes apagan su sed.
[12] En sus riberas anidan las aves del cielo,
que dejan oír su canto entre las frondas.
[13] Desde tus aposentos riegas las montañas,
con tu acción fecundas la tierra.
[14] Haces que brote la hierba para el ganado
y que crezcan las plantas que el hombre cultiva
para sacar el pan de la tierra,

[15] el vino que alegra su corazón,
el aceite que hace brillar su rostro
y el alimento que los conforta.
[16] Los árboles del Señor quedan bien regados,
los cedros del Líbano que él plantó.
[17] En ellos anidan los pájaros,
en su copa pone su morada la cigüeña;
[18] en los riscos habitan las cabras monteses,
en las rocas tienen su madriguera los tejones.

[19] Hiciste la luna para marcar los tiempos,
y el sol que conoce el momento de su ocaso;
[20] derramas las tinieblas, y llega la noche,
en la que rondan las fieras de la selva;
[21] los leoncillos rugen por la presa,
pidiéndole a Dios su comida.
[22] Sale el sol, y ellos se retiran,
van a sus guaridas a tumbarse.
[23] El hombre entonces se dirige a su faena,
a su trabajo hasta el caer de la tarde.

[24] ¡Cuántas son tus obras, Señor!
Todas las hiciste con sabiduría,
la tierra está llena de tus criaturas.
[25] Ahí está el vasto y anchuroso mar,
hervidero de animales incontables, grandes y pequeños.
[26] Lo surcan los navíos, y también el Leviatán,
a quien formaste para que jugase en él.
[27] Todos, Señor, están pendientes de ti
y esperan que les des la comida a su tiempo.
[28] Tú se la das y ellos la toman,
abres tu mano y quedan saciados.
[29] Mas si ocultas tu rostro, se estremecen;
si retiras tu soplo, expiran y vuelven al polvo.
[30] Envías tu espíritu, los creas,
y renuevas la faz de la tierra.

[31] Gloria al Señor por siempre,

pues el Señor se alegra por sus obras.
32 El Señor mira a la tierra y ella tiembla,
toca las montañas y echan humo.
33 Cantaré al Señor toda mi vida,
tocaré para mi Dios mientras exista.
34 ¡Ojalá le sea agradable mi canto!
Yo pondré mi alegría en el Señor.
35 ¡Que se acaben los pecadores en la tierra,
que los malvados dejen de existir!
¡Bendice al Señor, alma mía! ¡Aleluya!

Himno al Señor, rey y creador, que guarda bastantes afinidades con un himno egipcio al dios sol de la época del faraón Akenaton (Amenofis IV: s. XIV a. C.). Podemos distinguir en él, después de la alabanza inicial que se repite al final del salmo (Sal 104 1.35c) seis partes distintas: Dios en su morada celeste (Sal 104 1-4); creación de la tierra y separación de las aguas (Sal 104 5-9); cuidado de la tierra y sus habitantes (Sal 104 10-18); el ritmo del tiempo (Sal 104 19-23); providencia divina (Sal 104 24-30); alabanza conclusiva (Sal 104 31-35).

Es un grandioso himno a un Dios también grandioso, creador y vivificador de todo cuanto existe. Sus relaciones con el relato de la creación de Gn 1 son bastante cercanas. Comienza como el Sal 103, con una invitación a sí mismo a alabar al Señor, para distanciarse enseguida de él con una alabanza directa y entusiasta, que marca ya la majestad del Señor y, al mismo tiempo, su relación personal –Dios mío– con el salmista: *¡Señor, Dios mío, qué grande eres!* (Sal 104 1).

La grandeza del Señor se contempla, en primer lugar, en el mundo celeste. En ese ámbito Dios es un rey imponente: atuendos reales, palacio real, carroza regia, cortejo de heraldos y servidores. Son el sol, los cielos, las aguas, las nubes, los vientos y el fuego de rayos y relámpagos: todas las realidades "celestes" puestas al servicio de su realeza y su majestad en una estampa imaginativa de soberanía impresionante (véase Sal 103 19-21; 148 1-4.8).

Dios es también creador: la mirada se dirige a este mundo "terreno", a sus orígenes. Dios asentó la tierra, la vistió –precio-

sa imagen– con la túnica del océano, separó y sujetó las aguas primordiales y caóticas dentro de sus límites, como soberano Señor, con una sola orden (véase Sal 18 14-16).

Luego las domesticó, las convirtió en manantiales y riachuelos, y en mansa lluvia que empapa la tierra y la fecunda (véase la estupenda descripción de Sal 65 10-14), y las puso al servicio de las demás criaturas. El salmista parece contemplar, desde un otero bien situado, un espléndido panorama. Divisa a lo lejos las montañas, y recuerda los animales que las habitan y los ríos que de ellas descienden; como música de fondo suena el cantar de los pájaros que anidan en los árboles de sus orillas. Ve aquí más cerca las verdes laderas del valle atravesado por el río, y los campos cultivados. En aquellas se amontonan los ganados que pastan y sestean (véase Sal 147 8-9), en éstos varias personas están trabajando la tierra para obtener de ella alimento, alegría, belleza, que todo es necesario en esta vida. El hombre aparece aquí inserto en la creación como "trabajador", no como el "vice-Dios" del Salmo 8.

Junto a los campos de labor el salmista descubre cedros hermosos, grandes, frondosos, cuyas ramas más altas ostentan la corona de los nidos de las cigüeñas. Y vuelta la mirada al horizonte aún evoca la cabra montés sobre los riscos y algún que otro animalillo silvestre: la "casa" de la cigüeña y del resto de las aves le ha sugerido la "casa" de estos otros animales (Sal 104 17-18). Pero se echa encima el ocaso, y las tinieblas le privan de tan espléndida vista.

Entonces, mientras desciende del otero donde lo hemos colocado, el autor reflexiona sobre el misterio del tiempo –el día, la noche; el sol, las tinieblas–, sobre los animales nocturnos y la salida del hombre a su faena, al alba, para recomenzar otra vez el mismo ciclo eterno y fecundo... (Sal 104 19-23)

Durante todo este tiempo el salmista no ha dejado prácticamente de hablar con Dios: su contemplación y su reflexión son oración estremecida y admirada, conversación íntima con el amigo autor de tanta maravilla; ello obliga a estallar en alabanza antes de continuar por otros derroteros: ¡Cuántas son tus obras, y qué sabiduría demuestran! (Sal 104 24).

La contemplación se amplía: faltaba el mar, lleno de criaturas, dominado por el hombre –como la tierra cultivable– que lo

surca con sus navíos; el mar que es morada del Leviatán, al que el salmista desnuda de sus terribles características para convertirlo en un gran juguete divino –¿el delfín del Mediterráneo?– (Sal 104 25-26; véase Sal 74 14; 148 7).

El Señor reina, crea y también conserva: alimenta a sus criaturas (Sal 104 27-28; véase Sal 145 15-16), les envía y les mantiene su espíritu vital (Sal 104 29-30; véase Gn 2 7; Sal 90 3; 146 4; Job 10 12; 12 10; 34 14)... Al terminar el recorrido por todos los ámbitos de la creación, el poeta ve a Dios satisfecho, gozando con sus criaturas, como el Dios del relato del Génesis al concluir su semana creadora (Gn 1 31ss). El salmista deja escapar de nuevo su alabanza: ¡Gloria a Dios!

Una pincelada–recuerdo de la majestad trascendente de Dios (Sal 104 32; véase Sal 144 5), da paso al propósito del autor de alabar eternamente a tan magnífico Dios y Señor (Sal 104 33; véase Sal 146 2) y a su deseo –que si se cumple le llenará de gozo– de que su obra, el poema, agrade a ese Dios "suyo" como le agradan todas las obras contempladas en el salmo.

La imprecación final, inesperada y violenta (Sal 104 35), expresa el deseo de que desaparezcan el pecado y el mal *–pecadores y malvados–*, únicas realidades que empañan el maravilloso panorama que se dibuja en el poema.

Nuestro autor ha sabido ver *lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad... a través de las cosas creadas* (Rom 1 20). Si a la "gloria" revelada en la creación, los cristianos añadimos la prodigiosa "nueva creación" de todo y de todos en Cristo (véase Rom 8 19-23; Col 1 15ss; 2 Cor 5 17; Ap 21 1-5...), nuestro canto de alabanza será más completo, más pleno, más entusiasta que el del salmista del Antiguo Testamento.

SALMO 105 (104)
Recordad las maravillas que hizo el Señor

Sal 78; 1 Cr 16 8-22; Gn 15; 12 10-20; 20; 41; 46 1-47 12; Ex 7-10; 15

1 Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
publicad entre los pueblos sus proezas;
2 cantadle, tocad para él, proclamad sus maravillas,

[3] sentíos orgullosos de su nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor.
[4] Recurrid al Señor y a su poder,
buscad su rostro sin descanso,
[5] recordad las maravillas que hizo,
sus portentos y sus justas decisiones.

[6] Linaje de Abrahán, su siervo,
hijos de Jacob, su elegido:
[7] el Señor es nuestro Dios,
a toda la tierra alcanzan sus decretos.
[8] El recuerda su alianza eternamente,
la palabra que ha dado, por mil generaciones;
[9] el pacto concluido con Abrahán,
y el juramento que hizo a Isaac;
[10] todo ello lo estableció como ley para Jacob,
como alianza eterna para Israel,
[11] diciendo: «Te daré la tierra de Canaán
como lote de tu heredad».
[12] Cuando ellos eran tan sólo un puñado
de gente forastera en aquel país,
[13] cuando iban errantes de nación en nación,
de un reino a otro,
[14] no permitió que nadie los vejara,
y por su causa castigó a reyes:
[15] «¡Guardaos de tocar a mis ungidos,
y de hacer daño a mis profetas!».

[16] Trajo el hambre sobre aquel país,
hizo que se agotaran todas sus reservas.
[17] Por delante había mandado a un hombre,
José, que fue vendido como esclavo:
[18] trabaron sus pies con grillos,
su cuello se vio preso entre cadenas,
[19] hasta que se cumplió su predicción,
y la palabra del Señor lo acreditó.
[20] Entonces mandó el rey que lo soltaran,

el dueño de pueblos,
que lo pusieran en libertad;
[21] lo nombró jefe de su casa,
y gobernador de todas sus posesiones,
[22] para que instruyera a los nobles a su gusto,
y enseñara sabiduría a los ancianos.

[23] Fue entonces cuando Israel entró en Egipto,
cuando Jacob se estableció en el país de Cam.
[24] Hizo Dios a su pueblo muy fecundo,
lo hizo más fuerte que sus opresores;
[25] predispuso a éstos para que odiaran a su pueblo,
y emplearan malas artes con sus siervos.
[26] Pero envió a Moisés, su siervo,
y a Aarón, a quien había elegido,
[27] para realizar sus prodigios en Egipto,
sus portentos en el país de Cam.
[28] Mandó tinieblas, y todo se oscureció,
pero ellos se resistieron a sus palabras.
[29] Cambió en sangre sus aguas
y dio muerte a sus peces.
[30] Su tierra hervía de ranas,
que invadieron hasta los aposentos del rey.
[31] A sus órdenes llegaron los tábanos
y los mosquitos por todo el territorio.
[32] En lugar de lluvia les envió granizo,
llamas de fuego sobre su tierra:
[33] destrozó sus viñedos y sus higueras
y desgajó los árboles del país.
[34] Mandó que viniera la langosta,
insectos en número incontable,
[35] que devoraron la hierba de su tierra
y se comieron el fruto de sus campos.
[36] Y mató a los primogénitos del país,
las primicias de su virilidad.
[37] Entonces sacó a los israelitas cargados de oro y plata,
ni uno solo pereció de entre sus tribus.

[38] Y Egipto se alegró de su partida,
pues el terror se había apoderado de ellos.

[39] Para cubrirlos desplegó una nube,
un fuego para alumbrarlos por la noche.
[40] Se lo pidieron, y les mandó codornices,
y los sació con pan del cielo.
[41] Abrió la peña, y brotaron las aguas,
que corrieron como un río por la estepa.

[42] Recordando la sagrada promesa,
que había hecho a su siervo Abrahán,
[43] sacó a su pueblo con alegría,
a sus elegidos entre gritos de júbilo.
[44] Y les dio las tierras de los paganos,
les hizo heredar las riquezas de las naciones,
[45] para que guardasen sus mandamientos
y cumpliesen sus leyes. ¡Aleluya!

Himno a Dios salvador por las maravillas que ha hecho en favor de su pueblo. Tiene forma de memorial histórico, semejante a Sal 78, 106 y 136. Se estructura en seis partes: invitación a la alabanza (Sal 105 1-5); los patriarcas (Sal 105 6-15); José (Sal 105 16-22); opresión en Egipto y liberación (Sal 105 23-38); estancia en el desierto (Sal 105 39-41); don de la tierra (Sal 105 42-45). Las dos primeras secciones se encuentran formando parte de la oración de David en 1 Cr 16 8-22.

La invitación inicial es una amplia y solemne apertura: se invita insistentemente a la acción de gracias, a la alabanza, al recurso continuado al Señor, al orgullo y la alegría con él, a la búsqueda de su rostro y al recuerdo de las maravillas que ha obrado, que deben ser además publicadas ante todos los pueblos. La invitación va dirigida a unos oyentes indeterminados –creyentes, desde luego pues se los describe como *los que buscan al Señor*– y, más en concreto, a los actuales descendientes de Abrahán y Jacob que confiesan al Señor, junto con el salmista, como *nuestro Dios* (Sal 105 6-7).

Una de las maravillas divinas en la historia va a hacer de hilo

conductor de todo el salmo: el don de la tierra como cumplimiento de las promesas a los antepasados. Esa promesa (pacto, alianza), abre el cuerpo del salmo (Sal 105 6-11) y lo cierra (Sal 105 42-45). Las etapas históricas que se consideran entre esos dos momentos están contempladas desde la óptica de la fidelidad de Dios a su palabra–promesa: toda la historia se convierte así en un continuo caminar hacia el cumplimiento de la promesa; toda la historia está "divinamente" cruzada y dirigida por una orientación y una fuerza que, a través de los acontecimientos y a través de los siglos, la va conduciendo hacia la meta final, la Tierra Prometida.

El salmo es, pues, un canto de alabanza y reconocimiento entusiasta a la fidelidad del Señor, a su coherencia y su constancia, a su admirable "memoria": *recuerda su alianza eternamente, la palabra dada, por mil generaciones* (Sal 105 8.42).

En el discurrir histórico, el autor comienza fijándose en los patriarcas (Abrahán, Isaac, Jacob-Israel), a los que llama sorprendentemente *ungidos* y *profetas* (Sal 105 15; véase Gn 20 7). Por su causa castigó al Faraón (Gn 12 10-20) y al rey Abimelec (Gn 20 1-18; 26 1-11). Sigue con la emigración a Egipto, preparada por la historia de José, acreditado y rehabilitado por Dios y más sabio que los sabios de Egipto. Continúa con la opresión y la esclavitud, con las figuras de Moisés y Aarón; evoca luego las plagas, de las que sólo se mencionan –y desordenadas– siete (véase Ex 7-12). Se fija después en la salida triunfal de Egipto y la marcha por el desierto, con el recuerdo de la columna de nube y fuego, el maná y las codornices, y las aguas de la peña. Y termina con la entrada en la *tierra* que Dios había arrebatado a los paganos.

En todos estos episodios descubre el salmista la mano de Dios que acompaña a sus siervos y a su pueblo: su protección ha sido constante y sus intervenciones salvadoras continuas. Concluye el salmo constatando que la promesa inicial –que puso en marcha y dirigió la historia de Israel y que ha actuado como hilo conductor del salmo– se ha cumplido. En justa correspondencia, y además de la alabanza entusiástica y la confianza sin límites en el Señor, el pueblo debe cultivar la observancia sus leyes y mandamientos (Sal 105 45): será ésta la respuesta agradecida de los fieles a la espléndida fidelidad histórica de Dios y a los continuos portentos que ha hecho con ellos y por ellos.

SALMO 106 (105)
Olvidaron a Dios, su salvador

Sal 78; Ex 14-15; Nm 11 4-6; 16; Ex 32; Nm 13 25-14 37;
Dt 1 25-36; Nm 25; Ex 17; Jue 2 11-2 6

[1] ¡Aleluya! ¡Dad gracias al Señor,
porque es bueno, porque es eterno su amor!
[2] ¿Quién puede contar las hazañas del Señor,
y proclamar todas sus alabanzas?
[3] Dichosos los que respetan el derecho,
y en todo momento practican la justicia.
[4] Acuérdate de mí, por amor a tu pueblo,
concédeme, Señor, tu salvación,
[5] para que vea yo la dicha de tus elegidos,
me alegre con la alegría de tu pueblo
y participe en la gloria de tu heredad.

[6] Hemos pecado, igual que nuestros antepasados;
hemos cometido delitos y maldades.
[7] Nuestros antepasados, en Egipto,
no comprendieron tus maravillas,
no se acordaron de tu inmenso amor.
En el mar de las cañas se rebelaron contra el Altísimo,
[8] y él los salvó por amor a su nombre,
para dar a conocer su poderío.
[9] Increpó al mar de las cañas y quedó seco,
y los condujo por el fondo como por tierra seca;
[10] los salvó de las manos de sus adversarios,
los rescató de las manos de sus enemigos;
[11] cubrieron las aguas a sus opresores,
ni uno solo de entre ellos escapó.
[12] Entonces creyeron sus palabras,
y cantaron su alabanza.

[13] Pero pronto olvidaron las proezas del Señor,
desconfiaron de sus designios,
[14] se dejaron llevar de su avidez en el desierto
y pusieron a prueba a Dios en la estepa.

[15] El les concedió lo que pedían,
pero les mandó una terrible enfermedad.
[16] En el campamento tuvieron envidia de Moisés
y de Aarón, el consagrado del Señor.
[17] Se abrió la tierra, se tragó a Datán
y sepultó a los secuaces de Abirán:
[18] un fuego abrasó a su banda,
una llamarada consumió a los malvados.

[19] En Horeb se hicieron un becerro
y adoraron un ídolo fundido;
[20] así cambiaron la gloria del Señor
por la imagen de un toro que come hierba.
[21] Olvidaron a Dios, su salvador,
al que hizo portentos en Egipto,
[22] maravillas en el país de Cam,
y prodigios en el mar de las cañas.
[23] Dios pensaba ya en aniquilarlos,
pero Moisés, su elegido, se mantuvo ante él
para apartar su furia destructora.

[24] Desdeñaron una tierra deliciosa,
no se fiaron de las promesas del Señor,
[25] murmuraron dentro de sus tiendas
y le desobedecieron.
[26] Entonces el Señor, les juró solemnemente
que los haría perecer en el desierto,
[27] que dispersaría su linaje entre las naciones
y los esparciría por los países.

[28] Dieron culto a Baal Peor
y comieron sacrificios ofrecidos a muertos.
[29] Así provocaron al Señor con sus prácticas,
y una plaga descargó sobre ellos.
[30] Entonces surgió Pinjás,
ejecutó al culpable y la plaga se detuvo;
[31] y esto le fue tenido en cuenta
de edad en edad, para siempre.

32 Irritaron al Señor junto a las aguas de Meribá,
y Moisés sufrió por culpa de ellos;
33 como lo tenían tan amargado,
habló sin pensar lo que decía.

34 No exterminaron a los pueblos
como el Señor les había ordenado,
35 sino que se mezclaron con los paganos
y aprendieron sus prácticas:
36 dieron culto a sus ídolos,
que fueron la causa de su ruina,
37 e inmolaron sus hijos e hijas a demonios.
38 Derramaron sangre inocente,
la sangre de sus hijos y sus hijas
que inmolaron a los ídolos de Canaán,
y la tierra quedó profanada con la sangre.
39 Así se contaminaron con sus obras
y se prostituyeron imitando sus prácticas.

40 Por eso el Señor se enfureció contra su pueblo
y llegó a aborrecer su heredad.
41 Los entregó en manos de los paganos,
sus adversarios los dominaron,
42 sus enemigos los oprimieron
y los doblegaron bajo su poder.
43 El Señor los libró una y otra vez,
mas ellos se obstinaron, y perecieron por sus culpas.
44 Pero él miró su angustia y oyó sus gritos;
45 recordó su alianza con ellos,
se arrepintió por su gran amor
46 e hizo que se apiadaran de ellos
los que los habían deportado.

47 Señor, Dios nuestro, sálvanos,
reúnenos de entre las naciones,
para que podamos celebrar tu santo nombre
y cantar tu alabanza.

* * *

[48] ¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel, por siempre!
Y diga todo el pueblo: ¡Amén! ¡Aleluya!

Salmo de lamentación colectiva. Se trata de una gran plegaria penitencial en forma de memorial histórico. Su estructura comprende tres partes: alabanza y súplica inicial (Sal 106 1-5); cuerpo del salmo: recorrido histórico (Sal 106 6-46); súplica conclusiva (Sal 106 47). El último verso del salmo (Sal 106 48) es la doxología que cierra el cuarto libro de los salmos (véase Introducción y Sal 41 14; 72 18; 89 53). Se encuentra también, con otros versos del salmo (106 1.47), en la oración de David de 1 Cr 16.

Se podría decir que el salmo comienza realmente en Sal 106 6. Los versos anteriores son una introducción extraña formada por una amalgama de elementos dispares: una invitación hímnica (Sal 106 1) que lo emparenta con los salmos 107, 118 y 136; una pregunta retórica con tono de alabanza (Sal 106 2); una bienaventuranza difícil de encajar aquí (Sal 106 3); y una súplica individual con motivación que contrasta con el carácter colectivo del resto del salmo (Sal 106 4-5).

En Sal 106 6 se inicia una oración penitencial que se abre con la confesión del pecado del pueblo: *hemos pecado* (véase Esd 9 6-15; Neh 9 5-37; Bar 1 5-2 8; Dn 9 4-19). El pecado es "nuestro", pero repite y prolonga el de *nuestros antepasados*, en una misteriosa solidaridad en el mal que atraviesa los siglos. Esta confesión y la mención de los antepasados sirve para dar paso a una meditación de tipo histórico que hace que el salmo se parezca a Sal 78, 105, 136. A la confesión inicial corresponde la súplica final: *Sálvanos...* (Sal 106 47). Enmarcado por esos dos elementos un recorrido por la historia del pueblo que el salmista ve continuamente bajo el signo del pecado de los hombres por una parte, y el del perdón y la salvación de Dios por otra. Son siete ocasiones históricas en las que el pecado del pueblo se describe como olvido de Dios y de sus obras maravillosas, rebelión, idolatría, desconfianza, desobediencia, murmuración y provocación, etc. Algunos de los delitos del pueblo se mencionan concretamente: avidez en el desierto, envidia de Moisés y de Aarón, adoración del becerro de oro, culto a Baal Peor, participación en banquetes sacrificiales en honor de los muertos, sacrificios humanos...

Los episodios son: la liberación de Egipto (Sal 106 7-12; véase Ex 14-15); la estancia en el desierto (Sal 106 13-15; véase Ex 16; Nm 11); Datán y Abirán (Sal 106 16-18; véase Nm 16); el becerro de oro en el Horeb (Sal 106 19-23; véase Ex 32); murmuración sobre la tierra de Canaán (Sal 196 24-27; véase Nm 13-14); Baal Peor y Pinjás (Sal 106 28-31; véase Nm 25); y las aguas de Meribá (Sal 106 32-33; véase Ex 17; Nm 20).

A partir de aquí se condensa la historia. Ya no son episodios concretos, sino un periodo histórico contemplado globalmente: desde la entrada en Canaán hasta el destierro de Babilonia. Esos siglos estuvieron marcados también por la desobediencia al Señor: los israelitas no cumplieron sus órdenes, se mezclaron con los paganos y se contaminaron, profanaron la tierra con los sacrificios humanos (véase Nm 35 33), cometieron injusticias y asesinatos, derramando sangre inocente... En una palabra, se *prostituyeron*. Las consecuencias de sus actos fueron terribles: el Señor se enfureció de tal forma que llegó casi a aborrecerlos, y los entregó una y otra vez en manos de los enemigos paganos (véase Jue 2 14; 10 7). A pesar de tan trágicas consecuencias, a las que sobrevivían gracias a las continuas intervenciones salvadoras de Dios, no aprendieron, se obstinaron en su maldad, hasta que sobrevino el desastre final, el destierro (Sal 106 43).

A lo largo de toda la historia el perdón y la salvación de Dios se habían producido por diversos motivos y de diversas formas: unas veces los salvó por puro amor y por su gloria (Sal 106 7-8); otras advirtiéndoles con un breve castigo (Sal 106 15); otras, cuando ya estaba pensando en aniquilarlos, gracias a la intervención de algún siervo suyo, Moisés (Sal 106 23), o Pinjás (Sal 106 30-31). Llegó un momento en que, ante la persistencia del pueblo en el mal, Dios juró solemnemente su exterminio total y su dispersión entre las naciones (Sal 106 26-27).

Ese castigo final y merecidísimo llegó con el exilio. Pero ni aún entonces fue Dios capaz de mantener su justa decisión: su amor, su misericordia, el recuerdo de la alianza y los gritos angustiados del pueblo le hicieron reconsiderar su postura, arrepentirse de su decisión y perdonarlos de nuevo, concediéndoles la salvación (Sal 106 44-46).

El salmista está cantando, en realidad, la historia de la ternura de Dios, de la paciencia de Dios, de la debilidad de Dios con sus

amados. Es como un padre cariñoso incapaz de mantener su severidad con sus hijos. Ahora estos hijos, por boca del salmista, reconocen su pecado y su proceder desviado y culpable desde antiguo. Reconocen que la situación en la que se encuentran –no sabemos cuál es, pero necesitan ser salvados de ella– es justa consecuencia de su maldad. Y piden a Dios que los salve de nuevo, que los restaure, que añada otro eslabón de cariño a la cadena de sus intervenciones históricas (Sal 106 47). El salmo dice, y nos ayuda a decir: "Hemos pecado, como nuestros antepasados y con ellos; ten paciencia con nosotros y sálvanos, Señor, como los salvaste a ellos una y otra vez".

El Nuevo Testamento canta también el milagro continuado de la paciencia divina con la humanidad (véase 2 Pe 3 9.15).

SALMO 107 (106)
Clamaron al Señor y él los salvó

Sal 106; Is 43 5-6; Lc 1 53; Lv 26 40-41; Job 6 6-7; Jon 1; Job 12 21-24; 22 19

1 Dad gracias al Señor, porque es bueno,
porque es eterno su amor.
2 Que lo reconozcan los que el Señor ha rescatado,
los que él rescató del poder del opresor,
3 los que congregó de todos los países,
del este y del oeste, del norte y del sur.

4 Anduvieron errantes por el desierto solitario,
sin encontrar el camino hacia un lugar habitable.
5 Estaban hambrientos y sedientos,
y se les agotaban las fuerzas;
6 pero clamaron al Señor en su angustia,
y él los salvó de la aflicción
7 y los condujo por caminos sin obstáculos
para que llegaran a un lugar habitable.
8 ¡Que den gracias al Señor por su amor,
por las maravillas que hace con los hombres!
9 Porque sació a los sedientos,
y colmó de bienes a los hambrientos.

[10] Vivían en tinieblas y entre sombras,
estaban encadenados y en la miseria;
[11] por haber sido rebeldes a las órdenes de Dios
y haber despreciado los designios del Altísimo,
[12] él los humilló con sufrimientos;
sucumbían y nadie los ayudaba.
[13] Pero clamaron al Señor en su angustia,
y él los salvó de la aflicción;
[14] los sacó de las tinieblas y las sombras
e hizo pedazos sus cadenas.
[15] ¡Que den gracias al Señor por su amor,
por las maravillas que hace con los hombres!
[16] Porque rompió las puertas de bronce
e hizo trizas los cerrojos de hierro.

[17] Andaban como locos por sus culpas,
afligidos a causa de sus crímenes;
[18] cualquier alimento les daba nauseas,
y estaban a punto de morir.
[19] Pero clamaron al Señor en su angustia,
y él los salvó de la aflicción,
[20] envió su palabra para sanarlos,
para librarlos de caer en la tumba.
[21] ¡Que den gracias al Señor por su amor,
por las maravillas que hace con los hombres!
[22] Que le ofrezcan sacrificios de acción de gracias,
que proclamen sus obras con gritos de alegría.

[23] Los que surcaban el mar con sus navíos
y comerciaban por las aguas caudalosas,
[24] contemplaron las obras del Señor,
sus maravillas en medio del océano.
[25] Pues él ordenó que soplara un vendaval
e hizo que las olas se encresparan.
[26] Subían a los cielos, bajaban al abismo;
desfallecidos por el mareo
[27] daban tumbos y se tambaleaban como borrachos;
de nada les servía toda su pericia.

[28] Pero clamaron al Señor en su angustia,
y él los salvó de la aflicción;
[29] redujo el vendaval a suave brisa,
hizo que se calmara el oleaje.
[30] Se alegraron al ver el mar en calma,
y el Señor los llevó hasta el puerto deseado.
[31] ¡Que den gracias al Señor por su amor,
por las maravillas que hace con los hombres!
[32] Aclámenlo en la asamblea del pueblo,
alábenlo en el consejo de los ancianos.

[33] El convierte los ríos en desierto,
los manantiales en tierra árida;
[34] transforma la tierra fértil en campo de sal,
por la maldad de sus habitantes.
[35] Convierte los desiertos en estanques,
y la tierra reseca en manantial;
[36] establece allí a los hambrientos,
para que funden una ciudad donde habitar,
[37] siembren campos, planten viñas y recojan su cosecha.
[38] El Señor los bendice, se multiplican
y hace que aumente su ganado.
[39] Y cuando son pocos y andan abatidos,
agobiados por desdichas y calamidades,
[40] el que cubre de vergüenza a los príncipes
y los hace errar por desiertos sin veredas,
[41] levanta de la miseria a los pobres,
y multiplica sus familias como rebaños.
[42] Los honrados lo ven y se alegran,
mientras todos los malvados permanecen callados.
[43] El que sea sabio, que tenga en cuenta todo esto
y medite sobre el amor del Señor.

Salmo mixto, compuesto por un himno comunitario de acción de gracias (Sal 107 1-32) y un epílogo de cuño sapiencial añadido posteriormente (Sal 107 33-43). La primera parte se estructu-

ra, a su vez, en cinco elementos: invitación a la alabanza (Sal 107 1-3) y cuatro secciones paralelas construidas alrededor de un estribillo doble (Sal 107 4-9.10-16.17-22 y 23-32).

Este salmo está emparentado con el anterior (Sal 106) por la introducción hímnica (Sal 107 1; véase Sal 106 1; 118 1; 136 1) y algunos motivos temáticos; comparten, además, una misma datación postexílica (Sal 107 3). Sin embargo en Sal 107 prevalecen la acción de gracias y la alabanza, y desaparece el tono penitencial.

La primera parte es una gran liturgia comunitaria de acción de gracias. La invitación inicial es semejante a la de otros salmos, aunque en seguida se distingue al concretar los destinatarios de la invitación: son los rescatados por el Señor, los liberados del opresor y reunidos de todos los países.

Siguen cuatro secciones con varios elementos comunes. El primero es el doble estribillo que se repite en cada una de ellas (Sal 107 6.13.19.28 y 8.15.21.31). El segundo es el esquema idéntico de las cuatro: descripción de la situación de sufrimiento y –en dos de ellas– de las causas de la misma, súplica al Señor, liberación y acción de gracias. Cada sección se ocupa de la intervención salvadora de Dios en una situación distinta: sufrimientos en el desierto (Sal 107 4-9), liberación de los encarcelados y oprimidos (Sal 107 10-16), curación de enfermedades (Sal 107 17-22) y salvación de un naufragio (Sal 107 23-32). Dos veces se indica que las desgracias estaban causadas por el mismo Dios, que respondía así a las culpas y rebeldías del pueblo (Sal 107 11-12 y 17). La vaguedad de las referencias dificulta la identificación de las correspondientes situaciones históricas. Además la última de ellas es muy extraña y empeora la cosa, porque no han sido los israelitas un pueblo de marinos y no hay muchos episodios en su historia en los que la navegación haya ocupado un puesto relevante, lo que hace más notable la maestría literaria con que se describe la situación, desde que estalla la tempestad hasta que arriban al puerto deseado. De todas formas los indicios apuntan al periodo posterior al destierro, sin que podamos precisar más.

La segunda parte (Sal 107 33-43) es un añadido posterior, como demuestran la ausencia de los estribillos anteriores y el cambio de género. En forma hímnica se meditan las maravillas del amor de Dios (Sal 107 43) que se muestra en actuaciones

paradójicas (véase Sal 113 7-9): con su poder castiga a los que se lo merecen y salva a los justos, a los hambrientos, a los afligidos –los "rescatados" y "congregados" del principio–, transformando los elementos (ríos, desiertos, tierras y campos) e invirtiendo las situaciones. Proporciona a los suyos una tierra fértil y maravillosa para que se instalen en ella, para que vivan y se alimenten de ella, y para que en ella se multipliquen y aumenten sus ganados con la bendición y ayuda del Señor.

Hay quien quiere ver en esta segunda parte vagas alusiones a periodos históricos concretos: época patriarcal (Sal 107 33-34; véase Gn 19 24), instalación en Canaán (Sal 107 35-38), destierro babilónico con su liberación correspondiente (Sal 107 39-41). Sea lo que sea, el último verso de esta parte recoge la alegría que produce en los honrados la actuación salvadora de Dios en esas ocasiones concretas o consideradas genéricamente, al mismo tiempo que esa misma actuación deja sin palabras a los malvados.

La conclusión, en estilo sapiencial, es lapidaria: el hombre sensato debe sacar las oportunas consecuencias de lo expuesto en el salmo sobre el amor de Dios (Sal 107 43).

María recogerá en su canto de alabanza el motivo de la inversión de las situaciones que Dios provoca movido por su amor, así como algunos temas de los que aparecen en el salmo (véase Lc 1 52-53). En esto ella es la mujer sensata y sabia que medita y saca conclusiones (véase Lc 2 51); es modelo y tipo de la Iglesia que, iluminada por las acciones de Dios, las continúa en su proceder con los pobres, los perdidos, los hambrientos, los oprimidos y los encarcelados. Por lo demás, así entendió Jesús su misión (véase Lc 4 17-21; Mt 11 4): dio pan a los hambrientos (Mc 6 30-46), abrió los cerrojos de los encadenados (Mc 5 1-20), curó a los enfermos (Mc 6 53-56; 7 24-37) y calmó la tempestad (Mc 4 35-41).

SALMO 108 (107)
Con Dios realizaremos proezas

Sal 57 8-12; 60 7-14

[1] *Canto. Salmo de David.*

[2] Mi corazón está dispuesto, oh Dios;
voy a cantar y a tocar para ti: ¡Despierta, gloria mía!
[3] ¡Despertad, cítara y arpa! ¡Despertaré a la aurora!
[4] Te daré gracias entre los pueblos, Señor,
tocaré para ti entre las naciones;
[5] pues tu amor llega hasta el cielo,
hasta las nubes tu fidelidad.
[6] ¡Muestra, oh Dios, tu grandeza en los cielos,
y tu gloria sobre toda la tierra!

[7] Sálvanos con tu poder, respóndenos,
para que se pongan a salvo tus predilectos.
[8] Dios ha dicho desde su santuario:
«Me apoderaré victorioso de Siquén,
repartiré el valle de Sucot.
[9] Mío es Galaad, y mío Manasés,
Efraín es yelmo de mi cabeza, Judá, es mi cetro.
[10] Moab, la vasija en que me lavo,
sobre Edom arrojo mi sandalia,
sobre Filistea cantaré victoria».
[11] Pero ¿quién me llevará hasta la ciudad amurallada;
quién me guiará hasta Edom?
[12] Sólo tú, oh Dios, aunque nos hayas rechazado
y no salgas ya al frente de nuestras tropas.
[13] Socórrenos contra el enemigo,
porque de nada sirve la ayuda de los hombres.
[14] Con Dios realizaremos proezas,
él aplastará a nuestros enemigos.

Salmo mixto, compuesto con dos mitades de otros salmos, el 57 y el 60. Sal 57 es un canto de confianza y acción de gracias.

Los versos que recoge el Sal 108 del Sal 57 (Sal 57 8-12; Sal 108 2-6) son, en este último, la acción de gracias por la salvación que el salmista ha recibido o va a recibir de Dios; aquí se quedan en la motivación que aparece en Sal 108 5.

El Sal 60 es, por su parte, una súplica comunitaria. Sal 108 7-14 repite su segunda mitad (Sal 60 7-14). Mientras que en el Sal 60 estos versos responden a la situación descrita en la primera mitad del salmo, en nuestro Sal 108 resultan bastante fuera de contexto. Todo ello justifica la conclusión de que nuestro salmo es una composición secundaria. Tal como está ahora, después de un comienzo de tipo hímnico (Sal 108 2-5,) se encuentra una súplica (Sal 108 2-7.13) que enmarca el oráculo divino con la promesa de la victoria (Sal 108 8-10) y la lamentación colectiva por el rechazo de Dios (Sal 108 11-12). El salmo termina con una afirmación de confianza total (Sal 108 14; véase el comentario a los salmos 57 y 60).

SALMO 109 (108)
Dios es el defensor del pobre

Sal 35 12-13.22; Hch 1 20; Job 5 4-5; 20 18-19; Sal 22 7-8.32; Is 65 13-15

[1] *Al maestro de coro. Salmo de David.*

Dios, a quien alabo, no calles,
[2] pues los malvados y los mentirosos hablan contra mí,
me dirigen palabras engañosas,
[3] me acosan con odio, me atacan sin razón.
[4] En pago de mi amor, me acusan, pero yo ruego por ellos;
[5] me devuelven mal por bien, y odio por amor.

[6] Dicen: «Que lo juzgue un juez malvado,
y que su propio abogado lo acuse;
[7] que salga condenado en el juicio,
que su apelación se resuelva en condena;
[8] que se acorten sus días, que otro ocupe su cargo,
[9] que sus hijos se queden huérfanos, y viuda su mujer.
[10] Que sus hijos deambulen como mendigos
y sean expulsados de sus casas en ruinas;

[11] que toda su hacienda se la lleve el usurero,
que los extraños saqueen sus posesiones;
[12] que nadie le brinde su favor
ni se compadezca de sus huérfanos.
[13] Que su posteridad sea exterminada,
que se acabe su nombre en la generación siguiente;
[14] que el Señor recuerde la culpa de su padre
y no borre el pecado de su madre;
[15] que lo tenga siempre presente
y borre de la tierra su recuerdo.
[16] Porque no puso en práctica el amor,
sino que acosó al humilde y al pobre
y persiguió a muerte al abatido.
[17] Disfrutó con la maldición: que recaiga sobre él;
no quiso la bendición: que se aleje de él.
[18] Se vistió la maldición como un manto:
que empape como agua sus entrañas,
y penetre sus huesos como aceite;
[19] que sea para él como un vestido que lo cubra,
como un cinturón que siempre lo ciña».

[20] Que el Señor pague así a los que me acusan,
a los que hablan mal de mí.
[21] Pero tú, Señor, Dios mío, trátame bien, por tu nombre,
líbrame por tu misericordia bienhechora;
[22] porque soy pobre y humilde,
y tengo traspasado el corazón.
[23] Me voy desvaneciendo como sombra que declina,
me sacuden como a plaga de langosta;
[24] de tanto ayunar se me doblan las rodillas,
mi cuerpo desfallece por falta de alimento.
[25] Soy para ellos un ser despreciable,
cuando me ven, menean la cabeza.
[26] ¡Socórreme, Señor, Dios mío,
sálvame por tu amor!
[27] Así sabrán que tu poder está actuando,
que tú, Señor, has hecho todo esto.

[28] Que ellos maldigan, mientras que tú bendices;
que queden avergonzados, mientras tu siervo se alegra;
[29] que se cubran de ignominia los que me acusan,
que la vergüenza los cubra como un manto.

[30] Mi boca dará gracias al Señor continuamente,
lo alabaré en medio de la multitud,
[31] porque él es el defensor del pobre
y lo salva de sus acusadores.

Salmo de lamentación y súplica individual, que presenta algunas dificultades de interpretación porque en algunos pasajes no está claro en el original quién está hablando. Elegimos una de las posibles distribuciones de los versos, según la cual el salmo resultaría estructurado en cuatro partes: grito de auxilio y descripción de la situación (Sal 109 1-5); palabras de los enemigos (Sal 109 6-19); nueva súplica y motivos de persuasión (Sal 109 20-29); promesa de acción de gracias (Sal 109 30-31). Por algunas de sus expresiones, que suenan demasiado fuerte para nuestros oídos, este salmo ha sido excluido de la liturgia de las horas.

El salmo comienza con una brevísima y típica petición de auxilio (Sal 109 1; véase Sal 35 22; 83 2) para extenderse inmediatamente en la descripción de la situación que la provoca. El autor, un hombre piadoso y justo, acostumbrado a hacer el bien de forma desinteresada (Sal 109 3-5), se encuentra injustamente acusado, calumniado e injuriado. Sus adversarios, el propio salmista lo describe exponiendo en estilo directo las cosas que dicen, le desean toda suerte de males: que fracase y salga condenado en un juicio corrompido e inicuo; que sea destituido de sus cargos; que envejezca y muera prematuramente dejando viuda e hijos desamparados, arruinados y sin que nadie los ayude; y que desaparezca para siempre su estirpe y su memoria. Incluso pretenden que el mismo Dios lo castigue sin piedad recordando los pecados de sus antepasados (Sal 109 6-15). Son deseos crueles, expuestos en palabras despiadadas, que reflejan la saña de los enemigos. Ante ellas el salmista se encuentra abrumado e indefenso.

Pero los malvados continúan y llegan a más: acusan al salmista de crímenes y pecados falsos, que jamás ha cometido (Sal 109 16-19). Su vida y su conducta han sido exactamente lo contrario: en vez de odio, amor; en vez de maldición, bendición y plegarias; en vez de mal, bien (véase Sal 109 3-5). Entonces el autor lanza una imprecación terrible contra los desalmados que lo acosan: que todos esos males se vuelvan contra ellos por obra del Señor (Sal 109 20; véase Sal 83). Y dirigiéndose a éste en una súplica conmovedora, le ruega que lo auxilie; para persuadirlo, le desgrana una serie de razones: porque eres "mi Dios" (es la primera vez que aparece así en el salmo: Sal 109 21), por el honor de tu nombre y por tu misericordia, porque soy pobre y humilde y me encuentro necesitado, débil y enfermo, despreciado por todos. Repite de nuevo su súplica angustiosa y urgente –por segunda vez *Dios mío* (Sal 109 26)– y apela al amor de Dios para pedirle que cambie la situación, que la invierta, que sean sus enemigos los que se vean acusados, avergonzados, derrotados. Que constaten así cómo el Señor actúa con su poder en un sentido distinto al que ellos pretenden (Sal 109 27), porque el Señor tiene como orgullo el ser defensor del pobre (Sal 109 31). El es el verdadero abogado de salmista, en vez del que querían asignarle los malvados (Sal 109 6). Queda claro cuál va a ser el resultado del juicio con tan estupendo defensor. Entusiasmado por la certeza de la salvación, el salmista promete la alabanza y la acción de gracias pública (Sal 109 30).

Cristo participó con creces de la misma experiencia del salmista: siendo inocente, se vio injustamente acusado, insultado y condenado a muerte. Sin embargo no maldijo ni amenazó a sus acusadores: se puso en manos del Padre (véase 1 Pe 2 22) y pidió el perdón para sus verdugos (Lc 23 34). Y además quiso que esa manera de actuar fuese el signo distintivo del grupo de sus seguidores (véase Mt 5 43ss).

SALMO 110 (109)
Siéntate a mi derecha

Sal 2; Mt 26 64; Hch 2 34-35; Rom 8 34; 1 Cor 15 25;
Ef 1 20; 1 Pe 3 20; Heb 1 13; 5 5; 7 1; 8 1; 10 12

[1] *Salmo de David.*

Oráculo del Señor a mi señor: «Siéntate a mi derecha,
hasta que convierta a tus enemigos en estrado de tus pies».
[2] Desde Sión extenderá el Señor el poder de tu cetro.
¡Domina en medio de tus enemigos!
[3] «Tuyo es el señorío desde el día de tu nacimiento
en el santuario;
desde el seno de la aurora te he engendrado como rocío».
[4] El Señor lo ha jurado y no se retractará:
«Tú eres sacerdote para siempre igual que Melquisedec».

[5] El Señor está a tu derecha;
aplasta a los reyes el día de su ira;
[6] juzga a las naciones, amontona cadáveres,
quebranta cabezas a lo ancho de la tierra.
[7] Mientras va de camino, bebe del torrente,
y repone sus fuerzas.

Salmo real, quizás perteneciente a la liturgia de entronización del rey davídico (véase Sal 2). En su composición se advierten un oráculo divino en tres partes (Sal 110 1.3.4b) y dos comentarios sobre la soberanía (Sal 110 2) y las victorias (Sal 110 5-7) del nuevo rey. Sal 110 3 es de difícil traducción e interpretación.

Podríamos entender este salmo como el oráculo que un sacerdote o profeta de la corte pronuncia ante el rey como uno de los actos de las ceremonias de la entronización, es decir, de la toma de posesión del trono y del inicio oficial del reinado. En él se comunica de parte de Dios al nuevo monarca, de acuerdo con la mentalidad del tiempo, su categoría casi divina: *Siéntate a mi derecha* (Sal 110 1); su filiación divina, que en Israel se entiende que es una filiación no por naturaleza, sino por adopción: *Yo te*

he engendrado (Sal 110 3; véase Sal 2 7-9); y su carácter sagrado y sacerdotal (Sal 110 4), con un sacerdocio permanente y eterno como el del rey Melquisedec, que, según la tradición judía, no tuvo ni principio ni fin (véase Gn 14 18; Heb 7 1). El *nacimiento en el santuario, desde el seno de la aurora te he engendrado* podría referirse a una ceremonia de "incubación" nocturna en el santuario –algo así como el "velar las armas" de los antiguos caballeros– durante la cual se producía la "generación" o adopción divina del rey (véase 1 Re 3 4-15).

Estos privilegios son dones de Dios, que se compromete a concederlos y a mantenérselos al rey –su ungido– con un juramento solemne del que nunca se retractará (Sal 110 4; véase 2 Sm 7 12-16).

Junto con estas prerrogativas, el Señor hace al rey una segunda serie de promesas de carácter marcadamente bélico, a saber, que el mismo Dios se encargará de concederle el triunfo total y definitivo sobre todos sus enemigos, a los que dejará para siempre derrotados, destruidos y humillados (véase Sal 18 51; 21 9-11). El Señor hará de los enemigos del monarca –que son también y por eso mismo enemigos del pueblo– un escabel sobre el que asiente sus pies (Sal 110 1; véase Sal 18 39); hará que el dominio del rey se extienda sobre todos sus adversarios desde la capital real, Sión (Sal 110 2); le concederá el señorío, es decir, se lo ha concedido ya desde el mismo momento de su "nacimiento" elevándolo a la categoría de hijo adoptivo de Dios (Sal 110 3); y finalmente le hará participar en sus victorias o le conseguirá espectaculares triunfos militares (Sal 110 5-6). Y lo mismo que le ha invitado a que se sentara "a su derecha" concediéndole ser casi como Dios (Sal 110 1), ahora le promete, por medio del profeta o sacerdote, estar "a su derecha", es decir, prestarle su protección, su auxilio, su guía perpetua (Sal 110 5; véase Sal 121).

La última frase del salmo (Sal 110 7) resulta bastante enigmática. Puede referirse a alguna ceremonia o rito que desconocemos, o aludir a algún hecho histórico pasado relacionado con algún manantial o torrente (véase, por ejemplo, 1 Re 1 9-33).

El salmo refleja la cercanía, la intimidad, la colaboración y casi el parentesco que existe entre el rey humano y Dios por iniciativa amorosa de éste (véase Sal 21 1-7). Pero no goza de ellas sólo el rey: por una misteriosa solidaridad entre el rey y el pue-

blo, éste se beneficia también de todas esas bendiciones divinas (véase Sal 20; 72; etc.).

El salmo 110 es uno de los salmos más citados en el Nuevo Testamento. Cristo es el "Hijo", engendrado por el Padre antes de todos los siglos; Cristo resucitado es el "rey" que se sienta a la derecha de Dios; es el "ungido" o Mesías de Dios, hijo de David; y es el "sacerdote eterno" que ofrece el sacrificio perfecto y definitivo. De sus prerrogativas y bendiciones "reales", de su victoria plena y total sobre todos los "enemigos" (véase 1 Cor 5 25-26), hemos tenido la fortuna de haber sido hecho partícipes todos los que, por la fe, constituimos su cuerpo santo.

SALMO 111 (110)
Grandes son las obras del Señor

Sal 112 3; Prov 1 7; 9 10

1 ¡Aleluya!
Doy gracias al Señor con todo el corazón,
en la reunión de los honrados y en la asamblea.

2 Grandes son las obras del Señor,
dignas de estudio para los que las aman.
3 Sus portentos son espléndidos y majestuosos,
su salvación permanece para siempre.
4 Ha hecho maravillas memorables,
el Señor es compasivo y misericordioso.
5 Da alimento a los que le honran,
acordándose siempre de su alianza.
6 Mostró a su pueblo el poder de sus obras,
dándole la heredad de los paganos.
7 El actúa con justicia y lealtad,
todas sus leyes son de fiar,
8 estables para siempre jamás,
promulgadas con verdad y rectitud.
9 Envió la redención a su pueblo,
confirmó su alianza para siempre;
su nombre es santo y digno de respeto.

[10] El temor del Señor es el principio del saber,
ejercitarse en él es de hombres sensatos,
los que así proceden serán siempre alabados.

Himno de alabanza, de composición alfabética (cada hemistiquio comienza por una letra sucesiva del alfabeto hebreo), con tres partes: introducción (Sal 111 1); descripción de las obras del Señor (Sal 111 2-9); conclusión sapiencial (Sal 111 10).

Este salmo es un gran canto de alabanza dedicado a las obras del Señor (Sal 111 2.6.7). El autor las ha meditado y compone su poema impresionado por ellas y rebosando agradecimiento, porque son grandiosas, dignas de estudio, espléndidas, majestuosas, permanentes, memorables, poderosas, justas y leales... Le faltan adjetivos para calificarlas. Como parecen faltarle sustantivos para nombrarlas: las obras del Señor son portentos, son maravillas, son salvación. Hasta aquí el salmista no especifica a qué obras se refiere; sólo insinúa a través de sustantivos y calificativos. Sí aclara, sin embargo, una cosa: tales obras son las que son y como son porque proceden de la compasión y de la misericordia de Dios (Sal 111 4). Es la forma de ser del Señor, el Compasivo y el Misericordioso, la que produce y explica la grandeza y calidad de sus acciones.

El salmista continúa ahora cantando otras obras del Señor: *da alimento a los que le honran* (literalmente, "le temen"), recuerda su alianza, actúa con poder dando a su pueblo la heredad de los paganos, se comporta con justicia y lealtad, entrega a sus fieles unas leyes estables, firmes y seguras, y redime a su pueblo confirmando así esa alianza de la que nunca se olvida. Trasladémonos a la historia: el autor se está refiriendo a los episodios del maná y las codornices en el desierto (véase Ex 16), a la alianza del Sinaí con la entrega de los mandamientos, al don de la Tierra Prometida, y quizá a la restauración tras el destierro. Las obras grandes, los prodigios y maravillas del principio serían entonces las grandiosas intervenciones anteriores de Dios: creación, elección del pueblo, portentosa salvación del éxodo, etc.

Después de contemplar y alabar todas estas obras divinas, el salmista se vuelve de nuevo hacia Dios y concluye: en verdad

no son las acciones las dignas de estudio y alabanza, sino el autor de las mismas. El nombre de Dios, sagrado y glorioso, el Señor compasivo, misericordioso y fiel a su alianza, es el que debe ser tenido como santo y alabado y respetado siempre. El es el que merece el amor (Sal 111 2), la acción de gracias (Sal 111 1) y la confianza de sus fieles (Sal 111 7). Así lo proclamará también María en el evangelio, con un canto espléndido que guarda bastantes semejanzas con éste (véase Lc 1 47-55).

De toda esta meditación sobre Dios y sus acciones se deduce que de hombres sabios y sensatos es respetarlo y honrarlo (literalmente, "temerlo"). Esta conclusión de tipo sapiencial (Sal 111 10) cierra el salmo y lo deja abierto y lo conecta con el siguiente, en el que se desarrollará y comentará este pensamiento (véase Sal 112).

El entusiasmo que el autor sagrado siente y expone en su himno llegaría a límites insospechados si pudiese haber contemplado y gozado de las obras que el Señor, el compasivo y el misericordioso, siguió haciendo con su pueblo en cumplimiento de sus promesas y por fidelidad a su alianza: el portento del envío de su Hijo, la maravilla memorable de la redención definitiva a través de su muerte y su resurrección, el prodigio espléndido de la instauración definitiva de su Reino de justicia, amor y verdad...

SALMO 112 (111)
Dichoso el que honra al Señor

Sal 1; 111

1 ¡Aleluya!
Dichoso el que honra al Señor,
y se complace en sus mandamientos.
2 Su descendencia será poderosa en la tierra,
la estirpe de los honrados será bendita.
3 Abundarán las riquezas en su casa,
su fidelidad permanece para siempre.
4 Como luz para los honrados brilla en las tinieblas
el que es compasivo, misericordioso y justo.

5 Dichoso el hombre que se apiada y presta,
y administra con justicia sus asuntos:
6 el justo jamás sucumbirá
y será siempre recordado;
7 no tiene miedo a las malas noticias,
confía en el Señor y se siente seguro;
8 su corazón está sereno, no tiene miedo,
y triunfará sobre sus adversarios.
9 Da con largueza a los pobres,
su fidelidad permanece para siempre,
y mantendrá erguida la frente con honor.
10 Al verlo, el malvado se enfurece,
se consume rechinando los dientes;
pero los deseos de los malvados fracasarán.

Salmo alfabético, de estilo sapiencial. En su estructura se advierten dos bienaventuranzas (Sal 112 1.5) que inician las dos partes fundamentales del salmo, y una referencia conclusiva a los malvados (Sal 112 10) en fuerte contraste con lo anterior.

Este poema es una ilustración del dogma sapiencial que suena así: al justo le va bien y al malvado mal, porque hay un Dios que se ocupa de premiar a los buenos y castigar a los malos; todo ello dentro del horizonte terrenal, intramundano, sin vislumbrar todavía la existencia de otra vida y de una posible retribución en ella. Es el mismo tema de los salmos 1, 37, 73, etc., y de Sal 111 10, del que el presente salmo parece un desarrollo lógico.

Tal doctrina se expone aquí en forma de dos bienaventuranzas que felicitan a aquellos que observan una conducta determinada y describen los frutos de la misma. La primera (Sal 112 1-4) se ocupa del comportamiento con Dios en dos aspectos: honrar al Señor (literalmente "temer al Señor": véase Sal 111 10) y complacerse en sus mandatos (véase Sal 1 2). Los frutos de esta conducta son los típicos de la sabiduría (véase Prov 22 4): descendencia numerosa, influyente y continuamente bendecida, y riquezas abundantes (véase Sal 128). La frase de Sal 112 3b parece mirar de nuevo a la conducta del justo: es un comportamiento permanente, estable, coherente, no sujeto a vaivenes,

bien asentado, y que constantemente está produciendo los frutos mencionados (véase Sal 1 3).

Estos hombres sabios y justos contarán además con la asistencia y la guía –una luz en las tinieblas– del Señor, que es el verdadero Justo, Compasivo y Misericordioso.

Enlazando con esas "actitudes" del Señor, el poeta asocia: si Dios es así, el creyente también debe serlo. La segunda bienaventuranza mira al comportamiento con los hombres, con el prójimo, especialmente en los aspectos de la compasión, la generosidad y la recta administración de los negocios. Dichoso aquel que las practica imitando así a Dios. Recogerá como frutos el éxito constante, la fama imperecedera, la serenidad y la seguridad que proporciona la confianza en Dios, y el triunfo sobre los adversarios, que aparecen inopinadamente en el salmo. La conducta se explicita en un aspecto concreto: la generosidad del justo con los pobres es inagotable (Sal 112 9), y no se trata de algo pasajero sino, como en la primera parte del salmo, de un comportamiento permanente, estable y constante.

Un último fruto mencionado es el honor que tal proceder depara al justo: una persona así puede llevar siempre bien alta la cabeza, ante los hombres y –¿por qué no?– ante Dios, que es su inspirador y su guía.

El retrato del justo, y del Dios al que imita, queda acabado, redondo. Contrasta fuertemente con el de los malvados, a los que el salmista hace asomar al final de su poema con las facciones desfiguradas por el furor y la rabia que les produce el espectaculo de la dicha de los justos. El autor termina de pronto, con una frase lapidaria y solemne, de forma semejante a lo que hacía el autor del salmo 1: el destino de los malvados es el fracaso total y sin paliativos (Sal 112 10; véase Sal 1 6).

SALMO 113 (112)
Bendito sea el nombre del Señor

1 Sm 2 5.8; Lc 1 47-55

[1] ¡Aleluya!
¡Alabad, siervos del Señor,
alabad el nombre del Señor!
[2] ¡Bendito sea el nombre del Señor
ahora y por siempre!
[3] Desde la salida del sol hasta su ocaso,
sea alabado el nombre del Señor.

[4] El Señor es excelso sobre todas las naciones,
su gloria está por encima de los cielos.
[5] ¿Quién como el Señor, nuestro Dios,
que reina en las alturas,
[6] pero se abaja para mirar cielos y tierra?

[7] El levanta del polvo al desvalido
y alza del estiércol al pobre,
[8] para sentarlo con los príncipes,
con los príncipes de su pueblo;
[9] consolida a la estéril en su familia,
haciéndola madre feliz de hijos.
¡Aleluya!

Himno de alabanza a Dios, estructurado en tres partes: invitación y alabanza (Sal 113 1-3), y doble motivación de la misma: la majestad de Dios (Sal 113 4-6) y su actuación con los humildes (Sal 113 7-9).

Es un himno entusiasta, abierto y cerrado por dos gritos de alabanza –¡aleluya!–. Comienza con una invitación general a los *siervos del Señor*, es decir, todos los fieles, para que alaben y bendigan *el nombre del Señor* (Sal 113 1). Por tres veces resuena en las primeras frases este *nombre del Señor*, es decir, su misteriosa e inefable realidad personal. La alabanza que sigue a la invitación (Sal 113 2-3) es repetida e insistente, y se pretende que

sea continuada: *ahora y por siempre*, y universal –desde oriente hasta occidente–. La estructura de estos dos versos responde a un movimiento particular muy elaborado: alabanza-tiempo-espacio-alabanza.

El clima de exultación continúa en los versos siguientes (Sal 113 4-6), en los que se explicitan los motivos de tanta alabanza. Hay que alabar y bendecir al Señor porque es grande, excelso y majestuoso, y reina en las alturas sobre todos los cielos y todas las naciones. Hay que alabar y bendecir al Señor porque, a pesar de su gloriosa trascendencia y de su distancia infinita con respecto a lo creado, no se encuentra lejos de sus criaturas, sino que está pendiente de ellas, *se abaja* para mirarlas y cuidarlas, especialmente a las más débiles y desfavorecidas (véase Sal 35 10; Is 57 15). El autor, entusiasmado con el Señor, proclama su carácter absolutamente único (véase 1 Sm 2 2) con una pregunta retórica dirigida a sí mismo y a sus oyentes –los *siervos del Señor* del principio–: ¿hay alguien, en los cielos o en la tierra, que se asemeje ni siquiera remotamente a un Dios así, a un Dios como *nuestro Dios*?

Después, serenamente, describe dos ejemplos extremos de esa forma de ser y actuar de Dios: el caso de los pobres y desvalidos y el de las estériles. A los primeros los saca de su situación de desgracia, los *levanta* para colocarlos al nivel de los principales del pueblo y sentarlos en sus tronos, o sea, darles un puesto y un papel en la sociedad (véase 1 Sm 2 8). A las mujeres despreciadas y consideradas malditas por su infecundidad las rescata de su oprobio concediéndoles hijos numerosos y un puesto de honor en su casa (véase 1 Sm 2 5).

Extraña y maravillosa forma de actuar de Dios, de *nuestro Dios*, que ya impresionó a Ana, la madre de Samuel, y la hizo prorrumpir en un cántico muy parecido a este salmo (véase 1 Sm 2 1-10). En el Nuevo Testamento ambos textos han servido de inspiración al Magnificat (Lc 1 47-55), el canto de María, dedicado a la grandeza de Dios, a proclamar que *su nombre es santo*, que se fija en sus criaturas y, en especial, en su humilde sierva, que ensalza a los humildes hasta sentarlos en los tronos de los poderosos, que se ocupa de los hambrientos y de *su siervo*, Israel, cumpliendo así sus antiguas promesas y ratificando con ello su especialísima forma de ser y de comportarse.

SALMO 114 (113A)
Cuando Israel salió de Egipto

Ex 19 6; Sal 78 54; 74 14-15; Jue 5 4; Ex 17 1-7

[1] Cuando Israel salió de Egipto,
la familia de Jacob de un pueblo bárbaro,
[2] Judá se convirtió en su santuario,
Israel en su dominio.

[3] El mar, al verlos, huyó,
el Jordán se volvió atrás;
[4] los montes saltaron como carneros,
las colinas, como corderillos.

[5] ¿Qué te pasa, mar, que huyes,
y a ti, Jordán, que te echas atrás?
[6] ¿Y a vosotros, montes, que saltáis como carneros;
colinas, que saltáis como corderillos?

[7] ¡Que la tierra se estremezca, en presencia del Señor,
en presencia del Dios de Jacob,
[8] que convirtió la peña en un estanque,
y la roca en un manantial!

Himno de alabanza, aunque le falten algunos de los elementos típicos de estas composiciones, en el que se recuerdan los hechos del éxodo y la conquista. Su estructura tiene disposición quiástica: a (Sal 114 1-2); b (Sal 114 3-4); b' (Sal 114 5-6); a' (Sal 114 7-8). El autor emplea, además, un paralelismo riguroso a lo largo de todo el salmo, lo que le confiere un tono peculiar. Dentro de su brevedad, posee un gran vigor épico-lírico.

Este himno canta como tema central la salida de Egipto y la instalación en Canaán, hechos que contempla casi como simultáneos en los primeros versos. Pero sobre todo canta el poder, la gloria y la majestad de la acción salvadora de Dios y su señorío sobre toda la naturaleza.

El poema comienza mencionando la elección divina de la Tierra (Judá-Israel) como morada santa, ámbito de su dominio,

lugar escogido de reposo y habitación de su pueblo (Sal 114 2; véase Ex 19 6), y se fija después en tres "prodigios" concretos: el principio y el fin de la gesta, es decir, el paso del Mar Rojo (Ex 14) y el del Jordán (Jos 3-4), también contemplados casi como simultáneos (Sal 114 3); la teofanía del Sinaí (Sal 114 4; véase Ex 19 18; Sal 68 8), y el agua que manó de la piedra (Sal 114 8; véase Ex 17 1-7). En estos pocos pero escogidos elementos está magníficamente evocada toda la hazaña salvadora y sus etapas intermedias, los prodigios que la acompañaron y las dificultades y enemigos a los que los salvados tuvieron que hacer frente. Mar, Jordán, montes y colinas están personificados: forman un gigantesco y fantasmal semicírculo que tras las fronteras de Egipto parecen querer impedir o dificultar la liberación de los esclavos israelitas, pero que, lejos de conseguirlo, se acobardan, se echan a temblar, huyen. El salmista los interpela con una pregunta directa, mitad asombrada y mitad irónica y burlona, para interesarse por sus "reacciones" ante el espectáculo grandioso del pueblo rescatado por el Señor (Sal 114 5-6).

De hecho, como se dirá enseguida, es una reacción lógica cuando se percatan de que es el Señor de toda la tierra el que está actuando. Los últimos versos lo aclaran: cuando Dios se manifiesta, toda la creación se convulsiona y se estremece, máxime si la teofanía va acompañada de señales maravillosas y sobrecogedoras como la transformación de las peñas en estanques y de las rocas en manantiales.

El poema canta solemnemente, utilizando los mecanismos poéticos ya señalados, la poderosa acción salvadora de Dios, el Dios de Jacob, en favor de su pueblo. El poema describe el temor y el temblor que el Señor provoca en la naturaleza con su presencia majestuosa: el mundo físico se convierte también en vehículo de la revelación divina. El poema no relata, pero insinúa, la participación de todo lo creado en la salvación de Dios: como se revelará en las señales de la naturaleza cuando llegue el momento supremo de la redención, la muerte de Cristo en la cruz (véase Mt 27 45-53); como se pondrá de manifiesto en las ansias y los "dolores de parto" que San Pablo descubre en toda la creación (véase Rom 8 19-22).

SALMO 115 (113B)
Los que honran al Señor confían en él

Ez 36 22-23; Sal 135 15-18; 118 2-4; Dt 1 10-11

[1] ¡No a nosotros, Señor, no a nosotros,
sólo a tu nombre da gloria, por tu amor, por tu fidelidad!

[2] ¿Por qué han de decir las naciones: «Dónde está su Dios»?
[3] ¡Nuestro Dios está en los cielos,
todo lo que quiere lo hace!
[4] Sus ídolos, en cambio, son de plata y oro,
y han sido fabricados por manos humanas.
[5] Tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven,
[6] tienen orejas y no oyen, tienen nariz y no huelen,
[7] tienen manos y no tocan, tienen pies y no andan,
ni un sonido emite su garganta.
[8] Sean como ellos quienes los fabrican,
los que confían en ellos.

[9] El pueblo de Israel confía en el Señor:
él es su auxilio y su escudo;
[10] la estirpe de Aarón confía en el Señor:
él es su auxilio y su escudo.
[11] los que honran al Señor confían en el Señor:
él es su auxilio y su escudo.

[12] El Señor se ha acordado de nosotros y nos bendecirá,
bendecirá al pueblo de Israel, y a la estirpe de Aarón,
[13] bendecirá a quienes le honran, pequeños y grandes.
[14] ¡Que el Señor multiplique vuestra descendencia,
[15] que os bendiga el que hizo los cielos y la tierra!
[16] Los cielos son del Señor, la tierra se la dio a los hombres.
[17] No alaban los muertos al Señor,
ni los que bajan al silencio.
[18] Nosotros sí bendecimos al Señor, ahora y por siempre.
¡Aleluya!

Salmo de confianza, de carácter litúrgico y coral. Su estructura comprende cuatro partes: introducción (Sal 115 1); sátira contra los ídolos (Sal 115 2-8); declaración de confianza (Sal 115 9-11); bendiciones (Sal 115 12-18). Sal 115 4-8 se repite, abreviado, en Sal 135 15-18. La versión griega de los LXX une este salmo al anterior.

Aunque Sal 115 2 tiene tono de lamentación, en el conjunto del salmo predomina la actitud de fe y confianza en Dios. Una primera petición introduce los motivos para que el Señor "se glorifique"; tales motivos son su amor y su fidelidad. Dios se glorifica a sí mismo, es decir, muestra su gloria, derrotando a los enemigos del pueblo y liberando a éste (véase, por ejemplo, Ex 14 4.17; Ez 39 21-28). Ahora el pueblo –"nosotros"– le pide que actúe no por ellos, sino por sí mismo (véase Ez 36 22-23), y le insinúa que tiene que hacerlo para que las naciones –los paganos– dejen el tono de burla y de duda en los poderes del Dios de Israel que se esconde en la pregunta que repiten: *¿Dónde ésta su Dios?* (véase Sal 42 4.11; 79 10).

El salmista responde indignado y en mordaz polémica con ellos (como en Sal 135; Is 44 y 46; Sab 13-14): ¡en el cielo, y es omnipotente, no como vuestros ídolos, que parecen cadáveres! Si el salmo refleja la situación del destierro, como es probable, entonces los ídolos son los de los babilonios, que se burlan de los israelitas desterrados y confían en sus múltiples dioses, de los que poseen numerosas imágenes. Estos ídolos son, es obvio, de fabricación humana y están hechos de materiales terrenos, lo que, de entrada, les priva de la categoría de dioses. Pero además no tienen poder, ni vida, ni aliento: están muertos. De nada les sirven los ojos, la boca, los oídos, las manos y los pies. ¡Buen porvenir les espera a los que los fabrican y confían en ellos! La imprecación que el salmista les dirige es muy fuerte, bastante cruel: que se conviertan también en cadáveres, que queden mudos, ciegos, sordos, inmóviles...

En quien hay que confiar es en el Señor. El autor elabora como dos partes de un díptico: en la primera (Sal 115 9-11) muestra la actitud humana; en la segunda (Sal 115 12-13) la respuesta de Dios. En la primera se enumeran distintos grupos que confían en el Señor, parecidos a los del Sal 135 19-20: el pueblo, los sacerdotes –estirpe de Aarón–, los que honran (literalmente "temero-

sos") a Dios. La actitud de confianza se expresa con un triple estribillo: él es su auxilio y su escudo. Se parece a otra frase repetida en los salmos: nuestro auxilio es el Señor, que hizo el cielo y la tierra (véase Sal 121 2; 124 8). Por cierto, una frase semejante aparecerá más adelante en este salmo (Sal 115 15).

En la segunda parte del díptico, más breve, se contempla la respuesta del Señor a esos mismos grupos: se acuerda de ellos y los bendice.

El final del salmo es un poco confuso y embarullado. Hemos oído la certeza de la bendición de Dios. Ahora tendremos una bendición suplicada, una bendición que no se hace –la de los muertos–, y una bendición afirmada, la de *nosotros*: son varios elementos aparentemente muy dispares. En primer lugar, un deseo –oración– de que el Señor conceda descendencia numerosa y bendición no sabemos exactamente a quién: a "vosotros" (Sal 115 14-15). Quizá hablen los sacerdotes respondiendo al pueblo representado por el *nosotros* que ha pronunciado el resto del salmo. Después encontramos una reflexión sobre los cielos y la tierra recién mencionados: los cielos son del Señor y en ellos ejerce su dominio de forma exclusiva, mientras que la tierra la ha puesto bajo el dominio del "hijo de Adán", es decir, del ser humano, como aparece espléndidamente afirmado y celebrado en Gn 1 y en el Sal 8.

La mención de *los muertos* es extraña. ¿Será por asociación con los ídolos "muertos" de los paganos? ¿Habrá querido terminar el autor mencionando todos los ámbitos de lo creado: cielos, tierra y, ahora, el abismo, el lugar de los muertos y del silencio (véase Sal 94 17)? Sea lo que sea, algo queda claro: son los vivos los que tienen que alabar al Señor (véase, por ejemplo, Sal 6 6; 88 11-13). Nosotros, dice el verso siguiente, sí que estamos vivos –no como los ídolos y sus adoradores–; nosotros sí que alabamos al Señor.

El salmo empezó con el *nosotros*. Y termina también con él. El desarrollo ha sido lineal: no nos glorifiques a nosotros, Señor, sino glorifícate tú, porque así nos bendices y a nosotros nos toca alabarte por siempre.

El salmo sirve de aviso contra la adoración de cualquier ídolo: el poder (político, económico, religioso), los líderes y mesías que se encumbran sobre los demás, el prestigio social, las mil y

una idolatrías, pequeñas y grandes, que terminan convirtiendo en esclavo al hombre, llamado a ser señor y dominador.

Glorifica tu nombre, dijo el verdadero y único Mesías al Padre (Jn 12 28). Y era consciente de que él mismo glorificaba al Padre, y al mismo tiempo era glorificado por él, entregando su vida por la liberación de las esclavitudes de este mundo (véase Jn 13 31-32; 17 1-4). De la misma forma deben sus discípulos glorificar a Dios (Jn 21 19).

SALMO 116 (114-115)
Caminaré en presencia del Señor

Sal 18 5-7; Ex 34 6; 1 Cor 4 13; 10 16; Lv 7 11

1 Amo al Señor porque escucha mi voz suplicante,
2 porque inclina su oído hacia mí cuando lo invoco.

3 Me envolvieron las redes de la muerte,
me atraparon los lazos del abismo,
caí en tristeza y angustia,
4 pero invoqué el nombre del Señor:
«¡Señor, salva mi vida!»
5 El Señor es benigno y justo, nuestro Dios es todo ternura.
6 El Señor guarda a los sencillos:
estaba yo postrado y me salvó.
7 Alma mía, recobra la calma,
que el Señor te ha tratado bien.
8 El libró mi vida de la muerte,
mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída.
9 Caminaré en presencia del Señor
en el mundo de los vivos.

10 Yo seguía confiando, aunque dijera:
«¡Qué desgraciado soy!»
11 En mi aflicción decía: «No se puede confiar en nadie».

12 ¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?
13 Levantaré la copa de la salvación invocando su nombre.
14 Cumpliré mis promesas al Señor

en presencia de todo el pueblo.
[15] El Señor siente profundamente la muerte de sus fieles.
[16] Señor, soy tu siervo, hijo de tu esclava:
rompiste mis ataduras.
[17] Te ofreceré un sacrificio de acción de gracias
invocando tu nombre;
[18] cumpliré mis promesas al Señor
en presencia de todo el pueblo,
[19] en los atrios de la casa del Señor, en medio de ti, Jerusalén.
¡Aleluya!

Salmo de acción de gracias, estructurado en cuatro partes: introducción (Sal 116 1-2); exposición de la situación y de la liberación (Sal 116 3-9); confianza en la aflicción (Sal 116 10-11) y promesa de acción de gracias (Sal 116 12-19). La versión griega de los LXX divide el salmo en dos: salmo 114 (Sal 116 1-9) y salmo 115 (Sal 116 10-19).

El salmista ama a Dios: con esa confesión empieza el salmo (véase Sal 18 2). Y sigue con las razones, dos razones que son una sola: me escucha cuando lo invoco. Este comienzo es una conclusión adelantada: a lo largo de él se va a narrar precisamente que el Señor escucha a su fiel y le concede lo que le pide.

El salmista era –real o figuradamente– un enfermo grave, en peligro de muerte. La exposición de la situación es tópica (véase Sal 18 5-7), pero tiene fuerza y vigor y comunica emoción: las redes de la muerte, los lazos del abismo. Y a ello se añade un estado anímico depresivo: tristeza y angustia. Curiosamente faltan en este salmo los enemigos, y la confesión de los pecados o, en su caso, de la inocencia del salmista (véase Sal 6). Este se limita a narrar sobriamente cómo invocó al Señor y cómo el Señor lo salvó (Sal 116 4-6). La declaración de Sal 116 5-6a es, por una parte, la razón de la intervención de Dios, que es tal como se le describe: justo, compasivo, todo ternura, solícito con los "pequeños" (véase Sal 85 15; 103 8; 112 4; 145 8). Y, por otra, la lección que el salmista saca de la experiencia. Con un Dios así, experimentado una vez más, puede recomendar calma y serenidad a su propio espíritu: la experiencia de la bondad de

Dios y de la liberación que ha otorgado al autor y que éste describe ahora gráficamente –liberación de la muerte, de las lágrimas, de la caída (véase Sal 56 14)– es la base para la tranquilidad y la serenidad del creyente. Ahora, salvado y feliz, seguirá caminando *en presencia del Señor*, es decir, en unión con él, a la luz de sus mandatos, con su protección y su compañía, *en el mundo de los vivos*, en esta tierra nuestra donde reina la vida –en contraste con el mundo abismal de los muertos y de la muerte, adonde ha estado a punto de bajar (véase Sal 56 14; 27 13; 52 7).

Los versos siguientes (Sal 116 10-11) parecen una justificación del salmista que por un momento ha vuelto la vista atrás: recuerda que, mientras estuvo en la situación de angustia y sufrimiento, nunca perdió la confianza en Dios. Su reflexión sobre la poca fiabilidad de los humanos es consecuencia de otra experiencia por la que ha pasado: en la desgracia es cuando nos damos cuenta de lo poco fiables que son muchos que parecían amigos e íntimos. A la enfermedad, real o figurada, se añade frecuentemente la soledad, el abandono, la traición (véase Sal 41 10; 55 14-15). Dios es el único que no abandona ni traiciona nunca.

La última parte (Sal 116 12-19) es una amplia y motivada promesa de acción de gracias. La pregunta con que arranca confiesa que al Señor no se le puede "pagar": se le puede agradecer, pero su don supera siempre nuestras posibilidades de "compensación"; los dones de Dios son gratis. La acción de gracias se realizará litúrgicamente, brindando con *la copa de la salvación* –o de la victoria– en honor del Señor (véase Ex 29 40-41; Nm 15 5-7), cumpliendo públicamente las promesas que se le hicieron en los momentos de angustia (véase Sal 66 13-14), ofreciendo sacrificios de acción de gracias, todo ello en el templo de Jerusalén, en sus atrios, ante todo el pueblo, como reconocimiento y testimonio público (véase Sal 22 26).

Enmarcadas en esa promesa que se repite y hace de estribillo (Sal 116 13-14 y 17-18) encontramos una frase importante y la única invocación personal a Dios de todo el salmo, si exceptuamos la cita de Sal 116 4. La frase habla de lo que a Dios "le cuesta" *la muerte de sus fieles*: a Dios le duelen los dolores humanos, no goza con la muerte de nadie. No inventó él la muerte ni se complace en ella (véase Sab 1 13-14). Afirmación suelta, casi perdida en el salterio, pero con uno de los mensajes

más hermosos y consoladores –y de profunda teología– de los salmos.

En la invocación, como una jaculatoria aislada, suena un tema conocido que es a la vez motivo de persuasión para forzar la intervención de Dios y proclamación de confianza, abandono y dependencia en el Señor: *Yo soy tu siervo, hijo de tu esclava* (véase Sal 143 12), es decir, perteneciente a la raza de los que se entregan a tu servicio, a cumplir tu voluntad. Y el recuerdo emocionado de la salvación: tú rompiste mis cadenas, me liberaste, me manumitiste.

Servir a Dios es reinar, es superar todas las servidumbres y esclavitudes. Y en la comunidad cristiana, es ser el más grande: *el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, como el Hijo del hombre, que no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos* (véase Mc 10 43-45). La muerte del Hijo, que tanto le costó al Padre y de cuyas cadenas lo liberó resucitándolo, es el acto supremo de servicio, y el acto supremo de liberación de todos los hombres que pueden ya vivir, con el Resucitado, en la verdadera Tierra de los Vivos.

SALMO 117 (116)
Alabad al Señor todas las naciones

Rom 15 11

[1] ¡Alabad al Señor todas las naciones,
aclamadlo todos los pueblos!
[2] Grande es su amor hacia nosotros,
y la fidelidad del Señor dura por siempre.
¡Aleluya!

Himno de alabanza a Dios. Es el más breve de todo el salterio, pero contiene los elementos hímnicos fundamentales: invitación a la alabanza (Sal 117 1) y motivación: el amor y la fidelidad de Dios (Sal 117 2).

La invitación tiene alcance universal: se dirige a toda la humanidad. En la motivación aparece un *nosotros*, destinatarios de los

beneficios de Dios. Si "nosotros" se refiere a la comunidad de Israel, al pueblo de Dios, entonces se está invitando a toda la humanidad a alabar a Dios por el amor y la fidelidad que tiene con su pueblo. Sería, al mismo tiempo, una invitación a la conversión, a la fe en "nuestro" Dios. Si el "nosotros" no tiene referencias israelitas, sino simplemente humanas, el salmo es una confesión de la universalidad de la salvación, una proclamación de que la bondad y la fidelidad de Dios no son sólo para su pueblo, sino que abarcan a todos los hombres. En uno y otro caso la alabanza es la reacción espontánea ante la bondad del Señor: es el sentido del *Aleluya* final (véase Sal 104 35). En uno y otro caso el salmo participa de la corriente más universalista del Antiguo Testamento.

SALMO 118 (117)
Este es el día en que actuó el Señor

Sal 115; 135 19-20; Heb 13 6; Ex 15 2;
Sal 24 7-10; Mt 21 42; Hch 4 11; Mt 21 9; 23 39

1 ¡Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterno su amor!
2 Diga el pueblo de Israel: es eterno su amor.
3 Diga la estirpe de Aarón: es eterno su amor.
4 Digan los que honran al Señor: es eterno su amor.

5 En la angustia clamé al Señor;
él me atendió y me dio respiro;
6 El Señor está conmigo y no tengo miedo,
¿qué podrán hacerme los hombres?
7 El Señor está conmigo, él es mi auxilio,
triunfaré sobre mis adversarios.
8 Mejor es refugiarse en el Señor
que confiar en los hombres;
9 Mejor es refugiarse en el Señor
que confiar en los poderosos.

10 Me rodeaban todas las naciones,
pero las derroté en el nombre del Señor;

[11] me rodeaban, me cercaban,
pero las derroté en el nombre del Señor;
[12] me cercaban como avispas,
crepitaban como fuego de espinos,
pero las derroté en el nombre del Señor.
[13] Me empujaban más y más para derribarme,
pero el Señor vino en mi ayuda;
[14] el Señor es mi fuerza y a él canto,
porque él fue mi salvación.

[15] Se oyen clamores de júbilo y victoria
en las tiendas de los justos:
«¡La diestra del Señor hace proezas,
[16] la diestra del Señor es sublime,
la diestra del Señor hace proezas!».
[17] No he de morir, viviré
y contaré las hazañas del Señor;
[18] me castigó duramente el Señor,
pero no permitió que muriese.

[19] ¡Abridme las puertas santas,
entraré para dar gracias al Señor!
[20] Esta es la puerta del Señor,
los vencedores entrarán por ella.
[21] Te doy gracias porque me escuchaste
y fuiste mi salvación.
[22] La piedra que rechazaron los constructores
se ha convertido en piedra angular.
[23] Esto es obra del Señor y es realmente admirable.
[24] Este es el día en que actuó el Señor,
hagamos fiesta y alegrémonos en él.
[25] Señor, danos la salvación; Señor, danos prosperidad.

[26] ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!
Desde la casa del Señor os bendecimos.
[27] El Señor es Dios, él nos ilumina.
Iniciad la procesión con ramos hasta el altar.
[28] ¡Tú eres mi Dios, yo te doy gracias;

Dios mío, yo te ensalzo.
29 ¡Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterno su amor!

Liturgia de acción de gracias, con acentos individuales y comunitarios. Su estructura comprende seis partes: invitación a la alabanza (Sal 118 1-4); declaración de confianza (Sal 118 5-9); exposición del caso (Sal 118 10-14); cantos de victoria y acción de gracias (Sal 118 15-18); entrada en el templo (Sal 118 19-25); procesión litúrgica (Sal 118 26-29); con inclusión en Sal 118 1.29.

Aunque la alternancia de las voces individual y comunitaria hace difícil seguir el movimiento interno del salmo, la intervención coral, las repeticiones, los estribillos y las referencias explícitas a dos acciones cultuales –la entrada en el templo y la procesión (Sal 118 19-20.27; véase Sal 24 7-9)–, todo ello apunta a una liturgia comunitaria de acción de gracias, celebrada con ocasión de una victoria del pueblo que un cualificado representante –podría ser el rey–, agradece a Dios en el templo.

El salmo comienza con la cuádruple repetición de un conocido estribillo de aclamación (Sal 118 1-4.29; véase Sal 106 1; 107 1; 136 1), y con la invitación al pueblo –Israel–, a los sacerdotes –la estirpe de Aarón– y a los fieles en general, a cantarlo entusiásticamente, dando gracias al Señor por su amor eterno (véase Sal 115 9-11; 135 19-20).

Enseguida, tras una brevísima mención de la angustia –el peligro pasado– y la salvación, el orante expresa su confianza en Dios (Sal 118 6-7) y saca una conclusión de tipo sapiencial, que quizá esté recitada por el coro: es mejor refugiarse en el Señor que en los hombres, por muy poderosos que sean (Sal 118 8-9; véase Sal 146 3-4).

La siguiente estrofa (Sal 118 10-14) describe la victoria en una frase que se repite como estribillo. La victoria ha sido la derrota de las naciones enemigas que atacaban al pueblo –y al rey, si es él quien habla en nombre del pueblo (véase Sal 21; 91)–. Las imágenes son llamativas: zumbar de avispas, crepitar de espinos ardiendo, empujones violentos y repetidos para tirar por tierra. Lo que puede haber sido históricamente una victoria contra un

pueblo enemigo, la pluma del salmista lo ha convertido en algo emblemático y casi cósmico: son todas las naciones contra un solo pueblo, el pueblo de Dios. Literariamente el "ataque", varias veces repetido, se va intensificando en cada frase, pero siempre se estrella contra la muralla firme e inconmovible de ese estribillo que no se deja derribar tan fácilmente. En la realidad el muro es la fuerza del Señor, la ayuda del Señor, la salvación del Señor, en una palabra, el Señor.

Los gritos de victoria preceden a la entrada triunfal en el templo (Sal 118 15-16). Sigue una breve pincelada sobre la situación por la que se ha atravesado, que se interpreta como un castigo –aunque no definitivo: es escarmiento– del Señor (Sal 118 17-18).

Lo que sigue es un conglomerado de elementos litúrgicos, de acción de gracias, de súplica, de invocaciones, de bendición, que describen y acompañan la celebración en el templo en este gran "día del Señor" (Sal 118 24), día de victoria, de júbilo, de fiesta, de alegre y gozosa relación de Dios con su pueblo y del pueblo con él. Este salmo fue pronto asociado a la fiesta judía de las tiendas (véase Lv 23 33-36; Dt 16 13-15).

El Nuevo Testamento utilizó este salmo profusamente, hasta convertirlo en un salmo realmente "cristiano". La *piedra* rechazada por los judíos, pero que Dios convirtió en piedra angular, es Cristo al que Dios, por la Resurrección, ha concedido la gran victoria en una actuación milagrosa y magnífica (véase Mc 12 10-11 y par.; Hch 4 11; 1 Pe 2 7). En Sal 118 25-27 se inspira la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, incluida la salutación: *Bendito el que viene en nombre del Señor* (véase Mt 21 9 y par.). Y Jesús cita Sal 118 26 como anuncio de dicha entrada (Mt 23 39 y par.).

SALMO 119 (118)
Dichosos los que siguen la ley del Señor

Sal 1; 19 8-15

[1] Dichosos los que proceden sin tacha
y siguen la ley del Señor.
[2] Dichosos los que guardan sus preceptos
y lo buscan de corazón.

[3] Dichosos los que, sin cometer ningún mal,
siguen sus caminos.
[4] Tu promulgaste tus decretos
para que se observaran con esmero.
[5] ¡Ojalá mis caminos sean firmes
en la observancia de tus normas!
[6] Entonces no me avergonzaré al mirar todos tus mandatos.
[7] Te daré gracias de corazón,
instruido por tus justas decisiones.
[8] Quiero observar tus normas. ¡No me abandones nunca!

[9] ¿Cómo puede un joven llevar una vida honesta?
Viviendo de acuerdo con tu palabra.
[10] Te busco de corazón,
no dejes que me desvíe de tus mandatos.
[11] Dentro del corazón guardo tu promesa
para no pecar contra ti.
[12] Bendito seas, Señor, enséñame tus normas.
[13] Con mis labios enumero todas las decisiones de tu boca.
[14] Encuentro más alegría en tus preceptos
que en las riquezas.
[15] Quiero meditar tus decretos y contemplar tus sendas.
[16] En tus normas tengo mis delicias,
no echo en olvido tu palabra.

[17] Trata bien a tu siervo para que viva y guarde tu palabra.
[18] Abre mis ojos para que contemple las maravillas de tu ley.
[19] Peregrino soy en esta tierra, no me ocultes tus mandatos.
[20] Me consumo deseando continuamente tus mandamientos.
[21] Tú reprendes a los insolentes
que se desvían de tus mandatos.
[22] Aleja de mí el insulto y el desprecio,
pues sigo tus preceptos.
[23] Aunque los poderosos maquinen contra mí,
medito tus normas.
[24] Pues mis delicias son tus preceptos;
tus normas, mis consejeros.

[25] Estoy postrado en el polvo, reanímame con tu palabra.
[26] Yo te expongo mi camino y me escuchas,
enséñame tus normas.
[27] Enséñame la senda de tus decretos,
y meditaré en tus maravillas.
[28] Estoy deshecho de pena, sostenme conforme a tu palabra.
[29] Apártame del camino falso, dame la gracia de tu ley.
[30] He elegido el camino verdadero,
he deseado tus mandamientos,
[31] me he adherido a tus preceptos; Señor, no me defraudes.
[32] Correré tras tus mandatos, pues me colmas de gozo.

[33] Enséñame, Señor, el camino de tus normas,
para que lo siga.
[34] Instrúyeme para que observe tu ley
y la guarde de todo corazón.
[35] Guíame por el camino de tus mandatos pues son mi delicia.
[36] Inclina mi corazón hacia tus preceptos, apártalo del lucro.
[37] Desvía mis ojos de lo vacío, dame vida con tu palabra..
[38] Cúmpleme la promesa que hiciste a quienes te honran.
[39] Guárdame de la afrenta que me aterra,
porque tus mandamientos son buenos.
[40] Mira cuánto anhelo tus decretos,
dame vida con tu salvación.

[41] Dame, Señor, tu amor
y tu salvación conforme a tu promesa.
[42] Así replicaré a los que me insultan,
porque me fío de tu palabra.
[43] Déjame hablar con sinceridad,
pues confío en tus mandamientos.
[44] Cumpliré tu ley sin descanso, para siempre jamás.
[45] Caminaré con libertad, porque busco tus decretos.
[46] Hablaré de tus preceptos ante los reyes
y no me avergonzaré.
[47] Tus mandatos hacen mis delicias, los amo profundamente.
[48] Tiendo mis manos hacia ti y medito tus normas.

[49] Recuerda la palabra que me diste,
la que alentó mi esperanza.
[50] Este es mi consuelo en la tristeza:
que tu promesa me da vida.
[51] Los soberbios me insultan a placer,
pero no me aparto de tu ley.
[52] Recuerdo tus antiguos mandamientos, Señor,
y me consuelo.
[53] Me enfurezco contra los malvados que abandonan tu ley.
[54] Tus normas eran mi canción en tierra extranjera.
[55] Por la noche me acuerdo de tu nombre, Señor,
y guardo tu ley.
[56] Lo que a mí me corresponde es observar tus decretos.

[57] El Señor es mi herencia;
he prometido guardar tus palabras.
[58] Te busco de todo corazón;
ten piedad de mí según tu promesa.
[59] Examino mi proceder
para comportarme según tus preceptos.
[60] Me doy prisa para guardar tus mandatos sin tardanza.
[61] Los lazos de los malvados me aprisionan,
pero no olvido tu ley.
[62] De noche me levanto a darte gracias
por tus justos mandamientos.
[63] Soy amigo de todos los que te honran
y observan tus decretos.
[64] La tierra está llena de tu amor, Señor;
enséñame tus normas.

[65] Sé bueno con tu siervo, Señor, conforme a tu palabra.
[66] Dame juicio y conocimiento,
pues confío en tus mandatos.
[67] Antes de estar afligido, andaba descarriado,
pero ahora confío en tu promesa.
[68] Tú, el bueno, el bienhechor, enséñame tus normas.
[69] Los soberbios me enredan con sus mentiras,

pero yo guardo tus decretos de todo corazón.
70 Su corazón es espeso como grasa,
pero mi delicia es tu ley.
71 Me vino bien el sufrir, pues así aprendí tus normas.
72 Más vale para mí tu ley que montones de oro y plata.

73 Tus manos me crearon y me formaron,
instrúyeme para aprender tus mandatos.
74 Los que te honran se alegran
al ver que espero en tu palabra.
75 Señor, yo sé que tus mandamientos son justos,
que tienes razón cuando me haces sufrir.
76 Que tu amor me consuele,
según la promesa que me hiciste.
77 Gracias a tu compasión viviré, pues tu ley es mi delicia.
78 Avergüéncense los soberbios que me afligen sin motivo;
yo, en cambio, medito en tus decretos.
79 Vuelvan a mí los que te honran,
los que conocen tus preceptos.
80 Que mi corazón cumpla íntegramente tus normas,
y no tendré que avergonzarme.

81 Me consumo ansiando tu salvación, esperando tu palabra.
82 Mis ojos se consumen ansiando tus promesas,
¿cuándo vendrás a consolarme?
83 Soy como un odre arrugado por el humo,
pero no me olvido de tus normas.
84 ¿Cuánto tendré que esperar?
¿Cuándo castigarás a mis perseguidores?
85 Los soberbios me han cavado fosas en contra de tu ley.
86 Todos tus mandatos son verdaderos.
¡Ayúdame! pues me persiguen sin motivo.
87 Por poco me borran de la tierra,
pero yo no abandoné tus decretos.
88 Por tu amor dame vida, y guardaré tus preceptos.

89 Señor, tu palabra es eterna, más estable que el cielo.
90 Tu fidelidad permanece de generación en generación,

más firme que la tierra que tú fundaste.
91 Por tus mandamientos subsiste todo hasta hoy,
porque todo está a tu servicio.
92 Si tu ley no hubiera sido mi delicia,
ya habría perecido en la miseria.
93 Jamás me olvidaré de tus decretos,
pues por medio de ellos me has dado la vida.
94 Tuyo soy, sálvame, porque busco tus decretos.
95 Los malvados me acechan para perderme,
pero yo me ejercito en tus preceptos.
96 He visto que toda perfección tiene su límite,
sólo tu mandato no tiene fronteras.

97 ¡Cuánto amo tu ley! Sobre ella medito todo el día.
98 Tu mandato, que siempre está conmigo,
me hace más sabio que mis enemigos.
99 Soy más docto que todos mis maestros,
porque medito todos tus preceptos.
100 Soy más sagaz que todos los ancianos,
porque observo tus decretos.
101 Guardo mis pasos de la senda mala
para ser fiel a tu palabra.
102 No me desvío de tus mandamientos,
pues me das inteligencia.
103 ¡Qué dulce al paladar es tu promesa,
más que miel en la boca!
104 Tus decretos me hacen sensato, por eso odio la mentira.

105 Tu palabra es antorcha para mis pasos,
y luz para mis sendas.
106 Lo he jurado y lo haré:
cumpliré tus justos mandamientos.
107 Estoy hundido en la miseria, Señor,
dame vida según tu palabra.
108 Acepta, Señor, mi ofrenda, enséñame tus mandamientos.
109 Mi vida está siempre en peligro, mas no olvido tu ley.
110 Aunque los malvados me tiendan una trampa,
no me apartaré de tus decretos.

[111] Tus preceptos son por siempre mi herencia
y la alegría de mi corazón.
[112] Inclino mi corazón a ejecutar tus normas,
mi recompensa será eterna.

[113] Aborrezco a los hipócritas y amo tu ley.
[114] Tú eres mi protector y mi escudo, en tu palabra espero.
[115] ¡Apartaos de mí, malvados,
que yo guardaré los mandatos de mi Dios!
[116] Sosténme según tu promesa y viviré,
no defraudes mi esperanza.
[117] Sé tú mi apoyo y estaré a salvo,
en todo instante atenderé a tus normas.
[118] Tú rechazas a todos los que se apartan de tus normas,
porque todo lo que traman es mentira.
[119] Rechazas como escoria a todos los malvados,
por eso yo amo tus preceptos.
[120] Mi ser se estremece en tu presencia
y respeto tus mandamientos.

[121] He sido justo y recto, no me entregues a mis verdugos.
[122] Muéstrame tu favor
para que no me maltraten los soberbios.
[123] Mis ojos anhelan tu salvación y tu promesa de justicia.
[124] Trata a tu siervo conforme a tu amor,
enséñame tus normas.
[125] Yo soy tu servidor,
instrúyeme para que aprenda tus preceptos.
[126] Ya es hora de actuar, Señor, que han violado tu ley.
[127] Por eso amo yo tus mandatos
y los prefiero al oro más fino.
[128] Por eso me ajusto a todos tus decretos y odio la mentira.

[129] Tus preceptos son una maravilla, por eso los observo.
[130] La explicación de tu palabra es luz que ilumina
y proporciona instrucción a los sencillos.
[131] Abro mi boca suplicando, porque ansío tus mandatos.
[132] Vuélvete y ten piedad de mí,

como haces con los que te aman.
133 Asegura mis pasos conforme a tu promesa,
que la maldad no se apodere de mí.
134 Rescátame de la opresión de los hombres,
y así podré observar tus decretos.
135 Ilumina tu rostro sobre mí, enséñame tus normas.
136 Mis ojos lloran a lágrima viva,
porque tu ley no se observa.

137 ¡Qué justo eres, Señor, qué rectas tus decisiones!
138 Son justos los preceptos que impones,
plenamente estables.
139 Me consumo porque mis enemigos olvidan tus palabras.
140 ¡Qué segura es tu promesa! Por eso la amo.
141 Aunque soy pequeño y despreciable,
no olvido tus decretos.
142 Tu justicia es eterna y tu ley verdadera.
143 La tribulación y la angustia me aprisionan,
pero tus mandatos son mis delicias.
144 *Tus preceptos son eternamente justos,*
haz que los comprenda y viviré.

145 Te invoco de corazón, respóndeme, Señor,
guardaré tus normas.
146 A ti te invoco, ponme a salvo y observaré tus preceptos.
147 Antes de que salga el sol ya te suplico,
espero en tu palabra.
148 Antes de que llegue la noche, medito en tu promesa.
149 Por tu amor, Señor, escúchame,
dame vida con tus decisiones.
150 Mis infames perseguidores me cercan,
están muy lejos de tu ley.
151 Mas tú, Señor, estás cerca,
todos tus mandatos son firmes.
152 Desde hace tiempo sé que estableciste
para siempre tus preceptos.

153 Mira mi aflicción y líbrame,

porque no me olvido de tu ley.
[154] Defiende tú mi causa y rescátame,
dame vida según tu promesa.
[155] La salvación está lejos de los malvados,
pues no se cuidan de tus normas.
[156] Tu ternura es inmensa, Señor,
dame vida con tus mandamientos.
[157] Son muchos los que me persiguen y me oprimen,
pero yo no abandono tus preceptos.
[158] He visto a los traidores; me disgustan
porque no observan tu promesa.
[159] Mira cómo amo tus decretos;
por tu amor, Señor, dame vida.
[160] Tu palabra se funda en la verdad,
tus justos mandamientos son eternos.

[161] Los poderosos me persiguen sin motivo,
pero yo respeto tu palabra.
[162] Me alegro con tu promesa,
como el que encuentra un gran botín.
[163] Detesto y aborrezco la mentira, pero amo tu ley.
[164] Siete veces al día repito tu alabanza,
porque tus mandamientos son justos.
[165] Los que aman tu ley gozan de paz abundante,
nada los hace tropezar.
[166] Espero tu salvación, Señor, sigo tus mandatos.
[167] Yo observo tus preceptos, los amo intensamente.
[168] Guardo tus decretos y preceptos,
porque tú conoces todos mis caminos.

[169] Llegue hasta ti mi clamor, Señor,
instrúyeme con tu palabra.
[170] Llegue mi oración a tu presencia,
líbrame según tu promesa.
[171] Que mis labios repitan tu alabanza,
pues me enseñas tus normas.
[172] Que mi lengua pregone tu promesa,
porque son justos todos tus mandatos.

[173] Ayúdame con tu poder, porque he elegido tus decretos.
[174] Anhelo tu salvación, Señor,
y en tu ley tengo mis delicias.
[175] Que yo viva para alabarte,
que tus mandamientos me ayuden.
[176] Si me extravío como oveja perdida,
ven en busca de tu siervo,
porque no he olvidado tus mandatos.

Este larguísimo salmo es una meditación sobre la ley en estilo sapiencial, dispuesto alfabéticamente por estrofas. Todo el salmo es un alarde de regularidad, armonía y artificio literario. Puesto que la ley expresa la perfección, el salmista ha querido plasmar dicha reflexión y sentido de la totalidad a lo largo de su composición.

El salmo comprende veintidós estrofas, tantas como las letras del alfabeto hebreo, y cada una contiene ocho versos (7 + 1 = símbolo de la perfección suma). Cada estrofa está dedicada a una letra por la que comienza cada uno de sus ocho versos. A su vez, cada verso incluye, salvo rarísimas excepciones, un sinónimo de la ley: precepto, decreto, norma, mandamiento, mandato, camino, senda, palabra, promesa, fidelidad, justicia y derecho, etc.

Literariamente predomina el paralelismo sinonímico y la variedad de géneros: a lo largo del salmo encontramos meditaciones, súplicas, lamentos breves, declaraciones de confianza, declaraciones de inocencia, acción de gracias, alabanza, etc. Dios se halla siempre presente como interlocutor del salmista, en segunda persona. Junto a expresiones acuñadas en otros salmos, encontramos expresiones nuevas, creadas por el autor; las hay un tanto forzadas, condicionadas por el artificio literario y por las inevitables repeticiones.

El tema de toda la meditación es siempre el mismo: la ley del Señor, su importancia, su sentido de revelación de la voluntad divina, sus cualidades y propiedades, las actitudes que exige y provoca en el hombre: escucha, obediencia, amor, deleite, meditación, cumplimiento, recuerdo, enseñanza..., y los beneficios y

dones que ofrece y promete. Aunque el conjunto del salmo resulta monótono, reiterativo y un tanto árido (en la liturgia de las horas se ha distribuido a lo largo de las cuatro semanas, fundamentalmente en la hora intermedia), hay que verlo como una muestra del aprecio israelita por la ley, entendida no como una instancia impersonal, sino como medio de revelación divina, como expresión de la alianza –y por tanto del amor y de la relación personal– de Dios con su pueblo.

En el Nuevo Testamento se declara abolido el tiempo del "régimen de la ley" e inaugurado el "régimen de la gracia", ya que el hombre no encuentra la salvación por el cumplimiento de la ley, sino en virtud de la muerte y resurrección de Jesucristo, expresión suprema de la generosidad divina (véase Rom 3 21-26; Gal 3 1ss). Sin embargo, esta relativización de la ley no significa su descalificación (véase Rom 7 12). La ley tuvo una significativa función mediadora en la historia de la salvación y desempeñó el papel de pedagogo en la infancia espiritual de la humanidad (Gal 3 24). El mismo Cristo, la Palabra eterna de Dios, nos dice que su intención no es suprimirla, sino llevarla a su plenitud (Mt 5 17), y así lo demuestra en su enseñanza y en la predicación de la buena noticia del Reinado de Dios que tiene su manifestación más significativa en la proclamación de las bienaventuranzas.

SALMO 120 (119)
Sálvame de los labios mentirosos

Sal 12 3-5; 140 3

[1] *Canto de peregrinación.*

Cuando la angustia me atenaza,
levanto mi voz hacia el Señor, y él me responde.
[2] Señor, sálvame de los labios mentirosos
y de la lengua malvada.

[3] ¿Cómo va a tratarte Dios, lengua malvada?
[4] ¡Con saetas afiladas de guerrero y brasas de retama!

[5] ¡Ay de mí, que vivo como emigrante en Mésec,
desterrado en las tiendas de Cadar!

[6] Demasiado he vivido ya con los que odian la paz.
[7] Si yo hablo de paz, ellos declaran la guerra.

Salmo de súplica individual, estructurado en tres partes: súplica (Sal 120 1-2); imprecación (Sal 120 3-4); lamento (Sal 120 5-7).

El autor comienza exponiendo su propia experiencia religiosa: el Señor lo escucha siempre que lo invoca en los momentos de angustia. Este hecho constituye un motivo para confiar en que lo atenderá también en esta ocasión. Por eso se vuelve ahora hacia Dios y le dirige una súplica breve, concisa y directa (Sal 120 2). La situación de la que quiere ser librado está provocada por los labios mentirosos y las malas lenguas, es decir, por gente que utiliza contra él la mentira, el engaño, la calumnia y quizá la acusación falsa e injusta ante los tribunales, como aparece en muchos otros salmos (véase, por ejemplo, Sal 64).

Después, con una pregunta retórica dirigida a esas “malas lenguas”, personificadas en el salmo, expresa su certeza sobre la intervención de Dios contra ellas (Sal 120 3-4). Lo hace sirviéndose de unas imágenes apenas insinuadas, pero muy sugestivas: Dios las atravesará con sus flechas aguzadas de guerrero (véase Sal 64 4, donde las “flechas” son precisamente las palabras envenenadas disparadas contra los inocentes, flechas con que Dios hiere a los que las lanzaron), y las abrasará en una hoguera vivísima de retama, de calor particularmente intenso. Así el Señor no hará otra cosa que volver contra ellos el mal que ellos pretenden hacer al salmista (véase Sal 64 8; 7 13-14; 11 6; 140 10-12). La pregunta de Sal 120 3 suena así en el original: ¿Qué te dará y que te añadirá Dios, lengua malvada? Es una fórmula de imprecación jurada solemne (véase 1 Sm 3 17), lo que da fuerza a la afirmación y a la certidumbre del autor.

A continuación el orante se vuelve de nuevo hacia sí mismo –así empezó– para lamentarse de su situación y describirla en pocos trazos. Es un emigrante o un desterrado: el salmo menciona dos lugares distintos, Mésec, en Asia Menor (véase Gn 10 2; Ez 38 2), y Cadar o Quedar, en el desierto siro-arábico (véase Gn 25 13; Cant 1 5). Probablemente son menciones que hay que tomar más en sentido figurado que real, como sinónimos de gentes y lugares bárbaros, ambientes de verdadero “destierro”. Lo

cierto es que se halla inmerso en una sociedad que, además de resultarle extraña como extranjero, es una sociedad violenta, que responde con palabras de guerra a sus palabras y deseos de paz. La violencia y la hostilidad entre los hombres comienzan frecuentemente por la lengua, descrita en los salmos como un instrumento de agresión y muerte: navaja, espada, lanza, flecha (véase, por ejemplo, Sal 52 4; 57 5; y el ya citado Sal 64 4). El salmista se encuentra herido por esas armas, cansado de oír declaraciones de guerra y de sufrir la violencia que las acompaña. Y eso es lo que ha provocado su salmo de súplica al Dios de la paz.

Jesús se encontró en parecida situación. Jerusalén, ciudad de la paz (véase Sal 122), respondió paradójicamente con violencia y muerte a sus palabras y gestos de paz (véase Mt 23 27; Lc 19 41). Y la misma historia se ha repetido, se repite y probablemente se repetirá a lo largo de los siglos con los hombres pacíficos...

* * *

El Sal 120 es el primero de una colección de 15 salmos (Sal 120-134) encabezados con el título de *cantos de peregrinación* (literalmente: *cantos de las subidas*). Se llaman también *salmos graduales* en alusión a las distintas etapas de la subida en peregrinación a Jerusalén o a las *gradas* que era preciso ascender para llegar hasta el recinto del templo. No tienen una estructura literaria especial, ni características comunes, ni unidad o coincidencia de temas, ni nada que explique su agrupación bajo este título común a no ser su utilización en la "subida" (peregrinación o procesión) a Jerusalén o al templo, quizá por su ritmo y brevedad, que los hace aptos para dicho uso. A pesar de ello hay autores que se esfuerzan en descubrir incluso la colocación de cada salmo dentro de la serie: el anuncio de la peregrinación, las alusiones al camino, a la llegada, la visión de la ciudad santa, de la colina de Sión y del templo, las ceremonias en su recinto, etc.

En cuanto al contenido, en estos salmos pueden distinguirse varios niveles: en primer lugar la peregrinación o procesión en sí, con el cúmulo de ideas teológicas, sentimientos religiosos y emociones que la acompañan; en segundo lugar la evocación de

la subida de Egipto en el éxodo y de la "subida" de Babilonia a la vuelta del exilio; y finalmente la prefiguración de la "subida" escatológica de las naciones hacia el Monte del Señor al final de los tiempos (véase Is 60; 62).

SALMO 121 (120)
Mi auxilio viene del Señor

Nm 6 24-26; Sal 124 8; Dt 32 10; Is 25 4

1 *Canto de peregrinación.*

Levanto mis ojos a los montes:
¿de dónde vendrá mi auxilio?
2 Mi auxilio viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

3 No te dejará caer, tu guardián no duerme;
4 no duerme ni sestea el guardián de Israel.
5 El Señor es tu guardián, tu sombra protectora;
6 no te herirá el sol durante el día, ni la luna de noche.
7 El Señor te guarda de todo mal, él guarda tu vida:
8 él guarda tus idas y venidas, ahora y por siempre.

Salmo de peregrinación (véase Sal 120). Es un canto de confianza, sereno, sencillo y delicioso, en el que se pueden distinguir dos partes, una en la que habla el salmista en primera persona (Sal 121 1-2), y otra en la que se dirigen a él sus interlocutores (Sal 121 3-8).

El salmista se pregunta para reafirmar lo que ya sabe de sobra y volver a gozar con la respuesta conocida. Su auxilio es el Señor, creador omnipotente de cielos y tierra: quién rige el universo se ocupa también de su fiel. Si *los montes* a los que levanta sus ojos son los "montes" en los que está asentada Sión-Jerusalén (véase Sal 87 1), donde habita el Señor en su templo santo (véase Sal 46 6; 48 3-4; 76 2) y a los que quizá se está acercando el salmista en su peregrinación, entonces la expresión *los*

montes es una manera indirecta de mencionar al Señor que, siendo creador de cielos y tierra, mantiene una especial relación con el salmista y con su pueblo. Así la pregunta estaría contestada antes incluso de formularla: mi auxilio es el Señor, el creador del universo, el que mora en esos montes hacia los que levanto mis ojos... Desde allí –Sión– manda el Señor la bendición y la salvación a sus fieles y a su pueblo (véase Sal 14 7; 20 12; 128 5; 134 3).

Los interlocutores (Sal 121 3-8) intervienen sin identificarse y sin introducción de ninguna clase: sólo sabemos que son creyentes y que comparten la certeza del salmista. En sus palabras –son seis versos– van a repetir seis veces la raíz "guardar". Han oído al salmista y toman la palabra para continuar y confirmar entusiásticamente su pensamiento con unas imágenes sugerentes. ¡Cierto!, el Señor es su auxilio, su guardián, está siempre vigilante como centinela fiel que jamás se deja vencer por el sueño o la somnolencia, aunque a veces lo parezca (Sal 120 3-4; véase Sal 44 24); no dejará que caiga (literalmente, que su pie vacile o tropiece: véase Sal 91 12), le sirve de sombra, como árbol frondoso o nube benéfica, para defenderlo continua y permanentemente de los ardientes rayos del sol y de la perniciosa influencia de la luna, es decir, de los peligros del día y de la noche (Sal 121 5-6; véase Sal 91 5-6); es sombra *protectora* (literalmente "a tu derecha") como suele estar el abogado defensor ante el tribunal (véase Sal 16 8; 110 5). Guarda su vida de todo mal, y en todas sus empresas y actividades (*idas y venidas*: Sal 121 8). Lo que se insinuaba al comenzar se explicita con fuerza: no sólo es guardián del orante, sino del pueblo; es *el que hizo el cielo y la tierra*, pero es también y de manera especial *el guardián de Israel*, según su antiquísima promesa a uno de los padres del pueblo (Sal 121 2.4; véase Gn 28 15).

La confianza en el Señor que el orante expresaba espontáneamente al principio del salmo se ha ido reforzando con las palabras de sus interlocutores. Estos no han hecho más que repetir, de una forma y de otra, directamente o a través de imágenes, lo que él dijo al inicio: sí. el Señor es el verdadero auxilio, ahora y siempre: se puede confiar en él.

SALMO 122 (121)
Vamos a la casa del Señor

Sal 82 2-5; Ef 2 19-22; Dt 16 16

1 *Canto de peregrinación. De David.*

Me alegré cuando me dijeron:
«Vamos a la casa del Señor».
2 Nuestros pies ya pisan tus umbrales, Jerusalén.

3 Jerusalén está construida como ciudad bien conjuntada;
4 allá suben las tribus, las tribus del Señor, para dar gracias,
según la norma de Israel, al nombre del Señor.
5 Porque allí están los tribunales de justicia,
los tribunales del palacio de David.

6 Rogad por la paz de Jerusalén:
¡Vivan en paz los que te aman!
7 ¡Reine la paz dentro de tus muros,
la prosperidad en tus palacios!
8 Por amor a mis hermanos y amigos, diré:
«¡La paz contigo!».
9 ¡Por la casa del Señor, nuestro Dios,
procuraré tu felicidad!

Salmo de peregrinación (véase Sal 120), estructurado en tres partes: peregrinación (Sal 122 1-2); alabanza de Jerusalén (Sal 122 3-5); bendiciones (Sal 122 6-9). También es considerado como cántico de Sión (véase Introducción y Sal 46). El salmo tiene una inclusión, *la casa del Señor* (Sal 122 1.9), que hace juego con la "casa de David" mencionada en el centro del poema (Sal 122 5).

El autor comienza expresando su entusiasmo y su júbilo por el anuncio de la peregrinación a Jerusalén, identificada con *la casa del Señor*, porque en ella, en su templo, "habita" Dios. En su exclamación el salmista se salta todas las etapas intermedias: se anuncia la peregrinación y ya se encuentran pisando los umbrales de la ciudad santa.

Al verla, los peregrinos quedan impresionados. La ciudad transmite una grandiosa sensación de hermosura, de seguridad, de solidez: es que la ha fundado Dios, casi como si fuera a su imagen y semejanza (véase Sal 48). En la ciudad de Dios, morada del Altísimo (Sal 76 2), Dios merece ser alabado (véase Sal 48 2; 65 2). Para eso –para alabar y dar gracias al Señor– suben a Jerusalén en peregrinación las tribus del pueblo del Señor, siguiendo costumbres antiquísimas recogidas después en la legislación (véase Sal 68 25-28; 84 6-8; Ex 23 17; 34 23; Dt 16 16).

Y junto al templo, casa de Dios, se encuentra el palacio real, casa de David: el salmista la identifica sin vacilar con los tribunales de justicia; seguramente los peregrinos también lo hacen. Es función principal del rey administrar justicia a su pueblo (véase, por ejemplo, Sal 72). En la ciudad santa, donde se alaba a Dios, también se administra justicia. ¿Asociación pretendida? Algunos autores subrayan: el verdadero culto al Señor va unido a la práctica estricta de la justicia entre los hombres. La idea no es nueva en los salmos (véase Sal 50 9-14.23; 51 18-19), y desde luego es una de las ideas madre de la predicación profética (véase Is 1 10-20; Am 5 21-27; Jr 7 2-7).

El nombre de la ciudad santa –Jerusalén– suena en hebreo algo así como “Villa Paz” (jiru = ciudad; shalom = paz). Las bendiciones que el salmista pronuncia a continuación juegan con esta “resonancia”, que en realidad ya estaba presente desde el principio, desde la primera mención de Jerusalén (Sal 122 2), generando todo el salmo y explotando ahora, al final: la paz como deseo, como objeto de oración, como tarea, aparece cuatro veces, más dos sinónimos –prosperidad, felicidad–. ¡Haya paz en Villa Paz! ¡Vivan en paz los de Villa Paz! Una paz fruto de la fe en Dios y de la justicia entre los hombres. Jerusalén se convierte así en símbolo de todos los bienes, espirituales y materiales, que el hombre –el pueblo– puede desear (véase Sal 128 4-6).

Como peregrino a Jerusalén nos pinta san Lucas a Jesús. Allí, en la casa de Dios, lo encontraron ocupándose de las cosas de su Padre (Lc 2 41-50). Por la paz de Villa Paz, convertida en personificación de todo el pueblo, trabajó después el Señor, aunque inútilmente: la que tenía que ser fuente y remanso de paz fue históricamente nido de injusticias y violencias (véase Mt 23 37). La ciudad no supo reconocer la llegada de la Paz. Toda su belle-

za y solidez, que también impresionaban a Jesús y sus discípulos, iba a ser finalmente destruida por la guerra (Lc 19 41-44). La nueva Villa Paz, la Iglesia, sí que tiene que realizar lo que su nombre indica: asamblea pacífica, ciudad de culto y justicia hermanados, morada de Dios entre los hombres y centro de fraternidad universal (véase Ap 21).

SALMO 123 (122)
A ti levanto mis ojos

Sal 25 15; 69 4; Job 12 5

1 *Canto de peregrinación.*

A ti levanto mis ojos, a ti que habitas en el cielo.
2 Como están los ojos de los siervos
pendientes de la mano de sus señores,
como están los ojos de la esclava
pendientes de la mano de su señora,
así están nuestros ojos pendientes del Señor, nuestro Dios,
esperando que se apiade de nosotros.

3 Ten piedad de nosotros, Señor, ten piedad,
que estamos hartos de desprecios;
4 estamos ya hartos de la burla de los insolentes,
del desprecio de los orgullosos.

Salmo de peregrinación (véase Sal 120). Es una súplica comunitaria estructurada en dos partes: declaración de confianza (Sal 123 1-2) y súplica motivada (Sal 123 3-4).

Este brevísimo salmo es una perla de confianza y ternura. Es una súplica vehemente y confiada al Dios de la piedad y de la misericordia ante la burla y el desprecio de insolentes y orgullosos. Por dos veces suena el *ten piedad*, quintaesencia de las súplicas (Sal 123 3). Una vez se dice *esperando que se apiade* (Sal 123 2). La oración está motivada: los que oran se encuentran en una situación de humillación continuada y repetida. Ya

no pueden más. Pero no gritan, no se lamentan, no urgen, como en otros salmos: aquí, en un gesto lleno de patetismo, levantan los ojos hacia el Dios del cielo y repiten la breve súplica: *Ten piedad.*

La comparación que utiliza el salmista es sugerente: los ojos de los esclavos y esclavas están pendientes de las manos de sus señores. Es actitud, por una parte, entregada; por otra, de espera confiada. Se parece, salvadas las distancias, a la actitud del perrillo que no quita ojo de la mano de su dueño, de la que recibirá el bocado exquisito. El salmista alude a la generosidad de los señores en la que confían siervos y siervas como recurso de manutención y subsistencia. Otro salmo dirá: *Todos esperan, puestos los ojos en ti, y tú les das la comida a su tiempo; abres tu mano y sacias de favores a todo ser viviente* (Sal 145 15-16; véase Sal 104 27-28).

Naturalmente no somos ni esclavos, ni perrillos de Dios. Tradúzcase la actitud: espera continua, recurso confiado, anhelo permanente. Una mujer desesperada gritó a Jesús: *Ten piedad de mí*, y se postró ante él y se comparó con un perrillo. Y recibió de Jesús un caluroso elogio por su gran fe. Gracias a ella obtuvo piedad (Mt 15 22-28). Un publicano que *no se atrevía ni siquiera a levantar los ojos al cielo* y repetía confiado su ruego: *Ten piedad de mí*, también obtuvo la piedad del Señor (Lc 18 10-14).

SALMO 124 (123)
Como un pájaro de la red del cazador

Sal 69 2-3.15-16; Jon 2 4; Sal 121 2

[1] *Canto de peregrinación. De David.*

Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte,
que lo diga Israel,
[2] si el Señor no hubiera estado de nuestra parte
cuando nos atacaron los hombres,
[3] nos habrían devorado vivos en el volcán de su ira;
[4] nos habrían tragado las aguas,
el aluvión que nos arrastraba;
[5] nos habrían arrastrado las aguas turbulentas.

[6] ¡Bendito sea el Señor, pues no permitió
que nos despedazaran con sus dientes!
[7] Hemos escapado como un pájaro de la red del cazador:
la red se rompió y pudimos escapar.
[8] Nuestro auxilio es el Señor, que hizo el cielo y la tierra.

Salmo de peregrinación (véase Sal 120). Es un canto de acción de gracias comunitaria, que podemos dividir en dos partes: peligros pasados (Sal 124 1-5) y acción de gracias por la liberación (Sal 124 6-8).

El pueblo, liberado milagrosamente de un grave peligro, agradece la intervención salvadora de Dios. Así de indefinido se presenta el salmo. ¿Cuándo los atacaron los hombres? ¿Qué hombres? ¿Qué poder, qué fuerza no tendrían esos hombres para parecerse a un volcán en erupción, a las aguas desbocadas de enormes inundaciones, a las avalanchas torrenciales que destruyen y arrastran todo lo que encuentran a su paso? ¿Cuál no sería su crueldad y su saña para asemejarlos a bestias salvajes y feroces que desgarran y destrozan con sus temibles colmillos, o a un cazador prepotente y astuto frente al indefenso pajarillo? No lo sabemos. Tampoco hace falta. El autor nos deja en libertad para imaginar: cualquier adversario, personal o nacional, cualquier fuerza enemiga que se oponga, que ataque, que intente destruir al pueblo de Dios o impedir sus tareas esenciales. Entonces –que es la perspectiva del salmo– y, por ampliación, ahora y en el futuro.

Pero el autor nos niega la libertad de dudar sobre los resultados de esos intentos. Con el Señor de nuestra parte, ¿qué se podía esperar? Aunque pareciera imposible –¿escapa un pájaro de la red del cazador?–, nosotros sí escapamos. Dios rompió la red y nos dejó libres. ¡Bendito sea! Le debemos la vida. El es nuestro auxilio; él que es nada menos que el omnipotente y majestuoso creador de cielo y la tierra.

El salmo es tópico en muchos aspectos. Es tópico el tema general: liberación de un peligro grave causado por los enemigos. Son tópicas las imágenes: fuego (véase, por ejemplo, Sal 66 12; 78 63; 83 15; 140 11), aguas torrenciales (véase Sal 18 5; 32 6;

42 8; 69 2-3.15-16...), fieras (véase Sal 7 3; 10 8-10; 57 5; 79 7), cazador y red (véase Sal 11 1-2; 57 7; 91 3; 141 10). Incluso son repetidas –o préstamos– algunas expresiones: *si el Señor no hubiera...* (véase Sal 94 17); *que lo diga Israel* (véase Sal 118 2-4; 129 1); *nuestro auxilio es el Señor, que hizo el cielo y la tierra* (véase Sal 121 2; 115 5). Pero es original el desarrollo: el salmo tiene un aire de sinceridad, de espontaneidad, de emoción, que le dan una cierta individualidad y personalidad. Original es también la imagen de Dios rompiendo la red del cazador, y la ausencia tanto de imprecaciones contra los enemigos como de la petición de que sobre ellos recaiga el mal que pretenden hacernos (véase, por ejemplo, Sal 58 7; 94 23; 115 15).

Ya aludimos a la ampliación posible para nosotros: entonces, ahora y siempre. Pero para Pablo no es sólo posible, es real: *Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?* (Rom 8 31). Nada ni nadie puede oponerse al amor de Dios por nosotros, que se traduce en su voluntad de liberación integral de todos los hombres como tarea primordial de sus elegidos y de su pueblo. Nada ni nadie: ni poderes políticos, económicos o sociales, ni influencias ni intereses ni persecuciones ni peligros, nada ni nadie. La acción de gracias es también nuestra: *Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de todo consuelo, que nos conforta en todas nuestras tribulaciones..* (2 Cor 1 3).

SALMO 125 (124)
Los que confían en el Señor

Dt 32 10; Prov 3 22

1 *Canto de peregrinación.*

Los que confían en el Señor son como el monte Sión:
jamás se tambalea y permanece siempre inconmovible.
2 Como está Jerusalén rodeada de montañas,
así rodea el Señor a su pueblo, ahora y siempre.
3 Los malvados no dominarán sobre los justos,
para que los justos no se vuelvan malvados.

4 Sé bueno, Señor, con los hombres buenos,
con los que tienen un corazón honrado.
5 Pero a los que andan por caminos tortuosos,
que el Señor los abandone con los malhechores.
¡Paz a Israel!

Salmo de peregrinación (véase Sal 120). Es un salmo comunitario de confianza (Sal 125 1-3) y súplica (Sal 125 4-5).

La imagen impresionante –más mítica y teológica que real (véase Sal 46; 48; 68 17; 87; 121 1)– del monte Sión, donde está asentada Jerusalén, sirve de término de comparación para expresar la solidez y seguridad que gozan los que confían en el Señor: nunca se tambalearán, nunca caerán, nunca fracasarán, incluso en el caso poco probable de que los mismos montes vacilen sobre sus cimientos y se desplomen en el mar (véase Sal 46 3).

Pero hay más: una visión grandiosa, imponente, del anillo de montañas que rodea a la ciudad santa –la realidad es más prosaica: son colinas, pero nada impide que el poeta ponga la imaginación que transforma y sublima al servicio de la teología– sugiere al autor los brazos de Dios que rodean y protegen a sus fieles permanentemente, en un abrazo de inmensa ternura. Son como las murallas inexpugnables de una ciudad fortificada: sus habitantes están seguros (véase Sal 122 7).

Después aparece la clásica bina justos-malvados. Primero en una declaración de confianza: los malvados no dominarán sobre los justos (véase Sal 1 5). Así éstos no caerán en la tentación de volverse como aquéllos y de emplear sus mismas malas artes para dominar y triunfar (véase Sal 37 1-3; 49 17; 73 1-3.13-16). Y en segundo lugar, en una súplica muy elaborada literariamente según el esquema ABBA: A.- hombres buenos; B.- corazón honrado; B'.- caminos tortuosos, A'.- malhechores. Las oposiciones están muy marcadas: hombres buenos / malhechores; corazón honrado / camino tortuoso. Este último es imagen plástica de las argucias, de la doblez, de la poca claridad, de los disimulos y engaños de los malvados (véase Sal 36 4-5; 146 9), en fuerte contraste con el corazón honrado de los rectos, los que actúan limpia y claramente, a la luz y con la verdad por delante

(véase, por ejemplo, Sal 17 4-5; 18 31; 86 11; 101 2; 119; 128 1). También están marcadas las identificaciones: hombres buenos = corazón honrado; caminos tortuosos = malhechores. La súplica es que el Señor proteja y premie a los de *corazón honrado*, como es su norma (véase, por ejemplo, Sal 1 6; 118 26-27), y dé su merecido a los que transitan por *caminos tortuosos*, es decir a los que se comportan impíamente; que a estos últimos no los socorra, que los abandone con los malhechores, cuyo camino conduce a la perdición (véase otra vez Sal 1 6; 146 9).

Una exclamación final, deseando la paz a Israel, cierra este breve canto, poco original, pero hermoso y sugerente.

En el evangelio Jesús retrató también el camino de los malhechores de todos los tiempos: actúan en la oscuridad, con artimañas secretas, con cuentas opacas, con silencios y complicidades encubiertas, porque sus obras son malas y no quieren que la luz las ponga al descubierto (véase Jn 3 19-20). Y aconseja a los suyos: caminad a la luz, creed en ella ya que *vosotros sois la luz del mundo*... (véase Jn 3 21; 12 35-36; Mt 5 14).

SALMO 126 (125)
Cuando el Señor cambió la suerte de Sión

Job 8 21; Ez 36 36; Lc 1 49; Is 25 8-9

1 *Canto de peregrinación.*

Cuando el Señor cambió la suerte de Sión,
nos parecía un sueño:
2 la boca se nos llenaba de risas, la lengua de canciones.
Hasta los paganos decían:
«El Señor ha hecho grandes cosas por ellos».
3 El Señor ha hecho grandes cosas por nosotros,
y estamos alegres.

4 ¡Cambia, Señor, nuestra suerte
como cambian los torrentes del Négueb!

5 Los que sembraban con lágrimas,
cosechan entre canciones.

6 Aunque iban llorando al llevar la semilla,
vuelven contentos, trayendo las gavillas.

Salmo de peregrinación (véase Sal 120). Es una acción de gracias –o un salmo de confianza– con una súplica incorporada.

Por tres veces se contempla en el salmo una inversión de situaciones, lo que nos hace distinguir tres estrofas. La primera vez como ya sucedida (Sal 126 1-3); la segunda como futura, deseada y suplicada (Sal 126 4); la tercera otra vez como pasada o quizá como permanente, como algo que es lo normal, lo que sucede siempre: sería una declaración de confianza en esa forma de actuar de Dios Salvador (Sal 126 5-6).

El Señor *cambió la suerte* de Sión: es frase conocida (véase Sal 85 2; 14 7 = 53 7). Puede referirse a la vuelta del destierro, o a cualquier otra "salvación" histórica no mejor precisada. Sión es la ciudad y la personificación de toda la comunidad de repatriados. El salmista tiene claro que el autor de la salvación es Dios. Esta ha sido grandiosa: a los mismos beneficiarios les parecía "estar soñando", y hasta los paganos reconocían, en un acto de fe extraño y extraordinario, que el Señor había hecho maravillas con Sión/su pueblo (véase Sal 98 2; 102 16). La reacción de la comunidad es la esperada: satisfacción, risas, canciones, gozo y alegría inmensos.

De pronto cambia el tono del salmo: y lo que se ha contemplado como sucedido, ahora se suplica. Lo mismo sucedía en el Sal 85. Aquí se usa la imagen de las torrenteras del desierto sur de Palestina, que de la noche a la mañana, con la caída de las primeras lluvias, pasan de ser cauces secos y muertos a torrentes impetuosos, que cubren de verdor sus márgenes y restauran la vida en las regiones esteparias. "Dios envía la lluvia: es él quien transforma y llama de la muerte a la vida, el que restaura la tierra cada año", explica un autor. Que el Señor haga lo mismo con el pueblo, suplica el salmista. Quizá porque después de la primera y antigua salvación ahora el pueblo vuelve a encontrarse en situación de desgracia. O porque el autor recuerda la súplica que en aquella primera ocasión se dirigió al Señor y provocó su intervención. Puede que, después de la vuelta del destierro

–maravilla de Dios con sus fieles–, la difícil tarea de la reconstrucción nacional que provocó el desánimo de los repatriados haya obligado a suplicar a Dios un nuevo y definitivo "cambio de suerte".

Por último, otra inversión: de las penas y fatigas de la sementera, a la alegría de la cosecha abundante (Sal 126 5-6; véase Sal 4 8). La imagen es muy gráfica, pero ¿a qué se refiere? ¿Quiere establecer como axioma una forma de actuar de Dios? ¿Es declaración de confianza en que el "cambio de suerte" suplicado se producirá sin falta? ¿Refleja la primera experiencia histórica contemplada al comienzo del salmo –estamos donde empezamos–? Todo es posible. Apliquémosla al futuro: volverá a ser realidad lo que ya lo fue en el pasado, pero ahora de forma más plena y maravillosa. Los apuros presentes habrán valido la pena, y nos volveremos a encontrar con realidades que nos parecerán "sueños".

Algo así intenta decir Jesús a los suyos con la imagen de la mujer de parto: *Lloraréis y gemiréis, mientras que el mundo se sentirá satisfecho; vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo... una alegría que nadie os podrá quitar* (véase Jn 16 20-22). Ya tenemos experiencias de las magníficas obras que el Padre ha hecho por nosotros en su Hijo Jesús. Pero aunque la victoria de éste haya sido plena y definitiva *–nos parecía un sueño–*, aún colean por este mundo muchos "demonios" sin vencer. El Reino –justicia, amor, verdad, paz...– se siembra con grandes esfuerzos y con muchas lágrimas. Pero *los padecimientos del tiempo presente no pueden compararse con la gloria que un día se nos revelará* (Rom 8 18).

SALMO 127 (126)
Si el Señor no construye la casa...

Dt 8 11-18; Prov 3 5-6.24-26; Mt 6 25-34; Prov 12 8

1 *Canto de peregrinación. De Salomón.*

Si el Señor no construye la casa,
en vano se afanan los albañiles;
si el Señor no guarda la ciudad,

en vano vigila el centinela.
2 Es inútil que madruguéis, que veléis hasta muy tarde
y que os fatiguéis para ganar el pan:
¡Dios se lo da a sus amigos mientras duermen!

3 La herencia que el Señor da son los hijos,
el fruto de las entrañas es su recompensa:
4 como saetas en manos de un guerrero
así son los hijos nacidos en la juventud.
5 Dichoso el hombre que llenó con ellas su aljaba:
no será humillado cuando se enfrente
con sus enemigos en el tribunal.

Salmo de peregrinación (véase Sal 120). Es un salmo de confianza, de tipo sapiencial. Tiene dos partes bien definidas: Sal 127 1-2 y Sal 127 3-5.

El esfuerzo del hombre es vano sin Dios. Los hombres construyen, vigilan, se afanan por ganarse el pan: sin Dios, todo esa tarea resulta inútil. Es Dios el que plenifica todo esfuerzo humano. Es doctrina sapiencial tradicional (véase Prov 10 22; Ecl 2 24; 5 17-18; Eclo 11 10-14), y con ella comienza el salmo. Al final de nuestros trabajos, hemos de reconocer como creyentes que todo es don de Dios. No hay que dormirse, sería negligencia e irresponsabilidad grave. Hay que ser "amigo de Dios" –trabajar por su causa, en sus proyectos, según su voluntad–, para recibir de él el fruto de nuestros trabajos (Sal 127 2). Y esto en todos los campos. Mucho madrugar, mucho afanarse hasta muy tarde, mucho pluriempleo y muchas horas extraordinarias, diríamos en lenguaje actual, para darnos cuenta al final de que hay otros valores, otras realidades esenciales que hemos desperdiciado o descuidado o que no hemos logrado después de tanto sudar. En cambio, el trabajo que cuenta con Dios, ese sí que satisface, sí que produce fruto (véase Sal 104 14-15.23 y sobre todo Sal 128).

Uno de los dones de Dios, una recompensa, o herencia, o "salario", que él da a los hombres, son los hijos. Desde la bendición de la fecundidad original (Gn 1 28), esta bendición se prolonga en la historia y hace dichosos a los seres humanos, con-

vertidos, por la gracia de Dios, en colaboradores suyos y creadores como él al transmitir la vida. El honor, la satisfacción, la felicidad, son inmensos. El Sal 128 lo proclamará sin ambages. Pero es que, además, la cosa tiene sus ventajas: el salmo contempla la prole numerosa desde un punto de vista interesado. Los hijos son para sus padres ayuda, apoyo y defensa en todos los terrenos, incluso ante el tribunal y frente a los adversarios. Los que tienen hijos, digámoslo un poco burdamente, han hecho una inversión para el futuro. La imagen del guerrero con la aljaba llena de flechas es muy gráfica: se encuentra bien preparado, nunca le faltarán recursos en el peligro. El salmista, hijo de su tiempo y de su cultura, no puede expresarlo mejor.

Traduzcamos algo del salmo. *Sin mí no podéis hacer nada*, nos dejó dicho el Señor (Jn 15 5). Y también: *No os inquietéis diciendo: ¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos?... Ya sabe vuestro Padre celestial lo que necesitáis. Buscad ante todo el reino de Dios y hacer su voluntad, y Dios os dará lo demás* (Mt 6 31-33).

SALMO 128 (127)
Que el Señor te bendiga desde Sión

Sal 121; 127; 37 3-5; Prov 31

1 *Canto de peregrinación.*

Dichoso el que honra al Señor y sigue sus caminos.
2 Comerás del trabajo de tus manos,
serás afortunado y feliz.
3 Tu esposa será como viña fecunda dentro de tu casa;
tus hijos, como brotes de olivo en torno a tu mesa.

4 Así será bendecido el hombre que honra al Señor:
5 ¡Qué el Señor te bendiga desde Sión!
¡Qué veas la prosperidad de Jerusalén
todos los días de tu vida!
6 ¡Qué veas a los hijos de tus hijos! ¡Paz a Israel!

Salmo de peregrinación (véase Sal 120). Es un salmo sapiencial, estructurado en dos partes: bienaventuranza (Sal 128 1-3) y bendición (Sal 128 4-6).

Parece continuación y conclusión lógica del salmo anterior (véase Sal 127). En él se decía que los esfuerzos humanos sin Dios son baldíos. Aquí se felicita al hombre que tiene en cuenta a Dios. Allí les prometía a los que así lo hicieran pan abundante –mientras duermen– e hijos numerosos –como herencia o salario–. En este salmo se proclama y se contempla la dicha del que, por haber actuado correctamente *–honra al Señor y sigue sus caminos–*, ha conseguido esas bendiciones divinas: trabajo fructífero y sustento asegurado, prosperidad, esposa fecunda *–viña fecunda* y principal figura doméstica–, hijos numerosos como brotes de un olivo lozano... Es la felicidad total, en el trabajo y en la vida doméstica (véase Sal 112 1-3). El salmo dibuja una escena deliciosa de comida familiar (no olvidemos que aquella cultura ve las cosas desde una óptica fundamentalmente masculina): llega el padre al hogar satisfecho de su jornada y con el fruto de su trabajo en las manos; todos se sientan a la mesa, padre, madre e hijos, y comparten alegres el pan, el cariño entrañable y la felicidad. Esa es la bendición que Dios derrama sobre los que le honran (literalmente le "temen").

Sigue una formula de bendición (véase Nm 6 23-27), en la que resultan curiosamente relacionadas las suertes del hombre *que honra al Señor* y de Sión/Jerusalén. Desde allí bendice Dios, porque allí están su morada y su trono (véase Sal 14 7; 20 12; 121 2; 134 3). Que Dios bendiga a Jerusalén con la prosperidad (véase Sal 122 6-9) y que el bendecido la vea toda su vida. Que tenga una larga descendencia, y que viva lo suficiente para verla. Todos esos bienes están condensados en la "paz", que el salmista, como el del Sal 125, termina deseando a todo el pueblo, a Israel.

Sión es prefiguración y anuncio de la nueva Jerusalén, que es la Iglesia. La imagen de felicidad y prosperidad doméstica que contiene el salmo es perfectamente aplicable a esta gran familia de los hijos de Dios. Que Dios la bendiga a ella, madre fecunda, y a sus hijos, los fieles, y que, desde ella y por ella, bendiga a todas las familias de los pueblos.

SALMO 129 (128)
El Señor ha roto el yugo de los malvados

Sal 124 1; 118 13.26

[1] *Canto de peregrinación.*

Mucho me han hostigado desde mi juventud,
que lo diga Israel;
[2] mucho me han hostigado desde mi juventud,
pero no han podido conmigo.
[3] Araron sobre mis espaldas y abrieron largos surcos.
[4] Pero el Señor, que es justo,
ha roto el yugo de los malvados.

[5] ¡Qué se avergüencen y retrocedan los que odian a Sión!
[6] Sean como hierba de tejado,
que se seca antes de arrancarla:
[7] no llena la mano del segador,
ni el regazo del que agavilla.
[8] Los que pasan no dicen: «¡Qué el Señor os bendiga!»
Nosotros os bendecimos en el nombre del Señor.

Salmo de peregrinación (véase Sal 120). Es una acción de gracias (Sal 129 1-4) con una imprecación final contra los enemigos (Sal 129 5-8).

Se recuerda una situación que pertenece ya al pasado, y se invita a Israel a proclamarlo: *que lo diga Israel*, como en Sal 124 1 y con la misma disposición literaria. Los dos salmos son bastante paralelos. En el pasado, *desde mi juventud*, los enemigos han hostigado cruelmente al orante. Se han ensañado, se han cebado, lo han tratado como a la tierra de labor: abriendo surcos con el arado en ella. Pero no han podido con él. El Señor ha roto el yugo que los malvados querían imponer al salmista, o que ya le habían impuesto (véase Is 52 2; Ez 34 27).

¿Quién habla? ¿Un individuo o el pueblo? ¿Será la ciudad de Sión, que va a aparecer enseguida y que hemos encontrado en los salmos anteriores? Si fuese así, casi tendría valor literal el

símil escalofriante del arado: en muchas ocasiones históricas los enemigos asolaron Jerusalén y la dejaron como un campo arado (véase Miq 3 12, Jr 26 18; Is 1 6-8; 51 23). Y eso haría más explicable el paso a las inmediatas imprecaciones contra los enemigos de la ciudad y del pueblo en ella representado. Las imágenes que utiliza el autor también tienen resonancias agrarias: la caducidad, la inanidad, el rápido marchitarse sin fruto de la hierba de los tejados, válida nada más que para ser arrancada y despreciada; con ella no se puede ni hacer un manojo para echar al fuego: queda tirada por el camino y es pisoteada por los que pasan. Compárese esta imagen de vida efímera y estéril con la del justo anciano y rodeado de descendientes como fruto de la bendición del Señor (Sal 128). Pues bien, a los malvados, a esos yerbajos abandonados en el arroyo, nadie los bendecirá jamas.

La bendición final, de un grupo de personas a otro –de los sacerdotes a los fieles (véase Sal 134 3), o de los peregrinos a los habitantes de la ciudad (véase Sal 122 6-7)–, se hace en nombre del Señor, como en el ya citado Sal 128.

SALMO 130 (129)
Desde lo más profundo clamo a ti, Señor

Sal 5 2-3; 55 2-3; 1 Re 8 39-40; Tit 2 14

[1] *Canto de peregrinación.*

Desde lo más profundo clamo a ti, Señor:
[2] ¡Señor mío, escucha mi voz!
¡Estén tus oídos atentos a mi voz suplicante!
[3] Si tienes en cuenta las culpas, Señor,
¿quién podrá resistir?
[4] Pero en ti se encuentra el perdón, por eso te honramos.

[5] Yo espero en el Señor con toda mi alma,
confío en su palabra;
[6] espero en el Señor más que los centinelas la aurora.
[7] Espera, Israel, en el Señor;
suyo es el amor y el rescate generoso.
[8] ¡El librará a Israel de todas sus culpas!

Salmo de peregrinación (véase Sal 120). Es una súplica individual con dos partes muy diversas. En la primera (Sal 130 1-4) el salmista se dirige a Dios, que es su interlocutor y, después de invocar su nombre y suplicar ardientemente su atención, intenta motivar su actuación salvadora. En la segunda (Sal 130 5-8) ya no dialoga con Dios, sino que declara o confiesa públicamente sus sentimientos y exhorta a sus oyentes a compartirlos. La primera parte termina con unas palabras dirigidas a Dios sobre el mismo ser de Dios: *...en ti se encuentra...* (Sal 130 4). La segunda también termina con una afirmación sobre Dios, ahora en tercera persona: *...suyo es el amor... él librará a Israel...* (Sal 130 7-8). Son los motivos por los que el salmista y su salmo rebosan de confianza sin límites, de esperanza ferviente.

Este es uno de los siete salmos penitenciales de la liturgia de la Iglesia (véase Sal 6), el famoso "De profundis". Comienza con una imagen bastante conocida: el hombre, abrumado por sus culpas, se encuentra "hundido" por las mismas culpas o por sus consecuencias: sufrimientos, enfermedades, fracasos (véase Sal 6; 38;...). Desde la profundidad de ese abismo –en algunos casos se le describe como aguas profundas y tumultuosas o como una ciénaga sin fondo (véase Sal 18 5.17; 69 2)– el pecador clama confiadamente a Dios: es el único que puede salvar. Y le suplica que no tenga en cuenta los pecados, que se olvide de ellos, que los perdone, porque no hay nadie que sea inocente (véase Sal 51 7; 143 2), nadie que pueda resistir el peso de las culpas y de sus consecuencias y la enemistad de Dios. Sólo él, el Señor, puede resolver esta situación: en él se encuentra el perdón y ello hace que el pueblo le honre y le respete. El salmista se lo recuerda a Dios como para convencerlo de que intervenga, como para vencer su reticencia (Sal 130 3-4).

Después el autor se vuelve a sus oyentes y les revela fogosamente su actitud profunda: como los centinelas que después de una larga noche de vigilancia aguardan ansiosos la hora del relevo al alba, así espera él en el Señor y en su palabra, impaciente pero seguro. Y exhorta al pueblo a imitar su actitud, con confianza absoluta en la abundancia del amor y de la misericordia

de Dios, y con la certeza total de que el Señor lo librará de sus pecados por muchos que sean.

SALMO 131 (130)
Como un niño en el regazo de su madre

Sal 139 6; Is 66 12-13

[1] *Canto de peregrinación de David.*

Señor, mi corazón no es altanero, ni son altivos mis ojos.
Nunca perseguí grandezas ni cosas que me superan.
[2] Aplaco y modero mis deseos;
estoy seguro y tranquilo
como un niño en el regazo de su madre.
[3] ¡Espera, Israel, en el Señor, ahora y siempre!

Salmo de peregrinación (véase Sal 120). Es uno de los cantos de confianza más hermosos de todo el salterio. Un niño descansando sereno en el regazo materno es la imagen de la que se sirve el autor para transmitirnos su estado de ánimo y su actitud religiosa. El salmista se dirige a Dios y le habla de su humildad y de su falta de ambición. Conoce sus propios límites, renuncia a aspiraciones desmedidas y no persigue cosas grandiosas. Parece una actitud simplemente razonable, de sabiduría humana, de higiene mental, de simpática modestia agradable a Dios y a los hombres (véase Sal 18 28; 101 5; Prov 6 16s.; 12 9; 16 5; Eclo 3 17-24): ¿para qué tantos afanes y tantos trabajos e inquietudes? Además, es más cómoda la "aurea mediocritas"...

Pero en la frase final –no hay por qué pensar que sea un añadido de una época posterior–, en la exhortación que el autor hace al pueblo, a Israel, se descubre que su actitud va más allá y encierra un profundo contenido religioso: en el Señor es en quien descansan sus ansias, Dios y su salvación son lo único que vale la pena perseguir. La verdadera postura religiosa consiste en abandonarse en los brazos del Señor tanto en la alegría como en la adversidad: *Sólo en Dios encuentro descanso...* (Sal 62 2); *A*

tus manos confío mi espíritu (Sal 31 6), frase que conocemos en boca de Cristo (Lc 23 46). Como conocemos su recomendación de serenidad, abandono y confianza en las manos de Dios: *No andéis preocupados... Buscad ante todo el reino de Dios y hacer su voluntad y Dios os dará lo demás... No andéis preocupados por el día de mañana...* (Mt 6 25-34).

También desde el punto de vista literario se revela la profundidad y la energía que el salmo encierra. Dos menciones del Señor, en el primero y en el último verso, abren y clausuran el poema. A tres negaciones seguidas (Sal 131 1) se contraponen dos verbos afirmados enfáticamente y una imagen que subraya estas afirmaciones (Sal 131 2), seguidos de una vehemente exhortación final (Sal 131 3). La paz y la serenidad que se respira en todo el salmo no es óbice para la fuerza y energía de los sentimientos expuestos.

SALMO 132 (131)
El Señor hizo a David un juramento

2 Sm 6-7; Sal 89 20.38; 2 Cr 6 41-42

1 *Canto de peregrinación.*

Señor, tenle en cuenta a David todos sus esfuerzos.
2 El hizo al Señor este juramento,
esta promesa al Fuerte de Jacob:
3 «No entraré bajo el techo de mi casa,
no subiré a mi lecho para descansar,
4 no daré sueño a mis ojos ni reposo a mis párpados,
5 mientras no encuentre un lugar para el Señor,
una morada para el Fuerte de Jacob».
6 Oímos hablar del arca en Efrata,
la encontramos en los campos de Yaar.
7 ¡Entremos en el lugar de su morada,
postrémonos ante el estrado de sus pies!
8 ¡Levántate, Señor, ven a tu mansión,
tú y el arca de tu poder!
9 Que tus sacerdotes se vistan de salvación,

y tus fieles den gritos de alegría.
[10] Por amor a David, tu siervo, no des la espalda a tu ungido.

[11] El Señor hizo a David un juramento,
una promesa de la que no se retractará:
«A un descendiente tuyo colocaré en tu trono.
[12] Si tus hijos guardan mi alianza
y los decretos que les he enseñado,
también sus hijos se sentarán sobre tu trono para siempre».
[13] Pues el Señor ha elegido a Sión,
ha querido que fuese su morada:
[14] «Esta será mi morada para siempre, en ella quiero residir.
[15] Haré crecer sus provisiones sin medida,
a sus pobres los saciaré de pan,
[16] vestiré a sus sacerdotes de salvación,
y sus fieles darán gritos de alegría.
[17] Allí suscitaré a David un vástago,
prepararé una lámpara a mi ungido;
[18] a sus enemigos los cubriré de ignominia,
pero a él lo coronaré de esplendor».

Salmo de peregrinación (véase Sal 120). Este salmo es como un díptico que recuerda y recrea poéticamente el oráculo de Natán y su ocasión, el propósito de David de construir un templo al Señor en Jerusalén (2 Sm 7). Por eso se considera también salmo real (véase Sal 2) y cántico de Sión (véase Sal 46). Sus dos mitades paralelas comienzan y terminan con una mención de David (Sal 132 1-10 y 11-18), y están dedicadas cada una de ellas a un juramento: el de David al Señor y el del Señor a David.

La primera parte, enmarcada en una doble súplica por el rey (Sal 132 1.10), recuerda el propósito –el salmo lo llama *juramento*– de David de edificar un templo que albergara el arca del Señor, es decir, *el estrado de sus pies*, el signo de su presencia en medio de su pueblo (véase 2 Sm 7 1-3). El juramento del rey es solemne y está subrayado por las repeticiones: tres negaciones seguidas suponen un énfasis fuera de lo normal, para indicar que la decisión de David era firmísima e irrevocable. A Dios

–llamado por dos veces *el Fuerte de Jacob*, nombre de antigua raigambre patriarcal (Sal 132 2 y 5; véase Gn 49 24; Is 49 26; 60 16)– se le suplica que tenga en cuenta estos méritos del monarca (Sal 132 1).

Después del juramento toma la palabra el pueblo, o un coro, y recuerda cómo el arca estuvo casi abandonada en Yaar (Quiriat Yearín: 1 Sm 7 1) antes de que David la trasladara a Jerusalén (2 Sm 6), traslado al que también se alude: el Señor y el arca de su poder –casi identificados– van a su mansión entre los sacerdotes revestidos solemnemente y los vítores entusiastas del pueblo (Sal 132 7-9).

Esta primera parte termina con una súplica. Se le pide a Dios que por amor a David, que fue su siervo y cuyos méritos se acaban de recordar, no rechace al rey, sea David o cualquiera de sus descendientes, ungidos del Señor (Sal 132 10).

La segunda parte del díptico está dedicada a la respuesta de Dios a David: la promesa que le hizo de una dinastía duradera (*para siempre*: Sal 132 12) y la elección de Sión como morada perpetua (*para siempre*: Sal 132 14). En 2 Sm 7 5-16 se narra dicha "alianza dinástica". Esa alianza está aquí condicionada, a diferencia de como aparece en Sal 89 31-34: hay que cumplir la ley para que se mantenga el apoyo del Señor a la dinastía davídica. Además Dios ha querido escoger como morada la capital de David, Jerusalén, edificada sobre la colina de Sión e identificada con ella. Desde su templo Dios bendice a sus habitantes con provisiones abundantes: la presencia de Dios se refleja en que los pobres se sacian de pan (Sal 132 15). Desde su templo Dios bendice a David con un vástago –otra vez *el ungido*–, lo protege de sus enemigos y le concede un reinado glorioso (Sal 132 17-18).

El desarrollo interior del salmo podría ser éste: el rey, la ciudad de Jerusalén y el pueblo están pasando momentos difíciles. Indicios de ello pueden ser la alusión a que Dios "le da la espalda al ungido" (Sal 132 10), la posible insinuación de la escasez de provisiones en la ciudad (Sal 132 15) y la mención de los enemigos, que es inesperada y parece fuera de lugar (Sal 132 18). En esas circunstancias, el orante pide al Señor que recuerde los méritos de David y que por ellos salve al rey, a la ciudad y al pueblo. Dios responde recordando sus promesas de protección y salvación. La súplica y la respuesta de Dios utilizan los elemen-

tos de las tradiciones teológicas de Jerusalén: elección de David, promesa dinástica ("ungidos del Señor"), elección de Sión (y el templo: cuatro veces aparece mencionada en el salmo la *morada*: Sal 132 5.7.13.14), y protección de Jerusalén, la ciudad santa. Ante esta realidad, el orante y el pueblo quedan confiados: el Señor nunca olvida sus promesas, su fidelidad es inquebrantable y eterna.

SALMO 133 (132)
Que vivan unidos los hermanos

Sal 87; Ex 30 25.30

1 *Canto de peregrinación. De David.*

¡Qué agradable y delicioso
que vivan unidos los hermanos!
2 Es como ungüento perfumado derramado en la cabeza,
que baja por la barba de Aarón hasta la orla de su vestido.
3 Como rocío del Hermón
que destila por las colinas de Sión.
Allí envía el Señor la bendición, la vida para siempre.

Salmo de peregrinación (véase Sal 120). Breve canto a las delicias de la vida en comunidad, tanto en el ámbito familiar como en el nacional.

El salmo comienza con una afirmación enfática y entusiasta del valor de la unión entre los hermanos, sean hermanos de sangre o por su común pertenencia al pueblo de Israel (Sal 133 1). Siguen dos comparaciones con las que el autor refuerza e ilustra su idea y su sentimiento. Para la primera (Sal 133 2) utiliza una realidad de carácter litúrgico: el exquisito aceite aromático con el que son consagrados y perfumados los sacerdotes desde el que fue padre y primero de todos ellos, Aarón (véase Ex 30 23-33; Lv 21 10), y cuyo penetrante y agradable olor impregna sus barbas, preceptivas para los sacerdotes israelitas (véase Lv 21 5), y sus vestiduras sagradas. La segunda comparación (Sal 133 3)

está tomada de la naturaleza: el rocío que refresca y fecunda la tierra. En el monte Hermón, al norte de Palestina, es particularmente copioso. Pues así de abundante se lo figura el autor descendiendo también sobre la colina sagrada de Sión, el monte de Jerusalén y del templo, empapándolo, enriqueciéndolo, acrecentando su fertilidad, aliviando sus sequedades, suavizando agradablemente su temperatura. Rocío y aceite perfumado que son signos de la vida y la bendición de Dios y que, por medio de los sacerdotes, en Sión y en el templo ("allí": Sal 133 3; véase Sal 134 3), Dios derrama abundantemente sobre su pueblo congregado. La bendición de Dios abarca todos los bienes imaginables en todos los ámbitos de la vida humana y de forma permanente (*para siempre*: Sal 133 3).

El salmo termina con una conclusión que es a la vez una promesa: la feliz y deliciosa vida fraterna es fruto de esa bendición de Dios y, al mismo tiempo, su condición necesaria. En el Nuevo Testamento la vida fraterna se realiza en el nombre del Señor, y allí donde los creyentes viven unidos en su nombre y en su amor, allí se hace real la verdadera bendición de Dios, la presencia del Señor en medio de los suyos (véase Mt 18 20; 1 Jn 4 7s.).

SALMO 134 (133)
Bendecid al Señor, servidores del Señor

Sal 135 1-2; Nm 6 24

[1] *Canto de peregrinación.*

Bendecid al Señor, servidores del Señor,
los que pasáis la noche en la casa del Señor;
[2] alzad vuestras manos hacia el santuario
y bendecid al Señor.
[3] El Señor, que hizo el cielo y la tierra,
te bendiga desde Sión.

Es el último de los salmos de peregrinación (véase Sal 120). Gira alrededor de la realidad magnífica de la bendición en su

doble sentido. Al retirarse del templo al anochecer, los fieles –quizá los peregrinos– invitan a los sacerdotes y levitas, servidores y ministros del Señor que pernoctan en el templo (véase Sal 135 1-2), a que bendigan a Dios, es decir, a que lo alaben y lo glorifiquen (Sal 134 1-2; véase Sal 113 1). El gesto de las manos alzadas hacia el santuario es gesto litúrgico de oración (véase Sal 28 2; 63 5; 141 2).

Los ministros sagrados responden a su vez solicitando para el pueblo la bendición divina, prenda de todos los bienes materiales y espirituales (Sal 134 3; véase Nm 6 22-27; Sal 115 12-15). Dios, creador y soberano Señor de cielos y tierra y de todo el orbe creado, mantiene con su pueblo una relación especial: habita en Sión, colina sagrada en la que tiene su "casa" y es, por tanto, centro del mundo creado (véase Sal 46; Sal 132 13-14; 133 3), y desde allí envía sobre su pueblo y sus fieles las riquezas infinitas de su bendición (véase Sal 118 26; 128 5).

SALMO 135 (134)
Tu recuerdo dura para siempre

Ex 18 11; Jr 10 13; 51 16; Sal 136 17-22; 115 4-11

[1] ¡Aleluya! ¡Alabad el nombre del Señor,
alabadlo, servidores del Señor,
[2] los que estáis en la casa del Señor,
en los atrios de la casa de nuestro Dios!
[3] Alabad al Señor porque es bueno;
tocad en su honor, porque es amable.
[4] Porque el Señor ha elegido a Jacob,
a Israel como propiedad suya.

[5] Bien sé que el Señor es grande,
nuestro Señor, más que todos los dioses.
[6] El Señor hace lo que quiere en el cielo y en la tierra,
en los mares y en todos los océanos.
[7] Hace subir las nubes del extremo de la tierra,
con los relámpagos provoca la lluvia,
saca el viento de sus depósitos.

[8] El hirió a los primogénitos de Egipto,
tanto a los de los hombres como a los de los animales,
[9] y envió señales y prodigios en medio de ti, Egipto,
contra el faraón y sus servidores.
[10] Derrotó a muchas naciones y mató a reyes poderosos:
[11] a Sijón, rey de los amorreos, a Og, rey de Basán,
y a todos los reyes de Canaán;
[12] y dio sus tierras en herencia a su pueblo Israel.
[13] Señor, tu nombre es eterno,
y tu recuerdo dura para siempre.
[14] Porque el Señor salva a su pueblo
y se compadece de sus siervos.

[15] Los ídolos de los paganos son plata y oro,
y han sido fabricados por manos humanas.
[16] Tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven,
[17] tienen orejas y no oyen, no hay vida en ellos.
[18] Sean como ellos quienes los fabrican,
los que confían en ellos.

[19] Pueblo de Israel, bendecid al Señor,
estirpe de Aarón, bendecid al Señor,
[20] casa de Leví, bendecid al Señor.
[21] ¡Bendito sea el Señor desde Sión,
el que habita en Jerusalén! ¡Aleluya!

Himno a la grandeza de Dios, estructurado en tres partes: invitación a la alabanza (Sal 135 1-4); cuerpo del himno con las motivaciones (Sal 135 5-18); conclusión con nueva invitación a la alabanza y bendición final (Sal 135 19-21). En el cuerpo del salmo se pueden distinguir tres partes distintas por el tema: grandeza de Dios en la creación (Sal 135 5-7) y en la historia de Israel (Sal 135 8-14), y sátira contra los ídolos (Sal 135 15-18). Este salmo da la impresión de estar compuesto de retazos o citas de otros salmos –que iremos señalando– y sigue, en parte, el mismo desarrollo de algunos de ellos.

El autor comienza dirigiéndose a los mismos destinatarios

que el salmo anterior (Sal 134; véase Sal 113 1), es decir, a los sacerdotes y levitas del templo, invitándolos a alabar al Señor. Pero aquí la invitación se amplía y se continúa con dos motivaciones generales: porque el Señor es bueno, porque es amable.

Esas motivaciones se van a concretar en el cuerpo del salmo. En primer lugar se menciona la elección de Jacob-Israel: Dios ha querido que fuese su pueblo, entre todos los pueblos de la tierra. El tema de la acción de Dios con su pueblo se deja momentáneamente de lado porque el salmista se entrega a una confesión personal, una especie de desahogo de sus convicciones de fe profundas que reafirma al exponerlas como motivo para la alabanza: el Señor es grande, el más grande de los dioses (véase, por ejemplo, Sal 95 3; 96 4; 97 7). Es omnipotente y domina todo el cosmos, manejando y dirigiendo las nubes, los relámpagos, la lluvia, los vientos.

Pero su soberanía no se limita al ámbito de la naturaleza, sino que se ejerce también en la historia. Y el autor repasa, de forma casi idéntica a como hará el Sal 136 10-22, la sucesión de hechos históricos que Dios realizó en favor de su pueblo, desde Egipto, donde estaban oprimidos, hasta la tierra de Canaán, adonde los introdujo para que viviesen en paz (Sal 135 8-12). Estos hechos fueron precedidos por la elección ya mencionada (Sal 135 4), y prolongados en la protección continua a la que se aludirá seguidamente (Sal 135 14).

En este momento el salmo se convierte por un instante –único– en oración. El salmista ha contemplado las maravillas de Dios y le brota espontánea y entusiasmada la alabanza: *¡tu nombre es eterno*, y tu fama perpetua! (Sal 135 13; véase Sal 102 13). Y vuelve inmediatamente, y recapitulando, a las motivaciones que estaba exponiendo: *porque el Señor salva a su pueblo...* (Sal 134 14).

De pronto le vienen a la memoria las imágenes de los ídolos –quizá ha recordado los de Egipto, ¿o los de Babilonia?–. Ya ha dicho que el Señor es más grande que todos los dioses, que todo lo que quiere lo hace (Sal 134 6; véase la misma frase y el mismo desarrollo en Sal 115 3ss). Ahora abunda: es que los demás dioses no son nada, son simples muñecos de metal, de fabricación humana, inertes y sin vida. La descripción que sigue es más breve que la de Sal 115 2-8. La imprecación final es durísima: que sean así, que se conviertan en eso, en monigotes inertes,

mudos, ciegos y sordos, los que los han fabricado y luego han puesto en ellos su confianza.

El salmo termina repitiendo la invitación a la alabanza, pero sin limitarla ahora a los *servidores del Señor* del inicio, sino extendiéndola a todo el pueblo (véase Sal 115 9-13). Israel, los sacerdotes –estirpe de Aarón–, los levitas –casa de Leví–, todos han de bendecir a Dios. Cierra el salmo una bendición solemne al Señor (véase, por ejemplo, Sal 132 13-14), que constituye la respuesta justa a tan insistente y motivada invitación.

SALMO 136 (135)
Porque es eterno su amor

Gn 1; Prov 8 27-29; Dt 8 2-15; Lc 1 48.71; Sal 145 15-16

[1] ¡Aleluya!
Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterno su amor.
[2] Dad gracias al Dios de los dioses,
porque es eterno su amor.
[3] Dad gracias al Señor de los señores,
porque es eterno su amor.

[4] Al único que hace maravillas,
porque es eterno su amor.
[5] Al que hizo los cielos con sabiduría,
porque es eterno su amor.
[6] Al que asentó sobre las aguas la tierra,
porque es eterno su amor.
[7] Al que hizo las grandes lumbreras,
porque es eterno su amor:
[8] el sol para regir el día,
porque es eterno su amor;
[9] la luna y las estrellas para regir la noche,
porque es eterno su amor.

[10] Al que hirió a los primogénitos de Egipto,
porque es eterno su amor;

[11] al que de allí sacó a Israel,
porque es eterno su amor,
[12] con mano fuerte y brazo extendido,
porque es eterno su amor.
[13] Al que partió en dos el mar de las cañas,
porque es eterno su amor,
[14] y por medio hizo pasar a Israel,
porque es eterno su amor.
[15] Al que arrojó en el mar al faraón con sus huestes,
porque es eterno su amor,
[16] y guió por el desierto a su pueblo,
porque es eterno su amor.
[17] Al que dio muerte a reyes potentes,
porque es eterno su amor,
[18] y exterminó a reyes poderosos,
porque es eterno su amor:
[19] a Sijón, rey de los amorreos,
porque es eterno su amor,
[20] y a Og, rey de Basán,
porque es eterno su amor,
[21] dando sus tierras en herencia,
porque es eterno su amor,
[22] en herencia a su siervo Israel,
porque es eterno su amor.
[23] Estábamos humillados, se acordó de nosotros,
porque es eterno su amor;
[24] nos libró de nuestros opresores,
porque es eterno su amor.
[25] El da alimento a todos los vivientes,
porque es eterno su amor.

[26] ¡Dad gracias al Dios del cielo,
porque es eterno su amor!

Himno de alabanza y de acción de gracias, catalogado también como salmo histórico (véase Introducción). Su estructura

comprende cuatro partes: invitación a la acción de gracias (Sal 136 1-3); motivaciones: Dios en la creación (Sal 136 4-9) y en la historia (Sal 136 10-25); conclusión: invitación final en inclusión con el inicio del salmo (Sal 135 26). Es el único salmo que mantiene la estructura litánica de principio a fin.

Este salmo ha convertido en letanía los motivos para la acción de gracias y la alabanza a Dios que aparecen en muchos salmos y, en concreto, en el que le precede (Sal 135): las maravillas de Dios creador y sus espléndidas hazañas históricas en favor de su pueblo Israel. Al convertirlos en letanía y añadirles una respuesta conocidísima –*porque es eterno su amor* (véase Sal 106 1; 107 1; 118 1-4.29; 1 Cr 16 34.41; 2 Cr 7 3.6; Esd 3 11; Jr 33 11)–, los engloba en una motivación superior: Dios ha creado y ha actuado como lo ha hecho movido por su amor: alabémoslo por su amor y por las obras en que su amor se manifiesta.

La introducción es una triple invitación, solemnísima, por tanto. Los motivos que aparecen ya en ella son los mismos del salmo anterior: porque es bueno (Sal 136 1 = Sal 135 3; véase Sal 107 1; 118 1-3.9), y porque es grande, más que todos los dioses –*Dios de los dioses* y *Señor de los señores*– (Sal 136 2-3 = Sal 135 5).

La serie de motivos que se refieren a Dios Creador sigue a grandes rasgos el capítulo primero del Génesis. La creación, descrita en cuatro o cinco pinceladas, es obra del amor de Dios y pertenece al orden de las "maravillas" que ese amor provoca y causa (Sal 136 4; véase Sal 72 18; 77 14; 86 10; 98 1). El es el único que las hace.

Los sucesos históricos que se repasan pertenecen a la gesta del Exodo y el don de la Tierra. Reproducen lo ya contemplado en otros salmos (véase Sal 78; 105; 106) y, más de cerca, en Sal 135 8-12: muerte de los primogénitos de Egipto, salida del pueblo, paso del mar, derrota y destrucción del faraón y su ejército, camino por el desierto, derrota y aniquilación de reyes, entrega de la Tierra a Israel. En esta serie histórica –de tipo clásico– faltan los episodios del Sinaí. Los sucesos que se mencionan son, como lo era la creación, muestra y producto del amor eterno de Dios, motivos, pues, para alabarlo y darle gracias sin cesar. La memoria histórica, y antes la contemplación de la naturaleza, provocan la alabanza.

El salmo termina de forma extraña. A partir de Sal 136 23 cambia el ritmo y el tono, aparece inesperadamente el *nosotros*, las alusiones históricas son vagas y generales (humillación, recuerdo del Señor, liberación de la opresión, etc.). Y el último motivo, el sustento de todos los vivientes, no encaja en este lugar. Pueden ser unos versos añadidos posteriormente para actualizar el salmo.

La conclusión repite el inicio más brevemente, pero con mayor contenido. El Señor recibe un título nuevo, la única vez en los salmos: *Dios del cielo.*

La mirada del salmista ha recorrido la creación y la historia, y las ha descubierto como gestos de ternura y de cariño de Dios: todo es amor, amor infinito. Cuando al final del salmo, después de ese recorrido, invita a la acción de gracias, esa invitación está cargada, saturada de motivaciones y de sentido. Hasta el estribillo suena más pleno: ¡Dad gracias al amor eterno de Dios que hemos ido descubriendo a lo largo del poema!

Reflexión breve para cristianos: si sólo con el Antiguo Testamento había motivos sobrados para la gratitud y la alabanza a Dios, ¿qué no será si añadimos a ellos las maravillas de Dios que descubrimos en el Nuevo Testamento? De manera que el salmo se queda en prólogo, inicio, puesta en marcha pobre y lenta de las mucho más grandiosas letanías que personal y comunitariamente tenemos que entonar en la Iglesia para dar gracias por Cristo, con él y en él, a Dios, Padre omnipotente.

SALMO 137 (136)
Junto a los ríos de Babilonia

Lam 3 48; Jr 51 50; Sal 122; Ez 25 12-14; Lam 4 21-22; Jr 50-51; Ap 18 6

1 Junto a los ríos de Babilonia,
nos sentábamos a llorar acordándonos de Sión;
2 en los álamos de la orilla colgábamos nuestras cítaras.
3 Los que allí nos deportaron nos pedían canciones,
y nuestros opresores, alegría:
«¡Cantadnos una canción de Sión!».
4 ¿Cómo cantar una canción del Señor en tierra extranjera?

[5] Si me olvido de ti, Jerusalén,
que se me seque la mano derecha;
[6] que se me pegue la lengua al paladar,
si no me acuerdo de ti,
si no te pongo, Jerusalén, en la cumbre de mi alegría.

[7] Señor, no te olvides de lo que decían los edomitas
el día en que cayó Jerusalén:
«Arrasadla, arrasadla hasta los cimientos».
[8] Babilonia, ciudad criminal,
dichoso el que te pague el mal que nos has hecho,
[9] dichoso el que agarre a tus hijos
y los estrelle contra las peñas.

Salmo de lamentación comunitaria, estructurado en tres partes: descripción de la situación (Sal 137 1-4); imprecaciones (Sal 137 5-6); súplica y bienaventuranzas finales (Sal 137 7-9).

Es uno de los más hermosos salmos, una auténtica perla del salterio. No creemos que sea, como se afirma comúnmente, un canto de los desterrados, sino más bien un canto de los repatriados que, a la vista y en presencia de Jerusalén, recuerdan el pasado, el destino trágico de la ciudad y de sus habitantes, y le declaran su amor profundo.

El autor comienza trasladándose en el recuerdo, sin previo aviso, al ayer. El escenario evocado son las orillas de los canales de Babilonia, donde moraban los judíos desterrados (véase Ez 1 1.15). Allí los encontramos sentados por tierra y llorando, en claros gestos de luto y dolor (véase Ez 27 30-31; Lam 2 10; Jon 3 6). La nostalgia de Jerusalén –y del templo del Señor–, destruida y abandonada allá lejos, en el suelo patrio, los ahoga. Les duele el alma: no pueden cantar, no tienen alegría, no pueden celebrar fiestas. Las cítaras mudas, colgadas de los árboles, constituyen una imagen suficientemente expresiva.

A la nostalgia se añade el dolor de la insensibilidad y la burla: los opresores piden cantos y fiestas. El autor cita sus palabras textuales (Sal 137 3). Los desterrados deberían representar el papel de "apaleados y contentos", y divertir a los causantes de su aflicción con canciones judías típicas, curiosas y exóticas para

los oídos babilonios. Pero éstos no saben lo que piden. Las "canciones de Sión", corrige el salmista, son "canciones del Señor" (Sal 137 4). Sión y el Señor –que habita en ella (véase, por ejemplo, Sal 135 21)– están tan identificados en la mente y el corazón de los desterrados que constituiría una profanación cantar sus canciones para oídos paganos y en suelo pagano (véanse los "cantos de Sión" en la introducción, y sus respectivos comentarios). Además, y aunque sean canciones de Sión, significaría olvidarse de ella, dejar el luto por ella, no acordarse de su desgracia...

El salmista, ahora en primera persona y vuelto al hoy, ante la ciudad de Jerusalén que contempla embelesado y con las entrañas transidas de cariño –quizá ya está reconstruida después de ingentes esfuerzos–, se dirige a ella emocionado y le hace una declaración de fidelidad y de amor eternos, subrayándola con unas terribles imprecaciones sobre sí mismo. Tanto en Babilonia, en aquel ayer recordado, como ahora, sería gravísimo olvidarse –no acordarse– de Jerusalén y de todo lo que encierra política y, sobre todo, religiosamente. Por eso, si el salmista cayera en ese tremendo error, que en Babilonia habría sido recoger las cítaras y cantar para los opresores los cantos de Sión, ¡que se le seque la mano derecha –con la que se tañe la cítara– y que se le quede pegada al paladar la lengua –con la que se cantan las canciones del Señor–! Es conmovedora la fuerza y la intensidad del amor: Jerusalén, la mayor de sus alegrías.

Luego el autor se vuelve hacia Dios –no lo había hecho aún– y reza. Pero sigue con el ánimo agitado ahora por la indignación. Pide a Dios que dé su merecido a los enemigos de Jerusalén (véase Sal 129 5s), a los que arrasaron, destruyeron, deshonraron e infamaron a esta noble matrona y la convirtieron en objeto de sus burlas. Las palabras que el salmista pone en boca de los edomitas evocan la imagen de la desnudez: *desnudadla, desnudadla hasta los cimientos*– con el cruel matiz vergonzante que implican (véase Hab 3 13; Lam 1 8; Is 47 2-3; Ez 16 37-39). Que el Señor se acuerde de ellos para pagarles adecuadamente. Son los edomitas, vecinos de Israel y cómplices de los babilonios en la destrucción de Jerusalén, a la que colaboraron con especial saña (véase Lam 4 21; Abd 10-14; Ez 25 12; 36 5). Y es sobre todo Babilonia, la criminal, la que los redujo al estado de exiliados sin patria, sin ciudad santa, sin templo...

Estilísticamente el salmo es una joya. El autor sabe jugar con los sonidos, con las palabras, con las ideas. Uno de los pilares de su poema es el acordarse-recordar-no olvidarse. Correlativamente aparecen el pasado (allí, en el destierro), el presente (aquí, en los sentimientos, ante la ciudad), y el futuro (el destino terrible deseado y suplicado para los enemigos). La disposición sintáctica está muy elaborada, sobre todo en los versos centrales (Sal 137 5-6), en su atención a Jerusalén y los pronombres que la representan. El autor trabaja muy certeramente la oposición Babel-Sión. Un último detalle: el salmo comienza en las aguas de los canales y las lágrimas de los deportados en Babilonia, y termina con Babilonia en la peña desnuda y despiadada...

Las terribles y crudas "bienaventuranzas" finales (Sal 137 8-9) son fruto del intenso cariño a Jerusalén y del sentimiento profundo de la injusticia con ella cometida por edomitas y babilonios. No son, como subraya Alonso Schökel, "un programa de acción –estrellar niños babilonios–, sino lírica que desahoga sentimientos". De todas formas chocan con nuestra mentalidad y han desaparecido de la liturgia. Pero podemos rezar el salmo trasponiendo: si Jerusalén es símbolo de la Iglesia y, más ampliamente, del reinado de Dios, Babilonia lo es de todo lo contrario, es la personificación del mal, de todos los poderes humanos e inhumanos que se oponen al reinado de Dios y a la verdad, la justicia y la paz entre los hombres (véase Ap 14 8; 18 1ss). Y en este sentido su destrucción es símbolo de la victoria contra el mal, contra todo tipo de mal, y por tanto debe constituir para nosotros no sólo un deseo, sino una tarea constante.

SALMO 138 (137)
Cuando te invoqué, me escuchaste

Sal 9 2; 5 8; Lc 1 51-52

[1] *De David.*

Te doy gracias, Señor, de todo corazón,
te cantaré en presencia de dioses extranjeros,
[2] postrado hacia tu santo templo.

Doy gracias a tu nombre por tu amor y tu fidelidad,
pues tu promesa ha superado a tu fama.
[3] Cuando te invoqué, me escuchaste, fortaleciste mi ánimo.

[4] Que te den gracias, Señor, todos los reyes de la tierra
al oír las palabras de tu boca;
[5] que proclamen las proezas del Señor,
porque la gloria del Señor es grande.
[6] El Señor es excelso, pero se fija en el humilde
y conoce de lejos al soberbio.

[7] En medio del peligro, me conservas la vida,
despliegas tu poder contra la saña de mis enemigos
y me pones a salvo con tu fuerza protectora.
[8] ¡El Señor completará cuanto ha hecho por mí!
¡Señor, tu amor es eterno,
no abandones la obra de tus manos!

Salmo de acción de gracias, con una estructura muy flexible. En cuanto al tema se pueden distinguir tres partes: acción de gracias (Sal 138 1-3); invitación a la alabanza (Sal 138 4-6); declaración de confianza (Sal 138 7-8).

Es un salmo extraño. Tiene tonos, en primer lugar, de acción de gracias. Las expresiones de agradecimiento son numerosas. El autor da gracias a Dios y quiere que le den gracias *todos los reyes de la tierra*, en un afán universalista bastante notable. El, por su parte, lo hará "delante de los dioses", evidentemente los dioses de los pueblos y reyes extranjeros: otra vez la perspectiva universal.

Los motivos de la acción de gracias son variados. Los hay personales (Sal 138 3.7-8), y generales (Sal 138 2.4b.5b.6). Los hay que se refieren al pasado: bien a una situación de peligro de la que el salmista se libró o bien a las proezas del Señor (Sal 138 2-3.5); al presente: el amor y la fidelidad de Dios (Sal 138 2), las palabras de su boca (Sal 138 4), la grandeza de la gloria del Señor (Sal 138 5), su atención hacia el humilde y su rechazo del malvado (Sal 138 6), el cuidado de la vida del salmista frente a

la saña del enemigo (Sal 138 7); o incluso al futuro: Dios *completará* sus favores con el autor (Sal 138 8).

Por otra parte, los motivos generales y los relativos al futuro, cuando se afirman, consolidan la confianza del salmista y de sus oyentes. También tiene el salmo algo de salmo de confianza.

Y hay una súplica al Señor, conmovedora: *no abandones la obra de tus manos*. Súplica que está motivada: *tu amor es eterno* (Sal 138 8).

El salmo es extraño, pero es original en la mezcla y disposición de sus elementos, por ejemplo, en la continua alternancia de Dios como "tú" o como "él". Y es original en algunos otros detalles. Por ejemplo, la dimensión universalista. ¿Estará el autor en el extranjero?: ora en presencia de dioses –extranjeros– y se postra hacia el templo de Jerusalén, como si estuviese lejos de él. Esta impresión aumenta por la mención de los *reyes de la tierra*. Si fuese así, un deje de nostalgia recorre también la composición.

Es original en su indeterminación: el salmista revela, pero al mismo tiempo oculta. No termina de aclararnos qué le ha pasado; cuál es la grandiosa promesa de Dios, más grande que su fama (Sal 138 2); qué es lo que oyen los reyes extranjeros (Sal 138 4); cuál es el peligro; cuál la salvación; quiénes los enemigos... Muchos de estos elementos son tópicos y tomados en préstamo de otros salmos (Sal 9 2; 23 5; 82 1; 96 4-5; 5 8; 115 1; 68 30; 102 16; 113 5-6), pero el autor los maneja bien, y logra dar a su canto un tono personal. Es fácil apropiarse esta oración en múltiples ocasiones de nuestra vida. Lo podría haber recitado el mismo Cristo al sentirse "abandonado" por Dios (véase Sal 22 2 y 25-28). Lo podemos rezar nosotros al sentir el amor –eterno y constante amor– de Dios en nuestras vidas, de ese Dios que se ocupa de los humildes y que no abandona la obra de sus manos (véase Sab 11 24-26).

SALMO 139 (138)
Tú me examinas y me conoces

Job 11 8-9; 23 8-9; Jr 23 23-24; Eclo 18 5-7

1 *Al maestro de coro. Salmo de David.*

Señor, tú me examinas y me conoces,
2 sabes cuando me siento o me levanto,
desde lejos penetras mis pensamientos.
3 Tú adviertes si camino o si descanso,
todas mis sendas te son conocidas.
4 No está aún la palabra en mi lengua,
y tú, Señor, ya la conoces.
5 Me envuelves por detrás y por delante,
y tus manos me protegen.
6 Es un misterio de saber que me supera,
una altura que no puedo alcanzar.

7 ¿A dónde podré ir lejos de tu espíritu,
a dónde escaparé de tu presencia?
8 Si subo hasta los cielos, allí estás tú;
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro.
9 Si vuelo sobre las alas de la aurora
y me instalo en el confín del mar,
10 también allí me alcanzará tu mano
y me agarrará tu derecha.
11 Aunque diga: «Que la tiniebla me encubra,
y la luz se haga noche en torno a mí»,
12 no es oscura la tiniebla para ti,
pues ante ti la noche brilla como el día.

13 Tú formaste mis entrañas,
me tejiste en el vientre de mi madre.
14 Te doy gracias porque eres sublime,
tus obras son prodigiosas.
Tú conoces lo profundo de mi ser,
15 nada mío te era desconocido
cuando yo me iba formando en lo oculto

y era tejido en las honduras de la tierra.
[16] Tus ojos contemplaban mis acciones,
todas ellas estaban escritas en tu libro,
junto con los días que me asignaste antes de existir.
[17] ¡Oh Dios, qué profundos son tus designios,
qué incalculable su conjunto!
[18] Si los cuento son más que la arena,
y aunque termine, aún me quedas tú.

[19] ¡Ojalá, Dios mío, hicieras morir a los malvados,
y se apartaran de mí los sanguinarios!
[20] Ellos hablan de ti con menosprecio
y se levantan contra ti sin motivos.
[21] ¿Cómo no voy a odiar, Señor, a los que te odian,
y a despreciar a los que se levantan contra ti?
[22] Sí, los odio con un odio implacable,
los considero mis enemigos.

[23] ¡Examíname, oh Dios y conoce mi interior,
ponme a prueba y conoce mis pensamientos;
[24] mira si en mi camino hay maldad
y guíame por el camino eterno!

Es un himno de alabanza individual con resonancias sapienciales, que incluye unas imprecaciones contra los malvados (Sal 139 19-22) y está rematado por una súplica (Sal 139 23-24, en inclusión con Sal 139 1-3). El himno se estructura en cinco partes temáticamente diferentes: sublime sabiduría divina (Sal 139 1-6); omnipresencia de Dios en el espacio (Sal 139 7-12); omnipresencia de Dios en el tiempo (Sal 139 13-18); imprecación contra los enemigos (Sal 139 19-22); súplica final (Sal 139 23-24).

El salmista está asombrado, casi anonadado, por el inmenso saber de Dios, por su omnipresencia vigilante, por la grandeza y profundidad de sus designios, que superan toda comprensión humana (Sal 139 6.14.17-18). Por ello da gracias a Dios (Sal 139 14) y le suplica que lo ponga a prueba y que lo guíe por el buen camino (Sal 139 23-24). Esta sería la línea argumental del salmo.

Pero eso es, en realidad, lo menos importante. Lo grandioso de este canto es el tono de intimidad personal con Dios, que lo convierte en una de las plegarias de mayor hondura religiosa de todo el salterio. El salmista habla con Dios embargado por la emoción, y utilizando contrastes extremos para exponer sus reflexiones. En la primera parte del himno, su monólogo con Dios se fija en que el Señor conoce toda su vida, todas sus acciones, sus pensamientos, sus intenciones y deseos, desde el primero hasta el último. Los verbos que se predican de Dios son: me examinas, me conoces, sabes, penetras, adviertes, te son conocidas, la conoces, me envuelves, me proteges. Los contrastes que reflejan la totalidad: me siento, me levanto; camino, descanso; por delante, por detrás. Tanto y tan completo saber –que el salmista confiesa no comprender ni poder alcanzar– no le resulta agobiante, ni le provoca la angustia de sentirse predestinado, o vigilado, o falto de intimidad, antes al contrario, es un conocimiento liberador, protector (Sal 139 5). El salmista se siente bien arropado y protegido: Dios se está ocupando de él.

En la segunda parte nos trasladamos a los ámbitos del espacio. Si alguien quiere que otro no lo encuentre, se marcha lejos o busca un rincón oscuro donde esconderse. Con Dios no valen estas artimañas. Está en todas partes, cerca y lejos, en lo alto del cielo o en los abismos más profundos, en los confines del mar o donde suele habitar la aurora (oriente y occidente), asomándose al pozo de las más insondables tinieblas y atravesando con su mirada el manto de la noche más profunda.

Y parece que nos movemos ahora en las coordenadas temporales: el Señor conoce al salmista desde antes de que existiera, y después durante el proceso de gestación, a lo largo de toda su vida posterior y en el final de la misma, aunque todavía no se haya producido. Es que el Señor lo formó, lo "tejió" en el vientre de su madre. La reflexión se interrumpe bruscamente con una acción de gracias espontánea, contenida desde el principio y que, por fin, explota en este momento. El salmista se ve como una "obra prodigiosa" de Dios, de un Dios *sublime*. Y prosigue: como Dios lo creó, lo conoce "a fondo", desde que lo iba *tejiendo* –literalmente, bordando: estupendo Dios artesano, tejedor y bordador– en las honduras de la madre-tierra (otra magnífica imagen: véase Gn 2 7; Job 1 21; 33 6; Eclo 40 1). El Señor cono-

ce el ser del salmista y sus más recónditos interiores, conoce sus acciones, conoce sus días, el desarrollo entero de su vida: parece que la tuviera escrita de antemano en un libro... ¡Qué prodigio de saber! El salmista vuelve a las exclamaciones de asombro y alabanza. ¡Qué ciencia tan sublime! ¡Qué profundos designios! Y lo más grande de todo es que Dios no se agota en ellos: incluso si éstos se pudieran abarcar, contar, él es el inabarcable, el inasible, él es siempre más... y siempre está con el salmista.

¿Cómo es posible que haya alguien que no alabe a Dios, que lo desprecie y lo odie o se rebele contra él? ¡Que Dios acabe con tales individuos! (véase Sal 104 35). Ellos odian a Dios: el salmista los odia a ellos. Ellos son enemigos de Dios: el salmista los considera enemigos suyos personales. Quizá nos resulten demasiado fuertes estas imprecaciones, pero el autor está hablando de su amor a Dios, de su admiración por él, de su unión e intimidad con el Señor, de lo que le debe, de lo que de él ha recibido y recibe continuamente, y de su agradecimiento inmenso. Y deja que esos sentimientos se desborden.

Al final suena la súplica. Son las mismas palabras que al comienzo del salmo. Allí eran constatación: *tú me examinas y me conoces*. Aquí son ruego, plegaria: *examíname, conóceme...* y *guíame*. Así estaré siempre en el buen camino y en buenas manos.

La calidad y profundidad del conocimiento de Dios y de intimidad con él la experimentó el Hijo: *nadie conoce al Padre sino el Hijo; el Padre y yo somos uno* (Mt 11 27; Jn 10 30). Pero los cristianos, en Cristo, también hemos experimentado y gozado la riqueza y profundidad de ese conocimiento divino: *Yo conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí, lo mismo que mi Padre me conoce a mí y yo lo conozco a él* (Jn 10 14-15). San Pablo alaba entusiasmado, como el salmista, la insondable sabiduría divina: *¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué insondables son sus decisiones e inescrutables sus caminos!* (Rom 11 33). Y aunque ahora nos movamos en la oscuridad, y con un conocimiento velado, llegará un día en que *conoceremos como Dios mismo nos conoce* (1 Cor 13 12). Mientras tanto nos toca ir creciendo en ese conocimiento que es, ni más ni menos, ir creciendo en el amor: porque el que ama, ha nacido de Dios y conoce a Dios (1 Jn 4 7).

SALMO 140 (139)
Sálvame, Señor, de la mano del malvado

Rom 3 13; Sal 11 6-7

[1] *Al maestro de coro. Salmo de David.*

[2] Líbrame, Señor, del hombre perverso,
guárdame del hombre violento,
[3] de los que en su corazón urden maldades
y andan provocando discordias todo el día:
[4] afilan su lengua como la de una serpiente,
en sus labios tienen veneno de víbora.
[5] Sálvame, Señor, de la mano del malvado,
guárdame del hombre violento,
de los que planean derribarme.
[6] Los soberbios me ponen trampas,
tienden una red bajo mis pies,
y en mi sendero me colocan lazos.

[7] Yo digo al Señor: «Tú eres mi Dios;
atiende, Señor, mis gritos de súplica».
[8] Señor, Dios mío, poderoso salvador,
tú me proteges en el día del combate.

[9] No consientas, Señor, los proyectos del malvado,
no permitas que triunfen sus planes.
[10] Que la malicia de sus labios caiga
sobre la cabeza de los que me rodean.
[11] Lluevan sobre ellos brasas encendidas,
que se hundan en el abismo y no vuelvan a salir.
[12] Que desaparezca de la tierra el deslenguado,
y que al violento lo persiga la desgracia.

[13] Yo sé que el Señor hará justicia a los oprimidos,
y defenderá la causa de los pobres.
[14] Los justos alabarán tu nombre,
los honrados vivirán en tu presencia.

Salmo de súplica individual, estructurado en cuatro partes dispuestas de forma simétrica: súplica ante el ataque de los malvados (Sal 140 2-6); afirmación de confianza (Sal 140 7-8); imprecaciones contra los malvados (Sal 140 9-12); acción de gracias (Sal 140 13-14).

Es un salmo muy convencional. La súplica inicial repetida (Sal 140 2.5) invoca la salvación divina frente a la persecución de los malvados, descrita genéricamente y con rasgos tópicos: intrigas, discordias, calumnias, amenazas, violencias, trampas... La lengua ocupa un papel importante en todo ello: parece que se trata fundamentalmente de calumnias contra el salmista (véase Sal 140 4.10.12). En general, el tipo de malvado se caracteriza como *deslenguado* y *violento* (Sal 140 12). Las imágenes son conocidas: lengua afilada y venenosa como víbora (véase Sal 52 4; 55 22; 57 5; 64 4), redes, trampas y lazos (véase Sal 9 16; 10 7-10; 31 5; 35 7; 57 7; 64 6; 119 110; 141 9), y otras usadas en los salmos (véase Sal 17 11; 62 5).

En seguida el salmista refiere su grito de auxilio (Sal 140 7-8; véase 16 2; 31 15; 63 2), y lo motiva: Tú eres mi Dios, eres un salvador poderoso, tú me proteges –me cubres la cabeza, como un yelmo– el día de la batalla (quizá el día del juicio al que se enfrenta por las falsas acusaciones y calumnias de los perversos).

Y después pide a Dios el fracaso de los enemigos, invocando sobre ellos la ley del Talión (véase Sal 7 16ss; 141 10): que sobre sus cabezas, desprotegidas, caigan todos los males que ellos planean contra el justo, y no puedan culminar sus proyectos. El autor utiliza la imaginería conocida: brasas encendidas, caída definitiva en el abismo, desaparición total (véase Sal 11 6; 55 24; 120 4).

Por último, en una nueva afirmación de confianza absoluta, el autor identifica, y se identifica, a los beneficiarios de la acción divina: los pobres y oprimidos, como siempre, víctimas de la maldad y la violencia de los poderosos (véase Sal 7 9; 9 5). Y luego anuncia la alabanza de los justos, entre los que él se encuentra, que habitarán "en la presencia" de Dios, en clara alusión al templo, a la cercanía y al favor del Señor (véase Sal 11 7; 16 11; 17 15; 23 6; 27 4; 61 8).

El apóstol Pablo cita entre otros Sal 140 4 en la carta a los Romanos a la hora de describir a toda la humanidad caída bajo el dominio del pecado.

SALMO 141 (140)
Suba mi oración como incienso ante ti

Ex 30 8; Prov 9 8; 27 6.9

[1] *Salmo de David.*

Señor, te estoy llamando, date prisa,
escucha mi voz cuando te llamo.
[2] Que suba mi oración como incienso ante ti,
que mis manos suplicantes sean como ofrenda vespertina.

[3] Pon, Señor, en mi boca un centinela,
un vigilante a la puerta de mis labios.
[4] No dejes que mi corazón se incline a la maldad,
ni a cometer crímenes y delitos con los malhechores.
¡No, no participaré en sus banquetes!
[5] Que el justo me golpee y me reprenda como amigo,
pero nunca aceptaré honores del malvado,
ni cesará mi oración contra sus crímenes.
[6] Sus jefes serán lanzados contra las rocas
y sabrán entonces que mis palabras eran suaves.
[7] Como una rueda de molino estrellada contra el suelo,
sean esparcidos nuestros huesos al borde del abismo.

[8] Hacia ti, Señor, se vuelven mis ojos,
en ti me refugio, no me desampares.
[9] Líbrame del lazo que me han puesto,
de la trampa que me han tendido los malhechores.
[10] Caigan los malvados en sus propias redes,
mientras yo logro escapar.

Salmo de súplica individual, estructurado en tres partes: invocación inicial (Sal 141 1-2); súplica con imprecaciones (Sal 141 3-7); súplica conclusiva (Sal 141 8-10). El texto es oscuro, especialmente en Sal 141 5-7, y la traducción es, por tanto, conjetural y dudosa.

Estamos ante una oración al Señor para que no permita que el salmista imite la conducta de los malvados ni se haga su cómplice (véase Sal 101). La invocación inicial –en tono de urgencia– compara la oración y las manos levantadas en gesto litúrgico (véase, por ejemplo, Sal 28 2; 63 5; 134 2) con el humo de los sacrificios y del incienso que se elevan hacia el cielo y son agradables a Dios (véase Ex 30 8; Lv 2 1ss).

El salmista continúa dirigiéndose a Dios y, siempre en tono de súplica, expresa su deseo de no hablar como los malhechores (véase Sal 73 15), y de no actuar como ellos (véase Sal 125 3). Boca y corazón, palabras y pensamientos o actitudes. El centinela a la puerta de los labios es una imagen preciosa y original: el guardián puesto allí por Dios, como si fuera a la entrada de un alcázar, no dejará salir las malas palabras. En otro salmo se habla de "mordaza" (Sal 39 2; véase Eclo 22 27). Y el corazón que "se inclina" refleja las "inclinaciones" de la persona, sus tendencias y preferencias. También es una expresión original: sólo tres veces "se inclina" el corazón en los salmos, porque lo que se inclina normalmente es el oído (véase Sal 119 36.112).

La última parte de Sal 141 4, junto con Sal 141 5b, hace referencia a las ceremonias de los banquetes, en los que a los huéspedes se les ungía la cabeza con óleo perfumado (véase Sal 23 5; Lc 7 46). Es propósito firmísimo del salmista no ser nunca huésped ni comensal de los malvados, lo que sería señal de unión y complicidad con ellos. No aceptará nada de ellos y mantendrá siempre las distancias (véase Sal 1 1; 26 4-5; 50 18-19; 101). Lo aceptará todo, eso sí, de los justos, incluso los golpes y las reprensiones saludables que le sirvan de advertencia y corrección fraterna.

A continuación el salmista se desahoga, como es habitual en muchos salmos, lanzando terribles imprecaciones contra los malvados (Sal 141 6-7; véase Sal 53 6). Antes ha dicho que siempre rezará contra sus crímenes (Sal 141 5).

Al final del salmo se mezclan por una parte la súplica confiada al Señor, hacia el que el salmista vuelve sus ojos suplicantes (véase Sal 123 1) para que le libre de las amenazas de los malhechores, y por otra los ruegos para que éstos caigan en sus propias redes, según la lógica de la ley del Talión (véase Sal 7 16; 140 9-12).

Manos, boca, corazón, cabeza, ojos: todos estos órganos y miembros han aparecido en el salmo. Las manos y los ojos dirigidos a Dios. La boca y el corazón reprimidos ante el mal. La cabeza, sin los honores con que los malvados premiarían la complicidad del justo. Complicidad, por cierto, harto tentadora y frecuente, también en nuestros días. Es difícil mantenerse en la honradez, en la integridad, y ese es el deseo más profundo del salmista: no quiere imitar la conducta de los corruptos aunque, por regla general, ésta parezca resultar bastante provechosa, como constata, entre otros, el Sal 73. Que el Señor nos ayude –es lo que el salmista suplica– a vencer la tentación.

SALMO 142 (141)
Atiende a mi clamor, que ya no puedo más

Sal 57 1; 141 9; 79 8

1 *Oda de David. Oración cuando estaba en la cueva.*

2 A voz en grito invoco al Señor,
A voz en grito suplico al Señor.
3 Ante él desahogo mi lamento,
ante él expongo mi angustia.

4 Me falta el aliento, pero tú conoces mi sendero
y sabes que en mi camino me han tendido una trampa.
5 Miro a mi alrededor, y no hay nadie que me atienda,
no tengo dónde refugiarme, no hay quien cuide de mí.

6 A ti clamo, Señor, diciendo:
«Tú eres mi refugio y todo lo que tengo en esta vida».
7 Atiende a mi clamor, que ya no puedo más.
¡Líbrame de los que me persiguen,
pues son más fuertes que yo!
8 ¡Sácame de esta cárcel, y alabaré tu nombre!
Me rodearán los justos cuando me brindes tu favor.

Salmo de lamentación y súplica individual, estructurado en tres partes: invocación inicial (Sal 142 2-3); situación del salmista (Sal 142 4-5); súplica confiada y promesa de acción de gracias (Sal 142 6-8).

Es una súplica que cumple dócilmente el esquema de este género literario (véase Introducción). La invocación inicial posee el tono de urgencia acostumbrado y un elemento original: el desahogo ante el Señor (véase Sal 62 9).

Luego el salmista expone su situación, quejándose de dos cosas fundamentales: la persecución y el acoso del enemigo (Sal 142 4.7), y la soledad y abandono en que se halla, sin posibilidad de encontrar ayuda y refugio humanos (Sal 142 5). Todo esto lo tiene agotado, sin fuerzas (Sal 142 4.7). Es conmovedor el tono intensamente personal de la oración, la apelación confiada al mismo testimonio y saber de Dios: *tú conoces, tú sabes...*

La súplica que sigue refuerza ese tono personal. El salmista no tiene refugio y dice a Dios: *Tú eres mi refugio.* El salmista no tiene quien le cuide y dice a Dios: Tú eres *todo lo que tengo* (literalmente: "tú eres mi lote en la tierra de los vivos"; véase Sal 16 5). En Dios encuentra salvación y compañía (Sal 142 6). Repite su súplica apremiante, cargada de confianza, motivada por el propio agotamiento y la fuerza de sus enemigos, imaginando la salvación como la salida de un doloroso cautiverio, de una siniestra y solitaria prisión (Sal 142 7-8), y promete la acción de gracias. Está seguro de la salvación de Dios *–cuando me brindes tu favor–*, y está seguro de la alegría que ella provocará en los justos, que, al rodear entusiasmados al autor, acabarán también con su soledad.

Cierto: Dios conoce y sabe de tantas soledades y abandonos... Pero está siempre ahí, dispuesto a acompañar solícitamente, calladamente, pero tan cierto como el aire que respiramos.

SALMO 143 (142)
Hazme sentir tu amor cada mañana

Job 14 3-4; Rom 3 20; Lam 3 6; Sal 77 12-13; 25 1-5

[1] *Salmo de David.*

Señor, escucha mi oración, presta oído a mis súplicas,
tú, que eres justo y fiel, respóndeme.
[2] No me lleves a juicio, pues nadie es inocente ante ti.

[3] El enemigo me persigue, me estrella contra el suelo,
me ha hundido en las tinieblas,
como los muertos para siempre;
[4] me falta ya el aliento y dentro se me estremece el corazón.
[5] Me acuerdo del pasado, medito todas tus acciones
y repaso las proezas que has realizado;
[6] tiendo mis brazos hacia ti,
tengo sed de ti como tierra reseca.

[7] Respóndeme pronto, Señor, que me falta el aliento;
no me escondas tu rostro, pues sería como un muerto.
[8] Hazme sentir tu amor cada mañana, que yo confío en ti;
indícame el camino a seguir, pues todo mi ser te añora.
[9] Líbrame de mis enemigos, Señor, que me refugio en ti;
[10] enséñame a cumplir tu voluntad, pues tú eres mi Dios;
que tu buen espíritu me conduzca por sendas llanas.
[11] Por tu nombre, Señor, dame vida,
por tu fidelidad, sácame de la angustia.
[12] Aniquila a mis enemigos, pues me amas;
haz perecer a todos mis opresores, ya que soy tu siervo.

Salmo de súplica individual, estructurado en tres partes: invocación inicial (Sal 143 1-2); exposición de la situación (Sal 143 3-6); súplica y motivaciones (Sal 143 7-12). Este es el séptimo y último de los salmos penitenciales (véase Sal 6).

Es otro salmo convencional, aunque tenga alguna característica propia (véase Sal 140; 142). Un hombre perseguido y acosa-

do por los enemigos (entre los cuales se cuenta, quizá, la enfermedad) que lo han situado al borde de la tumba, suplica a Dios, después de reconocer implícitamente su pecado, que lo salve y le enseñe a cumplir su voluntad, y que castigue a sus perseguidores.

Un rasgo propio del salmo es que presenta las calamidades del salmista como si fueran fruto del juicio de Dios que ha dictado sentencia condenatoria contra él por sus pecados (Sal 143 2). En esa situación, el salmista apela al amor y la fidelidad de Dios. Comienza con una súplica apremiante (Sal 143 1-2; véase, por ejemplo, Sal 39 13), rogando al Señor que no lo lleve a juicio, o que suspenda el juicio, pues reconoce su culpa y la razón de Dios al castigarlo: nadie es inocente ante él (véase Sal 51 7; 130 3).

Enseguida pasa a describir su desesperada y gravísima situación con imágenes conocidas (Sal 143 3-6): hundido en las tinieblas de la fosa, olvidado de todos como si fuera un muerto de hace tiempo (véase Sal 7 6; 31 13; 88 6-7), agotado hasta la extenuación (véase Sal 61 3; 142 4), rememorando las antiguas acciones salvadoras del Señor (véase Sal 77 6-12), en continua súplica (véase Sal 28 2; 63 5; 141 2) y "sediento" de una respuesta divina (véase Sal 42 3; 63 2).

Entonces repite su súplica del inicio: *Respóndeme* (Sal 143 1.7), y la amplía en forma casi litánica, lo que constituye otro rasgo característico del salmo. A partir de aquí los once versos que quedan repiten casi todos el mismo esquema: súplica más motivación. El autor suplica de distintas maneras tres cosas: la primera, atención por parte de Dios, lo que significa salvación, vida, liberación de los enemigos y de la angustia (Sal 143 7.8a.11). *No me escondas tu rostro* es, prácticamente, "atiéndeme, mírame, ocúpate de mí" (véase, por ejemplo, Sal 13 1; 22 25). *Hazme sentir tu amor cada mañana*: la mañana es tiempo de gracia y salvación, de luz y favor divino, en contraste con la noche, las tinieblas, la muerte (véase Sal 17 15; 30 6; 46 6; 90 14).

Pide, en segundo lugar, que el Señor le enseñe y le ayude a cumplir su voluntad, utilizando la imagen del camino (Sal 143 8b.10; véase Sal 32 8; 40 9; 27 11). Y pide, por último, la desaparición de los enemigos (Sal 143 12; véase, por ejemplo, Sal 54 7).

Los motivos que aduce para la intervención divina en su favor son variados: su angustiosa situación (Sal 143 7; véase Sal 28 1);

su actitud religiosa: busca refugio, confía y espera en Dios, y de él se siente y se proclama *siervo*, es decir, en relación de total y absoluta dependencia; y, por último, el amor, la fidelidad y el honor del mismo Dios (Sal 143 11-12).

Falta en el salmo la promesa de acción de gracias. Pero lo recorre en todas sus partes la absoluta confianza en la salvación divina y el abandono total del "siervo" en las manos de su Señor.

SALMO 144 (143)
Sálvame del poder del extranjero

Sal 18; 33 2-3; Job 42 14-15; Lv 26 4-5

[1] *De David.*

Bendito sea el Señor, mi roca,
que adiestra mis manos para la batalla,
mis dedos para el combate;
[2] mi bienhechor y mi alcázar, mi fortaleza y mi libertador,
mi escudo: en él me refugio, y él me somete los pueblos.

[3] ¿Qué es el hombre, Señor, para que te cuides de él?
¿Qué es el ser humano para que pienses en él?
[4] El hombre es como un soplo;
sus días, como sombra que no deja huella.

[5] Inclina, Señor, tus cielos y desciende,
toca los montes y echarán humo;
[6] haz estallar el rayo y dispérsalos,
dispara tus saetas y desconciértalos.
[7] Extiende tu mano desde lo alto,
sácame de las aguas turbulentas,
sálvame del poder del extranjero
[8] cuya boca dice mentiras, cuya diestra jura en falso.

[9] Te cantaré, oh Dios, un cantar nuevo,
para ti tocaré el arpa de diez cuerdas.
[10] Tú que das la victoria a los reyes,
tú que salvaste a tu siervo David,

líbrame de la espada maligna,
[11] sálvame del poder del extranjero
cuya boca dice mentiras, cuya diestra jura en falso.

[12] Sean nuestros hijos como plantas,
desde la edad temprana florecidas;
nuestras hijas como pilares labrados,
columnas de un palacio.
[13] Que estén repletos nuestros graneros
rebosantes de toda clase de frutos;
que nuestros ganados se cuenten a millares,
a decenas de millares en nuestras praderas;
[14] que vayan nuestros bueyes bien cargados,
que no haya brechas ni aberturas,
ni lamentos en nuestras plazas.
[15] Dichoso el pueblo que tiene esta suerte,
dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor.

Salmo mixto, compuesto por un salmo real de súplica (Sal 144 1-11) y una súplica comunitaria de bendición (Sal 144 12-15). El conjunto queda estructurado en cinco secciones: acción de gracias inicial (Sal 144 1-2); transición (Sal 144 3-4); súplica (Sal 144 5-8); promesa de acción de gracias y súplica motivada (Sal 144 9-11); súplica de bendición sobre el pueblo (Sal 144 12-15).

En la primera parte (Sal 144 1-11) encontramos numerosos paralelos con el Sal 18, excepto en Sal 144 3-4. La acción de gracias inicial, entusiasta y de gran intensidad personal, que de alguna manera anticipa los resultados de la salvación que se suplica, recoge expresiones de tres versos de aquel salmo (véase Sal 18 3.35.48). Este inicio posee un tono militar y guerrero, tono que continuará a lo largo de toda esta primera parte.

Lo que hemos llamado transición (Sal 144 3-4) son unas frases que resultan extrañas en este contexto. Proceden de otros dos salmos distintos al Sal 18 (Sal 8 5; Sal 39 7; véase Sal 90 9), no participan del carácter de acción de gracias ni del tono militar apenas inaugurado, son de tipo más bien sapiencial; en fin, parecen no encajar aquí. Por otra parte se emplea una pregunta que

en su salmo de origen (Sal 8) expresaba la admiración por la grandeza del ser humano, mientras que aquí, al unirle la respuesta sobre la caducidad esencial del hombre tomada del Sal 39, sirve para todo lo contrario. Quizá este conjunto, pregunta y respuesta, sea el verdadero inicio lógico del salmo: el rey medita sobre la debilidad y fugacidad humanas y sobre la suya propia, suplica ayuda a Dios y termina dándole gracias...

La súplica contra los enemigos y por la propia salvación (Sal 144 5-8) vuelve a ser paralela al Sal 18, aunque con tonos distintos: aquí se suplica lo que allí ya había sido concedido (véase Sal 18 10.15.17-18; 104 2). Se pide una manifestación grandiosa, cósmica, de Dios como guerrero, que destruya a los enemigos extranjeros, mentirosos, falsos y perjuros, y salve al salmista de *las aguas turbulentas*, es decir, de su agresión. Las imágenes son conocidas.

La promesa de acción de gracias por esa salvación abre la sección siguiente, que guarda cierta relación con el Sal 33 (véase Sal 33 2-3). En ella volvemos a encontrar la súplica contra los enemigos y por la propia salvación, matizada como victoria, pero ahora añadiéndole unas motivaciones basadas en la forma de actuar "normal" de Dios: tú das la victoria a los reyes, tú salvaste a David (véase Sal 18 49-51). Se oye de fondo el tema del protagonismo de Dios en las empresas humanas (véase Sal 33 16-17). La repetición de Sal 144 7c-8 sirve como estribillo y cierra la súplica individual (Sal 144 11).

El tono del salmo cambia completamente: lo que sigue no tiene relación con lo anterior. Un "nosotros", o alguien en su nombre, pide a Dios para el pueblo una serie de bendiciones que no tienen nada que ver con la guerra: fecundidad y belleza de la prole, cosechas y ganados abundantes, prosperidad y paz en el país... Las bienaventuranzas con las que el salmo termina (Sal 144 15; véase Sal 33 12) constituyen una expresión de fe y confianza en el Señor, dador de todo bien y –en esto se recoge un tema de la primera parte– verdadero autor de la salvación y la felicidad del pueblo.

SALMO 145 (144)
A todas sus obras alcanza su ternura

Sal 111 2-4.12; Ex 34 6; Sab 1 13-14; Dn 3 33; Sal 104 27-28

[1] *Himno de David.*

Te ensalzaré, rey y Dios mío,
bendeciré tu nombre por siempre jamás.
[2] Todos los días te bendeciré,
alabaré tu nombre sin cesar.

[3] Grande es el Señor y digno de toda alabanza,
es inmensa su grandeza.
[4] Cada generación celebra tus acciones
y anuncia tus gestas a la otra.
[5] Ellos hablan del esplendor de tu gloria,
y yo repetiré tus maravillas.
[6] Ellos cuentan tus hazañas portentosas,
y yo narraré tus grandezas;
[7] Celebran el recuerdo de tu inmensa bondad
y cantan alegres a tu fidelidad.
[8] El Señor es clemente y compasivo,
paciente y rico en amor.
[9] El Señor es bondadoso con todos,
a todas sus obras alcanza su ternura.
[10] Que tus obras te den gracias, Señor,
y que tus fieles te bendigan;
[11] que proclamen la gloria de tu reinado,
que hablen de tus hazañas,
[12] dando a conocer a los hombres tus hazañas,
la gloria y el esplendor de tu reinado.
[13] Tu reinado es eterno,
tu gobierno dura por todas las edades.

El Señor es fiel a todas sus palabras,
leal en todas sus acciones.
[14] El Señor sostiene a todos los que caen
y levanta a los que desfallecen.

[15] Todos esperan, puestos los ojos en ti,
y tú les das la comida a su tiempo;
[16] abres tu mano y sacias de favores a todo ser viviente.
[17] El Señor es fiel en todo lo que hace,
leal en todas sus acciones.
[18] El Señor está cerca de los que lo invocan,
de todos los que lo invocan sinceramente.
[19] El Señor cumple los deseos de sus fieles,
escucha su clamor y los libera.
[20] El Señor protege a todos los que lo aman,
pero extermina a todos los malvados.

[21] ¡Que mi boca alabe al Señor!
¡Que todo viviente bendiga su santo nombre,
ahora y por siempre jamás!

Himno de alabanza y acción de gracias, dispuesto en forma alfabética (véase Sal 9-10), lo que produce las repeticiones y falta de estructura organizada que se descubre en él. Es un salmo muy poco original, con préstamos –incluso literales– de muchos otros salmos (los iremos señalando), en el que se alternan las invocaciones a Dios en segunda persona y su alabanza en tercera persona. Tiene una gran inclusión formada por las palabras: bendecir tu nombre por siempre jamás. En Sal 145 1 es el salmista el que confiesa su propósito de hacerlo, mientras que en Sal 145 21 es una invitación dirigida a todo ser viviente. Temáticamente podemos dividir el cuerpo del salmo en dos partes: la primera (Sal 145 3-13) sobre las hazañas gloriosas del Señor, sobre su realeza y su majestad, y la segunda (Sal 145 14-20) sobre la bondad y misericordia de Dios para con sus criaturas. Todo ello va precedido de una introducción (Sal 145 1-2) y cerrado con una conclusión (Sal 145 21).

En la introducción el salmista expresa con fervor su propósito de alabar permanentemente a Dios, *rey y Dios mío* (véase Sal 146 2). El primer motivo –comienza el cuerpo del himno– es la inmensa grandeza del Señor (véase Sal 48 2; 96 4). A continuación el salmista insiste en la proclamación de las grandiosas acciones de Dios y en su transmisión oral: unas generaciones las

cuentan a otras, llega el anuncio al salmista, él, a su vez, lo transmite (Sal 145 4-7; véase Sal 44 2; 78 3-4). Como resumen de esas hazañas suena el nombre y los atributos clásicos de Dios: clemente, compasivo, paciente, rico en amor, bondadoso, de inmensa ternura (Sal 145 8-9; véase Ex 34 6-7; Sal 86 15; 103 8; 111 4). El autor invita a todos los beneficiarios de ese amor a que alaben al Señor y, volviendo a un tema anterior, proclamen siempre y por todas partes el reinado de Dios, su gloria y su esplendor, que consiste en el ejercicio de los atributos mencionados.

En la segunda parte menciona –siempre como motivos para la alabanza– los cuidados divinos con los débiles y enfermos (Sal 145 14; véase Sal 37 24; 146 8), su generosidad y largueza con todos los vivientes (Sal 145 15; véase Sal 104 27-28), su proceder fiel y leal (Sal 145 17; véase Sal 33 4; 111 7), como se refleja en distintas actitudes del Señor para con los que lo invocan con sinceridad, para los que lo aman, para los que le son fieles: está cerca de ellos (Sal 145 18; véase Sal 34 19; 119.151), cumple sus deseos, los escucha, los libera, los protege; en contraste, termina con todos los malvados.

El tercer y cuarto estico de Sal 145 13 no se encuentran en el texto masorético, pero es muy probable que pertenezcan al texto original, porque sí se hallan en las versiones más antiguas y en los manuscritos de Qumrán.

El salmista, después de considerar todos estos atributos y hechos del Señor, concluye invitándose a la alabanza *–¡que mi boca alabe al Señor!–* e invitando también a esa alabanza sin fin a todos los vivientes, como hace el autor de Sal 150 en la última frase del libro de los Salmos (Sal 150 6).

SALMO 146 (145)
El Señor levanta a los humillados

Sal 104 33; 1 Mac 2 63; Jr 17 7; Ex 22 20-21

[1] ¡Aleluya!
¡Alaba, alma mía al Señor!
[2] Alabaré al Señor mientras viva,
tocaré para mi Dios mientras exista.

[3] No pongáis vuestra confianza en los poderosos,
seres humanos que no pueden salvar;
[4] exhalan su aliento y retornan al polvo,
y ese día se acaban todos sus proyectos.

[5] Dichoso el que se apoya en el Dios de Jacob
y pone su esperanza en el Señor, su Dios,
[6] que hizo los cielos y la tierra, el mar y cuanto contiene;
el Dios que mantiene por siempre su fidelidad.
[7] El hace justicia a los oprimidos
y da pan a los hambrientos.
El Señor da libertad a los cautivos,
[8] el Señor abre los ojos a los ciegos,
el Señor levanta a los humillados,
el Señor ama a los justos.
[9] El Señor protege al emigrante,
sostiene a la viuda y al huérfano,
pero trastorna el camino de los malvados.
[10] ¡El Señor reina por siempre,
tu Dios, Sión, por todas las edades!
¡Aleluya!

Himno de alabanza a Dios, creador del universo y defensor de los oprimidos. Su estructura comprende tres partes muy desiguales: introducción hímnica (Sal 146 1-2); exhortación y descripción de los mortales (Sal 146 3-4); bienaventuranza y descripción de Dios (Sal 146 5-10). Tanto la primera como la segunda parte se pueden entender como motivos para alabar a Dios, expresados negativa y afirmativamente. A pesar de ser un himno, este salmo tiene algunos rasgos sapienciales: exhortación de la primera parte, bienaventuranza, tema del *camino de los malvados*. Detectamos también un leve parentesco con los Sal 1 y 103, y con Jr 17 5s. Este es el primero de la serie de los cinco salmos aleluyáticos ("hallelu-yah" = alabad al Señor) con que concluye el salterio (Sal 146-50).

Las primeras frases, invitación del salmista a sí mismo y propósitos de alabanza permanente, son bastante comunes en los

salmos (véase Sal 103 1; 104 1.33; 145 1-2; etc.). Lo que no es tan frecuente es el paso de esa introducción a una exhortación de matiz sapiencial en segunda persona a unos oyentes anónimos: *No pongáis vuestra confianza...* Los poderosos (nobles, príncipes) parecen dignos de fiar, pero son seres humanos y, por lo tanto, pobres mortales, a pesar de todo su poder y magnificencia. Son, en una palabra, polvo, seres caducos (véase Sal 39 6-7; 90 3ss; 144 4), como lo son sus proyectos y sus planes "de salvación", que perecen y se acaban con ellos. Está implícito en esta parte el consejo –por contraste– de confiar en el Señor (véase Sal 118 8-9). Puede entenderse como motivo de alabanza en el sentido de que de Dios sí puede uno fiarse. Véase el contraste entre caducidad humana y eternidad de Dios en Sal 102 12-13; 103 15-17.

¿Quienes son éstos que confían en poderosos, o están a punto de hacerlo, y a quienes se dirige el salmista? ¿Serán los oprimidos, enfermos, pobres de la segunda parte? ¿Será la ciudad de Sión (Jerusalén), sus habitantes, a los que el salmista menciona al final?

La segunda parte comienza bruscamente con una bienaventuranza. Hay que suponer un paso lógico que está ausente, pero sobreentendido, en el salmo: no se debe confiar en los poderosos, se debe confiar en el Señor, porque el que lo hace así, será "dichoso". Aquí enlaza esta segunda parte. Dios es *el Dios de Jacob, el Señor* (Yavé). El nombre del Señor va a ocupar un gran espacio a partir de este momento: siete veces se menciona, de las nueve que aparece en el salmo. El Señor es digno de alabanza, porque se puede confiar en él, ya que, en fuerte contraste con los poderosos y con los seres humanos en general, es verdaderamente poderoso. Basta decir que ha creado el universo (Sal 146 6). No es un Dios caduco, existe desde siempre y para siempre (véase Sal 48 14; 93 2), y sus proyectos de fidelidad y justicia son estables y permanentes, no acaban nunca, "porque es eterno su amor" (véase Sal 136).

Beneficiarios y testigos de este amor son todos los desgraciados: los que deben su desgracia a la acción de otros hombres (oprimidos, hambrientos, cautivos), o a la enfermedad (ciegos, desfallecidos), o a las circunstancias de la vida (emigrantes, huérfanos, viudas). Además de esos, hay otros beneficiarios de

la acción salvadora y protectora de Dios: los justos, a los que Dios ama (Sal 146 8), y que aparecen en contraste con los malvados, de los que Dios también se ocupa, pero para "trastornar su camino" (Sal 146 9; véase Sal 1 6).

La acción de Dios es un auténtico reinado de justicia y prosperidad. El ejercicio de ese reinado es el motivo fundamental para la alabanza de Israel a su Señor (véase, por ejemplo, Sal 96 10-13; 99 4). Y eso es lo que el salmista proclama a voz en grito en el último verso: *¡El Señor reina por siempre!* (véase Sal 10 16-18). La Ciudad santa, Sión, es la destinataria gozosa del anuncio: *¡Tu Dios reina por todas las edades!* No sabemos por qué el salmista –los salmistas– parece descubrir una relación entre la ciudad y la eternidad de Dios (véase 48 9.14-15; 68 17; 125 1). ¿Quizá porque en ella y desde ella el rey humano se sienta sobre un trono "permanente" y desde ella imparte la justicia a sus súbditos en nombre y por encargo de Dios? (véase, por ejemplo, Sal 45 5-8; 72; 122 5; etc.).

Los mesías humanos –tantos y con tantos medios–, que prometen la salvación a cada momento, puede que nos hayan hecho escépticos: ya no nos fiamos de nadie. Sólo Jesús, el Cristo, el verdadero Mesías de Dios, merece nuestra confianza. El dio a los enviados del Bautista las pruebas de la llegada del Reinado de Dios, que son prácticamente las acciones que el salmo 146 canta (véase Mt 11 1-6). ¡Bendito sea Dios que en Cristo nos ha concedido las riquezas de su reinado, sus bendiciones espirituales y materiales! (véase Ef 1 3).

SALMO 147 (146-147)
El Señor se complace en sus fieles

Jr 31 10; Is 40 26.28; 1 Sm 2 7-8; Sal 104 10-14.27-28;
Job 5 9-10; Is 55 10-11; Dt 33 3-4

1 ¡Aleluya!
¡Qué bueno es cantar a nuestro Dios,
qué agradable y merecida su alabanza!
2 El Señor reconstruye Jerusalén,
congrega a los dispersos de Israel;

[3] sana a los que tienen quebrantado el corazón,
y venda sus heridas;
[4] cuenta el número de las estrellas,
y llama a cada una por su nombre.
[5] Grande es nuestro Señor, omnipotente,
su sabiduría no tiene límite.
[6] El Señor levanta a los humildes
y abate a los malvados hasta el polvo.

[7] Cantad al Señor dándole gracias,
tocad la cítara para nuestro Dios:
[8] él cubre de nubes los cielos
y da la lluvia a la tierra,
hace brotar en los montes la hierba,
[9] proporciona alimento al ganado,
y a las crías del cuervo cuando graznan.
[10] No se fija en el brío del caballo,
ni se complace en los músculos del hombre:
[11] el Señor se complace en sus fieles,
en los que esperan en su amor.

[12] ¡Glorifica al Señor, Jerusalén, alaba a tu Dios, Sión!
[13] Que él refuerza los cerrojos de tus puertas
y bendice a tus hijos en medio de ti;
[14] mantiene la paz en tus fronteras
y te sacia con flor de harina.
[15] El envía a la tierra su palabra,
veloz va corriendo su mensaje;
[16] hace caer la nieve como lana
y esparce la escarcha como ceniza;
[17] hace caer el hielo como migas de pan,
y bajo su frío se congelan las aguas;
[18] pero da una orden, y se derriten,
envía su aliento y corren las aguas.
[19] Reveló su palabra a Jacob,
sus leyes y decretos a Israel.
[20] ¡Con ningún pueblo actuó así,

ni les dio a conocer sus decretos!
¡Aleluya!

Himno de alabanza y acción de gracias. Las tres invitaciones a la alabanza (Sal 147 1.7.12) permiten dividir el salmo en tres estrofas con diversos motivos de alabanza (Sal 147 1-6.7-11 y 12-20). La versión griega de los LXX divide el salmo en dos partes: Sal 146 (Sal 147 1-11) y Sal 147 (Sal 147 12-20). Este salmo pertenece a la serie de salmos aleluyáticos (véase Sal 146).

Después de una introducción en la que el canto, la música y la alabanza se describen como algo bueno y agradable, lo cual ya es una motivación para ponerlo en obra (véase Sal 92 2), la primera estrofa se ocupa de la reconstrucción de Jerusalén y de la repatriación de los desterrados. Estamos, evidentemente, en la época posterior al exilio. La capital ha sido reconstruida y repoblada, lo que es grandioso motivo de alabanza. Lo ha hecho *nuestro Dios*, que, además, sana a los de corazón quebrantado y venda sus heridas: ¿se referirá el autor a los repatriados o lo dirá en general de todos los enfermos y heridos? En Is 61 1 el Señor cura los corazones y alegra a los afligidos de Sión; en Sal 51 18-19 aparecen juntos el corazón quebrantado y la reconstrucción de Jerusalén.

El salmista salta a otro tema y alaba ahora al poder y la sabiduría de Dios, que se refleja en el conocimiento que posee de todas y cada una de las estrellas (Sal 147 4-5). Y vuelve al mundo de lo humano para mencionar otro motivo de alabanza: la defensa y encumbramiento de los débiles (Sal 147 6; véase Sal 113 7).

En la segunda estrofa el autor se fija en el maravilloso ciclo natural de nubes, lluvia, hierba que brota, ganados que se alimentan (véase Sal 65 10-14; 104 13-14). Y otro salto: el Señor, y no el brío del caballo ni los músculos del hombre, es el que protege y consigue la prosperidad de su pueblo, de los que esperan en él: en él hay que confiar, no en esas otras cosas. La contraposición es sapiencial, y aparece en otros lugares: Prov 21 31; Sal 20 8; 33 17-18; en este último texto los que confían en el Señor –y no en los corceles o en sus fuerzas– serán saciados en tiempo de hambre. ¿Habrá que ver esta relación también en el salmo?

De hecho, ya ha aparecido el alimento de los animales y aparecerá en la tercera estrofa el alimento de los hombres: de la misma manera que alimenta a los ganados, el Señor alimenta también a los hombres con un manjar exquisito (Sal 147 14).

La invitación a la alabanza que abre la tercera estrofa se dirige exclusivamente a Sión, en segunda persona (no así las anteriores). Dios es ahora *tu Dios*: hasta este momento era "nuestro Dios" (Sal 147 1.5.7). Los beneficios, por los que Dios merece ser alabado, afectan en primer lugar a la ciudad: seguridad, bendición-prosperidad de sus habitantes, paz, alimento (Sal 147 13-14). Aquí son una realidad felizmente presente; el autor de Sal 122 se los deseaba a Jerusalén con toda el alma (Sal 122 6-8).

El salmista, en otro de esos saltos a los que nos tiene ya acostumbrados, comienza el tema de la Palabra de Dios, que él envía a la tierra y se extiende velozmente (véase Sal 19 2-5), aunque luego se diga que sólo se reveló a Jacob-Israel, pueblo privilegiado entre todos los pueblos y, por tanto, obligado a la alabanza de ese Dios que lo eligió y actuó con él de forma tan exclusiva. Pero interrumpe el tema de la palabra para recrearse en otro fenómeno natural: el agua en invierno. Nieve, escarcha, hielo, aguas corrientes. Las comparaciones son sugestivas: lana, ceniza, migas de pan (¡otra vez el alimento!). El Señor dirige todo el proceso: su orden, su aliento, "renueva la faz de la tierra" y marca el sucederse de las estaciones y de los ciclos naturales (véase Sal 104 30), como lo hace con los sucesos históricos que también se han contemplado en el salmo.

Dios envía su palabra, hace revivir a su pueblo y a sus fieles, dirige la naturaleza y la historia: *Todo fue hecho por ella y sin ella no se hizo nada... En ella estaba la vida... Con su venida al mundo ilumina a todo hombre... Y la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros* (véase Jn 1 1-14). El prólogo del evangelio de Juan es otro himno a la palabra, al poder creador y salvador de Dios, en definitiva, a Cristo.

SALMO 148
Alaben todos el nombre del Señor

Sal 103 21-22; Jr 31 35-36

[1] ¡Aleluya!
¡Alabad al Señor desde el cielo, alabadlo en las alturas!
[2] ¡Alabadlo todos sus ángeles, alabadlo todos sus ejércitos!
[3] ¡Alabadlo sol y luna, alabadlo estrellas lucientes!
[4] ¡Alabadlo, cielos altísimos
y aguas que estáis sobre los cielos!
[5] Que todos alaben el nombre del Señor,
porque él lo ordenó, y fueron creados,
[6] él los sometió para siempre jamás a una ley inalterable.

[7] ¡Alabad al Señor desde la tierra,
monstruos marinos y todos los océanos;
[8] fuego y granizo, nieve y nubes,
viento impetuoso que ejecuta sus órdenes;
[9] montañas y todas las colinas,
árboles frutales, cedros todos,
[10] bestias salvajes y todos los ganados,
reptiles y pájaros que vuelan;
[11] reyes del mundo y pueblos todos,
príncipes y todos los jefes de la tierra;
[12] los jóvenes y también las doncellas,
los viejos junto con los niños!
[13] ¡Que todos alaben el nombre del Señor,
porque sólo su nombre es sublime,
su majestad se alza sobre los cielos y la tierra!

[14] El ha hecho fuerte a su pueblo;
él es el orgullo de todos sus fieles,
de Israel, su pueblo entrañable. ¡Aleluya!

Himno de alabanza universal a Dios, estructurado en tres partes: alabanza desde el cielo (Sal 148 1-6); alabanza desde la tierra (Sal 148 7-13); conclusión (Sal 148 14). El salmo consta, pues, de

dos estrofas, que comienzan con el genérico: *alabad*, desde el cielo o desde la tierra, y terminan con la invitación: *Que todos alaben el nombre del Señor* (Sal 148 5.13). Pertenece a la serie de los salmos aleluyáticos (véase Sal 146).

Es un magnífico himno, en el que el elemento predominante son los invitados a la alabanza, como en el Sal 150 lo será la misma invitación. El autor quiere que todo el universo alabe a una sola voz a Dios, y va nombrando a todos y cada uno de los seres del cosmos distribuidos en cada una de sus dos grandes partes: cielos y tierra.

La primera estrofa se ocupa de los seres celestes: *desde el cielo* tienen que alabar a Dios sus ángeles, sus ejércitos –ejecutores de sus órdenes en el Sal 103 20-21–, los astros, la bóveda celeste y las aguas que están sobre ella, según la concepción cósmica de los israelitas (véase Gn 1 6-8; Sal 78 23). Una especie de estribillo, una invitación general –*Que todos alaben*–, y unos motivos insinuados para la alabanza cierran esta primera parte. Los motivos son claros: todos estos seres deben su existencia y su estabilidad y permanencia a la acción creadora de Dios. Creados y mantenidos por él, a él lo deben alabar continuamente en un grandioso coro exultante y unánime (Sal 148 5-6).

Y el autor se traslada a la tierra: segunda estrofa. La dinámica es la misma: *Alabad al Señor desde la tierra...* (Sal 148 7). En la primera estrofa se repetía continuamente el imperativo "alabadlo" (ocho veces); en esta segunda bastan dos veces: al inicio y al final. En cambio son mucho más numerosos los invitados: el mar y sus monstruos; el aire y sus fenómenos naturales, entre los que destaca el *viento impetuoso* de quien se dice –antes se decía de los ángeles y los ejércitos del Señor– que cumple sus órdenes, como en Sal 104 4; la tierra firme, con montes y colinas, con árboles frutales y cedros, con fieras salvajes y animales domésticos, con animales que se arrastran por el suelo y otros que se elevan sobre él y surcan los aires; y, por fin, los seres humanos de toda condición, pueblo, sexo y edad: la alabanza debe ser universal, sin exclusiones, de todo y de todos los seres creados por el Señor a quien se alaba. El estribillo menciona unos motivos distintos de los anteriores. No es "porque Dios creó todos estos seres", sino porque *su nombre es sublime*. La contemplación detallada de la creación y de todas sus criaturas

hace que el salmista levante la vista al sublime creador de todas, único, incomparable, majestuoso, con soberanía y dominio sobre cielos y tierra, las dos partes del cosmos que ha contemplado en el salmo. Por último el detalle que hace del salmo un canto israelita –aparte del nombre de Yavé–: este Creador y Señor sublime, da vigor y fuerza a su pueblo, al Israel afortunado que lo tiene por Dios propio.

La última frase del salmo subraya el orgullo que ello provoca en el pueblo y la cercanía entrañable que mantiene con ese Dios universal: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor, el único Dueño, el Creador de todo y de todos los que existen: ¡Aleluya!

La mirada y la atención del salmista se ha ido acercando y concentrando: de los cielos a la tierra, y ya en ésta, de los pueblos al pueblo de Israel. La última frase podría también interpretarse como invitación e inicio de la alabanza entusiasta de los fieles israelitas, que son quienes, en definitiva, van a entonar el salmo.

SALMO 149
El Señor se complace en su pueblo

Is 61 9; 62 4-5; Neh 4 10-12; Zac 9 13-16

1 ¡Aleluya!
¡Cantad al Señor un cantar nuevo:
alabadlo en la asamblea de los fieles!
2 ¡Alégrese Israel con su Hacedor,
exulten con su rey los hijos de Sión!
3 Que alaben su nombre con danzas,
que toquen para él el arpa y el pandero.
4 Porque el Señor se complace en su pueblo
y concede a los humildes la victoria.

5 Que los fieles exulten radiantes,
y hasta en sus lechos salten de alegría:
6 con vítores a Dios en la garganta
y con espadas de dos filos en las manos,
7 para tomar venganza de los pueblos
y castigar a las naciones,

[8] para atar a sus reyes con cadenas
y a sus príncipes con grilletes de hierro,
[9] para aplicarles la sentencia dictada.
¡Qué honor para todos sus fieles!

Himno de alabanza a Dios, creador y rey, de cierta tonalidad bélica, estructurado temáticamente en dos partes: invitación motivada al canto y a la danza (Sal 149 1-4); la victoria de los fieles (Sal 149 5-9). Pertenece a la serie de los salmos aleluyáticos (véase Sal 146).

En la primera parte, que comienza con el *cantar nuevo* conocido por otros salmos (véase Sal 33; 40; 96; 98; 144), el salmista invita a la alabanza en primer lugar a los *fieles*, los "hasidim", un grupo especial de creyentes que se distinguen por su fervor religioso y, en algunos momentos, por su disposición a la lucha armada en defensa de Israel y sus tradiciones (Sal 149 1.5.9). Invita después a Israel entero, a los hijos de Sión: tienen que alabar a Dios que es su Creador y su Rey. La alabanza ha de ser entusiasta, con cantos, músicas y danzas. El motivo concreto para la alabanza presente es una *victoria* que Dios ha concedido a su pueblo, a los humildes. No se dice de qué victoria se trata: puede que sea la victoria en general, el triunfo normal, esperado y conseguido tantas veces, que el Señor concede, ha concedido y seguirá concediendo a su pueblo y, especialmente, a los humildes del pueblo (véase, por ejemplo, Sal 72 4; 76 10).

En la segunda parte el autor describe e invita a una especie de danza ritual provocada por el entusiasmo: continuos vítores y blandir de espadas. En la danza se escenifica y se celebra la ejecución de una sentencia divina (Sal 149 9). Dios tiene sentenciados a la destrucción, a la desaparición, a la derrota y al cautiverio a las naciones y reyes enemigos que luchan contra su pueblo, que lo acosan y lo atacan: es tema conocido por muchos otros salmos (véase, por ejemplo, Sal 76 9-10). Esa sentencia señala el castigo impuesto: la ejecutan los fieles del Señor, que desempeñan el papel de colaboradores de la justicia divina. Se trata de un gran honor. La guerra se convierte así –la danza lo imita y lo repi-

te ritualmente– en una acción teológico-litúrgica: Dios y sus fieles, actuando juntos, restablecen el orden, instauran la justicia.

No son cristianos los sentimientos de venganza, es claro. Sí son cristianas el hambre y la sed de justicia, el buscar la justicia del reinado de este Dios, Creador y Rey, que lo instaura y lo establece por medio de su Hijo para todos los pobres, humildes y oprimidos de la tierra (véase Mt 5-6).

SALMO 150
Todo viviente alabe al Señor

Sal 41 14; 72 18-20; 89 52; 106 48

1 ¡Aleluya!
Alabad a Dios en su santuario,
alabadlo en su augusto firmamento,
2 alabadlo por sus magníficas hazañas,
alabadlo por su inmensa grandeza,

3 alabadlo al son de trompetas,
alabadlo con arpas y cítaras,
4 alabadlo con danzas y tambores,
alabadlo con laúdes y flautas,
5 alabadlo con címbalos sonoros,
alabadlo con címbalos vibrantes.

6 ¡Que todo viviente alabe al Señor!
¡Aleluya!

Himno al Señor en el que uno de los elementos constitutivos de este género literario, la invitación a la alabanza (véase Introducción), se ha desarrollado de tal manera que ha desplazado a los demás y es el único que aparece. Se trata de una grandiosa y solemnísima invitación a alabar a Dios, en la que se señalan de pasada varias circunstancias: dónde, por qué, cómo y quién. Con diez imperativos –*¡Alabadlo!*–, que convierten el salmo casi en una letanía, se invita a cantar las alabanzas del Señor en su templo terrestre o quizá en el celeste, si se identifica *santuario* con

augusto firmamento (Sal 150 1). Hay que alabar al Señor por sus magníficas hazañas, todas las que se contemplan y se cantan en el salterio, todas las que Dios ha ido realizando a lo largo de la historia del pueblo. Y merece la alabanza por su *inmensa grandeza* (Sal 150 2). Lo dicen muchos salmos: *Grande es el Señor y digno de toda alabanza* (Sal 48 1); *Tú eres grande y haces maravillas* (Sal 86 10); *¡Dios mío, qué grande eres!* (Sal 104 1; véase Sal 77 13; 95 3; 96 4; 135 5; 147 5). La alabanza es, pues, obligada y merecida.

El salmista quiere oír a la orquesta en pleno tocando a todo volumen para acompañar los cantos de alabanza. Y se extiende en la enumeración de los instrumentos: de viento, de cuerda, de percusión. Quiere también ver al pueblo danzando de entusiasmo al son de la música en honor del Señor (como en Sal 149). Y termina mencionando a los invitados: todo viviente, todo ser que respira, toda criatura de Dios. La alabanza ha de ser universal y en ella tienen que participar todos los que a Dios, a su aliento, deben la vida.

El salmo pertenece a la serie de los salmos aleluyáticos (véase Sal 146), y es una gran doxología, o aclamación conclusiva, que cierra el libro quinto de los salmos (véase Introducción) y todo el salterio: un gran final, a toda orquesta, que corona esta majestuosa colección de cantos en honor del Dios de Israel.



LOS SALMOS
EN LA LITURGIA DE LAS HORAS

Con el objeto de que pueda utilizarse este comentario para la meditación de los salmos en la Liturgia de las Horas, ofrecemos a continuación una lista de los mismos distribuidos por días y horas litúrgicas en las cuatro semanas que constituyen la estructura básica del rezo de las horas.

Nótese que la Liturgia de las Horas sigue la numeración de la traducción griega, mientras que el comentario sigue la numeración del texto hebreo. En esta relación se citan los salmos según la numeración del texto hebreo para que puedan encontrarse fácilmente en el comentario. La numeración que sigue la Liturgia de las Horas va entre paréntesis cuando es diferente a la del texto hebreo.

Ejemplo: Sal 141 (140) = Salmo 141 en el comentario, que corresponde al Sal 140 de la Liturgia de las Horas.

La presente relación contiene sólo los salmos. Los cánticos de Laudes y los himnos de Vísperas no pertenecen al salterio, y por tanto no se encuentran en este comentario.

Primera Semana

Domingo

Primeras Vísperas	141 (140); 142 (141)
Completas	4; 134 (133)
Oficio de Lectura	1; 2; 3
Laudes	63 (62); 149
Hora Intermedia	118 (117)
Vísperas	110 (109); 114 (113)
Completas	91 (90)

Lunes

Oficio de Lectura	6; 9
Laudes	5; 29 (28)
Hora Intermedia	19 (18); 7
Vísperas	11; 15
Completas	86 (85)

Martes

Oficio de Lectura	10 (9); 12 (11)
Laudes	24 (23); 33 (32)
Hora Intermedia	119 (118); 13 (12)
Vísperas	20; 21
Completas	143 (142)

Miércoles

Oficio de Lectura	18 (17)
Laudes	36 (35); 47 (46)
Hora Intermedia	119 (118); 17 (16)
Vísperas	27 (26)
Completas	31 (30); 130 (129)

Jueves

Oficio de Lectura	18 (17)
Laudes	57 (56); 48 (47)
Hora Intermedia	119 (118); 25 (24)
Vísperas	30 (29); 32 (31)
Completas	16 (15)

Viernes

Oficio de Lectura	35 (34)
Laudes	51 (50); 100 (99)
Hora Intermedia	119 (118); 26 (25); 28 (27)
Vísperas	41 (40); 46 (45)
Completas	88 (87)

Sábado

Oficio de Lectura	105 (104)
Laudes	119 (118); 117 (116)
Hora Intermedia	119 (118); 34 (33)

Segunda Semana

Domingo

Primeras Vísperas	119 (118); 16 (15)
Completas	4; 134 (133)
Oficio de Lectura	104 (103)
Laudes	118 (117); 150
Hora Intermedia	23 (22); 76 (75)
Vísperas	110 (109); 115 (113B)
Completas	91 (90)

Lunes

Oficio de Lectura	31 (30)
Laudes	42 (41); 19 (18)
Hora Intermedia	119 (118); 40 (39)
Vísperas	45 (44)
Completas	86 (85)

Martes

Oficio de Lectura	37 (36)
Laudes	43 (42); 65 (64)
Hora Intermedia	119 (118); 53 (52); 54 (53)
Vísperas	49 (48)
Completas	143 (142)

Miércoles

Oficio de Lectura	39 (38); 52 (51)
Laudes	77 (76); 97 (96)
Hora Intermedia	119 (118); 55 (54)
Vísperas	62 (61); 67 (66)
Completas	31 (30); 130 (129)

Jueves

Oficio de Lectura	44 (43)
Laudes	80 (79); 81 (80)
Hora Intermedia	119 (118); 56 (55); 57 (56)
Vísperas	72 (71)
Completas	16 (15)

Viernes

Oficio de Lectura	38 (37)
Laudes	51 (50); 147
Hora Intermedia	119 (118); 59 (58); 60 (59)
Vísperas	116 (114-115)
Completas	88 (87)

Sábado

Oficio de Lectura	106 (105)
Laudes	92 (91); 8
Hora Intermedia	119 (118); 61 (60); 64 (63)

Tercera Semana

Domingo

Primeras Vísperas	113 (112); 116 (115)
Completas	4; 134 (133)
Oficio de Lectura	145 (144)
Laudes	93 (92); 148
Hora Intermedia	118 (117)
Vísperas	110 (109); 111 (110)
Completas	91 (90)

Lunes

Oficio de Lectura	50 (49)
Laudes	84 (83); 96 (95)
Hora Intermedia	119 (118); 71 (70)
Vísperas	123 (122); 124 (123)
Completas	86 (85)

Martes

Oficio de Lectura	68 (67)
Laudes	85 (84); 67 (66)
Hora Intermedia	119 (118); 74 (73)
Vísperas	125 (124); 131 (130)
Completas	143 (142)

Miércoles

Oficio de Lectura	89 (88)
Laudes	86 (85); 98 (97)
Hora Intermedia	119 (118); 70 (69); 75 (74)
Vísperas	126 (125); 127 (126)
Completas	31 (30); 130 (129)

Jueves

Oficio de Lectura	89 (88); 90 (89)
Laudes	87 (86); 99 (98)
Hora Intermedia	119 (118); 79 (78); 80 (79)
Vísperas	132 (131)
Completas	16 (15)

Viernes

Oficio de Lectura	69 (68)
Laudes	51 (50); 100 (99)
Hora Intermedia	22 (21)
Vísperas	135 (134)
Completas	88 (87)

Sábado

Oficio de Lectura	107 (106)
Laudes	119 (118); 117 (116)
Hora Intermedia	119 (118); 34 (33)

Cuarta Semana

Domingo

Primeras Vísperas	122 (121); 130 (129)
Completas	4; 134 (133)
Oficio de Lectura	24 (23); 66 (65)
Laudes	118 (117); 150
Hora Intermedia	23 (22); 76 (75)
Vísperas	110 (109); 112 (111)
Completas	91 (90)

Lunes

Oficio de Lectura	73 (72)
Laudes	90 (89); 135 (134)
Hora Intermedia	119 (118); 82 (81); 120 (119)
Vísperas	136 (135)
Completas	86 (85)

Martes

Oficio de Lectura	102 (101)
Laudes	101 (100); 144 (143)
Hora Intermedia	119 (118); 88 (87)
Vísperas	137 (136); 138 (137)
Completas	143 (142)

Miércoles

Oficio de Lectura	103 (102)
Laudes	108 (107); 146 (145)
Hora Intermedia	119 (118); 94 (93)
Vísperas	139 (138)
Completas	31 (30); 130 (129)

Jueves

Oficio de Lectura	44 (43)
Laudes	143 (142); 147 (146)
Hora Intermedia	119 (118); 128 (127); 129 (128)
Vísperas	144 (143)
Completas	16 (15)

Viernes

Oficio de Lectura	78 (77)
Laudes	51 (50); 147
Hora Intermedia	119 (118); 133 (132); 140 (139)
Vísperas	145 (144)
Completas	88 (87)

Sábado

Oficio de Lectura	78 (77)
Laudes	92 (91); 8
Hora Intermedia	119 (118); 45 (44)